

carácter

S. E. "ATENAS", S. A.

Sdad. de Educación ATENAS, s. a.

Apartado 1.096 - MADRID (13) - Mayor, 81

Colección "PARA MUCHACHAS"

Tomos de 14×20 cms.

MONS. T. TOTH:

La joven de carácter (11.ª ed., 222 págs., rúst.)

La joven creyente (7.ª ed., 180 págs.)

La joven y Cristo (8.ª ed., 232 págs., rúst.)

La joven de porvenir (7.ª ed., 200 págs., rúst.)

Pureza y hermosura (13.ª ed., 224 págs., rúst.)

Para muchachas (tela, 970 págs.; piel, 970 págs.)

Muchacha, así (5.ª ed., 228 págs.)

M.ª ROSA VILAHUR:

La joven ante la vida (8.ª ed., 170 págs., rúst.)

SERIE II

M.ª ROSA VILAHUR:

Ellos, o ¿cómo conocer a los hombres? (2.ª ed., 220 págs., rúst.)

El, o ¿cómo elegiré novio? (2.ª ed., 200 págs., rúst.)

Para qué soy novia (228 págs.).

A. SORGATO:

Alba nupcial (304 págs.)

ZORITA:

Alma de mujer (148 págs.)

YV. KLOSTER:

Los chicos y yo (148 págs.)

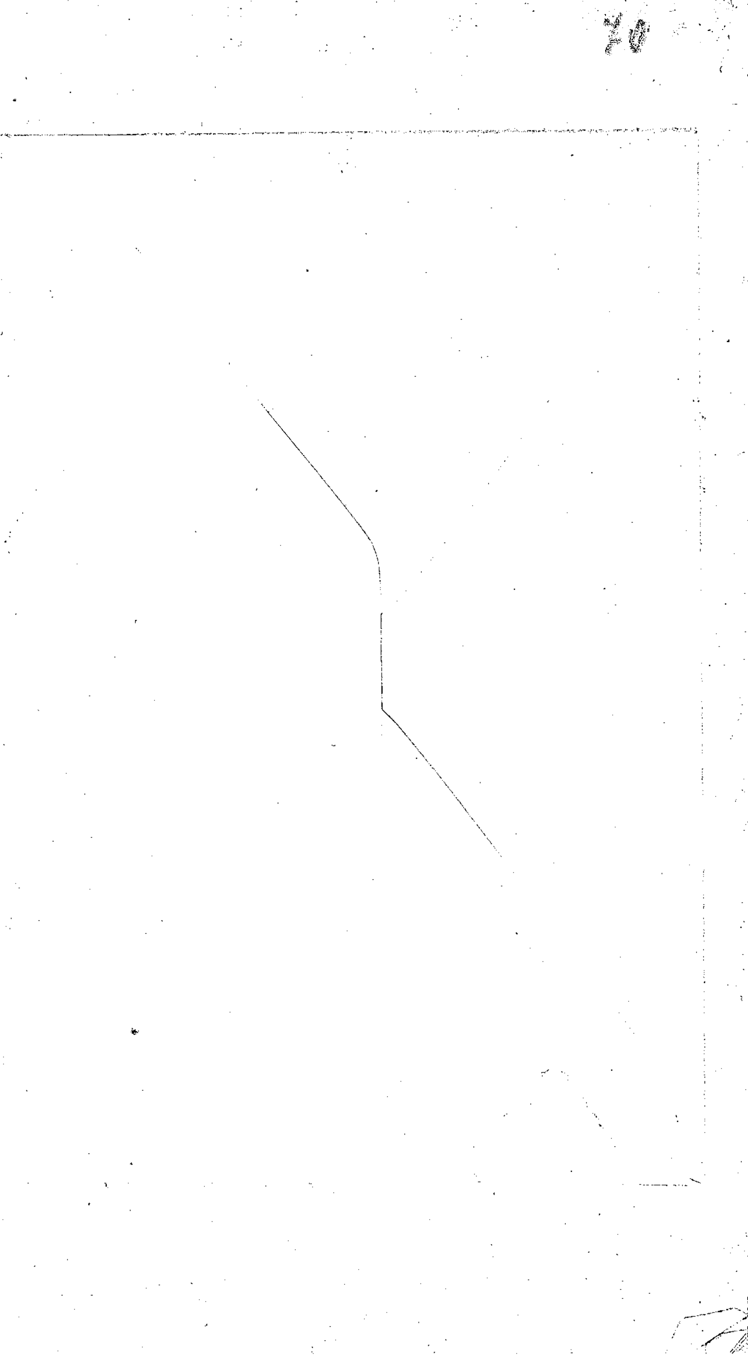
SERIE III

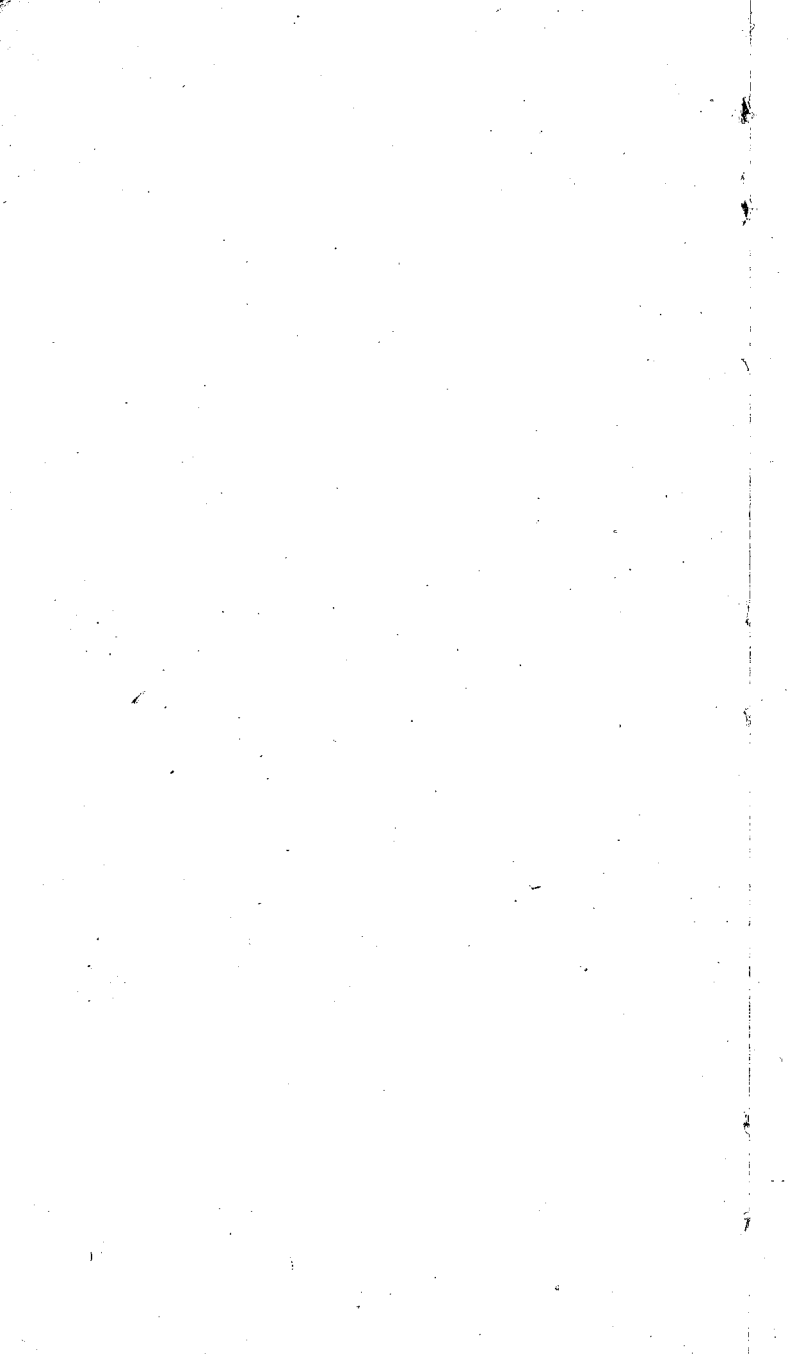
M. GALLARDO GOMEZ:

Muchachas en flor (2.ª ed., 200 págs., rúst.)

P. S. DE ZORITA:

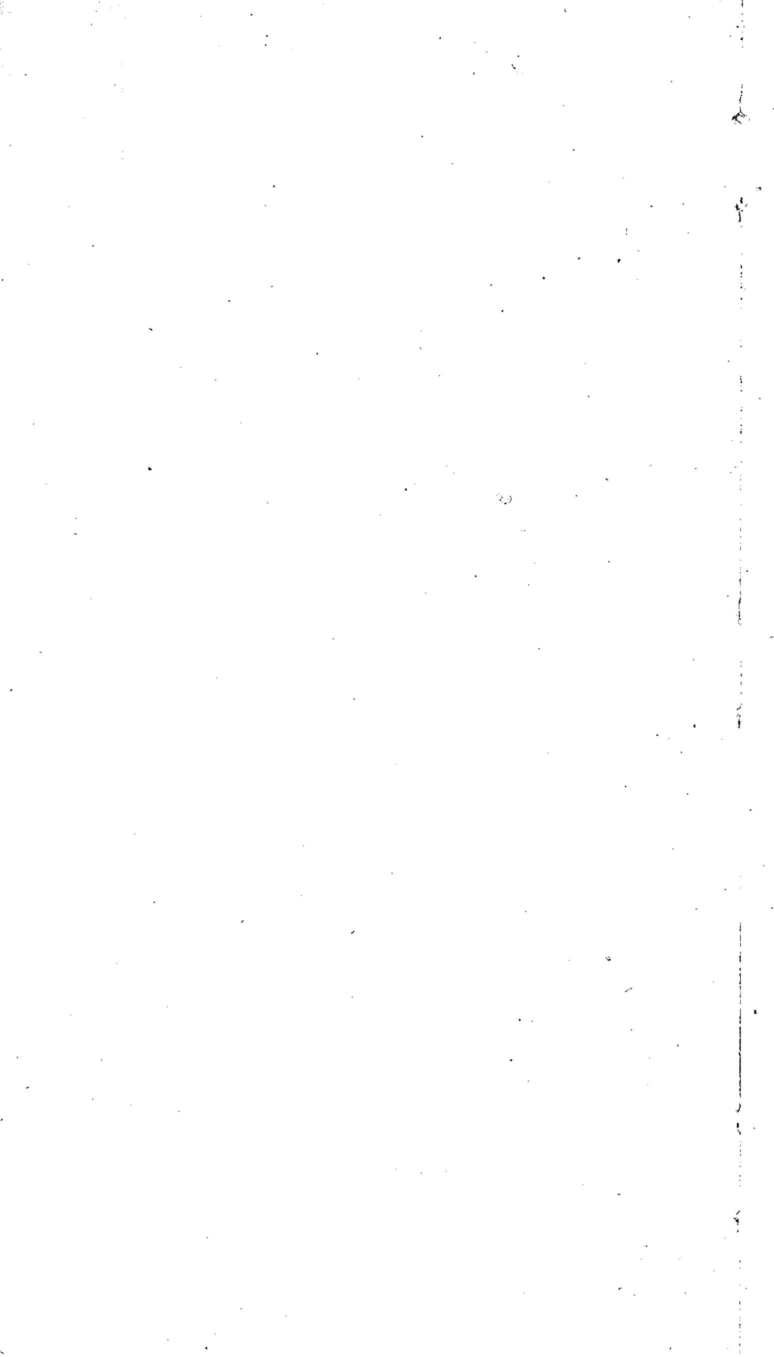
Bajo el anillo del pescador (250 págs., rúst.)





Colección «MUCHACHAS»

LA JOVEN DE CARACTER



Mons. Dr. TIHAMÉR TÓTH
Obispo de Veszprém (Hungría)

LA JOVEN DE CARACTER

12.ª EDICION

Sociedad de Educación ATENAS, S. A.
Mayor, 81 - Apartado 1096 - Madrid - 13

LICENCIA ECLESIASTICA

NIHIL OBSTAT:
D. ANTONIO GARCÍA DEL CUETO

IMPRIMATUR:
DR. RICARDO BLANCO, Vicario General.
Madrid, 30 noviembre 1965.

Título del original húngaro:
«A JELLEMES IFJU»

Traductor:
M. I. SR. DR. D. ANTONIO SANCHO NEBOT
Canónigo Magistral de Mallorca

Adaptación:
LIC. SRTA. MARÍA ROSA VILAHUR

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN
1966

Núm. Rgtro.: 8.925 - 65

Depósito legal: M. 18.837-1965

MARIBEL, Artes Gráficas.—Tomás Bretón, 51.

PROLOGO EDITORIAL

Ya en vida de Mons. Tihamér Tóth muchas jóvenes nos pidieron con insistencia una edición de los Manuales para Jóvenes *apropiada a la juventud femenina. Era tal el entusiasmo que brotaba de sus páginas cálidas y juveniles, que las muchachas querían para sí una edición que, conservando la doctrina del insigne autor, la pusiera a tono con su modalidad y condiciones.*

Consultamos el proyecto con el autor, quien pocos meses antes de morir nos respondió aplaudiéndolo y dándole su bendición. Nos pedía, sí, que, a ser posible, el trabajo de adaptación fuera hecho por una joven conocedora del alma española. «El apóstol de los obreros, nos escribía, ha de ser un obrero, según los deseos del Santo Padre. También yo creo que el alma de la joven prefiere oír la voz de otra joven como ella.»

Han pasado cuatro años. Las demandas se repiten y los editores creen llegado el momento de complacerlas. Y he aquí que hoy presentamos La Joven de Carácter.

De acuerdo con los deseos del autor, la adaptación ha sido confiada a la licenciada en Filosofía y Letras señorita María Rosa Vilahur, y después revisada por nuestro ase-

sor presbítero doctor don Nicolás Marín Negueruela.

Esta edición incluye todas las enseñanzas y consejos que Mons. Tóth da a los muchachos; sólo se ha retocado alguna vez el anecdotario, haciéndolo más femenino y español. Hemos suprimido los números propios para muchachos y los hemos sustituido por otros apropiados a las jóvenes.

Para apreciar mejor las modificaciones, advertimos:

1.º *Los números o párrafos cuyo título no va precedido de ningún asterisco reproducen el texto de Mons. Tóth, salvo ligeras modificaciones gramaticales.*

2.º *Un asterisco (*) indica que aquel número, conservando la doctrina del autor, ha sido adaptado a las muchachas.*

3.º *Los números precedidos de dos asteriscos (**) suplen los títulos cambiados.*

Confiamos en que esta edición será del agrado de nuestras jóvenes, a quienes va dedicada, y con la cual inauguramos la nueva colección «Para muchachas».

LOS EDITORES.

Madrid, octubre 1943.

A LAS JOVENES

A vosotras, mis hermanas de juventud, que tantas veces os habéis lamentado de que Mons. Tihamér Tóth no escribiera un libro para muchachas, me dirijo al poner en vuestras manos La Joven de Carácter.

No penséis encontrar en su lectura algo extraordinario, sino tan sólo el espíritu del llorado Obispo húngaro, adaptado a las exigencias de vuestra alma, de vuestra psicología.

En todo lo posible he respetado su estilo breve y ameno, sus pensamientos y símiles, a fin de no desfigurar en nada la obra fecunda de aquel «maestro de los jóvenes». Y no me anima otro interés que aficionaros a que trabajéis por el perfeccionamiento de vuestro carácter, ya que ése era el principal fin que movió al autor al emprender su tarea de escribir para los jóvenes.

Jóvenes queridas, terminé mi adaptación una tarde de otoño fría y tristona, a pesar de la sinfonía dorada que cantan los árboles en los jardines. Y, hallándome fatigada, me puse a contemplar el cielo plomizo desde la ventana de mi escritorio, cuando un pajarillo alegre y saltarín vino a posarse sobre el alféizar. Miróme con sus ojillos brillantes y habladores y entonó una corta

canción, en la que yo creí entender que me decía: «¡Ea! ¡Animo!, no pienses más. Tus hermanas de juventud, esas jóvenes, a las que tanto amas, se harán más discretas, más serias, más puras y buenas apenas lean y practiquen LA JOVEN DE CARÁCTER.»

El pajarillo voló nuevamente, yo le seguí con la mirada hasta que se perdió en el cielo y como aliviada de un gran peso exclamé: ¡Quiera Dios y el futuro santo de Hungría que así sea!

MARÍA-ROSA.

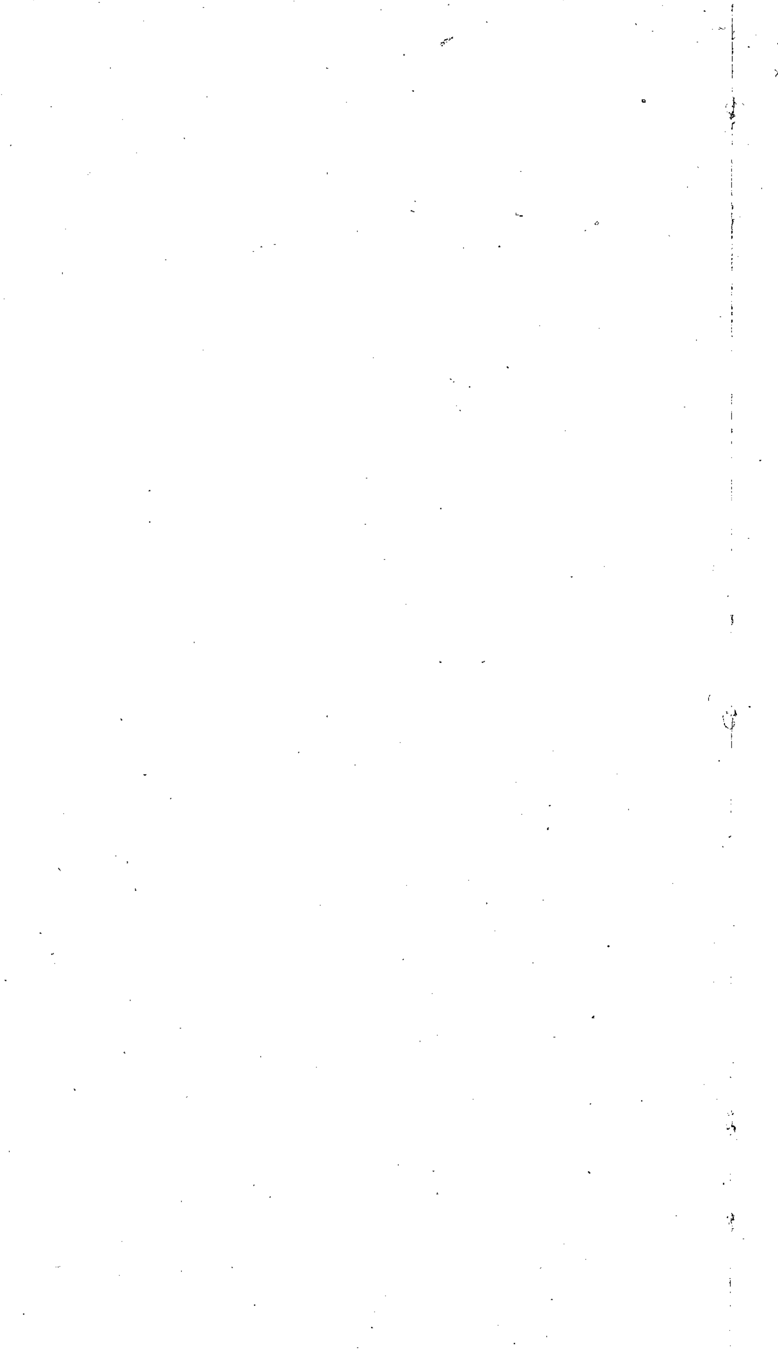
Madrid, otoño de 1943.

CAPITULO PRIMERO

¿CUAL ES LA JOVEN DE CARACTER?

SUMARIO

*I.—La leona sin lengua.
II.—¿Cuál es la joven de carácter?
III.—Edúcate.
*IV.—Una voluntad de hierro.
V.—Palabras de Epicteto.
VI.—La fuerza de un gran ideal.
*VII.—La fortaleza.
VIII.—La libertad.
IX.—Jóvenes magnánimas.
X.—«Pero ¡qué egoísta eres!»
XI.—¿Sabes decir: no?
XII.—Fragmento de un diario.
*XIII.—Cometa en el hilo telegráfico.
*XIV.—Contra torrentem!
**XV.—Vanidad y coquetería.
XVI.—«Víctor hostium et sui.»
XVII.—¿Torre de castillo o veleta?
*XVIII.—La prisionera de la conciencia.



I.—La leona sin lengua

Cuenta la tradición griega que cuando Harmodio y Aristógiton conspiraban contra los tiranos Hiparco e Hipias, una mujer, Lena, tomó parte en sus proyectos; y, para escapar a la tentación de traicionar a sus cómplices con una sola palabra, se cortó la lengua con sus propios dientes. De haber sido cristiana habría impetrado del cielo la fuerza necesaria para resistir a la tortura; mas no siéndolo, hizo imposible su debilidad con un defecto físico.

Los atenienses quisieron recordar este hecho a todas las edades y la representaron bajo la figura de una leona sin lengua. ¡Así era el carácter pagano!

Pues, ¿cuál tendrá que ser el carácter *cristiano*?

No se puede pedir que todas las mujeres sean ricas; ni que todas sean ilustradas, tampoco que todas sean bellas; pero sí de todas podemos exigir que *tengan carácter*.

A pocas les es dado conquistarse admiraciones. Son pocas las que ciñen en sus sienes corona real. Pero tomar posesión del reino del alma lleno de riquezas, y colocar sobre nuestra frente la corona del carácter varonil, es un deber santo, sublime, que toda mujer debe cumplir. Toda mujer sin

excepción. Muchas no lo cumplen. Pero tú, hija mía, lo cumplirás, ¿verdad?

Mas el carácter no es un «premio gordo», que se puede sacar *sin méritos.*

El carácter no es un apellido de alta alcurnia, que se hereda *sin trabajo.*

El carácter es el resultado de la lucha ardua, de la autoeducación, de la abnegación, de la batalla espiritual sostenida con virilidad. Y esta batalla ha de librarla cada uno por sí solo, hasta que venza.

Magnífico resultado de la lucha será tu *carácter.* Lo que significa esta palabra quizá no lo comprendas por completo en este momento. Pero llegará el día en que se descubra ante el divino acatamiento la obra-cumbre de tu vida y se muestre, en su sublimidad sin par, tu alma en que tanto has trabajado; entonces se te escapará el grito de entusiasmo, como a HAYDN cuando oyó su obra intitulada *Creación:* «¡Dios mío!, y ¿soy yo el autor de esta obra?»

Homines sunt voluntates, dice con frase lapidaria y admirable SAN AGUSTÍN: «el precio del hombre es su voluntad».

De día en día crece el número de convencidos de que la escuela actual dedica cuidados excesivos a la cultura de las jóvenes y olvida demasiado la formación del carácter, de la fuerza de voluntad de la joven. Triste realidad: en la sociedad de las mujeres maduras abundan también más cabezas adornadas y emperifolladas que temples de acero; hay más vanidad que carácter. Y, sin embargo, el basamento de un Estado, su piedra fundamental, no es la belleza, sino la *moral intacta;* no es la riqueza, sino la honradez; ni la veleidad, sino el *carácter.*

Este libro quiere formar «jóvenes de ca-

rácter». Jóvenes que piensen de esta manera: «Una responsabilidad inmensa pesa sobre mí: un deber serio tiene mi vida. En mi alma están depositados los gérmenes del porvenir, he de caldearla con el escrupuloso cumplimiento del deber y con una vida ideal, he de cuidarla, he de procurar que se abra una flor maravillosa para que dignamente pueda despedir su fragancia durante toda la eternidad ante el trono de Dios eterno.»

Este libro quiere forjar «jóvenes de carácter» en un tiempo en que —al parecer— todo está revuelto y el mundo camina cabeza abajo en vez de ir sobre los pies.

Hoy, la enorme y casi única enfermedad de la humanidad, semillero de todos los pecados, es la consunción aterradora de la voluntad; hoy, el no tener carácter pasa, en el sentir de muchas, como virtud de prudente adaptación a las circunstancias, y la negación de los propios principios es bautizada con el nombre de discreción, y el perseguir el interés individual se llama interés por el bien común; hoy, la mujer, que con sentimentalismo exagerado se ofende a cada paso, alardea de dignidad personal, y la envidia se viste con la careta de amor de la verdad; hoy se evita todo trabajo y molestia, so pretexto de imposibilidad, y sólo se persigue la comodidad y los goces.

Pues hoy este libro quiere educar jóvenes cuyo carácter sea íntegro, cuyos principios de vida sean firmes y justos, cuya voluntad no se arredre ante las dificultades: jóvenes cuya alma y cuyo cuerpo sean «lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios» (1), como la

(1) *Eclesiástico,* XXVI, 21.

verdad, luminosos como un rayo de sol, y nítidos como el riachuelo de los montes.

Quiere muchachas de carácter en un tiempo en que pululan las muchachas de alma quebrada, sin lastre; muchachas que no sienten interés por ningún problema espiritual: cuya única preocupación es cómo se peinarán y qué traje elegirán, cómo escamotearán un día al estudio, saber quién es la nueva «estrella» de la pantalla y dónde se dan los más agradables saraos. ¡Cuán grande es su número! ¡Y qué pocas son las jóvenes de carácter!

Pues bien, este libro quiere demostrar que, a pesar de todo, son estas pocas las que tienen razón. Las otras parecen tan alegres, ¡tan despreocupadas! Estas han de surcar con duro trabajo el camino del carácter, y este libro quiere alentarte a que te unas, a pesar de todo, a estas últimas, porque sólo así llegarás a una vida digna de una mujer.

Es la voluntad la que hace al hombre grande o pequeño —digo yo también con SCHILLER—: *Den Menschen macht sein Wille, gross und klein* (2).

Y sostengo con el BARÓN DE EÖTVÖS, el gran pensador húngaro: «El valor real del hombre no depende de la fuerza de su entendimiento, sino de su voluntad. Quien esté desprovisto de ella no hará sino debilitarse con las grandes dotes intelectuales; y no hay criatura más desgraciada, y algunas veces más infame en el mundo, que una gran inteligencia a la que no corresponde el carácter.»

En la primavera, la jardinera mira sus macetas y queda absorta en la contempla-

---

(2) *La muerte de Wallenstein.*

ción de los rosales. Como si preguntara: «¿Qué me daréis hogaño?» Pero los rosales le devuelven la pregunta: «Antes dime tú, ¿qué me darás tú a mí?»

Así está también la joven ante la puerta misteriosa de la vida que la espera: «¡Vida! ¿Qué me darás? ¿Qué es lo que me espera?»

Joven amada, la vida te devuelve la pregunta como los rosales a su jardinera: «Depende de lo que me des. Recibirás tanto como trabajes y recogerás las mieses de lo que hayas sembrado.»

LA JOVEN DE CARÁCTER quiere dar a conocer los medios de esta labor autoeducativa. Cuidado, hija mía, no te engañes. El libro tan sólo descubre los enemigos que acechan, sólo llama la atención sobre los peligros, sólo muestra los medios, pero no ocupa tu puesto en la lucha. La lucha, si quieres llegar a ser «joven de carácter», has de librarla tú misma.

Verás por propia experiencia que el camino del carácter no es tan llano. Al andarlo, sentirás muchas veces qué voluntad más robusta se requiere para guerrear de continuo contra nuestras faltas, pequeñas y grandes, y para no hacer las paces nunca con ellas.

Pero, sea como fuere... ¡Yo quiero, quiero! Un «quiero» meditado y profundo lo puede todo.

El axioma «querer es poder», aplicado al carácter, no es una paradoja más que para la pereza, la inconstancia y la dejadez de espíritu.

Mas ¿qué quiero?

Quiero hacerme dueña de mis sentidos y de mis sentimientos.

Quiero poner orden en mis pensamientos.

Quiero pensar antes y sólo hablar después.

Quiero tomar consejo antes de obrar.

Quiero aprender del pasado, pensar en el porvenir y para eso hacer fructificar el presente.

Quiero trabajar con alma y vida, padecer sin palabra de queja, vivir siempre sin claudicaciones, y un día —con la esperanza de la bienaventuranza eterna— morir con tranquilidad.

¿Hay programa de vida más sublime? ¿Hay otro fin por cuya realización valga más vivir?

Ojalá este libro ayude a muchas jóvenes en la tarea elevada de la formación del carácter.

II.—¿Cuál es la joven de carácter

¿Qué es el carácter? ¿Qué pensamos cuando decimos de alguna: es una joven de carácter?

Con la palabra carácter entendemos la adaptación de la voluntad del hombre a una dirección justa; y *joven de carácter* es aquella que tiene principios nobles y permanece firme en ellos, aun cuando esta perseverancia fiel le exija sacrificios.

En cambio, es de carácter inestable, de poca garantía, débil o —en último grado— es *mujer sin carácter,* la que contra la voz de la propia conciencia cambia sus principios según las circunstancias, según la sociedad, según las amistades, etc., y traiciona sus ideales desde el momento en que por ellos tiene que sufrir lo más mínimo.

Con esto ya puedes ver en qué consiste la educación del carácter. En primer lugar, hay que *adquirir ideales, principios;* des-

pués *tenemos que acostumbrarnos, con un ejercicio continuo, a obrar*, según nuestros nobles ideales, en cualquier circunstancia de la vida. La vida moral de la mujer sin principios está toda ella expuesta a continuas sacudidas y es como la caña azotada por la tempestad. Hoy obra de un modo, mañana se deja llevar por otro parecer. Antes de todo, pues, pongamos principios firmes en nuestro interior; después, adquiramos fuerzas para seguir siempre lo que hemos juzgado justo y recto.

El primer deber que te incumbe es *formar principios rectos* en tu alma. ¿Cuál es, por ejemplo, el principio recto en el estudio? «He de estudiar con diligencia constante, porque he de pulir las dotes que me fueron dadas según la voluntad de Dios.» ¿Cuál es el principio justo respecto a mis compañeras? «Lo que deseo que me hagan a mí he de hacerlo yo también a las otras.» Y así sucesivamente. En todo has de tener principios justos.

El segundo deber —ya es más difícil— es *seguir los principios justos;* es decir, educarte para una vida de carácter.

El carácter no se da gratis, sino que hemos de alcanzarlo por una lucha tenaz de años y decenas de años. El aire del ambiente, cualidades heredadas, buenas o malas, pueden ejercer influencia sobre tu carácter; pero, en resumidas cuentas, el carácter será obra personal tuya, el resultado de tu trabajo autoeducativo. La mujer recibe dos clases de educación: una se la dan sus padres y la escuela; la otra —y ésta es la más importante—, el propio trabajo autoeducativo.

¿Sabes qué es educación? Inclinar nuestra voluntad de suerte que en cualquier cir-

cunstancia se decida a seguir sin titubeos y con alegría el bien.

¿Sabes qué es educación? Dar al cuerpo y al alma toda la belleza de que son susceptibles, dice el divino PLATÓN. Tú, que como mujer amas todo lo bello, debes empeñarte en alcanzar para ti toda esa belleza.

¿Sabes qué es el carácter? Un modo de obrar siempre consecuente, cuyos móviles son principios firmes; constancia de la voluntad en el servicio del ideal reconocido como verdadero; perseverancia incontrastable del alma en plasmar el noble concepto de la vida.

Así verás que en la educación del carácter lo que resulta difícil no es tanto el formular rectos principios para la vida, que esto se consigue con relativa facilidad, cuando al persistir en ellos a través de todos los obstáculos. «Es uno de mis principios y me mantengo en él, cueste lo que costare.» Y como esta firmeza exige tantos sacrificios, por eso hay tan pocas mujeres de carácter entre nosotros.

«Guardar siempre fidelidad a nuestros principios», «perseverar siempre la verdad», etcétera, ¿quién no se entusiasmaría con tales pensamientos? ¡Si no costase tanto trocar estos pensamientos en obras! ¡Si no se esfumasen con tanta facilidad los planes bajo la influencia contraria de la sociedad, de los amigos, de la moda y de mi propio «yo», amado, cómodo!

Escribió REINICK: «No seas veleta, no empieces a cada momento algo nuevo, fíjate el objetivo y persíguelo hasta el fin.»

En esto te servirá de ayuda la recta autoeducación.

III.—Edúcate

Esculpir en tu alma la imagen sublime que Dios concibió al formarte es la noble labor a que damos el nombre de autoeducación. Este trabajo tiene que hacerlo cada una por sí misma, y nadie puede cumplirlo en su lugar. Otras podrán darte consejos, podrán indicarte el camino recto; pero, en definitiva, tú has de ser quien sientas el deseo de formar en ti la noble imagen que Dios ha escondido en tu alma.

Has de ser tú quien desees ser noble, serena, limpia de alma. Has de conocer cómo es tu alma, cuáles son las hierbas malas en ella, qué es lo que le falta. Has de poner mano en la educación de tu alma, sabiendo que el éxito ha de obtenerse a costa de muchos esfuerzos, abnegaciones y victorias alcanzadas sobre ti misma. Has de negarte a menudo cosas deleitosas; has de hacer muchas veces lo que no te apetece y sellar tus labios y erguir tu frente cuando notes que alguna de tus buenas intenciones, una y otra vez, se ve frustrada.

Tu carácter, el curso de toda tu vida, depende de estos trabajos pequeños. «Siembra un pensamiento y segarás el deseo; siembra un deseo y recogerás la acción; siembra la acción y recogerás la costumbre; siembra el carácter y tendrás por mies tu propia suerte.» De pequeños pensamientos y acciones va entretejiéndose la suerte de tu vida.

«En todas las horas de tu vida vuelve tu mirada con respeto y amor hacia la virtud, no pierdas jamás la ocasión de hacer una obra buena, y si esta obra estuviese en pugna algunas veces con tu provecho y deseo

momentáneos, acostumbra tu voluntad a vencerlos...; así alcanzarás un carácter con que puedas algún día hacer algo grande, trabajar para tu época y para el porvenir y lograr que tu nombre se pronuncie envuelto en respeto y amor.» (KOLOSEY).

Pero la mujer ha de educar su voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Altísima escuela de carácter, la más sublime que puede haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: «*Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (1). Hemos logrado la más valiosa autoeducación si tras nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, formulamos la pregunta: «Señor, ¿ha sido de veras *tu* voluntad lo que he hecho, lo que he dicho? ¿También lo querías *tú* de esta manera?

Y esta educación de carácter has de empezarla, hija mía, ya ahora. En la edad madura sería tarde. El carácter no se forma en el vaivén de la vida. Al contrario, quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo pierde hasta lo poco que haya podido tener.

*IV.—Una voluntad de hierro

Ahora ya sabes de quién decimos: *es una joven de carácter*, decimos de aquella que tiene principios ideales nobles y sabe ejecutarlos y permanecer firme en ellos. Permanecer firme aun cuando nadie en el mundo confiese estos nobles ideales, aun cuando todos los que la rodean sean cobardes y sin carácter. Permanecer firme, a pesar de millares y millares de ejemplos ad-

(1) SAN LUCAS, XXII, 42.

versos y malos. ¡Permanecer firmes en nuestros principios sean cuales fueren las circunstancias! Sólo Dios sabe cuán terriblemente difícil es a veces.

Cuando muchachas burlonas molestan largo rato a una compañera peor vestida y ésta —como cierva asustada ante los perros de caza— en vano mira a su derredor buscando ayuda... desviar entonces con suavidad el interés de las compañeras; esto es amor, valentía, fidelidad de principios: *Una voluntad de hierro.*

Cuando en un grupo de jovenzuelas se salpica con sorna y hiel las ideas piadosas, las devociones, la modestia... levantar entonces la palabra sin espíritu de ofender, pero con valentía incontrastable, y defender la doctrina que ha servido de blanco a la befa, es algo que requiere carácter fuerte, heroísmo, *voluntad de hierro.*

Cuando la risa despreocupada de tus compañeras de clase se oye atrayéndote al recreo y apartándote de la lección ingrata, permanecer en estas ocasiones con vigorosa decisión, fieles al deber, es propio de todo un carácter, de *una voluntad de hierro.*

En las sangrientas persecuciones de los primeros siglos cristianos, Alejandro, prefecto de la ciudad de Tarso, apresó a una dama descendiente de reyes y poseedora de grandes riquezas, por nombre Julita. Precisamente entraba en la ciudad con su hijito Quirico, niño de tres años, en los brazos. ¡Pobre madre! El tirano le pregunta su condición, y ella contesta con firmeza inquebrantable: «¡Soy cristiana!» Su respuesta excitó la ira del juez, que mandó quitarle el hijo y que la hiriesen con agudas espinas; mas a pesar de sus dolores, la

valerosa madre continuaba diciendo: «¡Soy cristiana, soy cristiana...!», palabras que el pequeño Quirico repetía, llorando, al ver padecer a su madre.

Entonces el tirano se enfureció todavía más, y cogiendo al pequeño lo arrojó violentamente contra el pavimento de mármol, abriéndole la cabeza en presencia de su madre, que con más valor y firmeza repetía: «¡Soy cristiana..., soy cristiana!» Finalmente, Julita fue degollada, y su cadáver, junto con el de su pequeñuelo Quirico, arrojado a un muladar, del que fueron recogidos por dos santas mujeres.

¡Julita tuvo *una voluntad de hierro*!

Hija mía, ¡cuán pocas son, por desgracia, en nuestros días, las que tienen este carácter de mártir! El carácter al cual rindió ya pleitesía el poeta pagano, al escribir:

Justum ac tenacem propositi virum...
si fractus illabatur orbis,
impavidum ferient ruinae.

Al hombre justo y firme en sus propósitos..., aunque el mundo resquebrajado caiga, lo encontrarán impávido las ruinas.

¡Aquel soldado de Pompeya que estaba de centinela cuando la erupción del Vesubio! La lava hirviente redujo a cenizas todo cuanto había en torno suyo; todo se desplomaba; todo se deshacía; todo se tambaleaba en derredor de él, ¡mas no se movió ni un solo paso del lugar que le señalara el deber!

Pues bien, hija mía, este temple, esta fidelidad de principios, esta frente levantada, esto es lo que llamamos carácter.

Pero, ¡ay!, si ahora fijo la mirada en las muchachas, ¡qué tipos más distintos veré!

Pero ¡cuán distintos! Veo muñecas perfumadas, que se exhiben como figurines en los paseos. Jovencitas que no saben salir del cine y que nunca dejan los salones de té. Colegialas que solamente saben de memoria las noticias de los diarios de modas o deportes, y que devoran páginas y más páginas de literatura barata. Estudiantes holgazanas. Y una inmensidad de estudiantes que todo saben menos estudiar.

V.—Palabras de Epicteto

Los buenos pensadores del paganismo ya descubrieron la gran verdad de que un hombre o una mujer pueden ser sabios célebres o artistas insignes, un *sportman* de fama mundial, una *estrella* luminosa o dueños de inconmensurables riquezas; pero si no tienen carácter nada valen. Lee los siguientes pensamientos de un esclavo pagano en las obras de EPICTETO:

«No te preocupes de satisfacer las necesidades de tu estómago, sino las de tu alma» (*Gnomologium Epicteti,* 20) (1).

«Antes morir que vivir con mala moralidad» (*Frag.* 32, 422).

«La suerte ata al cuerpo; la maldad ata las almas. Quien es libre según el cuerpo, pero tiene atada su alma, es esclavo; quien está exento del mal en el alma, es hombre libre, aunque tenga el cuerpo encadenado» (*Gnomologium,* 32, 470).

«Es de más provecho para el Estado si en moradas pequeñas viven almas grandes que si en palacios viven hombres de un alma esclava» (*Gnom.,* 60, 470).

---

(1) Ed. Echenkl-Teubner. Léipzig, 1898-1899.

«Tu alma es la radiación de la divinidad; eres su hijo; por lo tanto, tenla en gran estima. ¿No sabes que estás nutriendo a Dios y lo llevas en tu persona?» (II, 8, 12, 125).

«Nuestro fin es obedecer a los dioses, para que de esta suerte nos hagamos semejantes a Dios» (I, 13).

«El alma es como una ciudad sitiada: detrás de sus muros resistentes vigilan los defensores. Si los cimientos son fuertes, la fortaleza no tendrá que capitular» (IV, 4, 25).

«Si quieres ser bueno, antes has de creer que eres malo» (*Gnom.*, 13, 468).

«Abstente del mal y no condesciendas jamás con tus malas inclinaciones» (*Frag.*, 10, 411).

«El alma pura que tiene principios rectos será sublime e incontrastable también en sus acciones» (IV, 11, 8, 389).

«En todas tus obras grandes o pequeñas, mira a Dios» (II, 19, 31, 174).

Enseña a los hombres que la felicidad no está donde ellos, en su ceguera y miseria, la buscan. La felicidad no está en la fuerza, porque Myro y Ofelio no eran felices; no está en el poder, porque los cónsules no tenían dicha; ni el conjunto de estas cosas, porque Nerón, Sardanápalo y Agamenón hubieron de gemir, llorar, mesar sus cabellos, y fueron los esclavos de las circunstancias, los prisioneros del parecer. La felicidad está en ti, en la libertad verdadera; en la ausencia o supresión de todo miedo innoble, en el absoluto dominio de ti mismo, en la posesión de la satisfacción y la paz...

Ved ahí ¡qué elevados pensamientos en labios de un esclavo gentil!

VI.—La fuerza de un gran ideal

Ha de fijarse cada joven algún ideal grande para su vida, y ha de parecerle indigno quedar en las filas de las mujeres adocenadas. Fíjate tú también algún ideal elevado, y después no te apartes nunca de él, y aplica todas tus fuerzas a realizarlo. No digo que dentro de algunos meses, ni siquiera dentro de algunos años, alcances realmente tu ideal. Hasta podría darse el caso de que nunca lo alcanzaras. Pero no importa. Con la reconcentración de nuestros pensamientos y de nuestros planes sin duda nos acercaremos al fin, que primero nos parecía levantarse en una altura inabordable. Quien se propone con todas sus energías conseguir un objetivo elevado, descubrirá en sí, día tras día, nuevas fuerzas, cuya existencia ni siquiera sospechaba. Cuánto puede soportar el cuerpo humano nos lo han demostrado las privaciones increíbles de la guerra; así también si te lanzas con todas tus fuerzas a conseguir un ideal prefijado, sólo entonces podrás ver de cuánto es capaz el alma humana con una voluntad firme.

Así podrías fijarte, por ejemplo, como fin, librarte del defecto mayor que hayas descubierto en ti, cueste lo que costare. O si estudias y antaño sacaste un notable y algunos aprobados, al curso siguiente proponte obtener un sobresaliente. O bien resuélvete aprender música, dedicando dos horas cada día sin exceptuar ninguno.

Después me gustaría que te fijaras un objetivo más lejano. Llegar a ser una mujer como hay pocas; esto es: culta, dispuesta y a la par *mujer de hogar*, en cuyas

manos no se enmohezca la aguja ni se escurran las sartenes... ¡Una mujer de altura!

Yo quisiera que toda joven se metiera en la cabeza que puede y debe llegar a ser una gran mujer, instruida, de carácter firme, mejor que muchas otras innumerables. No digo que llegue a serlo en realidad. Pero si sus anhelos y pensamientos se lanzan siempre como el águila a un fin elevado, seguramente lo alcanzará con más facilidad que si, a modo de golondrina, no hace sino rozar de continuo la tierra.

«Pero así, todas las muchachas serán engreídas y fatuas» —me dirás tú—. No lo temo. Al contrario, es seguro que la que siente su alma caldeada por tan nobles ideales vencerá con más facilidad los pensamientos rastreros; hay jóvenes que no supieron fijar a su vida un elevado anhelo, un ideal sublime, y por eso se degradaron moralmente.

Acepta sin reservas la divisa que uno de los hombres más ricos, pero al mismo tiempo de los más laboriosos de América, CARNEGIE, propone a los jóvenes: *My place is at the top,* «mi puesto está en la cumbre». Pero no intentes llegar a la cumbre merced a la influencia de la familia, sino con trabajo penoso, con el escrupuloso cumplimiento del deber.

Naturalmente, hay quien porque es «humilde», «resignada», «modesta», no llega a ser mujer de altura. ¡Poco a poco, entendámonos! La cobardía no es virtud y la pereza no es humildad. La verdadera humildad nos hace decir: «Nada soy, nada puedo *por mí propia fuerza*»; pero añadiendo a renglón seguido: «Sin embargo,

no hay en el mundo cosa que no pueda yo hacer, *si Dios me ayuda.*»

Repite con frecuencia la frase preciosa, la súplica exquisitamente arrulladora de un santo: *Deus meus, Deus meus! Nihil sum, sed tuus sum.* «¡Dios mío, Dios mío! Nada soy; pero lo que soy es completamente tuyo.» Rézala muchas veces, y verás qué fuerza espiritual tan viva brota de tan sencilla oración.

*VII.—La fortaleza

Es cierto que la debilidad parece más propia de la mujer que del hombre. Mientras éste se jacta de su resistencia y de su vigor aquélla presume de gracia y delicadeza. Y sin embargo, esta blandura femenina es tan sólo en lo físico; hablando del carácter se nos ofrecen ejemplos numerosos: ora de fortaleza en el obrar, ora de arrojo y decisión. Esta energía en las decisiones, este obrar, es el sello de la *mujer de carácter,* de la *mujer fuerte.*

Tal es la fortaleza que debes perseguir, amada joven. Fortaleza que reside en el obrar, no en los ensueños. Hay muchachas que son capaces de todo...; pero sólo con el pensamiento, con la imaginación. Dominar el mal humor, trabajar sin ganas, levantarse al sonar la hora, asistir a clase...; *obrar,* y no *soñar,* en eso consiste la fortaleza.

Pero advierte que tampoco es fortaleza, voluntad varonil, la precipitación desatinada. Meterse en el peligro diciendo entre sí: «Ya me ayudará Dios», y resolver, sin pensar antes, todos los problemas.

Emprenderlo todo para dejarlo mañana no es tampoco de ánimo fuerte. Hoy empie-

zas a coser una prenda, mañana la abandonas en el fondo de tu cestillo de costura sin prestarle la menor atención. En compensación intentas hacer un dibujo que te cansa a los tres días porque ya no te interesa, y le cambias por otra cosa. Te entregas en cuerpo y alma a la lectura de poesías, de novelas, al baile por unas semanas, al cabo de las cuales ya estás cansada y lo dejas. Nada de esto es fortaleza.

El dicho alemán expresa esta fortaleza muy exactamente: *Erst wägen, dan wagen.* Antes pensarlo, después lanzarse. Es decir: pensar bien la cuestión, el deber. Considerar las circunstancias. Pero cuando ves que has de hacerlo, o vale la pena de que lo hagas, entonces no has de retroceder, por más abnegación, perseverancia, sacrificio que te costare; he de hacerlo; es *deber mío;* por lo tanto, lo *hago;* esto ya es fortaleza, que hace la verdadera mujer de carácter.

VIII.—La libertad

No hay palabra que hechice tanto la mente de la juventud como la palabra «libertad». ¡Crecer libremente! ¡Desarrollarse libremente! ¡Vivir libremente! Libremente, como el pájaro. Un deseo instintivo impele a la juventud hacia la libertad. Y si ese instintivo lo dio el Creador; y, si lo dio El, entonces habrá fijado blancos elevados a este instinto.

Estos deseos de libertad no pueden tener por fin la indisciplina, el hacer lo que le da la gana, el contestar con insolencia y descaro. Este fin no puede ser otro que dar fuerzas a la joven para que pueda luchar

contra todo lo que impida su desarrollo ideal.

El deseo de libertad de tu corazón tiene como fin asegurar tu desarrollo de espíritu. Así, pues, no has de luchar contra toda regla y contra todo lazo; esto sería libertinaje, desenfreno, sino sólo contra las pasiones, inclinaciones, obstáculos, que se oponen al libre desenvolvimiento de tu carácter.

No es justo luchar contra lo que favorece tu desarrollo, por muy difícil que sea; a semejanza de la vid, que no puede desprenderse del rodrigón que la sostiene y hace que puedan los sarmientos subir más alto.

Todo instinto abandonado a sí propio es ciego. Es ciego también el instinto de la libertad, y si desprecia la dirección de la mente severa, precipita al hombre en la perdición, en la ruina. Por esto vemos un día y otro día la triste realidad en que muchas jóvenes se pierden por una libertad mal entendida. Los instintos emancipados del control de la inteligencia las arrastran ciegamente hacia cosas que sólo son buenas en apariencia, pero que en verdad son nocivas, y las hacen retroceder ante otras que, aunque parezcan difíciles, serían necesarias para el armónico desarrollo espiritual. Decía una jovencita a su madre: «No te empeñes en que te obedezca, porque basta que tú lo quieras para que a mí no me guste...» Ved ahí el deseo de libertad desviado, que considera intervención abusiva todo mando y prohibición.

A tu edad el *non plus ultra* del anhelo de todo joven es verse libre, independiente. Pues eso mismo quieren tus educadores,

tus padres. Trata de comprenderlo y cooperar con ellos.

Son, por desgracia, muchísimas las que proceden de muy distinta manera. Porque ya quieren ser independientes, cuando todavía deben *educarse* para ello. Entienden por independencia el desorden, el emanciparse de toda obediencia, y no aquella independencia interior, fecunda semilla de ayuda, libertad, dominio contra el desaliento, el capricho, la pereza y los otros retoños de la vida del instinto.

¿Cómo, pues, podrás trabajar prudentemente por tu independencia espiritual? Viendo en las órdenes de tus padres, en las reglas del colegio, en el deber cotidiano, no grilletes para tu libre albedrío ni mandatos caprichosos que sólo a regañadientes han de cumplirse mientras lo ven otros y pueden vigilarlo, sino todo lo contrario: medios que te sirven para vencer tu comodidad, tu mal humor, tus caprichos, tu superficialidad, tu inconstancia. La que mira bajo este aspecto cuanto se le manda, y por esto cumple las prescripciones, esta tal trabaja de veras por la libertad de su alma. *Deo servire regnare est,* dice un proverbio latino. «Servir a Dios es reinar.»

El ideal de la educación católica es la joven que se desarrolla armónicamente en su cuerpo y en su alma. El cuerpo para nosotros santo es como el alma, ya que confesamos que lo recibimos del Creador, para que nos ayude a conseguir nuestro fin eterno: confesamos que el cuerpo humano fue santificado por el mismo Hijo de Dios cuando asumió carne mortal, y creemos que un día también el cuerpo participará en la vida eterna.

El cristianismo no ve, pues, algo «diabó-

lico», algo «pecaminoso» en el cuerpo. No tiene por fin destruir el cuerpo ni debilitarlo. Lo que intenta es hacer del cuerpo un trabajador puesto al servicio de los fines eternos. Los mandatos de la religión, aunque te obliguen severamente, no son obstáculos a tu libertad, más bien son garantía y medios auxiliares para el vuelo de tu alma. También atamos al rodrigón la cepa de la vid, pero no para contrariarla en su libertad, sino para dirigir y asegurar su recto crecimiento.

No vamos nosotros a pedir menos que pedía el noble pensar de un romano. Mira qué objetivos propone JUVENAL en los versos que siguen:

Orandum est, ut sit mens sana in corpore [sano;
Fortem posce animum, mortis terrore ca- [rentem,
Qui spatium vitae extremum inter munera [ponat
Naturae, qui ferre queat quoscumque la- [bores.
Nasciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis aerumnas credat saevosque labo- [res
Et venere et coenis et plumis Sardana- [pali (1).

«Has de pedir alma sana en cuerpo sano. Pide ánimo fuerte, que no tema la muerte, que ponga entre los dones de la naturaleza el único momento de la vida, que pueda sobrellevar cualesquiera trabajos.

No sepa airarse, nada desee y tenga los trabajos y duras calamidades de Hércules

(1) JUVENAL, *Satyr.*, X.

en más que los placeres y cenas y plumas de Sardanápalo.»

En resumen: cuerpo sano, alma fuerte y capaz de soportar las fatigas pesadas, autodisciplina, nada de pretensiones, moderación.

Pero sólo las almas grandes son capaces de esto.

IX.—Jóvenes magnánimas

Al pronunciar la palabra «magnánimo» no habéis de pensar en las heroínas de alguna célebre hazaña, cuyos nombres resuenan en el mundo entero y se ven estampados en los diarios. La mayoría de las mujeres no tendrán ocasión ni una vez en su vida de realizar una sola gesta heroica. Por lo mismo, aunque las muchachas muestren ardoroso entusiasmo, contando cómo morirían de muy buena gana por su religión, cómo quisieran ofrecer su vida entre salvajes por Jesucristo, o con qué denuedo estarían dispuestas a derramar su sangre en cualquier momento por el bien de la patria o de los suyos..., por muy hermoso que tal entusiasmo sea, mientras no pase de ser un vago sueño, os diré que será de muy poco valor en la vida cotidiana. Porque es muy probable que las muchachas nunca tengan ocasión de hacer tamaños sacrificios.

Hay que aplicar, pues, esta fuerza interior del entusiasmo fogoso *al velamen de los pequeños deberes de la vida cotidiana,* y entonces podremos librar en él enormes energías. Quien desea ir en tranvía, inútil es que lleve billetes de cien pesetas; si no tiene calderilla, el conductor le hará bajar, porque el tranvía no es un Banco de cam-

bio. De la misma manera hemos de cambiar los grandes ideales del entusiasmo, del martirio y del amor a la patria y a los nuestros en calderilla para poder cumplir con constancia los mandamientos de nuestra religión y los deberes anejos al amor de la patria y de los semejantes todos, hasta los más pequeños.

Hoy día es improbable la muerte de martirio por tu fe, y quizá tampoco hayas de *morir* heroicamente por tu patria y por los tuyos. Pero tu religión, tu patria y tus semejantes te piden, esto sí, una *vida* saturada de continuos heroísmos. Y esto es lo más difícil. El ejemplo de jóvenes desgraciadas que ponen fin a su existencia muestra muy a las claras que muchas veces es preciso más valor para la vida que para la muerte.

He visto muchachas temblar al solo estampido de un proyectil, y, sin embargo, enardecidas de amor patrio, celosas del bien de los suyos, desafiaron con entusiasmo heroico el furor de las granadas entre las camas de un hospital de sangre, sin abandonarlas un solo instante. ¡Su entusiasmo tornólas valientes! Ahí verás que nada lograrás en la vida diaria sin esa fuerza interior del entusiasmo.

Hay jóvenes que presumen de valientes y no hay en ellas más que ligereza y vanidad. Quizá no teman la misma muerte; pero temen horriblemente los sufrimientos que las esperan en la vida, y este miedo las hace perjuras, pecadoras.

Temblando mira el público en el circo los saltos verdaderamente mortales de los acróbatas; pero ¿crees, acaso, que la que juega con tanta ligereza con su vida podrá vencer, por ejemplo, la mentira, si a true-

que de ella puede librarse de cualquier cosa baladí? Se necesita mucha menos valentía para estar en la línea de fuego que para perseverar firme en los puros principios morales en medio de una sociedad que de la vida no tiene sino un concepto ligero. ¡Es valentía decir siempre la verdad! ¡Es valentía mantenerse siempre pura, honrada, resistiendo los halagos tentadores! ¡Es valentía perseverar inconmovibles en nuestros principios!, y esto es lo que hace la joven de carácter.

X.—«Pero ¡qué egoísta eres!»

No puede negarse que no es ningún cumplido hablar así a una compañera. ¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí misma desordenado, desquiciado. El amor justo a sí misma es mandamiento de Dios y al par un instinto puesto en nosotros. Es el principio de que brota la sustentación del individuo y que nos instiga a evitar todo lo que pueda dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. La muchacha egoísta se cree ser el centro del universo, que todo el mundo está hecho para ella y que todas las gentes tiene por único destino en esta tierra el servirla para su mayor comodidad. Juzga hasta los grandes acontecimientos mundiales según la ventaja que para ella representan.

Cuanto más pequeña es la niña, tanto más vive bajo el poder de los sentidos, y es por esto mismo más egoísta. Mira si no cualquier pequeña de tres o cuatro años. ¡Cuántas exigencias tiene! Todo lo ansía para sí; todo lo acumula en su cuarto para que a los demás nada les llegue. A una pe-

queñuela se lo perdonamos, aunque preciso es acostumbrarla también al desprendimiento; y tampoco puede sorprender que una estudiante de la clase de primer curso manda a su madre, mediado ya septiembre, cartas en que diga, por ejemplo: «En la escuela ya tengo tres buenas amigas: Luisa Gómez, en latín; Inés Vivanco, en matemáticas; Manolita Pérez, en castellano; son mis mejores amigas...»

Pero cuanto más se desarrolla tu entendimiento, tanto más has de comprender —aunque no te hubieran educado para ello en casa— que el mundo no está hecho tan sólo para ti; que no eres el personaje más importante de la tierra; que millones y millones de personas hay en tu derredor con quienes has de tener atenciones. A la que no comprende esto la llamamos egoísta.

Y es curioso notar que las muchachas tórnanse con facilidad egoístas precisamente en los años de la adolescencia; es decir, precisamente en los años en que más orgullo suelen sentir por su penetración de espíritu y su ciencia. De la muchacha que es insoportable en casa, que se enfada con facilidad, que no deja en paz a sus padres y hermanos, que cierra las puertas con estrépito, que pone ceño adusto, que siempre está descontenta, que no trata a nadie con comedimiento, suele decirse: «¡Es nerviosa, la pobre!» ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta.

Hay egoísmo si una estudiante acomodada describe ante su compañera pobre los viajes estupendos que ha hecho durante las vacaciones. Hay egoísmo si sueltas la puerta automática cuando sabes que alguien viene detrás de ti. Hay egoísmo si te ríes cuando hay motivo de tristeza en la

familia. Hay egoísmo si te burlas siempre de los demás y les das pie para irritarse.

Acostúmbrate a practicar el desprendimiento ya en tu juventud. ¡Qué repugnante egoísmo que una mujer no busque más que su propio interés en la vida y que esté dispuesta para lograrlo a pasar por encima de todos los demás! Pero ¿cómo llegó hasta tal punto? Quizá haya empezado por cosas insignificantes en la niñez. Cuando jugaba con las demás en el jardín, en el parque, ella iba delante soltando las ramas de los arbustos para que fueran a herir en la cara a las que la seguían; esto sólo importaba: ella ya había pasado.

En cambio, ¡qué hermoso si se dice de alguien que es una joven de alma noble! La nobleza del alma es lo contrario del egoísmo. Si tu compañera tiene algún pesar, consuélala con unas palabras buenas que broten del corazón. Es nobleza de alma. Si se alegra, alégrate con ella; también es nobleza de alma la egoísta en estos casos se pone amarilla de envidia. Si compartes tu desayuno con tu compañera, tienes nobleza de alma. Si la ayudas por la tarde a aprender la lección, si procuras alegrar a las demás, si tratas a las criadas con finos modales, si recoges a alguien cualquier cosa que se le ha caído al suelo..., no eres egoísta. Ved ahí, pues, ¡qué grandeza de alma, qué elevación de pensamiento, qué amor al prójimo cabe en las insignificantes pequeñeces de la vida de colegiala!

XI.—¿Sabes decir no?

Sin el arte de decir «no» es imposible que haya una joven de carácter. Cuando los deseos, las pasiones de los instintos se

arremolinan en ti, cuando después de una ofensa la lava encendida de gases venenosos bulle en ti y se prepara a una erupción a través del cráter de tu boca, cuando la tentación del pecado te muestra sus alicientes, ¿sabes entonces con gesto enérgico pronunciar la breve y decisiva palabra: *No*? Entonces no habrá erupción. No habrá precipitación. No habrá riña. No habrá palabras altisonantes.

César quiso acostumbrarse a no hablar precipitadamente, a pesar las palabras de antemano, contando hasta veinte en sus adentros antes de dar una respuesta. Excelente medio. ¿Para qué sirve? Para que nuestro mejor «yo», nuestra comprensión más equitativa, pueda hablar, después de sentirse abrasada un momento por la llamarada de los sentidos.

Por un espléndido camino nevado íbase deslizando una joven en esquí. Al final de la colina se abría un profundo precipicio. La joven iba volando hacia abajo, lanzada como una flecha; pero he aquí que delante del precipicio, con admirable técnica, se para de repente y se mantiene allí en el borde de la sima como una columna de granito. ¡Bravo! ¡Estupendo! ¿Dónde lo has aprendido? «¡Ah!» —contesta la muchacha—. No he empezado ahora. Al principio tuve que ensayarlo muchísimas veces para poderme parar en las más suaves pendientes.»

También el camino de la vida es una especie de carrera de esquí, con innumerables precipicios. Y todas caen y todas van al abismo si no han hecho prácticas de pararse infinitas veces, plantadas como columna de mármol, y responder un recio y

rotundo «no» a las tempestades turbulentas de las pasiones.

El ejercicio de la voluntad no es otra cosa que el prestar una ayuda sistemática al espíritu de la guerra de libertad que ha de sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se incline, sin decir una palabra, a cualquier deseo que se asome en su instinto, perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas encontradas. Ahora comprenderás la palabra del SEÑOR: *«El reino de los cielos a viva fuerza se logra y los esforzados son quienes lo arrebatan»* (1).

Primera condición del carácter: guerra contra nosotros mismos y orden en la enramada salvaje de nuestras fuerzas instintivas.

Durante la guerra mundial se repitió mucho este lema: la mejor defensa es el ataque. En efecto, quien empieza la ofensiva gran ventaja lleva. También en el gran combate del alma conservarás tanto mejor tu carácter cuanto sean más y mayores tus acometidas; has de atacar día tras día, aunque sólo sea en pequeñas escaramuzas, al enemigo que tiene sus reales plantados en tu interior, y cuyo nombre es pereza, comodidad, desamor, capricho, glotonería, curiosidad...

Temo que ni siquiera puedas concebir cuán alto ejemplo de propio dominio dió ABAUZIT, sabio naturalista de Ginebra. Durante veintidós años estuvo midiendo la presión del aire, anotándola cuidadosamente. Un día entró en la casa una nueva criada, que empezó por hacer «gran limpieza» en el gabinete de estudio. Llega el sabio y

---

(1) SAN MATEO, XI, 12.

pregunta a la muchacha: «¿Dónde están los papeles que tenía aquí debajo del barómetro?» «¿Estos, señor? Estaban tan sucios, que los he quemado; pero los he cambiado con otros, completamente limpios.» Pues bien: piensa lo que tú habrías hecho en semejante caso. Y ¿qué dijo él? Cruzó los brazos; por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía; y después dijo con sosiego: «Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no has de tocar nada en este cuarto.»

Prueba a ver si en cosas menos importantes puedes guardar la serenidad.

Se necesita gran vigor espiritual para que te atrevas a defender tu parecer y tus principios de moral aun en medio de una sociedad de pensar completamente distinto. Es menester una valentía muy recia para que no reniegues ni un ápice de tu convicción religiosa por amor a nadie. Pero la que está falta de esta valentía es un carácter débil y no puede llamarse joven de carácter.

Sin embargo, hay jóvenes que se ruborizan de confesar con gallardía sus creencias en medio de las gentes por el «qué dirán». Hay muchas que, a pesar de su alto concepto de moralidad, las divierten las conversaciones libres e incluso fingen ser «frescas...», y hasta ellas mismas cuentan algunos chistes, porque «las otras también lo hacen».

La que tenga carácter no preguntará: «¿Cómo habla aquélla...? Yo también hablaré de la misma manera.» La que tenga carácter no mirará: «¿Qué hace aquélla...? Yo haré lo mismo.»

La flor abre sus pétalos al rayo de sol de la mañana y no mira qué hacen las de-

más flores, y baña su cabecita en el caliente piélago de luz. ¡De cara al sol! —es lo que dice la joven de carácter—. El águila no espía con temor a las demás aves para ver si también ellas la siguen hacia arriba, sino que se lanza a las alturas serenas y puras, de cara al sol. Hacia arriba, *ad astra*, ha de ser también la divisa de la joven de carácter.

Es una suerte si puede pronunciar—cuando es necesario—el «no» enérgico.

¡No! —has de decir a tus compañeras cuando ellas te inciten a cosas prohibidas.

¡No! —has de gritar a tus instintos cuando ciegamente te acucian.

¡No! —has de gritar a todas las tentaciones que, adulando, quieren envolverte en sus telarañas.

XII.—Fragmento de un diario

Copio algunas líneas del diario de una estudiante de la capital, de quinto curso. Verás en ella dos tipos: la una, ligera, indolente, que se deja llevar por la corriente que la arrastra, y la otra, que con carácter de acero sabe pronunciar el «no».

«Ayer fui a visitar a Juana; pero creo que pasaré mucho tiempo sin repetir la visita. Mercedes también insistía, y tanto me instaba, que consentí por fin, aunque —Dios sabe por qué— hace ya tiempo que me siento alejada y extraña a ella. Sobre todo, desde que al final de una clase de Religión dijo cínicamente a las muchachas: «La Religión es para las niñas, no para las jóvenes libres, independientes.»

«Antes de todo, he de decir algo de su cuarto. No es posible ver tanto desorden,

ni en pleno mercado. Toco la campanilla. Una doncella con uniforme abre la puerta. «La señorita está estudiando en su cuarto. Sírvase pasar...»

«En los aposentos todo delata la riqueza y el bienestar; grandes cuadros en las paredes, alfombras persas a cuál más hermosas cubriendo el suelo.

»Toco a la puerta de la «señorita»; parece que debe estar estudiando muy ensimismada, porque no se oye contestación. Abro la puerta en silencio. Está acodada nuestra amiga Gamarza sobre un número de un semanario de modas, pero duerme. Debajo del semanario está la gramática francesa, abierta, para que, en caso de entrar su madre, pueda hacerse rápidamente el cambio. En este momento no lo habría logrado...

»Antes de despertar a la «estudiante» aplicada echo aprisa una mirada al cuarto. Sobre el escritorio están dispersos los siguientes «instrumentos de trabajo»: un cuaderno de apuntes manchado de tinta, la labor de punto enrollada de mala manera, la regla toda emborronada, un diccionario sin pastas. Sobre la butaca, unas medias; más allá, rodando por el suelo y en medio de la habitación, los zapatos...

»A derecha e izquierda, diferentes libros: el *Quijote,* de Cervantes; *Sotileza,* de Pereda; algunos tomos de Campoamor y de Bécquer; *La bailarina del Teatro Real,* mezclados, en el mayor desorden. En medio de todos, acá y acullá, asoman los libros y la gramática inglesa. Un trozo de lápiz, que conserva las huellas de los dientes, y cuatro billetes de tranvía completan el paisaje. Y en medio de todas estas cosas duerme con tranquilidad Juanita. ¡Dios mío

—se me ocurrió—, si el interior de esta muchacha será también tan desordenado!

»Pero en esto ya se había despertado. Con un movimiento maquinal agarró el semanario para cambiarlo por la gramática francesa; pero en cuanto notó que no era su madre la que entraba, con refinada elegancia me tendió la mano.

»—¡Ah! ¿Eres tú? ¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes! Siéntate. Enciende. Es egipcio auténtico —y con movimiento elegante sacó del escondrijo de un cajón un puñado de cigarrillos.

»—Gracias. No fumo. ¿A ti te lo permiten? ¿Quién te los ha dado?

»—Se los cogí a mi padre..., es decir..., me los dio, mejor dicho..., de allí proceden. ¿Tú no fumas todavía? ¡Qué santita eres! Natural; así son las niñas; todavía no hacen lo que «no está permitido».

»Algo hervía en mí, pero me vencí y contesté con tranquilidad:

»—Ciertamente, lo que mis padres me prohiben no lo hago. Hasta el presente siempre he podido convencerme de que tenían razón. Pero no es sólo porque mis padres lo encuentran abominable en una mujer, sino también por convicción. Y suelo ser consecuente con mis convicciones.

»Después empezó a hablar de su veraneo, de sus trajes. Contó, además, muchas cosas cursis; y hasta llegó a bromear en términos no muy loables para una mujer decente, a pesar de ver bien claro que yo no me reía. Pero en cuanto sacó sus álbumes cargados de fotografías suyas o de artistas casi desnudas y empezó a jactarse de sus conquistas, me levanté y la dejé plantada. La ira que hace tiempo hervía en mí se desbordó y fue un alarde de dominio de mí

misma no decirle más que esto: «Pero yo creía que me habías invitado para un rato de honesto pasatiempo...»

»Después de esta triste visita tuve que buscar el refrigerio del aire. Una fuerza inexplicable me empujaba hacia el aire puro de una noche serena. En una noche de invierno, las estrellas parpadeaban con una luz fría. Me paseaba sola de abajo arriba, mi alma intranquila se levantó hacia el cielo y como en un rezo exclamó: ¡Oh estrellas! Vosotras sois puras, resplandecientes y límpidas en vuestra luz. ¡Cuánto barro en la tierra y qué sórdidas las almas!..., y fui errando largo rato con mis pensamientos abismados en las purezas eternas.

«Esta es la historia de mi primera visita a Juanita; pero a buen seguro que no se repetirá...»

*XIII.—Cometa en el hilo telegráfico

La base de la virtud es el dominio de sí misma. En cuanto alguna se hace esclava de sus instintos, pierde inmediatamente la garantía mejor de su vida moral: el gobierno de sí misma. La que se deja arrastrar, sin oponer resistencia, por los deseos sensuales, no sólo pierde el derecho de llamarse *joven de carácter,* sino aun el de llamarse mujer. En el concepto de mujer se incluye el dominio, el saber oponerse a las pretensiones ilegítimas del cuerpo, a sus explosiones eróticas. Con asombro vemos en la vida cómo no sólo las niñas —en quienes prevalece el poder de los sentidos—, sino hasta las mujeres maduras, obran bajo la influencia de la impresión primera. Cuán increíblemente débil es su autodisciplina,

que, sin embargo, podía ayudarles para considerar antes si su acción es justa, legal, conveniente, y las consecuencias que acarrea. Las olas instantáneas de la vanidad ofendida y de la ira, del sensualismo y del orgullo, etc., las empujan y arrastran a obras que, a los cinco minutos, son las primeras en lamentar. Un porcentaje enorme de conflictos morales y sociales se suprimirían en el mundo si las mujeres aprendieran a practicar bien una sola virtud: saber mandarse a sí mismas.

Al filósofo pagano Crates cierto día le golpeó tanto el pintor Nicódromo, que se le hinchó toda la cara. ¿Sabes cuál fue la venganza de Crates? «Le pagó con otro golpe» —piensas tú—. No. Sobre su cara hinchada puso esta inscripción: «Es obra de Nicódromo.» De esta suerte, toda la ciudad vio qué alma vil era el pintor y cuán aprisa se dejaba vencer por la cólera.

Una vez cierta estudiante tuvo otra solución en un caso parecido. Sin querer dio un empujón a una de sus compañeras; ésta no anduvo corta ni perezosa, y bruscamente le lanzó el pago. «¡Qué bruta!» Y ¿sabes qué contestó mi estudiante, con serenidad y calma? No le dijo más que esto: «Pero, por favor, ¿cómo puedes olvidarte tanto de ti misma?»

Voy a referirte una anécdota respecto del carácter:

Un joven ateniense frecuentaba la escuela de un filósofo de renombre. Un día le anunció su próximo enlace.

—¿Cuáles son las cualidades de la prometida? —le preguntó el filósofo.

—Ella es bonita —le contestó el discípulo, emocionado.

El maestro escribió un gran cero en el tablero.

—¿Qué más? —preguntó él.

—Ella es de familia distinguida.

El filósofo escribió otro cero.

—Ella es rica.

Otro cero...

Y así llegaron ya al cuarto cero.

Al fin, el joven añadió:

—Ella es de muy buen carácter.

Entonces el filósofo escribió la unidad delante de los ceros y, dirigiéndose al joven y mostrándole en el tablero el número 10.000, exclamó:

—Tú tienes un tesoro.

¡Ya ves cuánta importancia tenía el buen carácter de la mujer entre los propios paganos!

Dicen que las mujeres de hoy tienen una manera de pensar terriblemente materialista. Es un hecho triste e innegable. Y, no obstante, incluso estas mismas mujeres que tienen un concepto tan rastrero del mundo, tan apegado al fango de la tierra, ofrecen el tributo de profunda pleitesía a mujeres en quienes el espíritu triunfa de la materia.

¡Con cuánto entusiasmo acogió el mundo entero no ha muchos años la noticia de que Amundsen, el viajero impertérrito de los Polos, después de muchas privaciones, llegó al Polo Sur! ¡Y qué sincera fue la compasión cuando supo que Shakleton murió helado unas millas antes de llegar a su término!...

Tampoco hoy se pide a la joven cristiana otra cosa que carácter, y *buen* carácter; más que la belleza se alaba en ella el triunfo del espíritu, del alma, sobre las fuerzas del cuerpo, de la materia, de la naturaleza. ¡Esas mujeres necesita el mundo!

En una pequeña ciudad de provincia encontré un día por la calle a un niño que lloraba a voz en cuello. Durante largos días había trabajado en hacer una hermosa cometa, habíala adornado, pegado..., y cuando ya quiso soltarla, se le quedó prendida en un hilo telegráfico. La hermosa cometa, que se retorcía impotente bajo el soplo del viento sobre el hilo, se iba destrozando y el niño lloraba al pie del poste telegráfico por aquel trabajo hecho con tanto esmero y solicitud.

El alma de cada muchacha bien volaría hacia las alturas; pero la de muchas queda prendida —por desgracia— en los arenales del entendimiento que duda, en los escollos de la moral, en las redes de las pasiones. ¡Pobre niño! ¡Cómo llora cuando su cometa, que con empuje emprendió el vuelo, se enreda entre los hilos extendidos, y se hace jirones! ¡Cuidado que tu alma en su ascenso no quede aprisionada entre las garras de las pasiones y en el laberinto inextricable de las fuerzas desordenadas del instinto!

***XIV.—Contra torrentem!**

Imaginaos, por un momento, una mujer de mal carácter; mujer cuyo espíritu es un verdadero torrente que nadie es capaz de contener. ¿Cómo vivirá? Poco menos que como una furia desatada... Se cuenta de Sócrates que le cupo en suerte una de esas furias, la tremenda y sin par Xantipa.

Un día, esa dama, después de haber llenado de improperios a su paciente marido, le arrojó sobre la cabeza un balde de agua. Tal hazaña fue contestada por Sócrates con esta frase, entre serena y burlona: «¡Ya

sabía yo que la tronada de todo el día había de acabar en agua!»

Piensa, pues, ¡cuán insoportable es una mujer de mal carácter! En cambio, ¡qué facilidad proporciona la joven que sabe ser serena y dueña de sí; que vive con entereza sus convicciones, despreciando la ironía y el ruido de los demás! ; esa sí que es una joven de carácter. *Contra torrentem.* ¡Contra la corriente!

Tampoco la que esté pendiente continuamente del qué dirán de esto las demás es todavía un carácter autónomo, sino una esclava del respeto humano.

Judit, la heroína de Betulia, en presencia de Holofernes, no tuvo miedo de negarse a comer las viandas que éste le ofrecía, sino que, valerosa, respondió al general asirio: «No podré ahora comer de esas cosas que mandás darme por no acarrear contra mí la indignación de Dios, sino que comeré lo que he traído conmigo.»

Firme en la resolución de salvar a su pueblo, Judit no se deja vencer por la molicie y el regalo de Holofernes: la fe en su Dios la ha enviado al campamento y sostiene su debilidad. Sabe que es bella y que su belleza le brinda un puesto brillante entre el pueblo asirio; mas todo esto no tiene fuerza ninguna para hacerla claudicar.

¡Era una mujer de carácter!

La mujer de voluntad fuerte se abre camino aun por las rocas, como la cascada, y las almas valientes, autónomas..., las almas de carácter, se levantan a fuer de pirámides, en el desierto árido del mundo moderno, falto de carácter. Un heroísmo capaz de conmover al mundo no entra en el destino de todas las mujeres. Es muy probable que tampoco en tu vida se pre-

sente la ocasión. Pero tu misma vida será un ejemplo heroico, si con celo perseverante, con fiel escrupulosidad, cumples los deberes más insignificantes de cada día.

¡Y no temas tanto a las personas de palabra estentórea! Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás no una, sino muchas veces, cómo retroceden. No son toros bravos para cogerte con sus cuernos; más bien son caracoles gigantescos que al primer toque de algo recio se ocultan —con cuernos y cabeza— en su propia concha.

Vemos con gran satisfacción que la juventud de hoy es mucho más religiosa que la juventud de hace veinte o treinta años. Tiene que ser así: de lo contrario, se arruinaría la cultura europea, desaparecería el hombre y aumentarían las fieras...

Rabindranath Tagore, el poeta indio, durante su viaje a nuestro continente, hizo constar que la moral de la llamada Europa cristiana queda muy atrás, si se parangona con la moral del Oriente pagano. El espíritu materialista del siglo XIX, que negaba el alma, todo ideal, a Dios y el destino ultraterreno, llevó toda la cultura occidental a una pendiente, y no hay fuerza que pueda detener su caída, como no sea una juventud consecuente con sus creencias religiosas y capaz de entusiasmarse por nobles ideales.

¡Una juventud consecuente con sus creencias! Es decir, una juventud católica, no sólo por su partida de bautismo, sino también por su manera de vida.

Una juventud que en todas sus obras, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos, sepa sacar, hasta el último ápice, las consecuencias de este ideal sublime: *¡Soy*

una joven católica! Y si lo soy, he de vivir como católica, ahora en mi vida de muchacha y más tarde en el estado o profesión que escoja. Pero siempre y en todo ¡fiel a mi convicción religiosa!

**XV.—Vanidad y coquetería

Mira a esa joven que gasta las horas del día en componer su rostro y su vestido. Es un modelo perfecto del escaparate de una perfumería o de una tienda de modas. Muy bien pudiera aplicársele el dicho satírico de Plauto en una de sus comedias «La mujer y la nave, nunca están bastante compuestas.» Y si mucho me apuras, dijérate que hubo un autor que definió a la mujer con estas burlonas y curiosas palabras: «La mujer es un ser que se viste, charla y se desnuda.» *«C'est un être qui s'habille, babille et se déshabille.»*

Joven mía, ¿acaso eres tú una de esas damiselas como la que te he presentado, de quien el poeta Terencio diría que «pasa un año entero en componerse y peinarse»? (1). No, yo pienso que tú no eres de ésas, porque la joven de carácter no puede ser vanidosa.

Vanidad equivale a vano, vacío o, lo que es lo mismo, a fatuidad, falta de juicio, y una muchacha sin juicio no puede tener carácter, sería un alma *chica,* apocada, sin ideales, sin amplitud de horizontes, que sólo vería las cosas por de fuera, y que, en vez de tejer la tela inmortal de su vida, tejería tan sólo telas de araña...

---

(1) *«Dum poliuntur, dum comuntur, annus est.»*

Claro está que nuestra época lleva consigo una serie de costumbres frívolas que contrastan con el enorme valor económico que damos al tiempo. Los hombres, por no entretenerse, casi ni saludan, ni cuidan de ofrecer su asiento en los vehículos. ¡Van tan embebidos en sus problemas diarios, que no ven ni oyen!

Estamos habituados ya a oír esta frase: «¡Es que no hay tiempo para nada!» Sin embargo, en el mundo femenino continúa desperdiciándose el tiempo, del que tan avaro es el hombre. La joven rica, de gran posición social, lo gasta en el tocador y en la modista. Las mañanas las necesita para su persona. A las diez y media, el desayuno de té y una tostadita para no engordar; gimnasia durante veinte minutos, el baño con sales propias y el masaje para disolver grasas; la peluquera, la manicura, la modista... Total, que termina su aseo a la hora de comer o, cuando menos, a la del aperitivo, que siempre ha de tomar en un lugar de moda y vestida por el último figurín...

Luego, la comida, el café, el pitillo, la lectura de revistas cinematográficas o de modas. ¿Trabajo? Ninguno; el té con las amigas y amigos, el cine o el teatro, la equitación, la caza, el baile, la murmuración y el fisgoneo de vidas ajenas son todos sus quehaceres. El culto a sí misma es el tema de cada día... Los deberes de cristiana, la ocupación seria, el empleo útil del tiempo, ¿eso? «¡Rancierías!» ¡Son cosas poco interesantes!...

Mas, ¡oh maravilla! A pesar de todo, estas jóvenes exclaman a menudo que ¡«se aburren»! Sí, se aburren de veras, porque teniendo tiempo para todo, lo gastan en *no*

hacer *nada* útil..., lo gastan en halagar su vanidad.

También hay jóvenes que no siendo ricas desperdician su tiempo; con tal de presumir y halagar su vanidad, no les importa sacrificar su alimento y su sueño o el bienestar y la paz de los suyos. La necesidad las obliga a ganar un sueldo o un jornal. ¿Qué importa que mis padres coman peor? Lo que me interesa es tal traje o tal fiesta. Presumir, figurar, triunfar entre todas, ése es mi lema... Si en su casa hay hambre, amarguras, dificultades, no importa. ¿Por qué ellas han de ser menos que las ricas?

¡Infelices! Olvidan que una joven de carácter, una joven cristiana, tiene serias obligaciones que cumplir; ha de administrar su tiempo de tal manera, que la vanidad no halle cabida en él.

Pero me dirás: «Yo no soy vanidosa, sino tan sólo coqueta...» Bien, no cabe duda que una mujer es siempre ornato y gloria de su casa y ha de tratar de agradar a todos cuantos la rodean; pero sin que este agrado y ornato sean el fundamento y ocupación de su vida. Consumir su tiempo en acicalarse y componerse no debe hacerlo ninguna mujer, menos una joven de carácter.

Aseo, limpieza, higiene, gusto por aquello que favorece su persona, ésa es la coquetería necesaria a toda mujer...; lo superfluo, lo que desfigura el rostro, lo que cambia la expresión que Dios le puso, eso no es coquetería, sino *vanidad*. La coquetería bien administrada es fuente de gracias y de atractivos; vanidad es, no pocas veces, el camino de los vicios.

Vanidad es hacer de un traje el motivo único de la vida; vanidad es estar pen-

diente del espejo constantemente; vanidad es dedicar a nuestro aseo más tiempo del que aconseja la prudencia. El baño, a ser posible, diario; el peinado, la limpieza de la boca y de las prendas de vestir, todo esto es coquetería, dando a esta palabra el sentido fundamental de *bien parecer* que antes indiqué.

Si eres bella, no te glories de ello; es don prestado; da gracias a su Dador; si tienes hermosa cabellera, buena estatura o graciosas formas, piensa que no son tuyos, son dones prestados que estás obligada a cuidar y que no tienes derecho a desfigurar. Todavía comprendo que ayudes a tu natural ora con buen peinado que da más gracia al rostro, ora con un vestido de buen corte y color adecuado. Así realzas doblemente estos dones de Dios; pero no admito que dediques tu tiempo exclusivamente a *bien parecer,* estudiando ante el espejo posturas interesantes, gestos graciosos.

Por más bellas que sean las obras de los hombres, la obra de la naturaleza despierta más admiración. Más de una vez oirás esta frase: «!Guapa muchacha; todo en ella es natural; su persona despide un extraordinario hechizo!»

En suma, amada joven, la *afectación* en los movimientos, en el traje, en los gestos del rostro, en la conversación, es hija de la vaciedad... Pon tu mayor empeño en que jamás se pueda decir de ti: «¡Tu cabeza es hermosa, pero sin seso!»

XVI.—«Víctor hostium et sui.»

No hay quizá empresa más ardua que la de hacer comprender, cual cumple, a una inquieta muchacha de catorce a dieciséis

años, por cuyos nervios pasan corrientes eléctricas de gran tensión y por cuyas venas corre, no sangre, sino lava encendida, cuán heroica y sublime es la victoria de sí misma, la paz, la serenidad, la paciencia.

¿De modo que si una amiga me embroma con sus burlas, yo no puedo contestarla con coraje, con dureza? ¿Si se complace en molestarme estropeando mi atavío, mis libros, mis adornos, yo no puedo increparla?... ¡Ah!, eso es superior a mis fuerzas; es punto menos que imposible.

El dominio de sí misma no es el silencio de una voluntad endeble, no es una resignación pasiva, sino clara muestra de una voluntad disciplinada, que es dueña de todas las circunstancias, y sabe pesar de antemano el significado de la palabra que se va a pronunciar.

El dominio de sí misma no goza de simpatías entre las jóvenes, porque éstas le dan un significado erróneo. El dominio propio no significa, ni mucho menos, que hayamos de sufrir todo ataque con mansedumbre de cordero y recibir cualquier ofensa sin una frase de réplica. No. Quien tiene reconcentrada su fuerza de voluntad podrá contestar también a la ofensa; pero no se rebajará con violencias, vituperios ni groserías a la condición rastrera de su adversaria, sino que con modales llenos de dignidad y con palabra bien mesurada herirá a la ofensora en su punto más sensible.

La que no tiene dominio de sí misma se parece al que no sabe andar; no puede hacer pie, y a cada paso tropieza. Sin dominio de ti misma es imposible que seas mujer de carácter.

Un sublime ejemplo nos dio Nuestro Señor Jesucristo cuando en el proceso de la

Pasión un soldado le hirió en la cara. El Señor hubiera podido castigar con la muerte a aquel hombre que ultrajaba a un Dios. Y ¿qué hizo? Con admirable serenidad le dijo: *«Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?»* (1).

XVII.—¿Torre de castillo o veleta?

En las ciudades medievales pueden verse con frecuencia ruinas de fortalezas o de castillos antiguos. Cuando todo el edificio ya está desmoronado, la torre sigue desafiando aún años y más años la fuerza destructora del tiempo.

Cuando estas torres seculares clavan inmóviles su mirada de piedra en el ajetreo de una vida nueva que se agita bajo sus pies, en medio de aquel vaivén descabellado, parecen la viva imagen del carácter, a sus pies todo cambia, se inclina, se adapta, se vende, se compra, pero ellas no ceden ni un ápice de sus principios.

Esta torre antigua viene a ser el símbolo del carácter firme de la mujer que sabe cumplir su deber. Y como hubo un día en que esta torre era la defensa más fuerte de los habitantes del castillo, así también hoy la mujer de carácter es la columna más poderosa de la sociedad humana. «¡Donde te colocó el destino, allí mismo sé toda una mujer y no abandones jamás el puesto!» —pregonan las piedras mudas de la torre secular—. «Miradme; yo no fui edificada en un solo día; ¡cuántos bloques de piedra tuvieron que acumularse!, y ¡con

---

(1) San Juan, XVIII, 23.

cuánta fatiga, con qué voluntad, a costa de cuántos sudores!; pero ahora vedme aquí venciendo los siglos.»

Hija mía, y tú ¡cuán fácilmente te cansas! ¡Cuántas veces te lanzas con ardor juvenil: ahora, ahora tomaré la senda del carácter; de hoy en adelante me dedicaré con ahínco a modelar y forjar el temple de mi espíritu! Pero pasan horas, pasan días, y se achica la llama del entusiasmo, se apaga el fuego, y tú... sigues como eras antes.

Para edificar la torre necesitáronse años, quizá docenas de años, y tú ¿quieres hacer «carácter» en un solo día? Piénsalo: el camino del pecado, aunque ameno al principio, está sembrado de flores engañosas; al final te aguarda amargo despertar. En cambio, si es difícil al principio seguir el sendero de la virtud, se hace más fácil a cada paso y en su meta te espera la paz de una conciencia tranquila.

Y mientras estoy mirando la torre del castillo veo algo en la cúspide que está moviéndose de continuo. Ya se vuelve hacia acá, ya gira hacia allá... ¡Ah!, sí... Es la veleta. No tiene dirección fija, no tiene base sólida, casi diría; no tiene principios, no tiene carácter. Porque si lo tuviera, en vano le cantaría el viento sus canciones al oído. Negar los principios, ceder algo de la propia convicción, porque así resulta más cómodo, porque así se puede hacer una carrera más brillante, porque en el mundo entero sopla el viento en esta dirección, es lo propio de la veleta. Pero dime: ¿puede llamarse mujer quien se deja guiar en sus acciones, en sus principios, en su convicción, por circunstancias exteriores, por el parecer humano?

Y, sin embargo, conoces a muchas com-

pañeras de esta índole, ¿verdad? Son las que no caminan por sus propios pies, las que son menores de edad espiritualmente, las que en todo miran tan sólo lo que va a decir la vecina.

La conciencia levanta su voz: Oye, tú, no leas este libro; sabes que rebosa de inmundicias morales; ¿por qué hundir el ropaje níveo de tu alma pura en un pantano de vicios? Conforme; no lo leeré. Pero entonces llega la amiga: ¡Hola!, beatita, que no eres más que una ingenua. —¿Cómo? ¿Yo una ingenua? —y ya lee el libro. Lo lee, y mientras vuelve las páginas va hundiendo su alma en la charca.

Grita la conciencia: ¡No vayas a ver esta obra teatral, esta película; abandona esa mala compañía! —Sí; pero van también las «otras»; las «otras» también se divierten, ¿por qué he de ser yo, precisamente, la excepción?

Sí, sí; ésta es la manera de obrar y de pensar... de las veletas.

Pues bien, medítalo: ¿qué quieres ser? ¿Torre de castillo o veleta? ¿La cobarde esclava del respeto humano o la noche prisionera de tu conciencia?

*XVIII.—La prisionera de la conciencia

¡La prisionera de la conciencia! ¡Será un título de alguna peregrina novela de amor! —piensas tal vez en tu interior—. Te equivocas. El encomio más hermoso que se puede hacer de una joven es decir de ella: *Es dueña de su voluntad, es prisionera de su conciencia.* ¡Permanecer inquebrantablemente fiel a todo cuanto manda la conciencia! Si eres capaz de ello, eres una joven de carácter.

En el carro hay un pequeño clavo; casi no se nota; el clavo del eje. Si se pierde, el carro sigue andando un rato; pero de repente salta la rueda y vuelca el carro.

También por la ruta del carácter encontrarás un diminuto instrumento, insignificante al parecer. Es la sumisión sin reserva a la palabra de tu conciencia. Sé, pues, sierva, fiel, mansa ovejita de tu conciencia.

Hay dos enemigos que luchan contra ella. En primer lugar la denigra en torno tuyo el mundo entero; después te instigan a la rebeldía tus inclinaciones desordenadas, tus instintos que se despiertan.

Acaso tienes momentos de tanto entusiasmo que abandonas casi la tierra y te lanzas a las alturas. Haces el firme propósito de seguir siempre la voz de tu conciencia. Nunca te desviarás del camino del bien. No dirás, no pensarás, no harás nada que sea pecado. ¡Te sientes tan feliz en estos momentos!

Pero ¿qué ves en el momento siguiente? Que ni ésta ni aquélla de tus compañeras cumplen los mandamientos de Dios. En este libro, en aquel teatro, en tal película, ves la mofa continua de tus nobles principios. Y ahora te llega la prueba difícil: aunque todo el mundo sea malo, ¿sabrás conservarte tú en el deber?

Si en la escuela las muchachas fuesen viles, ¿podrías tú permanecer firme en tus nobles ideales?

Si todas mienten, ¡tú nunca!

Si otras menosprecian el precepto grave de la misa dominical, ¡tú nunca!

Si manchan su recato con modas atrevidas, ¡tú nunca!

Después viene otra prueba. Tu constancia no tiene solamente enemigos exterio-

res; también los tiene interiores, domésticos, que se esconden en el fondo de tu propio ser.

La conciencia, según San Bernardo, es «la ciencia del corazón»; pero también suele llamarse voz de Dios, y con razón. ¿Quién no ha oído alguna vez en su interior esta palabra? Cuando la joven estaba ya a punto de mentir, oyó en su interior una voz que la amonestaba, a guisa de campanita que hubiese empezado su repiqueteo: «¡No lo hagas, no lo hagas!»

Cuando puso la mano en cosa ajena, la campanita empezó a tocar de nuevo. Y cuando se veía presa de unas tentaciones graves, parecíale que hasta varias campanas tocaban a rebato; tan fuerte gritaba en su alma la conciencia: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas!»

Te lo repito, querida: acostúmbrate en la juventud a seguir *incondicionalmente la voz de tu conciencia.* Ahora es cuando se decide si más tarde serás o no mujer escrupulosa en el cumplimiento del deber. Y ten en cuenta que la mujer de conciencia tiene el mismo valor para la sociedad que una columna en que descansa todo el edificio.

Quien es prisionera de su conciencia es prisionera de Dios, y la mayor libertad es ser prisionera de Dios. No concibo mayor alabanza que la que se hizo de un diputado inglés muerto en la flor de la edad: «En todo su ser están acuñados los diez mandamientos.»

No temas a nadie; teme tan sólo a tu conciencia. No encaja con el carácter el abandonar por miramientos humanos, por miedo a habladurías o a la ironía, cualquier cosa que te prescriba o apruebe tu concien-

cia. Recuerda que: «¡Todo pasa, pero la conciencia queda!»

La joven que no se atreve a rezar, o no entra en la Iglesia porque «otras la ven», es prisionera también; pero no es prisionera de la conciencia, sino del miedo cobarde de las gentes.

Una mujer será tanto más perfecta cuanto mayor fuerza de voluntad posea. Sí, voluntad guiada por un gran espíritu de fe y una conciencia delicada.

La que al hacer algo espía con pavor lo que dirán los demás, no tiene voluntad, y su carácter aún no está formado. Y quien sigue en sus acciones los anhelos del corazón, pero no pide consejo a su entendimiento; quien atiende a sus deseos agradables más que a los austeros deberes, no es un carácter fuerte.

Los reyes persas, para dormir, ponían en su almohada 50.000 talentos de oro, suma exorbitante. El emperador Calígula no se contentaba con guardia nocturna, sino que quiso que le velasen su sueño hasta las fieras, para que nadie pudiese penetrar hasta él. Artenón puso un escudo enorme sobre su cabeza para que si caía el techo durante la noche no lo matase. ¡En vano! La mejor droga para dormir es la buena conciencia. *Ein gutes Gewissen ist ein sanftes Ruhekissen,* como reza el dicho alemán: «La buena conciencia es la más blanda almohada para dormir.»

¡Sé dueña de tu voluntad y prisionera de tu conciencia!

Emerenciana, joven romana de trece años, un día fue sorprendida orando junto al sepulcro de Santa Inés, su hermana de leche. La intiman que reniegue de Jesucristo; rehusa con energía. Su negativa

exaspera a los paganos que le lanzan entonces una lluvia de piedras. Sale de sus labios un «*¡creo!*» ardiente como la sangre que brota cálida de sus desgarrados miembros.

Y así, bautizada con su propia sangre, muere Emerenciana sobre el sepulcro de Inés: Era una joven de carácter, porque era prisionera de su conciencia.

CAPITULO II

OBSTACULOS DE LA FORMACION DEL CARACTER

SUMARIO



I.—Obstáculos de la formación del carácter

En la formación del carácter hay un crecido número de obstáculos, y no es raro que muchas jóvenes tropiecen con ellos y echen a perder su carácter.

Uno de estos obstáculos, como ya has podido ver, es el temor que de continuo te acosa: bien, yo tengo mis principios sólidos en esta cuestión; pero si los digo, ¿qué dirán los demás? Quien no hace sino correr en pos del beneplácito de las gentes, de sus favores, y por ello está dispuesta a negar los principios, de antemano aceptados, es muy natural que nunca llegue a formarse un carácter firme. La joven de carácter no se preocupa del juicio que sus obras merezcan a la gente, sino del fallo que sobre ellas emita su propia conciencia. ¡Qué espectáculo más triste, por ejemplo, el de aquellas jóvenes que «por amor a la sociedad», mejor dicho, por temor al ridículo, sostienen conversaciones, hacen cosas a las que su alma delicada vuelve las espaldas cuando están a solas y no siente la maléfica influencia del respeto humano!

Otro obstáculo del carácter son las fuerzas desordenadas de nuestro interior; y es un contrasentido hablar de carácter mientras no hayamos puesto en orden este bos-

que salvaje. En el alma de cada joven hay una o dos pasiones grandes, vehementes: hay algunos vicios que la dominan. Descubrir estas pasiones y tenerlas a raya, he aquí el camino seguro para la formación del carácter. No pierdas el tiempo en la extirpación de faltas pequeñas. Sujeta la pasión dominante; después vencerás con facilidad las restantes. En esta joven, por ejemplo, el vicio capital es la vanidad, el culto a su persona; en otra, es la gula inveterada; en una tercera, la charla continua; en la de más allá, la ira precipitada, o el amor propio exagerado, la testarudez, la comodidad. Todos estos defectos son otros tantos focos de rebeldía, en el reino de tu alma. Si no los vences a tiempo, si no los encadenas ahora, muy mal te saldrá más tarde la partida.

El obstáculo más peligroso en la formación del carácter es, precisamente, la marcha lenta. La labor de la auto-educación es un juego de paciencia que requiere largos años y decenas de años. Y ésta es su dificultad.

¿Conoces ya la ley de la cristalización? Sabrás entonces que si en un líquido saturado en que hay diferentes materias diluidas y las moléculas están entremezcladas ponemos un pequeño cristal, de éste emana una misteriosa fuerza de atracción, y lentamente va atrayendo todas las moléculas que tengan la misma naturaleza que el cristal. El cristal se hace cada vez mayor, y si nada estorba durante algunos meses este lento proceso de cristalización, se convertirá en magnífico cristal de pequeño trozo allí colocado. Pero, nótalo bien: ¡Si en la cristalización no hubo estorbo! De lo contrario, si no existe la tranquilidad ade-

cuada, se formarán unos cristales contrahechos.

Un proceso análogo tiene la cristalización del espíritu. Si los pensamientos de que saturas tu conciencia son siempre nobles, elevados, ideales, entonces éstos, como por una especie de afinidad química, irán levantando en el fondo de tu alma otros pensamientos semejantes; y si en los lustros de tu juventud prosigue en ti este estado, los buenos anhelos formarán un cristal voluminoso que obstruya el camino a todo pensamiento extraño, y no permitirá que llegue a prevalecer una tendencia aviesa.

En el «líquido saturado» del alma humana van arremolinándose también las moléculas del mal moral. Hay muchachas que durante los floridos años de su juventud pusieron estorbos con reiterados tropiezos a la cristalización tranquila de la bondad de su alma. Las caídas morales, naturalmente, atraen las moléculas del mal, y por tal motivo estas jóvenes tendrán almas retorcidas, serán cristales contrahechos.

II.—Hojas en alas del viento

Obstáculo grande para la formación del carácter es la vida agitada, la marcha desenfrenada y los millares y millares de impresiones que nos brinda la época actual; todo lo cual no favorece, por cierto, la tranquila formación del carácter. Feliz la joven que, aun hoy día, puede consagrar largos ratos al cultivo de su desarrollo espiritual, y cada noche, durante su rezo, encuentra coyuntura de bajar algunos momentos al fondo de su conciencia y descubrir si en su

alma de cristal, cuidadosamente guardada, se han aglomerado o no moléculas nocivas, polvo de pecado, o quizá piedras, si no ya rocas. Quien va con la corriente un día y otro día, a flor de agua, sin cuidado, sin preocupación, no llegará a conocerse nunca.

¡Qué estado más digno de compasión! Son innumerables las colegiales estudiantes de hoy que conocen las regiones de Alaska y saben recitar sin una falta los ríos que desembocan en el Yang-Tse-Kiang, y, sin embargo, *¡no conocen su propia alma!* Porque si la conocieran, se espantarían de la selva tupida que forman la hiedra y la enredadera chupando la savia vital, y por donde corren en tropel las fieras sanguinarias de las pasiones sin freno, fieras que llegan a destrozar en sus albores la vida que se despliega.

Estas jóvenes que sueñan con ser independientes no lo alcanzarán ni siquiera en la edad madura, porque las olas de bajos intereses materiales, de miramientos humanos y de violentas pasiones las estrellarán contra las rocas de la vileza, como el viento cortante de noviembre remueve por millares y millares las hojas de los árboles, muertas, secas, caídas. ¡Hojas en alas del viento! ¡Pobres almas!

Estas jóvenes, ya mujeres, serán como trozos de madera que arrojados en impetuoso río son arrastrados por la corriente del agua sin saber por qué ni a dónde.

Serán como ovejas que a centenares corren, sin tino ni concierto, detrás de su guía que lleva el cencerro.

Serán como veleta en la cúspide de la torre, volviéndose acá, girando allá, sin saber cuáles son los vientos que las mueven. ¡Hojas en alas del viento! ¡Pobres almas!

**III.—La Cruz de San Jorge

Durante la guerra de Crimea hizo falta un cuerpo de enfermeras hábiles. Mis Nightingale, dama inglesa, se ofreció y fue admitida su propuesta, partiendo de Londres con treinta y siete enfermeras.

Esta piadosa comitiva llegó a Scútari en el momento preciso en que se comenzaba a transportar heridos a Balaklava.

Pocos meses después de llegada mis Nightingale a Crimea decía Mr. Macdonald: «Esa incomparable mujer calma con su tierno aspecto el dolor de los agonizantes. Su presencia a la cabecera del lecho mortuorio es bastante para que en el rostro del agonizante brille una sonrisa de consuelo y de esperanza.»

Permaneció esta incomparable mujer, impávida, en medio de las enfermedades contagiosas, y su pupila no tembló al presenciar las operaciones quirúrgicas. Había prometido sacrificarse por los heridos, y lo cumplió con fidelidad. ¡No quiso ser hoja en alas de viento, sino palmera perenne!...

Su heroísmo y su constancia fueron premiados en la tierra. El Sultán le regaló un magnífico brazalete de brillantes; la reina Victoria, una cruz de San Jorge en campo blanco, esmaltada de rubíes, y en torno de ello una banda negra, color de la caridad en Inglaterra, con una inscripción en letras de oro que decía: «Bienaventurados los misericordiosos.» (*Blessed are the merciful.*)

Hija mía, cuando estás luchando con los obstáculos en el camino del carácter, piensa que tu heroísmo y constancia serán premiados con mayor largueza y esplendidez que podría hacerlo ningún hombre de la

tierra; piensa que tomas en tus manos, no la cruz de San Jorge, sino la Cruz de Jesús —esmaltada con los rubíes de su sangre santísima—, cuyo fulgor se pierde en la eternidad.

IV.—Cardos en el sembrado

Contemplad el campo de trigo en el mes de mayo. En el sembrado fresco y tierno, acá y acullá levanta su cabeza un tallo seco, la cizaña, alguna mala hierba. Todavía no son peligrosos, hasta parecen brotes inocentes y sin importancia; pero a medida que crezcan se volverán más espinosos, más duros.

Joven: tú también frisas en el mayo de tu vida, y también has podido notar en el sembrado de tu alma el tallo del cardo. Tus malas costumbres, tu terquedad, no eran tan sensibles durante la niñez; pero a medida que vas desarrollándote se vuelven cada vez más espinosas, más duras tus faltas, si no las atacas en la noble liza de tu propia educación.

¿Qué será de la joven que no entable esta lucha y no se preocupe de su alma? ¿Qué será de aquella cuya talla se aumenta de año en año, cuyos pulmones van ensanchándose, pero sólo es el cuerpo el que crece y queda el alma raquítica? ¿Qué será de ella? Pues muy sencilló: la hierba mala, el cardo, la cizaña se desarrollarán en ella con gran empuje; bien sabes que no necesitan ningún cuidado; antes bien, tienen marcada preferencia por los eriales; pero el sembrado antiguo y noble se muere, se ahoga bajo la hierba mala que se cría en abundancia.

Esta joven, si la mandan algo en su casa, contestará con torcidas muecas.

Si la preguntan algo, sólo tiene un movimiento de hombros, una mueca.

Hay algo que la disgusta, y cierra la puerta con un ruido que parece un cañonazo.

Se le rompe el cordón del zapato o se le mancha el vestido, y al instante se pone de mal humor.

Choca alguien con ella por casualidad en el juego, y ella en seguida paga con una palabra desagradable.

Si da con otra más débil, goza en molestarla... En una palabra: será una «polilla inaguantable».

¡Pobrecita! Con el mismo caudal de energías habría podido ser una joven de carácter, una joven ideal, si en vez de abandonar el cuidado de su vida íntima hubiese sabido empezar en buena coyuntura el desbroce de cardos en el tierno sembrado de su alma.

¡Cuidado, hija! Cardos hay en todas las almas. Pero la joven prudente no les da tiempo para que cobren fuerzas, sino que va exterminándolos con solicitud y lucha continua.

Esta lucha sin tregua es lo que llamamos el combate de la propia educación.

V.—El combate del alma

En el alma, pues, hay una lucha continua entre el bien y el mal. En cierta edad, en los años del desarrollo, esta lucha es extremadamente ruda; más tarde se mitiga algún tanto; pero nunca podemos decir que ya ha llegado a su fin.

¿Quién lucha en nosotros y contra quién?

Apenas contabas cinco o seis años y ya sentistes los primeros movimientos del enemigo. Sentiste algo en ti que te empujaba hacia el mal. Un peso de plomo que te hundía en el abismo sin fondo de la ruina moral. Una terrible herencia, que nuestra religión cuenta, entre las consecuencias del pecado original y la llama: inclinación al mal.

Esto, hija amada, es conveniente que lo sepas. Has de saber que por tu naturaleza el hombre se inclina más al mal que al bien. Esto lo conoces de sobra por tu propia experiencia.

¡Cuántos obstáculos se levantan en el camino de la formación ideal de nuestro carácter! Conocemos aquellos ideales sublimes que nuestro Señor Jesucristo fijó a la vida humana, y, por tanto, también a mi propia vida; sentimos entusiasmo por sus divinas enseñanzas, quisiéramos vivir según ellas...

Pero, ¡hay!..., observo al mismo tiempo dentro de mí un persistente choque, trágico y pavoroso. El bien agrada; pero el pecado tiene aún más alicientes. La vida ideal atrae hacia las alturas; pero el pecado tira hacia abajo. Me gustaría subir volando a las cimas nevadas de la vida ideal; pero la tentación del pecado ya me abruma con peso de plomo. Dime, hija, ¿nunca, tal vez, has echado de ver en ti esta gran lucha, este combate, esta guerra sin cuartel, que un niño de primera enseñanza, en su lenguaje ingenuo, expresó de esta manera: «¿Cómo es tan bueno el ser malo y tan malo ser bueno?»

Pues bien, hija mía, la que en esto triunfa es una joven heroica.

O ¿es que hay jóvenes no heroicas? Por desgracia, ¡las hay! Y ¡cuántas! Va una muchacha por la calle y otra se mete con ella... Comienza la discusión entre ambas: no se comporta como heroína; sólo aquélla que sabe refrenar su naturaleza, sus malas inclinaciones, es heroína.

Es heroína la que vuelve la espalda si al ir por la calle choca su mirada con un anuncio de mal género, con un cuadro inmoral de algún escaparate.

Si has ofendido a alguien, ¿sabes pedirle perdón inmediatamente? Es heroísmo muchas veces.

Por más que te seduzca el pecado, ¿sabes permanecer firme? ¡Esto es heroísmo!

*VI.—¿Y sin sacrificios?

Bien, ¡todo esto es muy hermoso! ¡Tener carácter! También yo quiero tenerlo. ¡Llevar una vida ideal! También yo lo deseo. Pero ¿no habría para esto un camino más fácil? ¡No hay de veras más que ese único camino para llegar a tener carácter? ¿No sería posible alcanzarlo más barato, sin sacrificios?

No; aquí no se puede regatear. «*Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*», dice nuestro SEÑOR JESUCRISTO (1). Quien quiera estar con el Señor, en su reino celestial, no ha de abandonarlo a El, ni siquiera en el camino pedregoso de la cruz.

Pero dime, querida, ¿qué cosas hay ahora en el mundo que se den «de balde»? Nada, absolutamente nada. Mira cómo su-

(1) SAN MATEO, XVI, 24.

fren los hombres, cómo trabajan por su efímera vida terrena, haciendo día de la misma noche. Y tú, ¿quieres lograr, precisamente, tu gran tesoro, tu carácter, completamente «de balde»?

«¡Qué bien estás!», suspira alguna que otra joven al contemplar a su amiga en el goce de diversiones. ¡Qué bien hallada está la que toma la vida ligeramente! ¡Cuántas alegrías debe tener aquella muchacha que sólo baila y se divierte!...

¡Cuán engañada andas, hija! Si pudieses penetrar con tu mirada en un corazón que sólo salta en pos de los placeres terrenos, ¿qué cosas descubrirías en él? Tú crees hallar allí alegría, satisfacción, y no hay más que vaciedad, sonrisa forzada. Tiene razón la SAGRADA ESCRITURA (2): «*Los impíos son como un mar alborotado.*» Son el juguete de la tempestad de las pasiones, y su alma queda nublada, aun cuando el huracán les deja un poco de solaz.

Mira qué opinión tiene en este punto un célebre filósofo inglés, y, por otra parte, no recomendable por sus ideas, JOHN STUART MILL: «De quien nunca se priva de una cosa lícita, no se puede esperar que rehuse todas las prohibidas. No dudamos que llegará tiempo en que se acostumbre a los niños y a los jóvenes a la ascética sistemática, al ejercicio de la abnegación, y, como en la antigüedad, se les enseñe cómo han de negar sus deseos, cómo han de afrontar los peligros y cómo han de sufrir dolores por su propia voluntad.»

Por esto prescribe la religión católica la abnegación, el ejercicio de la voluntad, las ascéticas.

---

(2) ISAÍAS, LVII, 20.

¿Ascética? —¡Uf!— piensas porque te han llenado la cabeza con que la ascética significa mortificación, extirpación de las alegrías de la vida.

Pues mira. El significado originario de esta palabra, «*ascesis*» es «elaboración fina»; los griegos entendían por tal aquella vida de preparación, de pulimento y de sacrificio, con que se disponían los atletas al certamen para poder aprovechar en el grado más elevado las fuerzas latentes de su cuerpo.

También el carácter es el resultado de una lucha, de un combate, de un certamen. La fina elaboración de nuestro propio ser no brindará sin ejercicio buen resultado, y nuestra religión sacrosanta prescribe precisamente la práctica del sacrificio para darnos ayuda en la educación de nuestra alma.

Sin sacrificios y abnegación no hay éxito grande en esta tierra, y tú ¿quisieras llegar en tren de lujo al mayor de los éxitos: nobleza de carácter?

Ya sabes que cuando una cantante de ópera se prepara para actuar en el teatro, su entrenamiento ha de tener dos direcciones. Por un lado, el ejercicio diario de vocalizaciones, en las que consume gran parte del día.

Si la ópera es clásica ensaya constantemente las partituras y, al mismo tiempo, las posturas, los ademanes. Y todo esto durante días sucesivos, semanas y semanas.

Por otro lado, lleva una vida sumamente moderada y se abstiene de todo exceso. No puede comer ciertas cosas, porque son perjudiciales para la sonoridad y belleza de la voz. Casi no prueba pastas y féculas, para no engordar. Se le prohibe fumar, tomar

alcoholes, fatigarse... Ha de reposar bastantes horas, y todas las noches acostarse puntualmente, etc.

¿Y para qué tanta disciplina y trabajo? Para lograr ser una gloria del teatro, una mujer célebre, una artista famosa a quien todos aplauden por su arte. ¿Y a ti te pesa la lucha para conseguir el carácter?

Y fíjate; hay otro pensamiento interesante. En la vida todo el mundo ha de hacer sacrificios; la diferencia estriba tan sólo en el motivo por qué se hacen. ¿Conoces, por ejemplo, alguna avara? ¡Cuán miserablemente vive, cómo cuenta los últimos céntimos! Casi no come, su vestido es harapiento, no se atreve a dar un paso para no deteriorar sus zapatos. Ahoga todos sus deseos; vive sin alegría y sin amigas. Y todo esto, ¿para qué? Para amontonar fortuna. La avara sacrifica su personalidad, su alegría, su honor, por el dinero... ¡Nadie diga que no es esto sacrificio! ¿No vale la pena realizarlos por fines más elevados, mil veces más sublimes?

Mira los codiciosos. ¡Cuánto corren! Están de pie desde la mañana hasta la noche, no tienen un momento de descanso. ¿Por qué? Por el dinero.

Mira la vanidosa. ¡Con qué atrevimiento pone en juego hasta su misma vida, con tal de alcanzar la celebridad! ¡Cuánto tiempo consume ante el espejo acicalando su persona! ¡Parecer bella es toda su obsesión! ¿Qué importa el bien? Lo que interesa es triunfar de las demás, ser la admiración de todos.

¡Cuántas noches pasa sin dormir, cuánto se mueve, cuánto suda la que va de bailes y saraos! ¿Podría sacrificar una mitad de

estas ocupaciones para ayudar a su prójimo?

«En todo hombre hay un santo y un criminal» —dijo un orador francés, LACORDAIRE—. Por eso, lo mismo puedes ser una santa que una mujer despreciable, mala; todo depende de la labor que hagas dentro de ti misma. ¿No cuidas de ti? La mujer mala irá enseñoreándose de tu alma. ¿Trabajas asidua y perseverante en la educación de ti misma? Serás una santa, aun cuando no te canonicen.

Ciertamente, sin lucha no adelantarás un paso. Quien desea labrar una estatua ha de quitar mucho del tosco bloque de mármol; y quien quiera moldearse a sí mismo y hacer una obra maestra de su persona ha de pulirse sin descanso.

Una hermosa estatua no se labra en breve tiempo; pero aún es más difícil dar la última mano al carácter. Para ello se necesita un trabajo perseverante y metódico. Adopta tú también el lema de CARLOS V: «*Plus Ultra.*» ¡Aún más! ¡Aún más allá!

Le preguntaron a ZEUSIS por qué trabajaba con tanta diligencia en sus cuadros. «Porque trabajo para la eternidad», contestó. Amada hija, tú trabajas de veras para la eternidad cuando pules tu alma. ¿Y encontrarás excesivo el trabajo?

VII.—El monje domador

Muchas jóvenes estarían dispuestas a sacrificarse por cualquier necesitado; pero no tienen paciencia para combatir las malas inclinaciones que moran en su alma. Y, sin embargo, ¡qué bendito trabajo es éste!

El abad de un monasterio antiguo preguntó una noche a uno de los monjes: «¿Qué has hecho hoy?» «¡Oh! —contestó el monje—, tenía tanto que hacer hoy, y también los otros días, que mis propias fuerzas no me habrían bastado, de no ayudarme la gracia de Dios. Tengo que domar cada día dos halcones, debo aprisionar dos ciervos, es preciso que amanse dos gavilanes, he de vencer un gusano, tengo necesidad de domesticar un oso y de cuidar a un enfermo.» «Pero ¿qué me cuentas? —dijo con risa el abad—. No hay modo de hacer esto en todo el monasterio.» «No obstante, es así —contestó el monje—. Los dos halcones son mis dos ojos, que he de vigilar continuamente para que no miren cosas malas. Los dos ciervos son mis dos piernas: he de guardarlas para que no corran al pecado. Los dos gavilanes son mis dos manos: he de obligarlas a que trabajen y hagan obras buenas. El gusano es mi lengua: he de refrenarla para que no charle cosas vanas y pecaminosas. El oso es mi corazón: he de luchar continuamente contra el amor que se tiene a sí mismo y contra su vanidad. Y el enfermo es todo mi cuerpo, que he de cuidar para que no lo avasalle la concupiscencia.»

El combate contra los instintos desordenados es un domar continuado que tú también, hija mía, y todas las demás que quieran tener carácter, habéis de cumplir día tras día.

La joven que se preocupa de su carácter nunca excusará sus faltas diciendo: «Es por demás; yo soy así; ya nací con este temperamento», sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma. Repite, por tanto, muchas veces para tus

adentros: aunque moren fieras en mí, llegaré a domarlas. No me resigno a ser como sería según mi temperamento, sino que he de ser como yo quiero. *Wir sind hier, um zu werden, nicht um zu sein!* —estamos en este mundo no para pararnos en lo que somos, sino para plasmar lo que hemos de ser (SAILER).

Hay una leyenda muy pintoresca de SAN COLUMBANO, el evangelizador de los bávaros. Toda su fortuna consistía en un manso borriquito. En los viajes apostólicos iba el jumento detrás del santo, llevando el modesto bagaje. Al pasar un día junto a una enmarañada selva, sale repentinamente de la maleza un oso y le destroza el jumento. Y ¿qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el bagaje. «¡Ah, hermano, tú has matado mi borrico! Pues bien, ahora tendrás que llevar tú mi equipaje.» Y ved ahí que la fiera, todavía bañada con la sangre de la víctima, inclinó la cerviz y en adelante sirvió a su señor como un manso cordero.

No te quejes, pues, nunca de que eres muy apasionada, sentimental y precipitada, ambiciosa, vivaracha, etc. Amansa el oso y úncelo a tu carruaje. La pasión en sí misma no es una plaga; lo es tan sólo la pasión desenfrenada. Sin grandes pasiones no se pueden hacer obrar grandes; por tanto, sin ellas no hay mujeres grandes, ni santas.

La pasión es el viento del mar. Si no sopla, los barcos se paran inactivos con las velas caídas. Pero no basta que sople el viento. Todo depende de si sabemos aprovecharlo con habilidad para hinchar las velas de nuestra embarcación; porque, de lo contrario, no hará sino volcar la nave.

La formación del carácter, según el espíritu católico, no exige que extirpes tus pasiones, sino que las troques prudentemente en aliadas. Por tanto, no sigas sus consejos, mas aprovecha sus fuerzas, porque la pasión puede ser mala consejera; pero resorte poderoso, si bien lo empleas.

Precisamente la pasión bien aprovechada es la que da temple a la voluntad. Sólo quien persigue «apasionadamente» un fin noble podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son corceles veloces en el carro de tu vida; si las dejas en libertad te arrastran al precipicio; si llevas con mano diestra la rienda, te harán volar gallardamente hacia tu fin. Toda pasión es como el fuego: puede ser bendición y puede ser maldición, como escribe SCHILLER en *La Campana:*

Es el fuego potencia bienhechora,
mientras la guía el hombre y bien
la emplea.

Por más nervioso que sea tu temperamento, por muchas que sean las malas inclinaciones heredadas (no es culpa tuya tenerlas), no te desanimes, ni te quejes. Haz cuanto esté a tu alcance para ennoblecer tu alma y después acuérdate de la gran verdad consoladora: *Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam.* «Dios no niega la gracia a quien hace todo cuanto puede.»

VIII.—Quien se levanta de mal talante

También el alma tiene sus cambios atmosféricos. Algunas veces te inunda un piélago de luz, la alegría; otras veces, sin

saber tú misma por qué, te agobia una niebla pesada, húmeda. Hoy te cunde el tiempo, tienes buen día. Mañana, basta un chubasco, el más leve contratiempo, un malestar pasajero, etc., para ponerte de mal humor. «Se ha levantado de mal talante», dicen entonces los demás al encontrarte. «Estoy de mal humor», repites tú misma.

No hay duda, el humor no depende de nosotros; por tanto, no somos responsables; pero, en cambio, de nosotros depende *hacer todo lo posible* para adueñarnos de nuestro mal humor y de no dejarnos llevar en el cumplimiento de nuestros deberes a merced del humor, bueno o malo. Sí; cuando estés de buen humor, aprovéchalo; entonces te será mucho más fácil el trabajo. Pero si sólo estudias cuando estás de buen humor, no harás nunca trabajo concienzudo. Y, sobre todo, ¿qué será de ti más tarde, cuando descuides tus obligaciones serias, so pretexto de que no tenías humor para ellas? Por tanto, la que no tiene ganas de hacer tal o cual cosa, sáquelas de donde pueda. Debe obligarse a sí misma a trabajar. De buen grado o de mal grado. Lo mismo da. Es mi deber, lo cumplo y en paz.

«Pero —preguntarás acaso— ¿para qué sirve trabajo semejante?» ¿Para qué sirve? Tendrá el valor enorme de acostumbrarte al cumplimiento del deber. Y así no será el humor dueño de tu voluntad, sino tu voluntad quien domestique al humor.

Aun más: hay que ser dueña del humor, no sólo en el trabajo, sino aun en las relaciones sociales y en el modo de proceder. Aun estando de mal humor, no debes hacerlo sentir a los que te rodean, ni mostrarlo con enfados, con cara larga, con

descontento. ¡Cuántas veces se duelen las personas de palabras ofensivas y acciones precipitadas que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! ¡Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas, de las que sólo más tarde vemos cuán ofensivas eran para otros! «¡Dios mío! Pero yo no quería. No pensaba en las consecuencias que se pudiesen seguir.» Sí, sí; pero el pesar llega tarde.

La verdadera grandeza espiritual de una mujer se muestra en la serenidad con que acepta las pruebas, los peligros, las desgracias. No desconfiar en medio de la desgracia, plantarse con la frente erguida de cara al mal, no abandonarse al desaliento, es virtud tan sólo del roble, de la roca, del alma grande. Lo mismo sucede en la lucha contra el mal humor.

En las oscuras profundidades del gran océano, donde nunca baja un rayo de sol, donde la naturaleza pierde el color, donde la temperatura está continuamente cerca de cero, donde el aire contenido en el líquido elemento es de poca densidad, donde el peso de la mole inmensa de agua viene a ser abrumador, en el ambiente lóbrego de este desolado cementerio, ¡es curioso el caso!, viven unos peces luminosos. De la energía radiante del sol, de la fuente de la luz nada puede llegar a estos abismos, donde perpetua noche aterradora lo envuelve todo, y, no obstante, ved ahí que la sabiduría del Dios creador proveyó magníficamente hasta este lugar oscuro; hay peces que, con su propio cuerpo, van haciendo de linterna. En los costados de algunos hay glándulas que brillan como perlas; hay otros que sobre su cabeza tienen una especie de lente que junta la luz de las glándu-

las y, a manera de reflector potente, la despide después multiplicada en el seno de las tinieblas. Hasta en el abismo más oscuro del océano vibra una vida mundana de luz y de destellos.

Si tienes orden en tu alma, nunca has de estar de mal humor, tristona, desalentada. No te levantes jamás «de mal talante». Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de trabar conversación con los pajarillos, y vence así tu mal temple. Y trata de ser, sobre todo, fuente de vida, de alegría, de luz, de sol, cuando la tristeza, las dificultades económicas y los millares de preocupaciones de la vida penetran en tu hogar y echan acaso su velo negro sobre el alma de los tuyos.

Post tenebras spero lucem (1). «Después de la lobreguez llegará la luz»; después del mal tiempo brillará el sol.

IX.—«No tengo suerte»

Muchas jóvenes, si han tenido cero en la clase, desanimadas, suspiran: «Es por demás; no tengo suerte.» Y si alguna de sus compañeras adelanta, en seguida tienen preparado el fallo: «¡Claro! Esa siempre tiene suerte.»

Y, sin embargo, el éxito no es tan sólo cuestión de suerte; y quien de la suerte espera el éxito, en vano esperará con la boca abierta el pollo asado, trinchado y servido. Quien algo quiere lograr en la vida no haga reproches a la suerte, sino coja la ocasión por los pelos y no la suelte.

¿No tienes todo un enjambre de obreras

---

(1) Job, XVII, 12.

que trabajan para ti? Estas obreras son tus dos brazos ágiles, tus diez dedos hábiles, tus pies ligeros, tus ojos agudos, tus oídos despiertos..., todas ellas están dispuestas a trabajar para ti. Y tienes, además, tu cerebro refinado, penetrante, esa admirable oficina central con instalaciones telefónicas y telegráficas, donde se reciben en un minuto millares de telegramas expedidos por tus cinco sentidos, y sin demora se despachan. ¿Para qué esperar, pues, ayuda extraña? ¡Que Niní te soplará la lección de Historia! ¡Que las reuniones de tu madrina te ayudarán a pescar novio rico! La que así echare cuentas galanas en su juventud no reportará gran provecho ni a la sociedad ni a su patria.

Los mahometanos tienen un proverbio interesante: «El mundo entero pertenece a Dios; pero Dios lo alquila a los valientes.» En otras palabras: la joven no ha de esperar inactiva la suerte de un buen matrimonio, sino que ha de fraguar sobre el yunque, con duro trabajo, la carrera de su vida, según dice la Escritura: *«Revistióse de varonil fortaleza y esforzó su brazo»* (1). Unicamente la que se haya metido con tenacidad en la cabeza que vencerá, y que aun después de resultados ineficaces, ya que nadie puede evitarlos, emprende el trabajo una y otra vez con rigor creciente, vencerá de veras.

Por tanto, lo principal no es la suerte, ni siquiera el talento brillante, sino el *ánimo concienzudo, obstinadamente tenaz en el trabajo, cualquiera que éste sea.*

Las orillas del mar de la vida están llenas de tristes náufragos, que, a vueltas de

---

(1) *Proverbios*, XXXI, 17.

un gran talento, estaban faltos de fuerza de voluntad, de valentía y de perseverancia: mientras que otros con menos talento, pero con voluntad inquebrantable, bogan a velas desplegadas hacia el término del viaje.

***X.—«Lo he intentado en vano»**

Muchas se desalientan y descorazonan porque no distinguen entre el serio querer y el mero desear. Muchas jóvenes se quejan. «¡Cuántas veces he querido enmendarme! ¡Cuántas veces he querido esto, aquello! Pero, ¡en vano!, no lo he logrado.»

Y es que no lo quiso, ni lo intentó; sólo se lo *imaginó:* que sería así o asá. «Quisiera enmendarme...»; pero nada hizo para ello. Hay una diferencia enorme entre el «*quisiera*» y el «*quiero*». El primero es un león pintado, nadie se asusta de él, mucho menos se temen sus zarpazos; el otro es un poder vencedor del mundo, capaz de triturar todas sus faltas.

En una hermosa tarde de mayo una colegiala trabajaba con la ventana de par en par, y de repente se posó en la mesa una mariposa. ¡Pobre animalito! Cayó y quedó patas arriba. ¿Qué hará? Revolverse, mover las patas, menearse, batir las alas, pero no conseguía ponerse en pie. Es el «*quisiera*». ¡Ah!, sí; si me quedo tendida me moriré de hambre; quizá me pisoteen. Luego, con gran esfuerzo, abre dos élitros, sobre los que había quedado tendida, mueve sus alas coloreadas, zumba, remuévese de nuevo... Ya se vuelve a un lado..., bien..., adelante..., es necesario, preciso, porque si no me muero..., por fin ya está en pie..., y en el mismo instante ya vuela, triunfante, ha-

cia las alturas, hacia nuevos horizontes. Es el «*quiero*». La mariposa se ha ido, pero de ella puedes aprender cuál sea la diferencia entre los lamentos del «*quisiera*» y el acento triunfal del «*quiero*».

«Lo he intentado, ¡en vano!» No te enfades si lo digo sin embages: No es verdad; no lo has intentado. Te lo imaginabas, tan sólo... «Quizá no estaría mal probarlo.» Eres una de las muchachas que sólo son mujeres a medias, ¡son tan numerosas en el mundo!, que no se atreven a dar inexorablemente con bríos en el núcleo vital de sus pasiones, sin lo cual nadie puede librarse de la estrecha jaula de los deseos instintivos.

«Lo he intentado.» Pero entonces, ¿por qué seguías mirando de reojo el fruto vedado que querías despreciar? Lo sabes; por una triste experiencia sabes muy bien cuán amargo gusto dejaron estos frutos en tu boca; y, con todo, te pesa dejarlos. ¿Por qué ibas cediendo un poquito, pero algo cada día, de tus buenas resoluciones, concebidas con noble entusiasmo?

¿Habría Santa Teresa de Jesús dado cima a su magna obra de la reforma carmelitana si hubiese dejado paso al desaliento? La monja «inquieta y andariega» no se desanimó por las negativas, vinieran de donde vinieran. «Quien a Dios tiene —decía— nada le falta, sólo Dios basta.» Y emprende su obra sin temor, buscando únicamente que Dios fuese glorificado en el Carmelo.

Nihil tam difficile, quod non solertia vincit. «No hay obstáculo que no se pueda vencer con habilidad.»

Escoge por divisa el mote del escudo que tiene una provincia de Holanda, es la de Zelanda. Este trozo de tierra, en su mayor

parte está por debajo del nivel del mar. Ha de luchar continuamente con las aguas. El océano llegó a cubrirlo varias veces, y, con todo, en sus armas ostenta las palabras de triunfo: *Luctor et emergo*. «He de luchar, pero siempre quedo a flote.»

*XI.—Valde velle!

Valde velle. «Querer mucho.» Dos palabras latinas excelentes. De modo magnífico expresan el camino del carácter. El carácter no brota de unos cuantos suspiros sentimentales, de la efervescencia de una soda, de unos arranques que se lanzan para detenerse en seguida, sino de un trabajo metódico, perseverante y educativo y de poner en juego todas las energías espirituales.

SAN FRANCISCO DE SALES, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: «Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto.» Y cumplió su palabra. Así se forma el carácter.

Pero ya comprenderás que para ello no habría bastado el ímpetu de un solo momento. Muchas jóvenes «quisieran» muchas cosas, «desearían» y «les gustaría» que fuera así o asá; nada, sin embargo, hacen para ello. Pensarlo bien, emprenderlo con tesón y persevera con constancia —he aquí el camino del carácter.

¿Sabes lo que cuenta la Historia de Catalina de Aragón, la infortunada esposa de Enrique VIII de Inglaterra?

Joven, bella, culta y piadosa, Catalina sufrió un verdadero martirio por ser fiel a sus ideales religiosos.

Víctima de la avaricia del rey, su suegro, conoce los rigores de la pobreza; traicio-

nada la fidelidad conyugal por su marido, ve hundirse su hogar y caer la corona de sus sienes..., y muere, incluso, sin el consuelo de abrazar a su hija. A pesar de todo, serena y animosa, sin desviar los ojos del ideal cristiano que se había trazado, camina en medio de los enemigos, fuertes y poderosos que la persiguen y que quisieran convencerla para que reniegue de su fe, de su fidelidad. ¡Todo antes que retroceder en el camino emprendido! «¡Dios es mi única confianza» —exclama cuando mayores son sus amarguras.

¡Catalina de Aragón supo *decidirse*, supo *querer*! ¡Catalina fue una «mujer de carácter»!

Es inconcebible lo que es capaz de hacer la mujer sólo con que sepa *querer con decisión y constancia.*

Grandes fuerzas duermen en nosotros. Mucho mayores de lo que pensamos; pero están encadenadas. Debes creer que hay en ti escondidas grandes fuerzas, y así se romperán de improviso las cadenas. Por tanto, da comienzo a todas tus empresas con este pensamiento: conseguiré con toda certeza el fin que me propongo. Para quien carece de fe ciega en el triunfo, el «querer» es un «quisiera» débil y, por tanto, ineficaz. Todo lo que *debe* hacerse *puede* hacerse.

*XII.—«¡Fuera los Alpes!»

En la vida de Napoleón encontramos un ejemplo excelente del gran poder que tiene la incontrastable voluntad varonil para vencer increíbles dificultades. Cuando conquistaba países uno tras otro e imponía su yugo a los pueblos, le dijeron que los Alpes

cortaban el camino de su ejército. Y él contestó con tranquilidad: «Entonces, ¡fuera los Alpes!» Y en una región por donde antes no se podía dar un paso, trazó el célebre camino del Simplón. ¡Titánica fuerza de voluntad! Y si esta voluntad de acero se hubiera hermanado con adecuada rectitud de alma y hubiese vencido su egoísmo inconcebible, es bien seguro que tan gran espíritu no hubiese llegado a la tragedia. Pero en él puedes aprender a querer con fuerza.

En la puerta de un castillo medieval no hay más que esta sola palabra: *Decrevi.* Lo he decretado. ¡Qué castellano de férreas energías debió de morar en aquel castillo para escoger este magnífico lema: «Lo he decretado, y ya está. Venga lo que viniere..., pero lo haré»! Tú también has de ver antes de todo con claridad tu objetivo. Pero una vez que te hayas propuesto algo..., o vencer o morir.

¿Qué quieres ser, gusano que se arrastra en el polvo o águila caudal? ¿Arrastrarte continuamente por el polvo del «quisiera», debatirte sin fuerza, o bien lanzarte activa, cual águila, a las alturas transparentes? La vida corona tan sólo a las heroínas. A las soñadoras y cobardes las desdeña como a «mujeres insignificantes»..., ¡como mujeres adocenadas y vulgares! *Ad augusta per angusta:* los senderos que guían a las alturas son estrechos.

Sí, tu voluntad ha de ejercitarse en conseguir una personalidad definida, vigorosa, destacada de ese polvo gris que se ve caminar o más bien flotar sobre la carretera y que se llama vulgo.

Sé como esas voluntariosas bretonas de

las que se cuenta que no saben retroceder cuando dicen «yo quiero».

Abandona los deseos cómodos, los muchos «quisiera», «me gustaría», y después, como si una voz interior te gritara, como a Juana de Arco: «¡Adelante, hija de Dios!, marcha sacando de tu voluntad la fuerza para luchar, sufrir y vencer. ¡Hazlo! ¡Quiérelo! ¡Trabaja!»

Y no te des por satisfecha con los lamentos de que «es por demás, soy débil, no podré lograrlo».

*XIII.—Frente a la suerte

En el retrato de todos los grandes hombres se podrían inscribir estas palabras. «Supo querer.» A SANTO TOMÁS DE AQUINO le preguntó su hermana: «¿Qué he de hacer para alcanzar la salvación eterna?» «Querer» —fue su lapidaria contestación.

La joven no ha de acobardarse anonadada ante las dificultades, sino que ha de mirar de frente los obstáculos que la cierran el paso. Por más nublado que esté el cielo, llega a salir el sol. Y por más crudo que sea el invierno ha de llegar un día la primavera.

Las jóvenes nunca tienen que anonadarse. Para las jóvenes, el trabajo; para las viejas, el descanso. Pero no desmayes jamás. Y adelante, con valentía, contra las dificultades. Muchas veces nos imaginamos las empresas mucho más arduas de lo que suelen ser. Y, sin embargo, lo dice muy bien un proverbio inglés: «Nunca llueve tan fuerte como parece desde la ventana.»

Mira cuán sabiamente pensaba ya el pagano SÉNECA en este punto: *adversarum impetus rerum viri fortis non vertit ani-*

mun —escribe (1)—; «la desgracia no quebranta al hombre valiente.» *Calamitas virtutis occasio est* (2); «la desgracia es ocasión para la virtud». *Ignis aurum probat, miseria fortes viros* (3); «el fuego sirve de prueba al oro, la miseria a los hombres fuertes».

La historia de las mujeres célebres ofrece en abundancia ejemplos muy alentadores. Hubo muchas que parecían tener conjuradas contra sí todas las fuerzas. Miles y miles de obstáculos se levantaban contra sus planes; pero ellas opusieron con noble ardor su voluntad de acero al sinnúmero de dificultades y vencieron. Donde la primavera es continua y la naturaleza siempre benigna, las gentes son indolentes y sin energías.

¿Qué no hubo de sufrir Teresa de Jesús para llegar al fin que se propuso, la reforma del Carmelo?

Su espíritu de fe y de voluntad tenaz la levantaron por encima de las intrigas humanas. No le faltaron enemigos, hasta entre los propios frailes; muchas puertas se le cerraron; fue tratada de ilusa, de hereje...; pero todo lo venció. Y tanto celo y entusiasmo tuvo por su obra, que a los sesenta y siete años, vieja y enferma, seguía con todo empeño sus fundaciones, cuando muchas mujeres se jubilan de todo quehacer...

Beethoven, el gran músico, estaba casi completamente sordo cuando compuso su obra más excelsa, su obra maestra.

Judit, la libertadora de Israel, no sabía

---

(1) *Prov.*, 2.
(2) *Prov.*, IV, 6.
(3) *Prov.*, V, 8.

nada de estrategia militar; pero con la ayuda de Dios, reconociendo su flaqueza para la lucha, y tras la oración fervorosa, vence a Holofornes y es proclamada «la gloria de Jerusalén..., la alegría de Israel» (1).

Por tanto, ¡no seas pesimista! No digas: «En vano emprendo cualquier asunto, nací con mala estrella, nada me sale bien.» No digas, como muchas: «Fortuna te dé Dios, que el saber poco te vale.» Si te persigue la mala suerte, encárate con ella y no cejes. No te cruces de brazos.

«¡Es la suerte patrimonio de los tontos!» Con esto suelen consolarse las perezosas y fracasadas, queriendo significar así: «Yo, en cambio, soy muy lista.» ¡Cuán vanos somos, siempre hemos de echar a los demás la culpa de nuestras desgracias, cuando la culpa es nuestra!

Escucha cómo se lamenta la perezosa si una condiscípula aplicada sabe bien su lección: «Claro está. Ayer recibió un pavo la profesora. ¡Ah!, sí; ¡si nosotras tuviéramos pavos que regalar!...» Pero no reconocerá nunca que la otra es diligente y por esto adelanta, mientras que ella es perezosa y por eso se queda rezagada.

Escucha las quejas de una joven envidiosa del porvenir o de la magnífica colocación de su compañera: «¡Naturalmente, a ella no le importa si es honrado o no su trabajo! El caso es ganar y presumir sin tener posición para ello...» Pero nunca concederá que es la otra quizá más diligente, más hábil, y tiene menos pretensiones que ella; no admite que la otra se abra camino, no por me-

---

(1) Judit, cap. XV, 10.

dio del pecado, sino por la virtud, con ánimo tenaz en el trabajo, con habilidad, con fuerza incansable, con previsión, y que ella fracasa, no porque sea honrada, sino porque además es inhábil, comodona, tal vez porque despilfarra las cosas con ligereza y no se preocupa de mejorar su trabajo.

*XIV.—La protectora de París

Amenazada París por los francos, que ya habían asolado la Normandía y la Borgoña, el desaliento y la angustia se apoderan de la población. Unos quieren huir; otros, desesperados, piensan en la muerte; hasta la autoridad se acobarda. Solamente una mujer, la joven Genoveva, se mantiene firme, asume el gobierno de París, y enciende de nuevo el valor en el pecho de los combatientes.

Más tarde, el hambre hace sentir a París sus zarpazos; pero la valiente joven se encarga por sí sola de proporcionar víveres a la población, surcando con once barcos llenos de provisiones las corrientes del Sena. La valerosa Genoveva es más tarde, desde el cielo, protectora de París.

Por lo tanto, no pierdas nunca la cabeza, por muy grande que sea el contratiempo. Algunas mujeres pasan por muchas pruebas en la vida, y no parece sino que la desgracia las persigue. Si tú te encuentras en el mismo caso, no importa. No te aflijas. No te descorazones. Trabaja sin desmayo.

Las que logran más en la vida son las que cumplen siempre con su deber con alma serena y la sonrisa en los labios; se alegran en silencio durante la bonanza, sufren con

valor la desgracia y siguen el consejo del poeta romano:

Aequam, memento, rebus in arduis
servare mentem, non secus in bonis.

«En los trances duros y lo mismo en la bonanza, tente siempre con ánimo sosegado.»

Supongamos que en tu casa alguien pierde su colocación, su empleo. Es un contratiempo grave. Pero no hay que desesperarse. ¿No habrá otro puesto para los tuyos en toda la redondez de la tierra? Y ¿qué sabes tú lo que Dios quiere al cortar bruscamente tus estudios? ¿Quién sabe si no es así como te quiere guiar a tu debida misión, a tu verdadero cometido, como lo hizo con la famosa actriz española «la Caramba», la favorita de los aficionados al arte declamatorio?

Celebrábanse los carnavales en Madrid. Era el año 1786. María Antonia Fernández, «la Caramba», sale el martes de carnaval en compañía de sus amigos y admiradores. Joven, bella, bien portada, va a lucirse entre la multitud, mas Dios la esperaba en aquel día de orgía...

Al caer la tarde, la lluvia la obligó a refugiarse con sus amigos en la iglesia de San Antonio del Prado, en el preciso momento que comenzaba el sermón. Y tan dentro llegaron las palabras del orador sagrado, que María Antonia, apartándose de sus acompañantes, cayó de rodillas ante un Crucifijo, exclamando con los ojos llenos de lágrimas: «Misericordia, Señor, misericordia.» Retiróse a su casa; no se la volvió a ver más ni en el teatro ni en las fiestas. Vendió cuanto poseía, en ropas y alhajas, y dio el dinero a los pobres. Tales fueron

las penitencias a que se sometió, que al año siguiente moría en la paz del Señor en su mísera vivienda.

Sin el incidente de la lluvia quizá hubiera pagado con el precio de su alma su puesto de actriz célebre.

¡Y qué loca insensatez la que para evitar las pruebas de la vida recurre a la muerte! Sea cual fuere la caída, la catástrofe, la deshonra, mientras dura la vida siempre puede haber compensación o remedio. La desgraciada que se suicida echa por tierra esta única posibilidad de rehabilitación y colma el reato de sus pecados con el horror del suicidio.

Palma sub onere crescit; «la palmera crece bajo el peso». No sé si corresponde a la verdad esta creencia de los antiguos, pero sí afirmo que una mujer de recia voluntad no sólo no se quebranta en medio de los contratiempos de la vida, sino que de los mismos hace peldaños para subir a las alturas.

Julio César desembarcó en Africa. Al bajar del buque tropieza de repente y cae en tierra. El cortejo, supersticioso, susurra, ve un *omen,* un augurio malo en el suceso. Pero César tiene una feliz ocurrencia. Extiende sus brazos y con acento patético grita: *Amplector te, Africa.* «Te abrazo, Africa.» Ved cómo supo forjar un éxito del mismo percance.

La lucha, las privaciones, no sólo son un «mal», sino también fuente de virtudes heroicas. Si no hubiese pruebas, tampoco habría perseverancia. Quien lucha se hace más fuerte.

Dante escribió en el destierro, luchando con la miseria, su magnífica obra *La Divina Comedia.* Schiller escribió en una doloro-

sísima enfermedad sus dramas de más relieve. Mozart terminó su *Requiem* en el lecho del dolor. Fray Luis de León compuso en la cárcel una de sus más hermosas odas, la dedicada a Salinas.

No le iría bien al río si todos los huevos saliesen de peces grandes; ni al jardín si cada flor diese fruto; tampoco a ti si tus empresas todas fueran coronadas por el éxito. Enseña el fracaso a ser humildes, y da vértigo el éxito continuo. Somos capaces de soportar todo el mundo, menos un bienestar no interrumpido.

XV.—El peligro del éxito

No lo niego; sirve de acicate a la naturaleza humana para perseverar en el trabajo, ver que sus fatigas se coronan con el éxito, y pierde fácilmente el ánimo quien siempre fracasa. Comprendo que el éxito, el aplauso, gusta mucho a las jóvenes; pero he de llamarte la atención para que no presumas demasiado de ti misma en tus posibles victorias. El fracaso, es verdad, puede quitar ánimos para el trabajo; pero el aplauso ficticio o conseguido demasiado aprisa puede causar la caída de muchos más talentos serios.

Hay jóvenes que por el más insignificante trabajo: una pintura sencilla, un ejercicio de piano aprendido, se ven aclamadas por sus padres o por los huéspedes y colmadas de halagos y parabienes como si fueran verdaderos prodigios. Naturalmente, no necesitaba más la muchacha. En seguida se cree ser una mujer genial, un ser extraordinario, y se comporta como cuadra, en su sentir, a un genio: es excéntrica, indisci-

plinada, nada merece su respeto, todo lo critica y, sobre todo, no se esfuerza en aprender: «Ya vivirá de su talento.»

No sé, amada hija, si tú también te has visto en el trance de ser alabada sin ton ni son y proclamada futura celebridad como maga del piano, del violín o del pincel. Sólo te ruego, si de verdad el Señor te ha concedido talento y afición para uno u otro arte, que te formes en el que fuere cuanto puedas; pero cuidado con perder tu recto juicio. No te metas en la cabeza que hay dentro de ti una compositora, una poetisa, una artista de fama mundial, y que por ende ya no necesitas estudiar. Preocúpate mucho de tus inclinaciones artísticas, pero adquiere junto con el arte otro diploma, y procura también adquirir otra preparación para mantenerte en el caso de que no te cases y no tengas rentas para vivir; no te abandones por completo a tu talento, es caminar con paso incierto para el porvenir. Porque verás en la edad madura que en el mercado del arte pululan talentos medianos, y no hay que olvidar que estos talentos adocenados no pueden abrirse camino en la carrera del arte, de suerte que sea prudente basar en él toda la existencia. Y, confesemos la verdad, seguramente serán de mayor rendimiento para la humanidad unas costuras bien hechas que un tomo de versos modernos, o algunos monigotes futuristas ininteligibles.

XVI.—¿Dónde está Asia?

Y si no te es lícito presumir demasiado de los talentos que te dio el Señor, ¿qué decir entonces de las jóvenes que hacen escaparate de su «saber»? No hay escena más

grotesca que la jactancia con que se pavonean por su caudal de «ciencia» las colegialas de los últimos cursos de bachillerato. Ya lo saben todo. El profesor para ellas es un «infeliz» y el libro de texto una «estupidez». Han aprendido ya tanto, que hasta pueden permitirse el lujo de la incredulidad. Y no parece sino que van a descubrir por segunda vez la pólvora.

Aún, hoy, me río siempre que me acuerdo de la plancha fenomenal que se tiró un día un estudiante «avanzado», de palabra huera. Hacíanse en la clase ejercicios de latín. El profesor dictaba frases y éstas debían escribirse, después de breve reflexión, en el cuaderno, traducidas al castellano. Pues bien: mi «sabio» amigo tenía su tema plagado de cosas por el estilo:

Multa paucis = Multa a pocos... *Semper homo bonus tiro est* = El hombre siempre es buen tiro... *Non licet omnibus adire Corinthum* = No está permitido ir a Corinto en ómnibus... (1).

Y había una frase tan oscura que ni el mismo profesor pudo entenderla, ni supo dar con la razón que había movido a Gamarza a traducirlo así. La frase original latina estaba tomada de la célebre oda que HORACIO dirigió a Mecenas: «*¡Maecenas, atavis edite regibus!*» «¡Mecenas, vástago de regios antepasados!» Y Gamarza la había traducido de esta manera: «Tú cenas de mí, pero el pájaro come de los reyes.»

—Pero, Gamarza, ¿qué puso usted aquí?

—¿Yo, señor profesor? He traducido palabra por palabra el texto.

---

(1) La traducción legítima es: Mucho en pocas palabras. —El hombre bueno siempre es aprendiz—. No todos pueden ir a Corinto.

—¿Qué texto?

—El que usted nos dictó: *¡Me cenas, at avis edit e regibus!*

Nunca olvidaré la ruidosa carcajada que estalló en la clase. El señorito ya no se pavoneó más con su «saber».

Y decidme, si no, el pequeño cerebro de una colegiala, ¿qué porción habrá podido abarcar el terreno amplio, inconmensurable y, por ende, vertiginoso del saber humano? ¡Qué distinto es el acento del célebre naturalista NEWTON, quien, aun después de sus investigaciones y de sus resultados, decía que su trabajo era semejante al de aquel que fuese recogiendo conchas a la orilla del inmenso archipiélago de la verdad!

«Qué piensa el mundo —escribe— de mi labor no lo sé; pero a mí me da la impresión de que es el juego de niño a la orilla del mar; de cuando en cuando quizá haya encontrado una piedrecita más vistosa o una concha más hermosa que mis compañeros de juego, mientras que el océano de la verdad seguía siempre impenetrable ante mí.»

No estaría mal que los jóvenes gigantes de nuestros días meditaran lo que dijo modestamente WALTER SCOTT, gran sabio y escritor inglés, después de una larga labor sobre docenas de años, tenaz y perseverante: «Durante mi carrera me sentía atormentado e impedido por mi propia ignorancia.»

Ved, pues: cuanto más sabio, tanto más modesto es el hombre; porque cuanto más aprende y sabe, con tanta mayor claridad ve lo increíblemente poco que sabe el más sabio.

Que sea tu mejor adorno el *pudor* de la

ciencia, como dice Fenelón, y conozcas humildemente que si algo sabes es mucho más lo que ignoras.

No en vano dijo Sócrates: «La mayor sabiduría humana es saber que no sabemos.» Y así escribe Séneca: «Muchos habrían sido sabios si no hubieran creído que ya lo eran.» Y el proverbio húngaro dice: «Si tuvieras talento, no lo sacarías a relucir.»

Suelen decir los alemanes de la gallina que cacarea estrepitosamente, pero que da pocos huevos: *Viel Geschrei, wenig Ei.* «Mucho ruido y pocos huevos.» *Mucho ruido y pocas nueces,* decimos nosotros en castellano. Y un célebre predicador alemán, ya antiguo, Abraham de Santa Clara, lo expresó así: *Stultus und Stolz wachsen auf einem Holz.* «La estupidez y el orgullo brotan del mismo tronco.»

Había un estudiante, cuya hermana también era estudiante, y quería saber todo mejor que él. Un día, fastidiado de tanta jactancia, le dijo: «Pero, Paquita, no te metas en camisa de once varas... Vamos a ver: *equis partido por uve subcero multiplicado por coseno de alfa más epsilon.* ¿En qué lengua he hablado ahora? Pues es el tiempo que un cuerpo lanzado emplea en recorrer su camino. Ya lo ves, ¿comprendes de todo esto una sola jota?» Desde entonces fue más modesta la muchacha.

Alcibíades en una ocasión dijo con orgullo ante su maestro, Sócrates, cuántas haciendas tenía en las cercanías de Atenas. Sócrates sacó un gran mapa: «Muéstrame dónde está Asia.» Alcibíades mostró un gran continente. «Bien. Y ahora, ¿dónde está Grecia?» También se lo mostró, pero ¡qué trozo de tierra más pequeño en com-

paración de Asia! «Y ¿dónde está en Grecia el Peloponeso?» Alcibíades casi no lo encontró en el mapa; tan pequeño era. «Y ¿dónde está Atica?» Esta vez sólo pudo señalar un puntito. «Bien, y ahora —dijo Sócrates—, enséñame dónde está tu gran hacienda del Atica.» Pero ésta no podía encontrarse en el mapa.

Por lo tanto, no te creas, joven, que tienes extensos territorios espirituales, cuando el hombre más sabio no puede poseer más que un puntito, una arenilla de los enormes tesoros de la ciencia que hay en el mundo. Y no has de portarte como si tú fueras el centro de todo, cuando en comparación con la inmensidad del orbe eres una molécula casi imperceptible, aun con microscopio. Y a la muchacha que se pavonea de su gran saber pregúntale con modestia: «Dime, amiga, ¿dónde está Asia?»

XVII.—¿Quieres prestarme...?

Otra prueba decisiva del carácter de la joven es la manera de procurarse dinero, ahorrarlo y gastarlo. Haz lo posible en la vida para no tener que pedir dinero prestado. Es difícil devolverlo después. Pero, por lo menos, has de aprender que quien todavía no gana, sino que vive de lo ganado por otro, no tiene derecho a pedir nunca prestado. Prepara su propia perdición quien a préstamos se acostumbra.

«Las deudas dan a luz seres terribles. Mentira, vileza, conciencias degradadas, hipocresía, todo esto pueden producir. En las caras abiertas y francas marcan muy pronto las arrugas. Clavan el puñal hasta el corazón del hombre honrado» (Jerrold).

Quien contrae deudas es esclava en cierta medida: hipoteca su libertad. Si no has pagado a tiempo, ¡cómo temes encontrarte con tu acreedor! Y si no puedes evitarlo, ¡qué historias le cuentas...! Bajas la cabeza y tienes que humillarte. Más vale acostarse con hambre que levantarse con deudas. Porque tiene razón el dicho: «El saco vacío no se aguanta» y «A lomos de la deuda cabalga la mentira.»

Evita el guardar ninguna moneda a escondites de tu madre; no le «sises» si te envía de compras, eligiendo la cosa peor o trayendo menor cantidad..., aunque exteriormente no pueda apreciarse.

Acostúmbrate a pedir dinero sólo a tu madre, a tu padre, pero nunca a las amigas o personas conocidas... Que tus padres sepan en qué lo inviertes y, seguramente, te lo darán gustosos.

No suele ser la bendición compañera del dinero prestado. Es un hecho comprobado por la experiencia, que las gentes manejan el dinero prestado con más ligereza que el ganado con el sudor de su trabajo. No pidas, por tanto, dinero prestado, ni lo des tampoco.

En casos excepcionales, cuando se trata de necesidades verdaderas, naturalmente, puedes prescindir de la regla; pero harás un favor a la mayoría de las que te piden dinero si rechazas su demanda. Si se enfadan, no te pese; no eran modelos de amistad. Porque nunca se ha de poner a una buena amiga en una situación tan espinosa como es, necesariamente, la relación ingrata que se entabla entre un acreedor y el que debe.

Cuéntase un caso muy interesante de un viejo filósofo persa, a quien preguntó un

joven derviche. «¿Qué he de hacer? Los hombres me estorban muchísimo. Me quitan los minutos más preciosos.» El anciano contestó: «Presta algo a los pobres y pide prestado a los ricos y verás como no te molestan más.»

¡Cuántas deshonras y maldades se habrían evitado si aquellas infelices no hubiesen manejado en su juventud el dinero con ligereza!

XVIII.—El demonio del dinero

En circunstancias normales, antes de la guerra mundial, las jóvenes no tenían que ver con el dinero. Sus padres ganaban, sus padres gastaban por ellas, y las muchachas, si acaso, recibían algunos dinerillos con que podían permitirse algunos antojos.

Pero hoy vivimos tiempos extraordinarios. La locura, la caza del dinero, el *auri sacra fames* ha ya cautivado muchas almas de mujer. Las jovencitas corren desaforadas en pos del dinero y del lujo. No hace mucho se suicidó una joven porque no podía comprarse un abrigo de pieles. ¡Qué espantosa tragedia! Creo, pues, muy oportuno escribir aquí algunos pensamientos acerca del dinero.

Yo quisiera que tuvieses concepto cabal de lo que vale. No se puede vivir sin dinero, es verdad; pero no lo es menos que vivir *tan sólo* por el dinero *no es vida humana.* La caza del dinero no puede ser fin digno de vida humana, ya que el dinero es sólo medio para la consecución de los bienes más elevados de la vida. Y si, por desgracia, son también hoy muchos idólatras en el desierto, y si también hoy en muchos círculos de la sociedad se valora a la mu-

jer de esta manera: «¿Ves? Esta tiene auto y 100.000 duros de renta», ante ti, amada joven, lo principal será siempre esto: «¿Ves? Es una joven seria y honrada de pies a cabeza.»

Un hombre muy rico dijo en el lecho de muerte: «He trabajado durante cuarenta años como un esclavo para labrar mi fortuna; los años que me restan de vida los he empleado en guardarla como un policía, y ¿qué he recibido en cambio? Comida, casa y vestido.» Tiene razón SAN BERNARDO: «La fortuna la conseguimos con fatigas, la guardamos con pesares y la perdemos con dolor.»

¿Qué? ¿Entonces no está permitido crearse una buena posición con honrado esfuerzo? Claro que sí. Pero quien adquirió una fortuna pingüe con que podría hacer tantas obras buenas en favor de sus prójimos que sufren, y las omite, esta tal no tiene perdón de Dios. Según la enseñanza sublime de Jesucristo, sólo está permitido amontonar grandes bienes, si con ellos hacemos obras de misericordia.

No hay que ser comunista, no es menester negar el derecho de propiedad para conceder que las enormes fortunas de hoy no han podido amontonarlas un solo individuo; muchos obreros las regaron con su sudor; por lo mismo se debe invertir algo de tales fortunas en el bien común, en favor de la humanidad. *Noblesse oblige.* «Nobleza obliga», es un proverbio que muchos conocen y practican. Pero la riqueza obliga también; obliga a prestar auxilio, a portarse con liberalidad. Graba en tu alma las sabias palabras el emperador CONSTANTINO «EL GRANDE»: «Depende del destino el ser emperador; pero si el destino te colocó en

un trono, esfuérzate entonces por responder bien a tu dignidad.»

Te lo ruego, pues, encarecidamente, hija mía: si Dios te deparó padres poderosos, esfuérzate por injertar cuanto antes en tu alma el espíritu cristiano, que es espíritu caritativo y social. «El corazón se endurece más aprisa en la riqueza que el huevo en el agua hirviente» (Burne). ¡Hija del dueño de una fábrica, de un gran industrial!: piensa sólo que mientras en la caja de tu padre entran gruesas rentas mensuales, muchos miles de mineros sudan para ello en las entrañas de la tierra al débil resplandor de una linterna; cuántos obreros están junto a los hornos encendidos y a las ruedas de máquinas en movimiento continuo; cuántos caen víctimas de una desgracia durante el trabajo pesado y difícil. Y a todos ellos les esperan en su casa su familia, sus esposas y sus hijas, muchachas como tú, pero a quienes les falta muchas veces el pedazo de pan.

Si tales pensamientos viven en tu alma encontrarás medios desde ahora para ayudarles una y otra vez, según tus posibilidades; y aún más, echará en ti profunda raigambre el serio pensamiento —¡que por desgracia es hoy tan raro entre las personas acomodadas!— de que recibiste de Dios tu fortuna sólo a manera de préstamo, y un día tendrás que rendir estricta cuenta de su empleo. Créeme, hija; si este modo de pensar no fuera raro entre los ricos —¡y, sin embargo, es doctrina característica del cristianismo!— se podría resolver en un solo día la cuestión social, tan peligrosa y que amenaza con un derrumbamiento completo.

Preguntaron una vez a un rico que ha-

bía sabido abrirse camino a costa de grandes luchas cómo pudo allegar tanta fortuna. Así contestó el rico: «Mi padre me inculcó profundamente que no debía jugar antes de acabar el trabajo; no gastar el dinero antes de poder ganarlo.»

Palabras sencillas, al parecer, pero llenas de profunda sabiduría: *¡No derrochar el dinero que no has ganado!* Quien gasta el dinero ganado por otro no puede llamarse todavía independiente, no es mujer completa. Naturalmente, entre jovencitas no hay más remedio: ellas viven del dinero de sus padres; pero han de proponerse firmemente no gastar ni un céntimo en fruslerías. Ni han de comprar nada a crédito, es decir, no han de gastar hoy el dinero que sólo tendrán mañana, o pasado mañana.

Gasta siempre menos de lo que te produce tu renta. Muchas gentes están descontentas, no porque no ganan, sino porque no saben refrenar sus pretensiones. Grandes propietarios, dueños de inmensas fortunas, mujeres ricas, se volvieron pobres, sin un techo que las abrigara, porque no cumplieron esta regla. Y no quisieron creer lo que WALTER SCOTT pone en boca de uno de sus personajes históricos: «Ejecuta más almas el dinero sin filos que la espada cortante.» Por otra parte, gentes de mediana fortuna pueden vivir honradamente y sin pesares, si conocen el arte de la economía.

Hay muchas jóvenes que no saben manejar el dinero. Si pasan ante una pastelería, ante una tienda de fotografías, de deportes o de bisutería y perfumes, ante un cine, cada cual según sus gustos, si tienen dinero en su bolsillo no pueden dominarse. Estas muchachas en vano tendrán, cuando mujeres, renta de millones; nunca estarán

satisfechas y nunca tendrán dinero, porque toda su fortuna se derretirá entre sus manos, como la nieve al primer rayo de sol.

*XIX.—¿Cómo se cazan los monos?

¿Sabes cómo cazan el mono los negros? Tienen un modo harto ingenioso. Atan bien fuerte al árbol una bolsa de piel con arroz, la comida favorita del mono. En la bolsa hay un agujero de tal tamaño que por él pueda pasar justamente la mano del mono, pero que, lleno el puño de arroz, no pueda sacarlo de nuevo. ¡Pobre mono! Sube al árbol, mete la mano, la llena de comida exquisita. Sí; pero... no puede sacar el puño. En este momento sale del escondrijo una sonriente cara negra; el pobre macaco grita, salta, se retuerce...; es inútil. El negro lo coge. Y, sin embargo, el tonto no hubiera tenido más que abrir la mano y soltar el botín y estaba salvo. ¡Ah, sí! Pero antes el cautiverio, antes la muerte que desprenderse de la presa.

Cuidado, hija, que no te aprisione también a ti el amor ávido del dinero y no te arrastren a sus cárceles las negras pasiones.

Repito: no podemos vivir sin dinero. Pero la cuestión está en cómo nos conducimos para que el demonio del dinero nos sirva a nosotros y no seamos nosotros sus esclavos. El dinero tan sólo es medio; cuidado que no veas propiamente un fin en el adquirirlo. El dinero puede ser buen criado, pero ¡ay de ti!, si llega a dominarte, y tú por un plato de lentejas, por ventajas materiales, vendieras el derecho de primoge-

nitura de los hijos de Dios, los valores morales de tu alma grande.

Cuando alguien muere suele preguntarse: «¿Cuánta fortuna dejó?» Y no es ésta la cuestión importante. Se habría de preguntar: «¿Cuántas obras buenas le precedieron allá en los cielos?» *O dives, dives! Non omni tempore vives!* Por muy rico que seas, no has de vivir siempre.

El genio del hombre supo vencer y refrenar otras fuerzas maléficas; supo imponer su yugo a la electricidad, al fuego, al vapor; el espíritu cristiano es capaz de atar al servicio de los nobles objetivos al mismo demonio del dinero.

Quiero, no obstante, mencionar, aunque gracias a Dios espero que tú no necesites el aviso, la influencia devastadora del lujo en la vida moral.

Quizá no te importará verte con un traje nuevo si no gastaras en él demasiado dinero.

Gastar en vestir más de lo que puedes por tu fortuna es arruinar tu vida por unos trapos... ¡Como si no hubieras nacido más que para lucir! Una joven que aspira a ser mujer honrada y cristiana no debe sacrificar su fortuna al lujo y a la coquetería. ¡Triste hogar el suyo, amenazado de ruina antes de ser creado!

Hogar que tiene por cimiento la vanidad de la mujer se derrumba siempre. Pueden verse ruinas entre la clase media, entre la aristocracia, entre el pueblo humilde.

Y no creas que la adoración del oro es un peligro que amenaza tan sólo a los adultos de posición desahogada. Una muchacha pobre puede tener también una amiga rica, para la que el estudiar es cosa de segundo plano y lo principal es divertirse; pero ¡ay

de aquella que se deja deslumbrar por la «honrosa amistad» de la compañera rica y en aras de la misma empieza ella a malgastar también el dinero de sus padres, ahorrado con duras pruebas! Sólo una joven casquivana puede fríamente derrochar el dinero que sus padres tuvieron que ganar a costa de tantos sudores y trabajos. No estires la pierna más allá de la sábana que te cubre. Más gasto que renta..., ahí tienes la ruina.

XX.—Hasta donde llega la sábana

Quizá no querrás creerlo: si quieres tener una posición desahogada, lo principal no es que sepas ganar, sino que sepas ahorrar.

«¿Quién es el más rico?», preguntaron al sabio griego CLEANTES: «Quien se contenta con menos», contestó. Excelente móvil de la prosperidad material, y más tarde de la propia independencia, es saber ser modestas. Cuanto más moderadas fueren las pretensiones, en tantos aspectos de la vida, se logra la independencia. Y basta ver la maestría que tiene la civilización moderna en despertar, día tras día, nuevos deseos en las gentes. Si dos muchachas emprenden la vida con igual talento e igual diligencia, prosperará más, sin ningún género de duda, la que tenga pretensiones y necesidades más modestas. La modestia en los deseos ya es de suyo una fuente de ganancia.

Cuantos mayores lujos tiene una mujer, más prisionera se vuelve de los placeres mundanos.

¿Por qué tantas maldades y desgracias?

Porque las mujeres tan sólo quieren gozar, pero no quieren sacrificarse.

¿Por qué tantas vidas míseras? Porque gastaron más de lo que tenían.

¿Por qué tanto suicidio en la sociedad moderna? Porque se sabe mucho de ambiciones y muy poco de deberes.

En la clase más modesta se ha de reunir un pequeño caudal para los casos imprevistos de enfermedad, de desgracia; para los días de vejez, cuando ya no se pueda ganar el sustento. Por más que se gane, si se consume todo, habrá que caminar siempre bordeando la miseria. No se tendrá conciencia de la propia fuerza y de la seguridad que suele dar a la mujer el capital ahorrado, por muy modesto que sea. Hasta de un sueldo modesto se puede ahorrar; en cambio, quien cada día consume lo que ha ganado, no da ni un paso adelante en el camino de la fortuna.

Hemos de acostumbrarnos a la economía ya en los años de nuestra juventud. La economía educa el carácter y aumenta el sentimiento de la independencia, mientras que el derroche induce a la ligereza y empuja a la ruina. ¿Cómo es que, a pesar de todo, encontramos tan raras veces una joven que sepa ahorrar? ¡Ah!, porque no es tan fácil la cosa.

«¡Soy tan pobre! ¿Cómo podré comenzar mis ahorros?» Ante todo lleva cuenta puntual de las entradas y de los gastos. Es lo primero; no gastes nunca más de lo que tienes. Después: no gastes nunca superfluamente. Quien compra cosas inútiles, pronto se verá obligado a vender objetos que mucho necesita.

Mira una mujer vanidosa. ¡Cuántos gastos inútiles tiene sólo porque «las otras

también lo hacen así.» Vestir lujoso, afeites caros, diversiones, comidas... La vanidosa ni siquiera viene a disfrutar del resultado de sus gastos, porque derrocha sin mesura «por amor a otras». ¡Cuántas llegaron a la miseria sólo por haber querido el mismo traje, sombrero, teatro, casa, auto, «que la otra»!

Sobre todo —te lo repito— gasta lo menos posible, cuando se trata de gastar lo de otros, lo de tus padres. Bien lo pensarás —si gastas no en cosas fútiles— cuando los dineros sean tuyos a fuerza de duro trabajo.

La economía tiene otra gran ventaja: permite a la muchacha más pobre hacer obras de caridad. Y esto es un sabroso manjar espiritual del que ninguna joven debería privarse. ¡Qué bello es el ejemplo de la muchacha que distribuye los regalos de sus padres, acomodados, entre las compañeras que viven con estrechez! Pruébalo, por favor; verás qué sublime alegría te proporciona separar algo de lo tuyo, privarte de minucias con un pequeño sacrificio, ayudando con ello a las más pobres. Quien sabe ahorrar puede hacer obras de caridad, aun teniendo menguados recursos. Quizá haga más que quien alardea de su gran fortuna. *Summae opes, inopia cupiditatum* —dice SÉNECA—, «la mayor riqueza es tener pocos deseos».

*XXI.—¡O morir o trabajar!

Los paganos admiraron extraordinariamente a las mujeres de los cristianos por su valor, sobriedad y diligencia. «¡Qué mujeres tienen esos cristianos!», decían con envidia.

Las mujeres cristianas, con el trabajo y sacrificio y la servicialidad, reformaron la vida de los pueblos. Mientras la dama pagana *necesitaba perder el tiempo* para hacer algo, la cristiana, avara del suyo, lo aprovechaba para ganarse el sustento o en favor de sus prójimos, a los que se consagraba.

Actividad mucha actividad; pero no la del ser *que se viste, charla y se desnuda*, sino la del que ama la vida y no quiere desperdiciar un minuto. Esos minutos bien aprovechados pueden labrar la felicidad de tu patria, tan necesitada de mujeres trabajadoras y activas.

Una joven comodona y perezosa jamás podrá ser miembro útil a la sociedad. Una juventud ligera, que teme el trabajo y el sacrificio, ¿podrá, acaso, reedificar la patria desgraciada, deshecha en ruinas? La que de joven se limitó a ejecutar tan solo el trabajo que se *la imponía*, ¿cómo cumplirá más tarde sus deberes, cuando a nadie tenga ya que rendir cuentas?

La perezosa es cruel verdugo de sí misma. La mujer que todo lo tiene, cuyos deseos se cumplen apenas asoman, tendrá una vida con más espinas que flores. En medio del trabajo vuela el tiempo, mientras que andan en la intolerancia con paso de tortuga los mismos minutos. El «no hacer nada» es el trabajo más cruel para la mujer.

¿Qué le falta, pues? La alegría del trabajo. El trabajo es uno de los mejores educadores del carácter; la costumbre de dominarse a sí mismo crea la perseverancia, templa la tensión del espíritu y santifica; por eso Santa Juana de Lestonac, fundadora de las Hijas de Nuestra Señora, puso

como lema de su vida: *¡O morir o trabajar!*

Qué bendición sea el trabajo lo sabe sólo quien se vio obligado por mucho tiempo —supongamos que por causas de una enfermedad grave— a la inactividad. Se puede transformar en insufrible tortura el castigo de los penados sólo con no permitirles el trabajo y obligarlos a estar sentados horas, días, semanas, sin hacer nada en su celda. Basta para volverse locos.

El emperador romano SEPTIMIO SEVERO cayó gravemente enfermo el año 211, en Britania. Entra el tribuno a pedirle el santo y seña del ejército para aquel día. *Laboremus,* «trabajemos», contesta el emperador, ¡el emperador enfermo! Sabía que los deberes nacen con la vida, y sólo llegan a su fin al cerrarse nuestro ataúd.

Mira, el gran emperador Carlomagno hacía trabajar a sus hijas, porque decía que «había que huir de la ociosidad, aunque se naciese hija de rey».

Sin trabajo, la vida es un soñar vacío y vano: El espíritu de las mujeres perezosas se hace veleidoso, su voluntad raquítica. Uno de los primeros medios para el robustecimiento de la voluntad es, precisamente, el trabajo, el esfuerzo continuo, minucioso. La que trabaja no tiene tiempo de estar descontenta, de rebelarse contra su suerte. Aún más: el trabajo hecho con interés, si llegamos a absorbernos por completo en él, hasta podrá librarnos de pequeñas indisposiciones: dolor de muelas, de cabeza, ligeras calenturillas. El trabajo que hacemos, dándonos del todo a él, hácenos olvidar tales molestias: las vence.

Quisiera que las colegialas holgazanas meditasen profundamente, una vez siquie-

ra, qué timbre de gloria es el poder estudiar. Otras jóvenes, por la dificultad de ganarse la vida, se ven pegadas a la máquina, a los menesteres humildes, y para éstas permanecen escondidas para siempre muchas cosas interesantes. Pero cuando tú estudias o lees se levantan de las tumbas milenarias los héroes, te hablan antiguos sabios ya muertos, te cantan sus leyendas poetas de fama mundial, toman vida monumentos de pueblos desaparecidos, se descubren los planes, los pensamientos de los mayores entre los hombres. Quien no tiene holgura y posibilidad de aprender, no llegará a saber nada de todo esto.

Tú, en cambio, puedes conocer la vida portentosa del fondo de los mares, la grandeza de los astros lejanos, las magníficas leyes de la naturaleza. ¡Qué agradecida deberías mostrarte, porque el estudio es cosa *permitida* para ti!

La estudiante verdaderamente concienzuda siente bien tal alegría y no mide tacaña su trabajo, diciendo: sólo aprenderé tanto, porque sólo tanto es necesario. Sino que aprende *todo lo que puede.* Y después de la tarde pasada junto al libro, al llegar a la cena rendida, siente en su alma la *alegría del trabajo,* como lo cantó SCHILLER en *La Campana:*

Sudor que brote ardiente
inunde nuestra frente;
que si el cielo nos presta su favor,
la obra será renombre del autor.

XXII.—«Me dolía la cabeza»

Y ahora mira entre los varios tipos de la sociedad estudiantil un modelo que voy a presentarte: exterior elegante, peinado impecable, un abrigo último grito, zapatos de piel de cocodrilo, bolsillo con estuche de perfumes y afeites, y dentro, en el alma, una vaciedad horrenda. Sobre su cuaderno de lecciones se lee: «N. N., estudiante de primer año, colegiala de primer curso»; pero si quisiera ser sincera debería poner allí: «N. N., coqueta profesional.» Porque tal muchacha hace cuanto puede hacerse sobre la tierra, menos una cosa: ¡aprender!

Se apodera de mí cierto malestar cada vez que de labios de una de estas pollitas insulsas e hipócritas, en lugar de la lección, oigo la falsa y consabida excusa: «Señorita, no he podido prepararme; me dolía la cabeza.»

¿Tenía dolor de cabeza? No es verdad: pereza pura. Me gustaría mostrar a éstas la gran muchedumbre de jóvenes pobres, pero dotadas de talento, que sienten la vocación de las aulas animadas por su deseo, por su diligencia, por su perseverancia, pero que no pueden seguirla por falta de dinero. Y si logran de algún modo ir a la escuela, ¡a costa de qué privaciones siguen sus estudios!

¿Y a aquéllas todavía «les duele la cabeza»? Por pereza han derrochado tanta fuerza de voluntad, que se les hace molesto meramente levantarse del sofá, o buscar los libros de texto. Sí; cada tarde, mejor dicho, cada noche, a eso de las once, estudian algo, una media hora; mas entre tan-

to no dejan correr cinco minutos sin repasar el peinado y mirarse al espejo y contemplar sus facciones. Se ve claramente que, aun durante el estudio, su «yo» precioso es lo más importante para ellas. No es maravilla, pues, que no sepan la lección.

Cada mujer gasta una gran parte de los tesoros del mundo: comida, vestido, etcétera; y esto ha de pagarlo de una o de otra manera. Por los bienes terrenos que gastamos hemos de pagar con el trabajo; la mujer que no trabaja, pues, es un fardo sobre las espaldas de la sociedad, porque consume continuamente sin dar compensación. Por esto escribe SAN PABLO con clara brevedad a los Tesalonicenses: «*Quien no quiere trabajar, que no coma*» (1).

Y tienen que trabajar no sólo quienes están obligadas, sin otros argumentos ni raciocinio, a ganarse la vida mediante el trabajo. No, hija mía. Por más rica que seas, aunque tengas todos los tesoros que se te antojen, has de trabajar. De la inactividad nace la rutina moral, y su consecuencia es el retraso espiritual. La que no aprende no sabe juzgar, cual cumple, al mundo; se hace esclava de otras, de las más instruidas, aunque por el exterior parezca ocupar un trono.

En cambio, la que trabaja mucho llega a ser guía espiritual de la humanidad; su palabra resuena en los siglos y despierta admiración aun cuando el cuerpo hace tiempo que se convirtió en polvo.

Los grandes poetas, los místicos, nos hablan hoy, todavía, con vida lozana en sus obras maestras. Platón, aún hoy, nos enseña su filosofía. Virgilio y el Dante, siguen

---

(1) *Segunda carta a los Tesalonicenses,* III, 10.

cantando sus versos. Shakespeare, no deja de conmovernos. Teresa de Jesús, con sus escritos, sigue perfeccionando espiritualmente las almas..., y ¡han pasado siglos desde que murieron! El resultado del trabajo es, de veras, monumento más perenne que el bronce: *monumentum aere perennius.* ¡Ojalá meditasen estas verdades aquellas estudiantes, aquellas colegialas a quienes siempre «les duela la cabeza!

XXIII.—La abeja y el abejorro

Vemos con razón en las abejas un símbolo de diligencia. Es portentosa la perseverancia incansable con que vuelan durante todo el día de una flor a otra, recogiendo miel. La diligente abejita que de las flores liba la miel y la joven que trabaja en sus libros son muy parecidas. De la misma manera, también, las mujeres ya maduras o colegiales, nada más deben extraer de muchos libros, de muchas impresiones, de observaciones múltiples, con incansable solicitud, la ciencia necesaria para la vida.

Y hay aún otros puntos de contacto entre abejas y colegiales. Parécense, asimismo, en que ambas tienen parientes de menos valía. También las abejas tienen un pariente degenerado: el abejorro. Por fuera parece abeja trabajadora, zumba lo mismo, hasta más fuerte; vuela de la misma manera de flor en flor; hasta se asienta en alguna que otra roca con tal seriedad, que al verlo cualquiera pensaría que saca miel de la misma piedra; pero después de los trajines de un día entero, siempre llega a casa sin miel. Así es el abejorro.

Y ¿cómo es la colegiala abejorro? Está

sentada ante el libro abierto, lo mismo que las demás; vuelve las páginas de la misma manera, y aún las vuelve más. Mira con tal seriedad las letras que no parece sino que hasta de la roca de la cubierta del libro quisiera extraer ciencia. Su madre la acaricia con tanta compasión: «¡Pobre hijita, te matarás con tanto estudiar!» —y, sin embargo, no hace sino remedar la diligencia.

Su entendimiento va errante por todas partes; en su cabeza se acumulan pensamientos que nada tienen que ver con el estudio. Menos mal, si en su cerebro no se arremolinan conceptos malos y pensamientos poco edificantes, porque ahora sí que será fiel copia del abejorro, cuya larva, como es sabido, se cría con predilección en la basura.

El libro de los *Proverbios*, del Antiguo Testamento, pinta magistralmente, en pocos trazos, al perezoso que *«quiere y no quiere»* (1); que *«se consume por sus propios deseos»* (2), ya que toda su vida y toda su labor no son otra cosa que un encadenamiento de deseos y suspiros infructuosos. Si por casualidad sabe decidirse a tiempo en las cosas, ve multiplicadas las dificultades, y al final, *«Fuera hay un león, y si salgo me matará en medio de la calle»* (3) —dice con miedo.

«El álgebra es terriblemente difícil; es inútil; no es posible aprendérsela» —repite—, y cierra el libro aun antes de empezarlo. Todo lo prueba, de todo tiene vagas noticias; pero nada se sabe como corres-

---

(1) *Proverbios*, XIII, 4.
(2) *Idem*, XXI, 25.
(3) *Proverbios*, XXII, 13.

ponde. Es como aquellas navajas voluminosas, en que hay hoja de corte, pero al mismo tiempo tienen también tirabuzón, tijeras y abotonador de zapatos; todas estas herramientas, sin excepción, son de una calidad pésima.

¡Te tengo lástima, pobre infeliz «colegiala-abejorro», porque todos los vicios de la mujer provienen de su ignorancia, y tú, malgastando los años más fértiles de tu juventud, vas labrando tu propia inmoralidad, tu degradación.

*XXIV.—La grulla sin cola

Hay jovencitas que van pasando los años valiosos de la segunda enseñanza con verdadera habilidad, para sacar de ellos el menor provecho: Sí; van a clase, a ello se les obliga; pero sólo trabajan con medio corazón, con un solo ojo, con un solo oído.

¿Y la otra parte? Prestan atención muy a pesar suyo, pero con la mitad de su entendimiento recorren el vestido que vieron en un escaparate, el peinado de moda. Vigilan con un ojo; por el rabillo miran a la profesora; pero al segundo leen ya de nuevo, con el libro bajo el banco, novelas cinematográficas, revistas de deportes o de belleza. Si el profesor o la profesora hacen un movimiento, instantáneamente lo miran con una cara tan asombradamente luminosa como si ellas hubieran seguido la explicación.

Sinceramente, me dan lástima estas muchachas. Me dan lástima porque estas dos mitades de su trabajo no pasan de ser un continuo titubeo. Ellas, sin embargo, sostienen que, simultáneamente, pueden pres-

tar atención a dos puntos, a debajo del banco y a encima del banco; pero la psicología las desmiente. El tiempo se les va lo mismo que a aquellas que toman parte en la lección con alma y vida; la diferencia está en que unas ya saben la lección, mientras otras tiran los libros, porque no comprenden ni una cosa ni otra.

Llamóme la atención una bandada de grullas que cruzaba un día los aires. Todo el grupo, en forma de cuña, surcaba magníficamente el cielo; pero muy lejos de sus compañeras remaba tambaleándose, con inhábiles aletazos, una pobre grulla que había quedado atrás. Le sacaron a la infeliz en una riña las plumas de la cola, su timón; y aunque trabajaba en el aire doble que sus compañeras, no llegaba con todo al final. Grulla sin cola es también la colegiala de quien hablamos: también ella trabaja, pero no adelanta.

Ibsen, en *Peer Gynt,* pinta el estado de un hombre al que con reproche le rodean las horas y los dones valiosos de la vida malgastados. Somos los pensamientos —dicen— que deberías haber prestado. Somos las canciones que debiste cantar. Somos las lágrimas que debíamos haber brotado de tus ojos. Somos las acciones que pudiste y no quisiste realizar.

Yo quisiera que todas las jóvenes escribiesen sobre una tarjeta, y la colocasen en un marco sobre la mesa de su cuarto para tenerla siempre a la vista, las ponderadas líneas que siguen:

«Cada día inútil es una página en blanco en el libro de mi vida» (CRISTIÁN FÉLIX WEISE).

El tiempo es dinero; no malgastes ni un momento y cuéntalos todos bien.

Haz a tus prójimos todo lo que deseas que ellos te hagan a ti. No lo olvides: el presente es *un momento que pasa* con la rapidez de un relámpago. Sólo este momento te pertenece; el pasado no existe, el porvenir no sabes si llegará.

Así, lo que puedes hacer hoy no lo dejes para mañana.

Lo que puedes hacer tú misma no lo confíes a nadie.

No desees los bienes de los demás.

Da importancia a la cosa más insignificante.

No gastes de antemano lo que todavía no tienes.

No derroches tus rentas; procura más bien conservarlas.

Haz que un orden severo gobierne todos tus quehaceres.

Esfuérzate en hacer el mayor número de obras buenas durante tu vida.

No te prives de nada que sea necesario para la comodidad de la vida; pero vive con honda modestia y economía.

Y, por lo mismo, emplea tu tiempo diligentemente hasta el último momento de tu vida.

A quien le gusta la miel, no han de asustarle las abejas.

¡Fuera pereza, levántate y anda, para que tu conciencia tranquila exclame: «*¡Hoy he llenado bien mi día!*»

XXV.—Temblorosa llama de bujía

Hay jóvenes de naturaleza especial que trabajan durante todo el día, siempre están ocupadas, y, no obstante, por falta de perseverancia, son víctimas, dignas de com-

pasión, de la debilidad de su propia voluntad. Siempre están atareadas, no cesan un momento; pero no dedican más de diez minutos a una misma cosa; presentan, sucesivamente, de modo tan magistral, sus actos inútiles, que llega a parecer una actividad febril.

Fíjate si no en cómo emplea la tarde una de esas colegialas estudiantes. Después de la comida empieza a buscar los vocablos latinos. A los tres minutos copia un dibujo para un trabajo de sierra. Un ratito más y la verás en el sofá repitiendo machaconamente, en voz alta, las guerras de Napoleón. En eso, cierra de repente el libro, porque se ha acordado de que tiene citada a la peluquera, que está esperando hace tiempo. Apresuradamente va al tocador, y después de leer diecisiete páginas de una novela de Pereda, la toma con la lección de Física. Pero apenas escribe que la distancia focal (f) de las lentes se determina por los radios esféricos (r_1 r_2) y el índice de refracción (n):

$$\frac{1}{f} = (n - 1) \left(\frac{1}{r_1} + \frac{1}{r_2} \right)$$

cuando he aquí que observa «una carrera en la media»; inmediatamente busca hilo, aguja y se pone a sujetarla... Y con esto llega a feliz término la tarde. Su madre la tiene compasión. «¡Pobre hijita, cuánto ha estudiado!» Y, sin embargo, hacía sólo como que estudiaba.

La Historia cuenta, del emperador Domiciano, que se encerraba muchas veces en un cuarto y a nadie le era permitido estorbarle, como si hubiese querido profun-

dizar en los asuntos más difíciles del Estado. En realidad, pasaba el rato cogiendo moscas y clavándolas en un alfiler. Lo mismo que aquella muchacha que con aire serio abre ante sí un texto de Cornelio Nepote, pero cuando sale su madre del cuarto saca de debajo una revista cinematográfica.

El trabajo a retazos, falto de orden, además de cansar mucho más que el estudio serio, carece de todo valor. Es por demás: el espíritu humano no es capaz de prestar atención simultáneamente a muchas cosas.

Es natural que la estudiante que se mueve continuamente durante la lección, como ardilla en la jaula, y es inconstante como una gitana ambulante, no haga labor de provecho. Estas muchachas, aunque *estudien de continuo, nada saben;* prestan atención a todo, pero *nada retienen.* Aprovecha, incomparablemente más, si estudias tres horas con atención intensa y entrega completa y después te diviertes con el alma tranquila otras tres, que si estás sentada seis horas ante tus libros, pero no aprendes, ni juegas, y, por fin, como sucede después de todo trabajo a medio hacer, te levantas descontenta de la mesa de estudio. La joven que mejor aprende, y más tarde también será la que rinda más provecho, es aquélla que mientras estudia se olvida por completo del mundo, no se da cuenta siquiera del ambiente que la rodea, del tiempo, de las dificultades, y concreta toda su atención en un sólo punto.

Confiésalo; tú misma fácilmente comprendes que si alguien mientras baila un rigodón, medita el binomio de Newton, tropezará en el suelo más llano; pues ¿cómo no ha de tropezar y caerse en el examen de

matemáticas la que al prepararse en la tarde anterior sólo pensaba en el baile de la noche?

No lo emprendas todo a la vez; empieza un sólo trabajo; prosíguelo con perseverancia, no toleres desalientos y no lo abandones hasta llevarlo a buen término. *Age quod agis.* «Lo que haces, hazlo bien.»

Es errónea, sin duda, la opinión corriente en nuestros días, según la cual son «activas» y de espíritu «creador» aquellas personas que con nerviosa inestabilidad emprenden innumerables empresas.

¡Qué engaño! Los grandes descubrimientos, que significan un paso de la humanidad en el campo de la cultura técnica espiritual, nacieron mediante un trabajo constante, en el ambiente fértil del tranquilo escritorio, del laboratorio silencioso y de las calladas bibliotecas.

Lo que hace a los verdaderos héroes de la Historia, en el terreno de la ciencia, de la literatura, del arte y de la industria, es la diligencia constante, reposada, con ánimos para mantener un trabajo reconcentrado en largos años. No se pueden escalar las cimas de las altas montañas con un sólo esfuerzo gigante, sino con el trabajo continuado de millares y millares de pasos pequeños, de un adelanto perseverante a costa de trepar por las peñas, de remover obstáculos, de hacer pie... donde se pueda y resbalar muchas veces.

Créeme, hija; la heroína no es aquélla que es capaz de llevar a cabo una o dos acciones atrevidas, sino la que sabe ejecutar con valentía las obras más insignificantes de la vida. Este fue el secreto de los santos.

Cuando después de comer se apodera de ti una pereza como la de la marmota du-

rante el invierno, y venciéndola te aprendes la Química, eso es dominio, voluntad.

Cuando por la mañana te sentaría tan bien seguir acurrucada entre las mantas calientes, pero al sonar la hora de levantarte saltas animosamente de la cama, eso es de espíritu fuerte.

Cuando el sol de mayo te convida a pasear, pero no has terminado aún tus lecciones y te esfuerzas en seguir sobre el libro, demuestras tener ánimo de heroína.

Cuando algo no te gusta y lo haces a pesar de todo con placer, porque así lo exige el mandato de Dios, eso, eso es valentía heroica.

Acuérdate de lo que dice CLAUDIO BERNARD: «Lo único que cuesta es dar el primer paso.» Quien no avanza, retrocede.

XXVI.—El caracol y la liebre

El caracol y la liebre se apostaron para ver quién ganaba una carrera. La meta sería el confín de un bosque cercano. El caracol emprendió su camino con gentil afrento; sudaba caminando tenaz y esforzado. La liebre, con ilimitada confianza, se acostó en el suelo, bajo los rayos esplendorosos del sol, y pensaba: «¡Imbécil! ¿Para qué tantas fatigas, a qué vienen sudores tantos? Es por demás. En dos saltos te dejo yo tan atrás que no me verás ya la punta de la cola.» El caracol seguía su camino, arrastrándose, sudando, trabajando, y cuando la liebre se dio cuenta no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. «¡Voto a Briosle! Hay que correr. ¡Adelante!», exclamó la liebre. Da un salto, da otro salto;

pero antes de dar el tercero el caracol ya estaba en el bosque.

La perseverancia y la diligencia vencen al talento.

En el trabajo espiritual también es condición de primera necesidad la constancia. No se puede decir que corresponda por completo a la verdad; pero encierra gran parte de ella el dicho francés: *le génie c'est la patience*, «el genio es paciencia». Podría mostraros un crecido número de jóvenes muy listas que corrieron a la ruina por su modo ligero de pensar. Aunque no lo tomaban muy en serio, hicieron sus estudios superiores con las mejores calificaciones; pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbradas a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchas mujeres célebres durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano; pero supieron compensarlo con diligencia férrea y con trabajo constante y sistemático.

El «aprender con facilidad» indudablemente es un don peligroso para muchas jóvenes. «¡Yo no tengo que estudiar, soy lista!» —dicen muchas jóvenes en sus adentros—. Démoslo de barato; pero la listeza sola no es ciencia; solo es *medio para alcanzarla*. Y muchas jóvenes de talento fracasaron en las clases superiores o en la Universidad, sólo porque no hicieron fructificar el talento que les fue concedido por Dios. «La labor perseverante vence todas las dificultades.» *Labor omnia vincit improbus* —escribe VIRGILIO.

¡El caracol puede vencer a la liebre!

XXVII.—¿Genio o diligencia?

El trabajo pertinaz y serio, la paciencia constante y amplia, son como el agua que tranquila fluye siglos atrás y se cava un álveo profundo. No todos somos genios; todo lo contrario; éstos son un porcentaje muy reducido de gentes; pero todos si podemos proponernos un fin elevado; sí seguirlo constantes y tenaces durante la vida entera. El blanco que nunca se pierde de vista es el armazón, la espina dorsal en que se apoya el éxito de la vida. Aún más: ¿cuál es una de las propiedades características del genio? La consagración apasionada, intensa, a una rama de la ciencia o del arte.

Las creaciones científicas o artísticas más gloriosas para el espíritu humano las debemos, no a la llamarada momentánea del genio, sino a una *incontrastable y perseverante diligencia de hormiga.* Los hermosos resultados de la constancia de una vigorosa fuerza de acción y de una voluntad firme podrán lograrlos también jóvenes de mediano talento espiritual. El gran secreto del éxito en este mundo está en perseverar con tenacidad e insistencia, teniendo al fin noble y elevado que nos hemos fijado.

La diferencia entre la mujer superior y las mujeres adocenadas estriba muchas veces sólo en la energía y voluntad inflexible con que aquélla se dirige al fin señalado; es lo que caracteriza a las grandes mujeres y lo que falta a las mujeres vulgares. La perseverancia, la diligencia y el trabajo han sido incomparablemente más provechosos al mundo que el genio, el talento brillante. *Ohne Fleiss kein Preis* —dicen

en alemán—. Sin diligencia nada se logra. Y ante el trabajo todo el mundo se inclina.

«Aprisa, aprisa. ¡Pasar lo malo del trabajo!» —es la divisa de muchas colegialas estudiantes.

¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, la *Divina Comedia*? Treinta años justos.

Newton, el gran astrónomo, escribió quince veces su *Cronología*, hasta que pudo darse por satisfecho.

Cuando TICIANO, el pintor de fama universal, envió a Carlos V su célebre *Ultima Cena*, escribió lo siguiente: «Mando a Vuestra Majestad un cuadro en el que he trabajado diariamente, y muchas veces hasta por la noche, durante siete años.»

Virgilio estuvo escribiendo durante veinte años la *Eneida*, y, no obstante, quiso destruirla antes de morir por no considerarla bastante buena.

Fenelón transcribió dieciocho veces su célebre obra educadora, el *Telémaco*, y aun en la última copia borró y enmendó mucho.

XXVIII.—La paciencia activa

Por desgracia, abundan los caracteres que no son muy propicios a este trabajo insistente. Durante la guerra mundial, los húsares, con su empuje característico y heroísmo incontrastable, se metían, cabalgando, en los mismos nidos de baterías, ¡y morían!, pero no les gustaba estarse quietos semanas y semanas en las trincheras. De la misma manera en la vida los éxitos no se alcanzan con heroicas cabalgadas, con momentáneos arranques, sino con diligente

constancia durante años y lustros. Aunque te cueste al principio, has de aprenderlo.

Esta *paciencia activa* levantó, a costa de enorme trabajo, las pirámides de Egipto; ella enseñó a los monjes medievales a copiar durante una vida entera, junto a la luz mortecina de un velón, las obras que nos legaron los clásicos griegos y latinos; esta paciencia observó, después de experimentos infructuosos de muchas decenas y centenares de años, las leyes de las fuerzas de la naturaleza y las subyugó, una tras otra, para que sirviesen al hombre. Un proverbio húngaro dice que la paciencia da rosas. Da también ciencia, instrucción, modales, cultura.

El gran músico HAYND no dijo en vano: «El secreto del arte está en dedicar todas nuestras fuerzas a lo que hayamos emprendido.»

Más vale no empezar el trabajo que proceder sin ton ni son. *Besser unbegonen, als unbesonnen* —dice el alemán—. Más vale no empezar que lanzarse sin consejo.

El peor defecto de las jóvenes es la inconstancia en el trabajo, y, no obstante, la base de todo adelanto es esta diligencia inquebrantable; el esfuerzo moderado, pero continuo, y no una llamarada fugaz. La estudiante perezosa, ¡qué gasto de energía no hace para aprender antes de los exámenes! Pero ¿qué puede valer un empuje de algunos días, después de una holgazanería de diez meses? Sea, pues, tu divisa la de aquella Orden de Caballeros que Ladislao IV fundó en el siglo XVII: *Vicisti: vince!* ¿Triunfaste? ¡Magnífico! ¡Alégrate! Pero no presumas. ¡Lucha, combate y vence también en adelante!

XXIX.—La educación de la voluntad

Los sentimientos, la imaginación, el temperamento ejercen gran influencia sobre la voluntad. No los dominamos por completo; por lo tanto, respecto a ellos la voluntad del hombre no goza de plena libertad. Has podido verlo por propia experiencia; una mañana te despiertas con sentimientos tristes, abatidos; otro día, en cambio, cantarías continuamente de alegría; pero en vano buscarías la causa de tu tristeza primera, de tu alegría presente; tú misma no sabrías decir cuál sea.

Lo mismo sucede con la fantasía. Un día, sin motivo especial, revive el recuerdo de acontecimientos lejanos en tu memoria, o bien pensamientos imposibles, imágenes falaces píntanse en tu cabeza. ¿De dónde proceden? ¿Por qué precisamente en este momento penetran en tu mente? No sabrías decirlo. Y ¡de cuántas desgracias es causa la imaginación humana! Pinta dificultades enormes, obstáculos invencibles ante nuestro trabajo, sólo para quitarnos el ánimo. Al tenerte que empastar una muela, no es la operación la mayor molestia, sino aquélla media hora que has de esperar en la antesala del dentista, mientras que tu fantasía va atormentándote con las imágenes aumentadas del padecimiento futuro.

Pues bien. Aunque no seamos *completamente* dueños de nuestros sentimientos y de nuestra fantasía, hemos de extender también el dominio de la voluntad *en lo posible* a estos terrenos. Sé dueña de tus sentimientos y coge las riendas de tu imaginación. ¿Te has despertado de mal humor? Es igual. Esfuérzate por sonreír, can-

tar con alegría y ya habrás vencido en parte tus sentimientos.

¿Has de resolver un problema de Algebra? Tu fantasía sale con cuadros aterradores: ¡qué terriblemente difícil es este problema! ¡Cuánto habrás de sudar! Tú, en cambio, di para tus adentros: No es verdad. Amiguita, fantasía mía, tú me pintas dificultades, a las que falta mucho para ser tan grandes como parecen. Cuando mayor sea la dificultad, tanto más quiero emprender el trabajo.

Como ves, la educación de la voluntad no es sino una labor sistemática para la conquista de todas aquellas potencias espirituales, entendimiento, sentidos, memoria, imaginación, que influyen en la función de la voluntad. Por lo tanto, no basta para la educación de la voluntad que la ejercitemos, que la robustezcamos, sino que nuestro propósito principal ha de ser poner con la mayor perfección posible esa voluntad firme al servicio de elevados fines espirituales, es decir, hemos de subordinarla por completo al dominio del alma.

Quien quiere tener carácter firme ha de esforzarse por dominar lo más posible sus sentimientos. Muchos crímenes, discordias, pensamientos de envidia, alegrías de mal ajeno, ofensas precipitadas, riñas sin número, no tienen siempre por causa una voluntad *depravada,* sino una voluntad *débil,* no ejercitada en mandar sin desmayo a los sentimientos vehementes. Podemos vencer, por ejemplo, un leve mal humor sin ningún esfuerzo especial, y, no obstante, cuántas personas sufren por este leve mal humor, porque tienen pereza de hacer un pequeño esfuerzo.

La educación adecuada de los sentimien-

tos es a la par educación de la voluntad. Los sentimientos influyen en el espíritu no sólo para movernos a querer, sino aun para querer de buen grado y con perseverancia. Y ¿quién no ve que las obras buenas brotan con más lozanía al calor del corazón que a la fría luz del entendimiento?

Has de cuidar también la educación de tus sentimientos por este motivo: la voluntad que funciona sin sentimientos puede trocar a la joven con gran facilidad en una máquina de voluntad, sin corazón, egoísta, testaruda, lo cual es otra caricatura de la «joven de carácter».

La mujer prudente no se esfuerza tan sólo por vencer sus sentimientos desagradables y compensarlos con alegrías, sino que hace cuanto está en su mano por conservar siempre la tranquilidad del alma.

Cuerpo y alma están en íntima dependencia. Si estás abatida y una tristeza sin causa se apodera de tu alma, intenta sonreírte, canta con alegría, y verás que tu tristeza empieza a desaparecer. Por otra parte, si un dolor físico te tortura, ocúpate en pensamientos agradables y llegarás a olvidar en parte tu dolor.

De cualquier desgracia que te sucediere, procura sacar algún provecho espiritual. *Deficiendo discamus,* aprendamos de las propias deficiencias. ¿Te han hurtado el portamonedas en el tranvía? No pierdas el tino, sino procura recordar cuándo estabas distraída y medita qué cuidado has de tener en adelante. ¿Te pisa alguien el pie? No muestres tu disgusto, sino di para tus adentros: «A costa de este dolor compraré un poco de dominio de mí misma.»

Seguir siempre dueña de los propios sen-

timientos sin dejarse arrastrar por ellos es el grado más alto de la perfección espiritual.

Y con esto hemos llegado al capítulo más importante del libro, a «los medios de la formación del carácter».



CAPITULO III

MEDIOS DE FORMAR EL CARACTER

SUMARIO

*I.—¡Quiero!
II.—«Podría, si quisiera.»
III.—La joven voluntariosa.
IV.—Demóstenes.
V.—La gran lección de gimnasia.
*VI.—La joven en el Congo africano.
VII.—«En vano. ¡No tengo voluntad!»
*VIII.—Abstine!
IX.—El racimo del ermitaño.
X.—«Diem perdidi.»
XI.—El gallo del pintor japonés.
XII.—Sustine!
XIII.—Sufrir sin palabra de queja.
XIV.—Obedecer sin réplica.
XV.—Perseverar sin mentir.
XVI.—¿Por qué mienten las jóvenes?
XVII.—¿Vale la pena mentir?
XVIII.—La palabra, atributo humano.
XIX.—«¡Júralo!»
*XX.—Aggredere!
*XXI.—El poder de las pequeñeces.
*XXII.—Gulliver, atado.
XXIII.—El cerrojo malo.
XXIV.—El cabello de Absalón.
*XXV.—La observación y el cuidado.
*XXVI.—El trabajo entusiasta.
XXVII.—El deber.
XXVIII.—«Hoy no estoy de buen humor.»
XXIX.—La que nació tarde.

*I.—¡Quiero!

¡Quiero! Fuerza maravillosa la de esta palabra. Por ella tórnase hacedero lo imposible. Un «quiero» dicho con fervor y practicado con firmeza puede cambiar hasta el porvenir de un pueblo. ¿Te sorprende lo que te digo? No te sorprenda.

Cuando la República de Roma entró en guerra con los toscanos, capitaneados por su rey Pórsena, el Senado romano trató con éste, entregándole en rehenes a la joven Clelia con sus compañeras.

Joven querida, ¿crees tú que se resignaron a sucumbir a manos del enemigo? No; Clelia, hablando a sus compañeras les dice: «¿Vosotras *queréis* volver a Roma? *¿Queréis* salvar a Roma?» «*Queremos*» —contestaron ellas. «Pues, ánimo, fuguémonos arrojándonos al río.»

Un esfuerzo heroico..., decisión, serenidad. Desafían las flechas enemigas y ganan la orilla y el campamento romano. Los toscanos se desconciertan y su ejército es puesto en derrota.

Pórsena afirmó, maravillado, que el valor de Clelia y de las jóvenes romanas le habían vencido.

Estas jóvenes romanas supieron decir «quiero».

¡Ojalá tuviese en ti un gran fondo de verdad esta palabra, hija mía! ¡Qué enorme es la fuerza motora de la voluntad!

¿Tú sabes *querer?*

Sí; ¡cuántas veces dices: si quisiera, haría esto o aquello! Si quisiera, podría tener las mejores notas. Si quisiera, podría ser puntual. Si quisiera, podría rezar siempre las oraciones de la mañana y de la noche...

Quid quisque possit, nisi tentando nesciat —dice el proverbio latino—. Lo que puedas, sólo lo verás después de probarlo. Bien, pues; «si quisiera». ¡Pero pruébalo siquiera una vez y quiérele de veras!

II.—«Podría, si quisiera»

No tenemos voluntad fuerte; he ahí la fuente de casi todos nuestros defectos. Si la tuviéramos, ¡oh!, entonces de un solo golpe nos libraríamos de todas las debilidades.

El tirano CALÍGULA, emperador romano, dijo: «Me gustaría que todos los romanos no tuviesen más que una sola cabeza para poder decapitarlos de un solo golpe.» Pues bien; esta sola cabeza que debes hacer que caiga es la flaqueza de tu voluntad.

Hay muchas jóvenes que no hacen sino repetir: ¡Ah!, yo podría hacer tal o cual cosa si quisiera. Si quisiera... Siempre este «si quisiera».

Quiere suponer que tiene voluntad, pero nunca da pruebas de tenerla. Porque probando se vería claro que tan sólo *creía* tener energías. Estas jóvenes se parecen, en sus resoluciones, a las flores que el vulgo llama «de un día». Hoy son flores vistosas, bellas; mañana yacen por el suelo despergigados sus pétalos.

Amada hija, cuida que tu voluntad no sea «flor de un día», sino siempreviva que se mantiene erguida.

«Podría, si quisiera.» Ya..., ya..., si yo tuviera mil veces mil pesetas tendría un millón de pesetas si un malventurado «sí» no estuviera por medio.

No hay arte más fino en el mundo que el cultivar el alma propia; porque ningún escultor moldea entre manos mármol tan noble y bronce tan valioso como es el precioso tesoro que nosotros hemos de moldear: el alma.

Habrás oído, sin duda, que el hombre tiene libre albedrío, y aun temo que lo hayas oído sobradas veces. En efecto, el hombre tiene libre albedrío, pero no tiene firme voluntad. Por lo tanto, tú tampoco la tendrás mientras no la consigas. La voluntad fuerte no es un don que traemos al mundo al nacer, sino un tesoro que cada cual ha de conseguir a costa de luchas arduas. No podemos tener gratuitamente una voluntad, ni podemos exclamar con gran entusiasmo: «De hoy en adelante tendré una voluntad recia», has de trabajar seriamente para lograrla.

La voluntad de la joven será fuerte tanto cuanto haya luchado por conseguirla y librarse del dominio de los sentidos. Porque ¿qué otra cosa es la libertad espiritual más que la disciplina de sí misma, que el predominio de los sentimientos más nobles sobre los deseos materiales de los sentidos y del cuerpo? La voluntad es como semilla sembrada en tu alma; si la cuidas con esmero y haces que se desarrolle, crecerá y será un roble que resista los huracanes; pero si la descuidas, hasta las hormigas de las pequeñas faltas podrán roerla.

La libertad del espíritu sólo puede ser galardón de pequeños esfuerzos constantes, animosos, de una labor lenta, de un continuo pulimento propio. Por esto caminan a nuestro derredor tantas que arrastran las cadenas del pecado: porque muchas son las que temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

«Podría, si quisiera.» Pues quiérelo. Pruébalo. Quien desea ser mujer seria ha de quererlo seriamente. Del «quisiera» al querer verdadero va la misma diferencia que de los perritos falderos a los mastines que guardan la casa. Aquellos raquíticos *pinschers* no saben ni morder, ni ladrar, ni hacer labor de provecho; tan sólo comen, lloriquean y cuestan un potosí. El mastín que guarda la casa no gimotea, sino que ladra con fuerza y cuando es necesario muerde al huésped inoportuno; así también la joven que tiene voluntad no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, las muerde para espantarlas y hacerlas huir y no pierde de vista el fin que se propuso hasta lograrlo.

Y ¿cómo se hace esto? Imponiéndote a ti misma la consigna *quiero.* Hazte, por ejemplo, la pregunta: ¿quieres tener las mejores notas? «¡Quiero!» Pues bien, díctate órdenes a ti misma: ¡En pie, manos a la obra! Es decir: señorita, coge al punto la lección de mañana, pero en seguida y no «ya la empezaré la semana que viene»; y ¡adelante con esta lección! Tu mesa de trabajo es el yunque en que fraguas tu porvenir, y el porvenir de una mujer es el porvenir de la humanidad.

¿Quieres ser puntual en el rezo? «¡Quiero!» Entonces empieza a rezar esta misma noche. «Pero tengo muchas lecciones.» No

importa. Siempre tendrás cinco minutos. «Y por la mañana hay que ir aprisa para llegar a tiempo.» Bien: pues ¿qué dificultad hay en que te levantes cinco minutos antes?

Querer, querer siempre, querer con todas las fuerzas, ése era el lema del más grande trágico italiano, Victorio Alfieri.

III.—La joven voluntariosa

¡La joven voluntariosa! Según el uso actual, tiene otro significado la palabra, y se llama joven voluntariosa a la muchacha obstinada, testaruda, quisquillosa, desobediente. Pero yo quiero devolver a esta palabra su sentido primitivo y exacto. Me gustaría ver jóvenes «voluntariosas»; es decir, que tengan una voluntad fuerte. La obstinación, la terquedad no significan voluntad fuerte, sino contorsión de voluntad. La que sabe mandar e imponer su autoridad a los músculos de la risa y a los nervios del ojo, estómago y al oído, ésa es la joven voluntariosa, en el recto y antiguo sentido de la palabra (1).

¡Mira más de cerca qué maldición es el enervamiento de la voluntad, y qué bendición la voluntad fuerte!

a) La que no posee una voluntad disciplinada, obediente, es *incapaz de cumplir cualquier deber serio.* Tú misma conocerás colegialas de quienes no se puede decir que sean inactivas, y, sin embargo, nada adelantan en los estudios. Más arriba las he

---

(1) Voluntarioso, «deseoso», que hace con voluntad y gusto una cosa. (*Dicc. de la Acad. Española,* ed. 16.ª, 1939.)

bautizado con el nombre de «colegialas-abejorros». Las pobres trabajan aún más que las otras, pero sin resultado. No saben reconcentrarse para el estudio, porque no tienen voluntad. Se mueven continuamente, pero no emprenden cosa alguna con seriedad. El libro de texto está continuamente ante sus ojos, pero a cada cuarto de hora le toca el turno a un libro distinto, porque el anterior «¡es tan terriblemente latoso!». Continuamente están atareadas, pero temen el más pequeño esfuerzo; y sin esfuerzo no hay trabajo provechoso.

Sin el esfuerzo no hacen sino disponer tan hábilmente la inactividad que parece una actividad febril. Al final del curso se quejan con amargura de lo mucho que han trabajado, y, no obstante, sacan mala nota. Y cuando ya sean mujeres, ¿qué será de ellas? Mujeres que se dejan arrastrar por la impresión del momento, que no tienen principios, que se olvidan fácilmente del deber, que van pasando por la vida sin plan y sin objetivo. ¡Pobres! ¿Qué falta es la suya? La flaqueza de la propia voluntad.

b) O también, mira, he aquí otro tipo. La que no tiene voluntad disciplinada *no sabe observar bien.* Y, sin embargo, la facultad de observar con exactitud y rapidez es instrumento imprescindible de la adquisición de conocimientos y es necesario para la propia formación espiritual.

Para emplear bien y aprisa tus sentidos, para distinguir lo principal de lo secundario, para ver con claridad la situación del momento y obrar en consecuencia, para todo esto necesitas una voluntad fuertemente disciplinada.

La voluntad obediente no sólo te ayudará

cuando tengas que ver, escuchar, hablar o hacer algo, y te salvará de muchos pecados, sino también cuando las leyes morales se cuadren ante tus sentidos curiosos y te prohiban que mires, oigas, hables o hagas tal o cual cosa.

c) Voy todavía más lejos. La que no tiene una voluntad disciplinada *no sabe pensar, no sabe instruirse*. El conocimiento y la conquista de la verdad cuesta duro trabajo.

La joven de temperamento veleidoso es impaciente aun en la lectura. Continuamente va volviendo las hojas del libro. Corre nerviosa tan sólo para terminarlo cuanto antes. No saca ningún provecho.

Quien, en cambio, tiene la voluntad disciplinada, lee despacio, meditando, pesa las frases importantes, no acepta ciegamente todas las afirmaciones, sino que las piensa, para ver si se ajusta en efecto a la verdad lo que afirma el autor; toma notas de las cosas interesantes, etc. Sólo de este modo podemos adquirir conocimientos nuevos. Mas para esto se necesita fuerza de voluntad.

d) Es precisa la voluntad fuerte aun para la *memoria*.

Muchas muchachas se creen haberlo salvado ya todo, si al tener que decir la lección sueltan a la profesora: «Sé la lección, sólo que no la recuerdo.» O bien, si se les encargó algún trabajo y ellas se «olvidaron» de hacerlo, creen que «olvidarse» ya es excusa.

Sin embargo, salvo en quienes padecen algún trastorno nervioso de monta, la falta de memoria proviene por lo común de una voluntad indisciplinada. Si no te viene a la memoria un nombre o un acontecimiento, no has de mirar en seguida el libro, según

costumbre de las estudiantes de voluntad débil, sino esfuérzate, intenta recordarlo, aunque te cueste sudores; y así robusteces tu voluntad. Si tienes un encargo que cumplir, no hagas un nudo en el pañuelo, sino piensa muchas veces al día en tu deber, proponte recordarlo con frecuencia y verás cómo no se te olvida.

Quien se ejercita continuamente de esta manera se cura fácilmente de la falta de memoria. Las personas pueden dominar tanto su voluntad, que algunas no pierden su señorío ni durante el sueño, y después de largo ejercicio se despiertan puntualmente a la hora que se propusieron al acostarse.

En cambio, si la joven lucha contra la falta de memoria y va creciendo con este defecto, no podrá emplearla en la vida y tendrá continuos disgustos; si trabaja en la confección de vestidos olvidará poner los botones a alguno y recibirá la reprimenda de la persona que lo encargó; si es mecanógrafa, causará terribles perjuicios al jefe olvidando poner la cantidad en las facturas; si es enfermera, descuidará dar la dosis al enfermo, vendar al operado; si es profesora, se descuidará de ir a clase; si es ama de casa, olvidará la hora de la comida, y hasta podrá darse el caso de que olvide amamantar a su propio hijo...

IV.—Demóstenes

Demóstenes perdió de siete años a su padre; su tutor, astuto, lo despojó de toda la fortuna. En una ocasión el muchacho asistió a un juicio y oyó un discurso del defensor, y cuando el pueblo acompañaba

en triunfo al orador decidió dedicarse también a la elocuencia.

Desde entonces no tuvo otro pensamiento, ni de día ni de noche. Pero la tarea no era fácil. A su primer discurso la multitud levantó tanto alboroto y algazara, que hubo de interrumpirlo, sin poder llegar al final. Abatido discurría por la ciudad, hasta que un anciano le infundió ánimo y le alentó a seguir ejercitándose. Se aplicó entonces con más tenacidad a conseguir el propósito concebido de antemano. Era blanco de mofas continuas por parte de sus contrarios; pero él no se preocupaba. De cuando en cuando se apartaba por completo de los hombres y en grutas subterráneas seguía perorando. Tartamudeaba un poco al hablar; para remediar este defecto y para que su lengua se moviera sin trabazón, poníale una piedrecita debajo; íbase a la orilla del mar y gritaba con todas sus fuerzas. Sus pulmones eran débiles: para robustecerlos daba grandes paseos al aire libre y recitaba en voz alta discursos y poesías... Siempre que oía una discusión seria, íbase al punto a su cuarto, pesaba una y otra vez los argumentos de ambas partes, y procuraba fallar quién tenía razón. Y ved ahí que con esta formación de sí mismo, que no conoció desalientos, poco a poco corrigió sus defectos, y llegó a ser orador tan formidable, que sus discursos hoy todavía, después de dos mil trescientos años, son el modelo en que deben estudiar cuantos deseen destacarse en el campo de la oratoria. Y, sin embargo, *de niño era un pobre huerfanito tartamudo.* ¡Qué admirables fuerzas están latentes en el hombre!

En los momentos más agudos del dolor

físico se hace a veces patente todo lo que puede soportar el hombre.

En los primeros meses de la guerra mundial estuve de servicio en el frente servio. Un día nos trajeron a un húsar unos soldados que iban recorriendo el terreno; lo hallaron en un pantano. Los servios apresaron a su tropa, los pusieron a todos en fila y los fusilaron. El pudo esconderse a duras penas en el pantano próximo. Sólo podía sacar la nariz del agua, porque desde copudos árboles estuvieron espiando durante varios días centinelas servios. Al fin, cuando los enemigos abandonaron aquella región, nuestros soldados encontraron al pobre húsar, que ya no podía más, y nos lo trajeron. Hacía siete días que no comía sino la hierba del pantano. Sólo entonces vi con claridad lo que es capaz de soportar el hombre.

Quizá hayas oído tú también de agonizantes en cuyo cuerpo quebrantado infundía ánimos días y días tan sólo una voluntad firme, porque deseaban ver por vez postrera a sus hijos o a su esposa, que desde lejanas tierras corrían veloces hacia ellos.

Una voluntad fuerte hasta puede lograr efectos curativos en el cuerpo del enfermo; por tanto, no te es permitido dejarte abatir por la tristeza, aunque hayas recibido de la Providencia un organismo enfermizo y débil.

No hace mucho murió un aristócrata húngaro, el conde Géza Zichy, quien de joven perdió un brazo en una cacería; con una sola mano llegó a ser uno de los eximios virtuosos del piano... Me imagino cómo se quebrantaría el ánimo de muchos jóvenes si les sucediese tamaña desgracia. ¡Perder en la juventud un brazo sano! ¡Y, sin em-

bargo, de cuánto es capaz la voluntad férrea, hasta en el organismo mutilado!

¡Cuánto se acrecentaría la gratitud con que recibes de manos de Dios las dotes más insignificantes si meditaras un poco cuántas veces tuvieron que luchar hombres y mujeres célebres de la humanidad con pequeños defectos, dificultades y no raras veces con enfermedades heredadas!

El alma sabe dominar en parte hasta las debilidades corporales. Muchas jóvenes enfermizas miran con tristeza a sus compañeras que rebosan salud. No estés triste. Nadie puede remediar el que sus padres le transmitiesen una salud enclenque y un cuerpo raquítico. Pero aun de un cuerpo débil puedes lograr habilidad y energía.

V.—La gran lección de gimnasia

La regla más importante para robustecer la voluntad es como sigue: *Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante,* y así, tras un ejercicio de años, alcanzarás una voluntad fuerte. Para ello es necesario pasar antes por innumerables ejercicios; no es posible lograr con un solo gesto el presente de una voluntad enérgica.

Se juntan en los acumuladores muchas chispitas eléctricas, y las muchas chispitas se unen y forman una fuerte corriente. La que desea hacer hábiles ejercicios rítmicos ha de ejercitarse antes varios años en los movimientos más elementales del brazo, de la pierna, tensión del cuerpo, etc. Si alguien desea tocar bien el piano ha de repetir años y años las escalas más ingratas. No se puede tocar una pieza de Beethoven de impro-

viso; para llegar a ejecutarla se necesitan constantes ejercicios de digitación.

De la misma manera no lograrás una recia voluntad a no ser con pequeños ejercicios, constantes y metódicos. Porque no hay ejercicio de gimnasia, ni lección de piano, tan difíciles en el mundo como el triunfo de nuestra naturaleza inclinada al mal. ¿Cómo podrá ganar un partido de tenis quien desconozca la marcha del juego? ¿Y cómo ha de tener voluntad bien templada en las luchas decisivas el que no sabe dominarse ni siquiera en las pequeñas?

Nadie ha de eximirse de esta gimnasia, de la gran lección de gimnasia, del robustecimiento de la voluntad. Y cuanto más débil sea ésta, tanto mayor será la necesidad del ejercicio.

En todos los hombres hallamos gérmenes del bien y del mal, y cada cual es responsable en la medida en que permite al bien o al mal adueñarse de su persona. En principio, es indiferente al carro la dirección que se le dé; pero en la realidad le resultará más fácil la marcha por un camino abierto y trillado. No te quejes, pues, de tener una naturaleza mal inclinada, porque, aunque no la puedas descartar completamente, por lo menos la puedes disciplinar y cohibir.

Dices, por ejemplo, que eres iracunda, y que esto no depende de ti. Basta que una compañera te saque la lengua o que los libros se te caigan de la mano, y ya te descompones. «Es por demás; no tengo la culpa» —dices—. En efecto, en parte no tienes la culpa. No tienes la culpa de que tu cara se ponga pálida de ira. Tampoco tienes la culpa de que tu corazón empiece a latir con vehemencia. Pero, ¡cuidado! También

frunces el ceño, ¿verdad? De eso ya tienes la culpa; desarruga esa frente. También tu cara se contorsiona, ¿verdad? De eso tienes la culpa; empieza a sonreirte, ¡ahora mismo en tu enfado! ¿Pugnan también por salir de tu boca palabras desagradables? De eso tienes la culpa; cierras los labios y no pronuncies ni una sola palabra, ¡ahora mismo en tu enfado! Inténtalo, pues.

Si no das al momento con los vocablos latinos o griegos en el Diccionario, ¿sabes estarte quieta y seguir buscándolos? Si no comprendes en seguida la frase, ¿dejas el libro con rabia o tienes bastante calma para releerla tres o cuatro veces?

El mal humor necesita de la cara avinagrada, de la palabra desagradable; si tú le quitas todo esto, y esto lo puedes hacer, tu naturaleza iracunda, al no encontrar pasto, se tornará cada vez más callada y mansa. No puedes cambiar tu naturaleza, pero puedes refrenarla..., así se trate de la ira como de otras pasiones.

Es cosa baladí el copo de nieve; pero muchos copos juntos pueden unirse y formar aludes que arrastren casas y árboles.

*VI.—La joven en el Congo africano

Es sólo de niñas pequeñas entusiasmarse con naderías e impacientarse porque se les lleva la contraria, y discutir a voz en cuello cualquier cosa, e incluso reñir. La impaciencia, la discusión, siempre es señal de una voluntad débil.

Pero ¿cómo es tan frecuente este fenómeno? Porque es más fácil y no necesita ningún esfuerzo. En las disputas todo se puede abandonar a su curso..., y lo sigue;

eso es correr cuesta abajo. En cambio, el dominio de sí mismo reclama esfuerzo: subir la cuesta que va del pantano de los instintos a la montaña de la voluntad.

El verdadero dominio de sí mismo no es mansedumbre de oveja, ni debilidad enfermiza, sino fuerza, valentía, perseverancia. ¿Tienes una triste desilusión? ¿Te aburres? ¿Te han hecho rabiar? No importa; no lo demuestres en tus palabras, en tu comportamiento. Eso es dominarse. Hace ya un cuarto de hora que alguien está molestándote; te gustaría soltar impetuosamente alguna frase dura, una queja violenta; pero te limitas a decir exclusivamente: «Haz el favor de no molestarme», o bien «¿Serías tan amable que me dejases en paz?» Eso es dominarse.

La impaciencia, en cambio, es síntoma de voluntad débil. Los instintos que se traducen en sentimientos bruscos los vemos también en los animales; pero al hombre, y más al cristiano, toca ponerlos bajo la inspección del consejo y de la decisión; quiero decirte del entendimiento y de la voluntad. Cuanto menor es el niño —obsérvalo bien— tanto más rabiosillo es: se obstina, golpea el suelo, grita; naturalmente, no sabe usar todavía de su entendimiento y voluntad, y lo arrastran los instintos del animal. Pero es repugnante que la joven o la mujer ya madura sean también esclavas de sus pasiones y lo transparenten con su rostro pálido como la cera, con su hablar descompasado, con su pataleo.

Tú, hija amada, no quieras ser esclava de tus instintos. Observa, por tanto, detenidamente, qué cosas te sacan de quicio con más facilidad, qué es lo que te excita y entabla la lucha contra la precipitación, con-

tra el atolondramiento. Evitarás así muchos falsos juicios, muchas palabras imprudentes, muchas acciones no meditadas.

En el Congo africano, cuando una muchacha se hace mujer, se la somete a una ceremonia especial, por la que entra solemnemente a participar de los derechos y deberes de las mujeres de su tribu.

Constrúyenle una chocita fuera del poblado, y después de cortarle el cabello al rape y cubrir su cuerpo de «tákula», especie de polvos rojos disueltos en agua, la encierran en ella durante seis días, rodeada de aquellas amigas que pasaron ya por tales ceremonias.

Con esto se enseña a la joven la obediencia y la sumisión. ¿Acaso le agrada perder su cabellera y permanecer encerrada sin poder triscar, como una cervatilla, por los bosques?

¿Qué hace durante esos seis días? *Dominarse, vencer* sus deseos. Si fielmente cumple estas prescripciones se la declara «mujer» con toda solemnidad, y desde entonces puede casarse, lo cual ocurre rápidamente.

Ya ves, en el corazón del continente africano, las mujeres también han de aprender a dominarse, a vencerse.

He aquí cómo esta verdad, el dominio de sí misma, es la mejor preparación para el combate de la vida y la prueba más hermosa de que se es «una mujer fuerte».

Pero no vas a leer y saber mucho acerca del dominio de sí mismo y de la voluntad, sino que has de ejercitarte en ello. La ciencia tan sólo es especulativa, pero la acción es ciencia práctica. En los años de la juventud has de robustecer y ennoblecer tu voluntad con todos los medios que tengas a tu alcance, lo mismo que para lograr que dé

flores finas hemos de injertar el tierno rosal silvestre. Con el arbusto viejo nada podemos empezar.

Y, con todo, ¡qué triste espectáculo ofrece una joven sin voluntad! Por fácil que sea lo que tiene que hacer, le cuesta un esfuerzo enorme sólo el poder pronunciar el «sí» o el «no», y nada digamos de cómo se arreglará para emprender la cosa, una vez decidida. No logra tener principios, ni un modo de pensar independiente; ni siquiera cuando asiste a las clases superiores. Ni cuando es una mujer hecha. Espía siempre a otras para ver lo que hacen, y ella hace lo mismo. Una joven de esta jaez es una muñeca sin voluntad, es un costoso maniquí de modas, que por dentro tan sólo contiene paja inútil... *«Ein leicht befrackter, weich verpakter, nicht ganz intakter Charakter»* —como dice el alemán—. «Un carácter ligeramente vestido, blandamente embalado, no completamente intacto.»

VII.—«En vano. ¡No tengo voluntad!»

¿En quiénes enflaquece tan deplorablemente la voluntad? En aquella joven a la cual se le facilitan todas las cosas, cuya voluntad y cuyos deseos se cumplen siempre, que nunca sabe negarse a nada, a quien no se la manda; en tal joven se forma esta caricatura de voluntad de gelatina, de agua con bizcocho, sin hueso ni consistencia, voluntad raquítica.

Pero esas muchachas también saltan algunas veces —piensas tú—. ¡Y qué importancia saben darse! ¡Y cómo tiranizan a sus propios padres! Es verdad; pero todo eso no es manifestación de voluntad, sino

la furia de los instintos de una pequeña fiera todavía no satisfechos.

La cuestión de la fuerza de voluntad es más compleja y misteriosa. Vayan algunos ejemplos.

Era una muchacha cuyo flaco era la gula. Nada podía dejarse a su vista, porque desaparecía en seguida en su estómago. En casa la regañaban continuamente; ella también se avergonzaba de su debilidad, prometía cien veces la enmienda, pero en vano; en la primera ocasión propicia había en sus labios nuevos vestigios de mermelada. Llorando se quejaba a su madre: «En vano lo prometo, madre; no tengo voluntad.»

Y ¡caso interesante! La misma joven se entrenaba diariamente algunas horas en los deportes más variados: corría hasta perder el aliento; saltaba ágilmente; nadaba y, naturalmente, jugaba también al tenis. Todo esto necesita enorme abnegación, mucho esfuerzo y perseverancia. Por tanto, sabía querer..., si quería.

Otra muchacha era increíblemente perezosa. Soñolienta, sin interés por nada, pesada; como si por sus venas, en vez de sangre, circulase horchata. No le gustaba estudiar; no solía jugar; al sólo pensar en la gimnasia se estremecía. Estaba sentada... y sentada junto a la mesa de trabajo. Y, sin embargo, también ésta tenía voluntad. Pero tan sólo en una dirección. Puso toda su fuerza de voluntad en que nada la desviara de esta pereza. Por más que su madre la regañase, que su padre la censurase, que se riesen de ella sus compañeras, no la importaba. No se movía de su inactividad. Desplegaba verdadera fuerza de voluntad, fuerza tenaz, para no tener que abandonar

su comodidad turca. También ésta tenía voluntad... para seguir en la pereza.

En estos casos se ve claro que no es dado educar de la misma manera la voluntad de todas las jóvenes. Desde este punto de vista podemos dividir el temperamento de las jóvenes en tres grupos.

Hay jóvenes fogosas, vivarachas, sanas, que no saben pensar reposadamente y obrar con premeditación; para éstas la mejor escuela de voluntad es el refinamiento de sí mismas, el sacrificio, la privación.

Hay otras alegres, lo emprenden todo en seguida y a la carrera; pero no tienen paciencia, perseverancia; éstas deben ejercitar su voluntad en la constancia del trabajo empezado, en la calma, en la tenacidad.

Hay, además, otras, soñadoras, demasiado silenciosas; para éstas, una vida de acción debe ser la escuela de la voluntad.

Según estos tres tipos, distinguimos también tres modos principales del ejercicio de la voluntad, que podemos resumir en estas tres palabras: *Abstine! Sustine! Aggredere!* ¡Abstente! ¡Persevera! ¡Obra!

*VIII.—Abstine!

En la educación de jóvenes se sufre con frecuencia un amargo desengaño. Muchas jóvenes colegialas-estudiantes, cuyos ojos de fuego y entendimiento vivaz prometían en las clases inferiores una mies abundante para la edad madura, y, no obstante, ya en las clases superiores las esperanzas puestas en ellas fueron devoradas por los astutos enemigos de la juventud: la pasión, la ligereza, la inexperiencia y la tentación. A menudo tuve que ver, con el corazón es-

pantado, cómo iba consumiéndose de año en año, cómo iba palideciendo cada vez más, por obra de estas cuatro fuerzas malignas, la planta tierna del noble idealismo y de la buena voluntad entusiasta que encontramos en la mayoría de las muchachas durante los primeros años de estudio.

Descubría que de las cuatro fuerzas contrarias, la más fuerte de todas es la primera: aquella blandura, aquella facilidad con que las jóvenes de hoy corren, casi sin resistencia, en pos de sus pasiones, atraídas por las bajas tendencias de la naturaleza.

Hoy el único afán de todo el mundo es «vivir», «gozar», «divertirse». Por esto he mencionado precisamente como primer modo de ejercitar la voluntad el *sacrificio*, la *renunciación*.

El refrenamiento de los sentidos, el dominio de sí misma, la abnegación, el tener a raya los deseos, no es un fin, es tan sólo medio, el medio de libertar el alma. Por lo tanto, te aconsejo con insistencia, amada hija, que te sacrifiques muchas veces en cosas pequeñas; por ejemplo, haz con alegría tu tarea, aunque te resulte cuesta arriba; prívate de cuando en cuando de alguna diversión, de algún placer, de algún plato, de algún vestido costoso, por mucho que lo desees. Y no creas que esto es imposible. Una vez en París hubo una humilde mecanógrafa de dieciséis años que quiso comprarse un par de botas de color. Todas las noches, al volver de su trabajo, parábase ante un escaparate que contenía el modelo que ella deseaba. Sin embargo, he aquí que cuando no le faltaban sino cinco francos para poseerlas, oye hablar de que pobres gentes morían de hambre por no tener que llevarse a la boca..., y con abnegación he-

roica renuncia a las botas que eran su deseo y entrega su dinero para que den de comer a esas pobres gentes. *Abstine!* Aprende a sacrificarte, te lo digo inducido por motivos de peso. Con la abnegación queremos alcanzar un objetivo elevado: dar alas al alma, hacer al espíritu dueño del cuerpo.

Sé muy bien que estos ejercicios de voluntad sólo sirven de escuela para lograr una voluntad fuerte; pero escuela de la cual brota una seria vida moral. Se encierra una profunda sabiduría en el hecho de que los romanos llamasen *virtus* tanto a la *virtud* como a la fuerza; esto significa que no hay virtud sin esfuerzo y sin victoria alcanzada sobre nosotros mismos.

La ciencia especulativa y la práctica de la vida diaria van dando fe de las palabras de la Verdad eterna, Nuestro SEÑOR JESUCRISTO: *«Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (1). No es buena jardinera la que por sentimiento de compasión no poda inexorablemente al rosal los retoños excesivos. Como no da rosas el rosal que jamás sintió el frío de las tijeras, de modo análogo no tendrá voluntad fuerte la joven que nunca supo negarse ninguno de sus deseos.

¿Qué es lo que mueve el reloj? La fuerza del muelle a que se ha dado cuerda. Pues bien: la abnegación viene a ser algo como dar tensión al muelle. No te creas, pues, que el dominio absoluto de ti misma y el refrenamiento de tus deseos que exijo de ti sean obstáculos para una vida robusta, plena, hermosa. Todo lo contrario. Es justamente lo que salva de la consumación

---

(1) SAN MATEO, XII, 24.

de la voluntad y de mil enfermedades espirituales.

Sólo un dominio de sí misma puede conducir a la libertad interior; el dominio de sí misma se aprende mediante la abnegación.

Con profunda experiencia escribe TOMÁS DE KEMPIS en la *Imitación de Cristo:* «Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad.»

IX.—El racimo del ermitaño

Llama un día a la puerta de MACARIO, ermitaño del desierto. «Padre —le dice de fuera un labrador—, os traigo un precioso racimo de uvas. Aceptadlo y que os sirva de refrigerio.» Macario toma con gratitud el presente y bendice al hombre; pero cuando le sonríe el magnífico racimo, dice: «¿No lo necesita acaso más que yo el venerable ermitaño que vive a mi lado?» Lleva el racimo al vecino anciano. Este lo toma con gratitud y con gran alegría; pero después se pone a pensar: «¡Oh, qué bien sentaría este racimo al hermano Nazario, que está enfermo!», y ya está en camino de llevárselo. Pero Nazario ni quiere siquiera tomarlo: «¿Cómo podría yo comer esto? A mi Salvador le dieron a beber hiel en la cruz. Yo quiero ser discípulo suyo.» De esta manera va peregrinando el racimo de una celda a la otra, hasta el ocaso del sol, cuando uno de los ermitaños llega para ofrecerlo a su vez a MACARIO. El anciano rompió en lágrimas al verlo de nuevo: se regocijaba de tener compañeros de tanto renunciamiento.

¿Ves, hija? Eso es fuerza de voluntad.

Estos hombres sabían lo que es abnegación. Sabían abstenerse. Pruébalo, a ver si sabes hacer algo semejante algún día. *Nulla dies sine linea!* fue la divisa de muchos sabios: ni un día sin una línea. Tú dilo de esta manera: sin algún ejercicio serio de abnegación. Cada día has de ejercitarte un poco en la abnegación, en la renuncia, en el dominio de ti misma. Haz algo que te venga cuesta arriba.

Tenía razón el BARÓN DE EÖTVÖS: «Sólo poseemos aquello de que podamos librarnos. Somos esclavos y no dueños de aquellos tesoros que consideramos imprescindibles.»

Quien pretenda educar a los hombres o quiera dominarlos, ha de vencerse a sí mismo y ha de dominar sus propias pasiones... La religión cristiana, al exigir de nosotros abnegación, pregona en otras palabras el mismo principio que es la base de la filosofía de la vida.

X.—«Diem perdidi!»

Cuéntase que Tito, noble emperador romano, tomó la resolución de hacer cada día alguna obra buena. Y si por la noche notaba que durante aquel día no se había ejercitado en el bien, se lo reprochaba con estas palabras: *Diem perdidi!* «¡He perdido el día!»

Tú también ejercita diariamente tu voluntad. Pero no ciegamente, a tontas y a locas, cuando se te ocurra, sino ejercítate en vencerte, metódicamente, cada hora, cada día. No necesitarás buscar mucho la ocasión; se te ofrecerán a millones, aun en tu vida de estudiante. Ahí te ofrezco

unas muestras de las ocasiones que se presentan diariamente.

Si no puedes evitar algún mal, un dolor, una prueba, no te enrabies ni grites, sino sufre con paciencia. «¡Ay, qué sed tengo!» «¡Ay, cuánto me duele la cabeza!» «¡Ay, cómo me aprieta el zapato!» No lloriquees de semejante manera; más bien esfuérzate en mitigar tu sufrimiento; y si no lo logras mira a nuestro Señor Jesucristo crucificado y sufre, sufre sin decir palabra.

Lo que has decidido tienes que hacerlo. Cueste lo que costare; no importa. Lo que has empezado no lo dejes a mitad del camino. Hay muchachas que cada cuarto de hora esbozan nuevos planes, sin rematar uno solo felizmente.

Cumple con escrupulosa fidelidad el deber de cada día. Hasta el más leve. Porque lo que vale la pena de que hagamos vale también la pena de que lo hagamos *bien*.

Ahí tienes la lucha matutina con la almohada, lucha en que tantas jóvenes quedan vencidas: si suena la hora, salta en seguida de la cama. Domina siempre tu humor, sea cual fuere, bueno o malo. Has de moderarte hasta en las alegrías, en el entusiasmo. Lo mismo en el hablar que en el callar.

Medio muy bueno para robustecer la voluntad es especialmente el *tener a raya nuestros sentidos*. No dejes vagar tu mirada continuamente. No mires todo lo que excite tu curiosidad. Una gran muchedumbre agrúpase en la calle; la curiosidad te come. No importa. Quiero ejercitarme un poco en vencerme a mí misma. No iré, y... no iré a ver lo que pasa.

Y domina también tu lengua. Sí; eso es terriblemente difícil. No descubrir el se-

creto que te fue confiado. No divulgar maliciosamente las faltas de los demás. No murmurar. No punzar con traidora ironía a los presentes y no hablar mal de los ausentes. No extasiarte oyéndote a ti misma hasta el punto de no dejar respiro a los demás ni coyuntura para que puedan hablar. No charlar sin ton ni son. No pavonearte con tus propias acciones. Por último, perseverar siempre en la verdad, aunque sea en detrimento tuyo. No mentir nunca, ni en las cosas pequeñas; aunque pudieras lograr grandes ventajas a trueque de una pequeña mentira.

No sólo la mesa de trabajo, sino también la mesa del comedor, te brindará ocasiones excelentes para el ejercicio de la abnegación. No has de buscar el bocado que más te apetezca, no vayas a caza de golosinas ni llenes tu estómago hasta dejarlo timpanizado. Muchas gentes pierden el dominio de su voluntad precisamente cuando están sentadas a la mesa.

¿Ves cuántas ocasiones para ejercitar la voluntad? Pero debes *ejercitarla,* y no contentarte con *leer* cómo se hace. No aprenderás a nadar por más que leas cómo se nada; prueba a hacerlo. Jamás efectuarás danzas clásicas aunque te las expliquen, si no las ejercitas todos los días.

Nos descubre una gran verdad SAN PABLO al escribir: *«Proceded según el espíritu, y no satisfaréis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu; y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne»* (1). Y en otro lugar: *«Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas al mismo*

(1) *Carta a los Gálatas,* XVI, 17.

tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, lo cual resiste a la ley del espíritu y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo» (2).

¿Quién de vosotras no ha sentido esta lucha intestina, esta triste naturaleza de doble tendencia, la guerra entre el bien y el mal, la verdad del dicho antiguo: *Video meliora proboque, deteriora sequor.* «Veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo lo peor»?

Por tanto, si deseas tener espíritu fuerte y libre, no retrocedas ante la guerra sin cuartel contra tu propia comodidad y regalo. Haz diariamente algo bueno; y no se te pase día sin algún sacrificio.

No te será del todo desconocido el heroísmo de David, augusto personaje del Antiguo Testamento. Sabes que de joven apacentaba el rebaño de su padre, y si algún oso o león le robaba las ovejas, él los perseguía, los mataba y les arrancaba las quijadas. Hizo morder el polvo al gigante Goliat. ¡Qué valor!

Y, sin embargo, no es esto lo que más admiración me causa. A mí, ¿sabéis cuál es el hecho que más me gusta de David? Cuando sus tropas estaban frente a frente de los filisteos entre Belén y Jerusalén, y debido al calor sofocante se habían secado todos los riachuelos y fuentes, el rey suspiró: «*¡Oh! ¡Si alguno me diera de beber un sorbo de aquella cisterna fresca que hay en Belén junto a la puerta!*»

Oyen el suspiro tres soldados de los más valientes, y pasan a través de las filas filisteas y, en medio de continuos peligros de muerte, traen el agua a su rey. David, atormentado como estaba por una sed abrasadora, derrama en el suelo el agua tan

(2) *Carta a los Romanos*, VII, 22-23.

anhelada «en libación, en obsequio del Señor», con estas palabras: *¿Y yo bebería la sangre de estos hombres que han ido a exponer su vida?* (3).

Aquí tenéis lo que más me gusta de David. ¿Qué sacrificio? Nada más que un sorbo de agua.

¿Qué perdió con el sacrificio? El placer de un solo momento.

¿Qué ganó? El respeto profundo y entusiasta de sus soldados, el robustecimiento de su voluntad y la gracia de Dios, ya que ofreció el agua *en libación* al Señor.

Ved ahí: se puede cumplir una hazaña heroica con un sorbo de agua. Se puede ofrecer con tan poca cosa un sacrificio al Señor.

Los antiguos griegos pitagóricos llenaban su mesa de platos exquisitos; sentábanse ante los manjares escogidos con el estómago vacío, y después de haberlos mirado largo rato, se levantaban y se iban sin haber tocado nada.

«¡Qué mentecatos eran!», exclamará alguna. Pero si tú lo meditas con serenidad, indudablemente sentirás aquel respeto que impone un gesto heroico. Porque sabían muy bien estos paganos la importancia decisiva de vencerse a sí mismos, de la abnegación, del ejercicio de la voluntad.

Haz tú también, hija mía, ejercicios de renunciación, y verás que manan magníficas fuentes de gozo latentes en el alma de muchas jóvenes, porque les falta para brotar un golpe de azadón, es decir, el esfuerzo doloroso de la abnegación. Estas fuentes son aquellas alegrías santas, profundas, imperecederas, que brotan en tu

---

(3) *Il Reyes*, XXIII, 14-17.

alma y la cubren de sonrisas apacibles siempre que has podido dominar un deseo, una inclinación; siempre que has podido hacer un sacrificio para cumplir tu deber, siempre que has sido magnánima para con los demás.

XI.—El gallo del pintor japonés

Cuenta una leyenda japonesa que un comerciante rico hizo un encargo interesante a un pintor. Su cuadro había de representar tan sólo un gallo, pero con la mayor fidelidad posible.

Después del encargo, el comerciante esperó varios años sin que tuviera ninguna noticia del pintor. Por fin, llegó a cansarse de tanto aguardar, y se fue a ver qué pasaba con el cuadro. No halló trazada ni una sola línea. El pintor hizo sentar al comerciante, se puso a trabajar y al cuarto de hora tuvo acabado el cuadro. Una obra maestra irreprochable. El comerciante se entusiasmaba. Cuando llegó el momento de pagar quedó espantado al oír la enorme suma que el pintor se atrevía a exigir por aquel trabajo de «un cuarto de hora», y estalló en indignación. Para contenerle, el pintor, con un gesto, señaló el montón de papeles que inundaba todo el cuarto y tenía la altura de un hombre; en cada hoja había dibujado un gallo, y dijo: «Estos cuadros los he pintado durante tres años, y sólo mediante tan largo ejercicio he logrado la destreza de poder hacer en tan breve tiempo y con perfección tanta un cuadro del mismo asunto. Ahora, pues, he de cobrar el precio de mis largos ensayos.» El comerciante le dio la razón y pagó la suma pedida.

Pasa algo semejante con el robustecimiento de la voluntad. Si queremos que nuestra voluntad llegue un día a obedecernos en todo y practique con facilidad y perfección el bien que hemos proyectado en nuestro entendimiento, necesitamos un ejercicio continuo de años y años. Con la paciencia con que el pintor va trazando sobre el lienzo las líneas del cuadro concebido en su fantasía hemos de trabajar en la modelación ideal de nuestra alma.

No debes amilanarte por la empresa. Para el pintor cada nuevo cuadro resultaba más fácil que el anterior, y el último no le costó más que un cuarto de hora. De un modo análogo, en el campo de la propia educación, el principio es siempre lo más difícil. Cuanto más practiques el bien, tanto más fácil resultará.

La primera vez que te encontraste con la aguja de coser en las manos te pareció punto menos que imposible llegar a dominarla, ¿recuerdas? Un dobladillo en el lienzo: hay que deshacerlo una y otra vez, hasta cien veces... Ahora sin dificultad y con éxito lo haces siempre. Lo mismo pasa en la vida espiritual, de un solo empuje te cuesta mucho aprender algo, exige gran abnegación y lucha; pero cuando lo haces por décima vez, ni siquiera sientes la dificultad. Ejercita, pues, cada día tu voluntad, y de esta suerte llegarás a tenerla fuerte.

Has de privarte algunas veces hasta de fruslerías lícitas. Por la mañana salta aprisa de la cama y di para tus adentros: «Un poco de dominio de mí misma.»

Si te duele una muela, cierra los labios, no te quejes y di para tus adentros. «Un poco de dominio de mí misma.»

¿Te acucia un hambre devoradora? Es-

pera unos minutos antes de tocar la comida: «Un poco de dominio de mí misma.»

Puedes ejercitarte con mil y mil pequeñeces de esa clase. Y con cuanta más frecuencia lo hagas en las cosas pequeñas, con tanta más facilidad podrás permanecer dueña de ti misma en las cosas importantes.

Escucha un caso. Tus padres han salido y tú les has prometido quedarte en casa para guardarla, ya que tienes muchas lecciones que aprender. A los cinco minutos llama a la puerta una de tus amigas: «Carmen, aquí están las amigas; vamos a darnos un paseo.» Fuera, una espléndida tarde de sol; dentro, en el cuarto sombrío, un fastidioso problema de Algebra.

Se entabla ahora la lucha: ¿has de decir «sí» o «no»? He prometido que me quedaría en casa. ¡Sí! Pero las compañeras harán burla de mí...; echo a perder la partida. ¡Qué bien si saliera un rato!; pero me regañarán mis padres. ¿Y si vuelvo antes que ellos, sin que ni siquiera lleguen a saberlo? ¡Sí! Pero... ¿y el problema de Algebra? Pues muy sencillo: mañana me habré «dejado en casa» el cuaderno. Pero eso no es verdad... Así van resolviéndose tus argumentos. Las muchachas que acompañan a tu amiga se impacientan. Por fin, después de un duro combate, suelta la frase: «Habéis de dispensarme; hoy no puedo ir...»

Las jóvenes se van; tú te quedas en casa. Quizá en el primer momento miras pesarosa cómo van alejándose. Pero después tu alma se siente bañada de gozo por la conciencia del deber cumplido. En la segunda o tercera ocasión ya no te costará tanto decidirte, y al fin considerarás la cosa más natural del mundo decir «sí» en seguida,

cuando se trate de cumplir el deber. ¡El pintor japonés pintó al final con tanta facilidad los gallos!

Debes esforzarte por adquirir progresivamente una disposición continua, resuelta, sin titubeos, para el ejercicio del bien. Cuando más adelante ya no tengas que pesar los pros y contras antes de cada acción para ver qué camino has de escoger, y hagas el bien como por costumbre, siguiendo tus inclinaciones educadas por largo ejercicio y en el primer momento vuelva ya las espaldas instintivamente al mal, entonces la vida empezará a pagarte por tu larga preparación; no paga, es verdad, con dinero, sino que te ofrece la facultad de obrar siempre con facilidad y alegría en consonancia con tus nobles principios; en otras palabras: te concede el derecho de poder decir de ti misma que eres una *joven de carácter*.

XII.—Sustine!

El segundo modo de ejercitar la voluntad es *la perseverancia, la constancia, la paciencia.* Uno de los más renombrados psicólogos americanos, James, aconseja a los jóvenes que hagan cada día algo en contra de sus inclinaciones para afirmar el dominio sobre sí mismos.

En un colegio alemán, ¿sabes qué hicieron al oír esto los chicos? Se fueron al jardín y masticaron caracoles vivos, porque esto sí que era «contra sus inclinaciones». ¡Brrr!... Exageración pueril; pero no dejaba de ser un pasmoso espíritu de sacrificio para conseguir una voluntad fuerte.

No sigas este ejemplo; no es preciso que seas Mucio Scévola y quemes tu brazo en

el fuego. La vida diaria de las jóvenes, sean o no estudiantes, también está llena de pequeñeces en que puede ejercitar tu paciencia heroica. Tienes que soportar con calma el dolor, el sufrimiento.

Debes aprender con sosiego sin dar lugar a excitaciones ni enfados.

Es preciso que hables con paciencia en casa y que no discutas, no has de hacer muecas, ni ponerte de mal humor. Sean cuales fueren las cosas que te exciten, te atormenten, te hagan enfadar, no has de saltar ni dar cauce libre a tu genio, sino que has de esperar un poco y, mientras tanto, tranquilizarte con argumentos racionales.

No hagas nada de que tengas que arrepentirte a los cinco minutos. ¡Qué regla más importante es ésta para las jóvenes impetuosas!

Y no apunto tan sólo a la paciencia pasiva, al sufrir sin chistar, sino aún más a la paciencia activa, a la perseverancia.

Nuestro SEÑOR JESUCRISTO nos dirige una seria amonestación: *Quien persevere hasta el fin, éste se salvará* (1). Esta frase encierra una gran verdad, no sólo con relación a la vida eterna, sino aun en la que toca a los éxitos terrenos. Por falta de perseverancia se viene a tierra muchas veces en el último momento el resultado de largos trabajos. No hacía falta más que la perseverancia de una sola hora, de un solo día...; ¡pero hacía falta!

El renombrado piloto Chávez fue el primero que pasó el Simplón; pero llegó con los miembros rotos. Hubo de luchar con una tempestad furiosa y fría como el hielo,

(1) SAN MATEO, X, 22.

con huracanes y remolinos de aire, y triunfó. Ya tiene a su vista el blanco. Ya ve la ingente muchedumbre que le saluda, que le hace señales. Pero entonces, ¡ay!, le abandona la perseverancia, no sabe aguardar cinco minutos más, y en vez de aterrizar suavemente lo hace con precipitación. El aparato se desploma y se mata Chávez. ¡Si hubiese perseverado cinco minutos más!

Obras prudentemente si te preparas en todo algo más de lo que te prescribe el deber. Si quieres dar un paseo de tres horas prepárate para cuatro, y si quieres estudiar dos horas, reconcentra toda tu voluntad para un estudio de dos horas y media; de esta suerte siempre te quedará en reserva un poco de fuerza.

¡Perseverancia! ¡Perseverancia! He aquí una palabra que parece reñida con las jóvenes. A cada paso oímos: ¡Mujer había de ser para que perseverara! Quien dijo *mujer,* dijo mudanza... Sin embargo, si tú *quieres, puedes perseverar,* ser constante; todo estriba en que te lo propongas seriamente. Con tu esfuerzo y la ayuda de Dios conseguirás ser una *joven de carácter.*

En una espléndida madrugada de julio dos estudiantes emprendieron el camino para escalar la cumbre de Lomnic. Ambos nacieron en la gran llanura húngara, y nunca habían visto montañas tan magníficas y gigantescas. Al ritmo de una canción alegre iban caminando de prisa, y riéndose dejaron atrás a un anciano que, al parecer, también se dirigía hacia la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan mesurados, que «hasta el caracol se arrastra más aprisa», observó uno de los estudiantes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada el anciano les parecía una pe-

queña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero el pulmón de los muchachos empezó a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando hacia el mediodía se tumbaron, completamente agotados, junto a la orilla de una cascada, he aquí que aparece de repente por el camino el hombre-caracol, y con los mismos pasos reposados, mesurados como por la mañana, pasa delante de ellos, y sube..., sube..., cada vez más arriba, sube el anciano..., otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la cima prefijada no basta un arranque juvenil y una llamarada de fuego, de paja, sino que es menester para ello una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

XIII.—Sufrir sin palabra de queja

La vida humana es una mezcla de momentos alegres y tristes, y en la vida de la mayoría de los hombres son más los días aciagos. *Leben ist Leiden:* vivir es sufrir.

También en la vida de la joven se presentan dificultades, duras pruebas, empresas sin éxito, fracasos, mala inteligencia o sufrimiento corporal, enfermedad; y el verdadero carácter se hace manifiesto en la manera de soportar los males que nos azotan. ¡Sufre! *Sustine!*

Muchos pobres miran con envidia a los ricos; y así muchas colegialas de humilde condición miran también con envidia a las

compañeras favorecidas por la fortuna. No llegan a comprender que, cada cual a su modo, todos hemos de padecer.

Hay quienes gritan y se quejan en medio de la desgracia, y dejan caer de sus labios palabras llenas de soberbia, maldiciendo su suerte: son espíritus sin pulir, salvajes.

Hay quienes, impotentes y resignadas, con la frente hundida, quebrantada el alma, lloran sobre lo irremediable; son espíritus débiles.

Hay algunas, por fin, a quienes les duele vivamente la desgracia, que se resienten también del desaire recibido y lloran sinceramente por la muerte de su madre, y sufren cuando las hiere la enfermedad, etcétera; pero saben, por otra parte, que con el fuego del sufrimiento soportado con fortaleza adquiere temple de acero el carácter más sencillo.

Puede haber pobres dichosos y ricos infelices.

Puede haber enfermos dichosos y gentes de una salud férrea desgraciadas.

Puede haber ciegos dichosos, y muchas veces los dos ojos no bastan para la felicidad. Todo depende del espíritu con que vamos asimilando el sufrimiento.

Yo quiero aprovecharme hasta del sufrimiento para la educación de mi carácter. Sé que los pesares llevados con tesón y brío aumentan mi valor; cada desaire me hace crecer, la humillación me purifica; al ahogar la cólera en trance de desbordarse, me hago más fuerte; en una palabra: el sufrimiento soportado por Dios da más profundidad al alma, forja el carácter.

En todo cuadro vemos luces y sombras; el talento del artista está en la manera cómo sabe fundir estos dos elementos en

un conjunto armónico. Dios, mi Padre celestial, conoce mis males; por tanto, si permitió que me visitara esta desgracia, a buen seguro tenía un plan. ¿Qué plan? ¿Quién va a saberlo? ¿Me castiga por el pasado? ¿Me fortalece por el porvenir? ¿Quiere purificarme? ¿Quiere que sea más reflexiva en mi sentir y obrar? ¿Quiere que vaya acumulando méritos? ¿Qué sé yo? En cambio, sé muy bien que he de salir del fuego del sufrimiento con el alma mejor, más pura, más recogida, más seria. Mi oración será en estas ocasiones:

¡Hágase, Señor, tu voluntad, en cualquier punto que yo esté; hágase, Señor, tu voluntad, aunque yo no lo comprenda; hágase, Señor, tu voluntad, por más sufrimientos que me acarree!

El sufrimiento soportado sin palabra de queja es un instrumento excelso para moldear el carácter y robustecer la voluntad. Todos los hombres, por naturaleza, desean librarse del sufrimiento; y si no lo logran, por lo menos quieren procurarse alivio, prorrumpiendo en quejas y vertiendo lágrimas. Mas si, reconcentrando tus energías, te esfuerzas por soportar con el alma tranquila o irremediable, has hecho crecer en gran manera tu fuerza de voluntad.

La que tiene una voluntad débil se verá hecha trizas bajo los martillazos del sufrimiento, como un castillo de yeso; el carácter varonil, en cambio, echará quizá chispas como el noble acero; pero también se hará más resistente. Cuando Séneca dijo que en el lecho del dolor el hombre puede ser tan héroe como en el campo de batalla, quiso significar que la prueba principal de

la seguridad del carácter es el sufrimiento. *A quien Dios quiere, le prueba* (1) —repite la Sagrada Escritura.

En la estatua del carácter, tallada en mármol de Carrara, los trozos más finos se graban precisamente con el cincel del sufrimiento.

En tus amarguras acuérdate de las palabras del BARÓN J. DE EÖTVÖS: «Quien sabe conservar después de sus pérdidas la confianza en la divina Providencia, no se sentirá anonadado por los golpes de la suerte.»

Piensa en esto y después repasa con toda el alma las palabras del mismo autor: «Los caminos llanos en que podemos hacer grandes adelantos a costa de poca fatiga, y los bienes codiciados por la mayoría de los hombres..., ¡quepan en suerte a otros! A mí, ¡oh Dios omnipotente!, concédeme un sendero pedregoso, pero de horizonte despejado; un sendero que siempre lleve a las alturas y por el que pueda caminar con la convicción de no desviarme jamás.»

Si el romano decía con orgullo que «llevar a cabo grandes hazañas es una virtud romana», *fortiora agere Romanum est,* tú, en cambio, da este giro a la frase: «Sufrir con alma grande es una virtud cristiana.» *Fortia pati Christianum est.*

Medita un poco cómo una tristeza misteriosa, el pesimismo, el abatimiento, invadía el alma de las gentes nobles de la antigüedad pagana. No podría nombrar en este momento ni una sola persona que no hubiese tenido en mayor estima la muerte que la vida. En medio de los desenfrenados goces de los sentidos las almas privilegia-

---

(1) *Proverbios,* III, 12; XVII, 3; *Eclesiástico,* XXVII, 6.

das sentían repugnancia del mundo, y, sin embargo, no vislumbraban un fin elevado como término de esta vida terrena. Sólo algunas personas, como presintiendo el cristianismo, lograron levantarse a un ambiente más puro. ¡Qué deprimentes, de puro oscuras, resultan en las tragedias de Esquilo las figuras de las furias! Ved ahí: el pagano, el incrédulo, al sufrir, no sabe sino hacer rechinar los dientes. Sufre también la que es religiosa, mas no con un fatalismo ciego, sino con plena conciencia. ¡Ah!, no; ni el cristianismo puede extirpar la miseria, el sufrimiento, las muchas tentaciones del pecado; pero por lo menos sabe comprender lo que quiere Dios por su medio.

¿Has de sufrir mucho, hija? ¿Eres pobre, enfermiza, tus padres están en la miseria, te acosa la desgracia? ¿Qué quiere Dios de ti?

Puede ser que castigue pecados antiguos.

Puede ser que intente ablandar tu alma para una vida más fervorosa.

Puede ser que esté robusteciendo tu voluntad, como lo hace el fuego con el hierro.

Puede ser que quiera aumentar tus méritos para la vida eterna.

Puede ser que te conduzca a través de la vida como el guía lleva al turista hasta las cimas de los montes. «¡Por qué senderos pedregosos, duros, estrechos, incómodos me has conducido!», exclama el turista. «Sí, señor, por senderos incómodos, pero sabe que si te hubiera guiado por los caminos grandes y llanos, no estaríamos a estas horas en esta magnífica altura, sino acaso a la vera de un pantano.»

«¿Por qué he de sufrir yo tanto?, exclamas. ¡Cómo vas a saber tú el porqué! Tan

sólo Dios lo sabe. Mira una hermosa alfombra persa; flores, figuras, colores, forman un artístico conjunto. Pero mírala por el otro lado: una mezcla descabellada de hilos, y de colores. Así es también la vida. Nosotros sólo le vemos el reverso. El anverso, la cara verdadera, es decir, el gran pensamiento unificador que recoge todos los hilos, está en manos de Dios. Junto al telar de la Historia está sentado el Dios eterno, cuyos designios no son desconocidos. Sus pensamientos no son los nuestros y sus caminos no son nuestros senderos.

SANTA CATALINA DE SENA tuvo que luchar un día con una vehemente tentación. Cuando a costa de grandes fatigas logró librarse, se quejó con tristeza: «Jesús mío, ¿dónde estabas cuando las tinieblas envolvían mi corazón?» «Estaba en tu alma —contestó el Salvador—. Si no hubiera estado contigo, los pensamientos que sitiaron tu alma habrían penetrado también en tu voluntad y habrían causado la muerte de tu alma.» Por tanto, no desmayes tampoco tú en los sufrimientos. ¿No ves que contra una sola roca se rompe la fuerza de todo el mar alborotado?

No seas como algunas plantas: mientras ven el rayo del sol, erguidas levantan la cabeza; pero al atardecer cierran sus pétalos y mustias se encogen. El sufrimiento es la labor de artista que Dios hace sobre el mármol de tu alma. Busca oro en tu alma; pero el oro no está en la superficie, hay que sacarlo con ansias y sudores del fondo de la mina.

También al mármol le gustaría romper en sollozos cuando lo golpean los duros martillazos del escultor. Pero si el artista «tratara bien» a su mármol, ¿llegaría éste

a ser una obra maestra, admirablemente tallada?

No has de buscar el sufrimiento, pero si viene, míralo a la cara con la frente levantada.

XIV.—Obedecer sin réplica

Otro medio para educar el carácter es la *obediencia*. En la juventud es harto difícil. Y, sin embargo, precisamente a esta edad, cuando tu entendimiento empieza ya a madurar un poco, podrás ver con claridad, si lo meditas, que la obediencia es base imprescindible de tu propia libertad y de toda la vida social.

¡Qué halago para la vista cuando contemplamos ante nosotros un nutrido conjunto de muchachas que realizan ejercicios de gimnasia rítmica y que a la sola voz de la que dirige quedan clavadas todas en tierra con orden admirable. ¿Qué es lo que produce esa impresión favorable? La obediencia organizada.

¿Por qué has de obedecer? En primer lugar, porque no eres un ser independiente.

¿Qué? ¿Que yo no soy independiente? Pero ¿de quién o de qué dependo yo? Pues de miles y cientos de miles de cosas y de personas. ¡Ah!, no; no eres tú el centro del mundo y no puedes vivir como si no necesitaras a nadie.

¿Sabes quién puede vivir así independiente, desdeñando a todos los demás? La que nace de sí misma, mece su propia cuna y se nutre de su propio pecho; la que alcanza la estatura que se le antoja y nada necesita en la tierra, y al morir coloca ella misma su cuerpo en el ataúd, se cava la fosa y se entierra. ¿Por qué te ríes? ¿Que

nunca vivió tal persona sobre la tierra? Claro está que no. Tampoco hay, por tanto, quien pueda ser por completo independiente.

Además, hay que obedecer también, porque esto nos da la verdadera libertad. «Al contrario, es la desobediencia la que nos hace verdaderamente libres», piensas tú. Lo que nos hace a todos es desenfrenados. Mira la jaca que sacude lejos de sí riendas, arneses y corre desbocada sin saber adónde. ¿Es esto libertad? No, desenfreno. Y ¿al final? Acaba por estrellarse contra el primer obstáculo.

Obedece también para poder mandar. ¿Ante quién se inclina con preferencia la voluntad humana? Ante la recia personalidad. Y es cosa sabida que tanto más se vigoriza nuestra alma cuanto más a menudo se inclina espontáneamente ante la voluntad legítima de los demás. En el camino que guía hacia la libertad espiritual se lee la palabra Obediencia. «Cuando obedecía, entonces era libre de veras mi alma», escribe profundamente GOETHE (1).

La obediencia es medio excelso para el robustecimiento de la voluntad. Sabes muy bien que quienes te mandan, tus padres, tus profesores, sólo buscan tu bien, y no quieren con sus órdenes molestarte, «vejarte». Me concederás, por lo menos, que una muchacha de catorce o dieciséis años no puede tener todavía la experiencia y el juicio reposado de una mujer de cuarenta o cincuenta años, como es tu madre; por tanto, si te mandan algo tus padres o tus educadores, hazlo sin refunfuñar, sin

(1) *Ifigenia,* V, 3.

agriarte, aun en el caso de creer que se han portado duramente contigo.

Piensa que aún no te has amaestrado la experiencia, que eres ligera, o que estás aún bajo la influencia falaz de las apariencias o te mueves ciegamente por los halagos de los sentidos. Nunca oí a personas maduras lamentarse de que sus padres fueron demasiado severos con ellas en la niñez. Antes bien, recuerdan con tristeza su juventud, deplorando el no haber obedecido mejor a sus padres.

Hija mía, sé que eres obediente. Y has de serlo siempre; no porque es *necesario,* sino porque *quieres,* porque sabes que será en provecho tuyo. Lo que has de hacer, has de quererlo hacer también, y tendrás doble provecho. Repite con sencillo espíritu muchas veces las sublimes palabras de SAN AGUSTÍN: «Señor, concédeme que haga lo que quieres, y después mándame lo que te parezca.»

XV.—Perseverar sin mentir

Aún te espera otra prueba importante de «perseverancia»; has de perseverar en la verdad.

Tan sólo al hombre le es dado hablar. El loro y la cotorra saben *remedar* las palabras humanas; pero tan sólo el hombre es capaz de *crear* palabras.

Pero ¿no sientes, hija mía, en seguida la responsabilidad que tiene el hombre por esta posición privilegiada? Si es tan sólo derecho del hombre el hablar, entonces es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en su sentido recto. *Yo os digo que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta*

en el día del juicio (1), enseña nuestro SEÑOR JESUCRISTO.

Pero el Señor no tan sólo lo enseñaba de palabra, sino también con el ejemplo. Lee los Evangelios y verás cómo en cada palabra de Jesús descubres una tranquilidad sublime y reposada.

El animal no tiene palabras; sólo ladra, relincha, muge, chilla... —cáscara sin grano—. La palabra humana no es una cáscara vacía, tiene su contenido, y éste zahiere o alaba, ofende o acaricia, corrige o pervierte. Por tanto, la palabra pronunciada es de una tremenda responsabilidad. De la que no pesa sus palabras antes de pronunciarlas no podemos decir que tenga carácter.

El ideal de la educación católica es la joven que sabe ser cortés sin adular, sincera sin brusquedad, honrada sin demasiados miramientos, fiel a sus principios, sin ofender a los demás.

El sol va recorriendo su carrera en el firmamento ¡con tanta nitidez!; pero no hay en él oscuridad ni misterio; el rostro de los hombres se ilumina de alegría al mirar hacia el sol y todos beben de esta fuente de luz, buen humor y vida. También la mujer de alma justa viene a ser sol para la sociedad, a quien todos miramos con alegría y en quien puede descansar nuestra confianza.

¿Puede haber mayor elogio que decir de una joven: «Es justa apreciadora de la responsabilidad de cada vocablo que pronuncia; juega con su palabra; podemos fiarnos de lo que dice: habla siempre con amor y es fiel a la verdad»?

---

(1) SAN MATEO, XII, 36.

XVI.—¿Por qué mienten las jóvenes?

¿Por qué mienten entonces las jóvenes? Generalmente por miedo. Hicieron algo que les estaba prohibido y temen el castigo. Y, sin embargo, el mayor desatino es redoblar la falta cometida y aumentar el primer pecado —que muchas veces no llega a tanto: se ha quebrado el vaso, se derramó el café...— con otro nuevo, con la mentira. ¿Has visto jamás a una joven que se meta en el charco para quitarse el barro que salpicó su vestido blanco cual la nieve? ¡Cuánto más discreta es la que piensa de esta manera: «Es verdad, acabo de hacer una cosa mala! ¿Qué sucederá si lo confieso? Me reñirán. Pues... que me riñan: Al fin y al cabo, lo merezco. Mañana ya no me dolerá el castigo, y, por lo menos, habré dicho honradamente la verdad.»

En cambio, aunque la mentira me salve del castigo, se agrandaría la herida de mi alma, y me dolería también mañana y nunca me dejaría descansar. Más vale confesarlo todo con sinceridad: «Madre, he sido descuidada, brusca, precipitada; desde hoy iré con más cuidado. ¡Si queréis, castigadme!...» La honra está a salvo, y creo que después de semejante confesión hasta se perdona el castigo. Pero ¡aunque no se perdonara! «Más vale que yo sufra por la verdad, y no al revés, que la verdad tenga que sufrir por mí.»

Hay algunas que mienten por miedo. Se habla de asuntos serios, de modas, de ideales, de religión entre las jóvenes; algunas muchachas casquivanas empiezan a bromear. ¡Ahora! Ahora llega el momento de dar tu opinión con franqueza, de salir al

palenque, sin titubeos; no te atreves, te dan miedo las miradas irónicas. Prefieres mentir. Eres una miserable mujercilla.

Se puede mentir también por envidia, por celos. Se alaba a una condiscípula. «¡Oh!, ni lo merece. Tiene tales y cuales defectos», dices tú, y mientes, con lo que denotas un corazón pobre.

Se puede mentir para lograr ventajas: «no es verdad, no hubo tal cosa», «no es verdad que cogiese esto»; y hasta puede inducir a mentira la fidelidad mal entendida: cuando alguna quiere ayudar con mentiras a su amiga desgraciada.

Se puede mentir con jactancia, diciendo: «Tenía un auto este verano; ¡si lo hubieras visto!» «¡Qué de cosas me han ocurrido!» Y, sin embargo, todo es pura invención.

Miente la que dice la lección al dictado de la compañera que se la sopla; miente la que copia a hurtadillas el tema de su vecina; mienten, porque se visten con plumas ajenas. La joven de carácter en estas ocasiones dice a la tentación: «Tengo bastante orgullo para no quererme abrir paso con medios no honrados.»

Hay también jóvenes que no dicen la verdad por ligereza; no mienten propiamente; pero «se les va la lengua», y no se les puede creer, porque no están acostumbradas a la precisión ni al uso recto de sus sentidos. Cuidado, hija mía; la joven de carácter evitará con facilidad las mentiras burdas y grandes; pero acaso caiga en una mentira más pequeña o en una leve falsedad; y, sin embargo, con esto deteriora asimismo su carácter.

Una joven honrada nunca dice «no he sido yo», si ha sido ella; pero es más fácil

que diga «algunas veces he estado con ellas», cuando debería decir «he estado a menudo en su compañía», o también: «iré con toda seguridad», en vez de decir: «iré, si me es posible».

Es mentira todo lo que contradice a la verdad y a la rectitud. Por lo tanto, se puede mentir no tan sólo de palabra, sino aun con el silencio, con la hipocresía, con un comportamiento astuto y falaz...

Miente también la que sólo dice la mitad de lo que piensa, la que va siempre con rodeos, la de medias tintas, aquella de quien nunca sabe nadie el alcance de su amistad.

Ved ahí el bosque salvaje de la mentira.

XVII.—¿Vale la pena mentir?

«¿Crees, mi joven lectora, que vale la pena mentir?» La mentira es de villanos. Tarde o temprano se descubre, y entonces se saborea la peor de las humillaciones que pueden sobrevenirnos.

Al fin y al cabo, es un argumento. En efecto, ¿puede concebirse situación más bochornosa que la de aquella joven cogida en una mentira, que antes gozaba de respeto y cuyas palabras eran creídas a pie juntillas? ¡Y la han cogido en un embuste, en una trapacería!

¡Ah! —piensan tal vez algunas jóvenes—, si tan torpe es entonces que no mienta; pero se puede mentir con habilidad: Pensaré antes bien lo que he de contestar, si me preguntan tal cosa o tal otra; así resultará...

Y, sin embargo, el resultado no es duradero. «En vano se esconde el burro detrás

de la puerta: se le ve la oreja» —dice un refrán—. Y en vano, advierte el dicho latino, al hombre mentiroso que es forzoso tener buena memoria: *mendacem oportet esse memorem*, porque un día u otro caerá en contradicción, ha de alimentar una mentira con otra si quiere mantenerlas en pie, y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad, se pisa en un terreno pantanoso en que los pies van hundiéndose cada vez más. La mentirosa, al día siguiente ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y al término del camino le espera la vergüenza y el desprestigio más rotundo.

La mentira es un hijo monstruo de la vida moral, y los monstruos no suelen tener vida larga; es hija del demonio, según dice la Sagrada Escritura.

Pero supongamos que no llega a descubrirse. Puede mentir alguien con tanta habilidad que no lo cojan. Piensa, empero, cuál será la consecuencia. La joven de carácter no sólo ha de mirar las consecuencias inmediatas de sus acciones, sino que ha de pensar también en los efectos remotos. Supongamos, por tanto, que no se descubrió la mentira.

Mas al entrar dentro de sí, una acusación llena de reproches suena en su alma: «No tienes voluntad. No se puede fiar de ti.» La voz de la propia conciencia da ratos amargos aun a la mentirosa más hábil.

¡Ay de aquella que se lanzó a mentir! La mentira sale de aquellas profundidades oscuras donde vive Satanás, y envuelve por eso en tinieblas el alma. Nubla los mismos ojos. Quien miente, baja los ojos, teme que su mirada turbia lo delate. ¡Qué pena

empañar la limpieza de la mirada que tanta belleza da a tu rostro!

Fíjate: hoy los médicos no recetan con tanta facilidad los venenos a título de medicina como lo hacían antes; y es que descubrieron que, aunque el veneno cure una enfermedad, causa a veces otra, quizá más peligrosa. Lo mismo que la mentira: en el primer momento parece que te ha sacado de un atolladero; pero entre tanto ha crecido su influencia destructora, que pronto se manifiesta en otros órdenes.

Y puesto caso que se lograra acallar hasta la misma voz de la conciencia, vendrá un día, el día del juicio final, en que Dios omnisciente descubrirá toda astucia, toda perfidia y toda mentira; aquel Dios a quien no puede engañar el mentiroso más diestro y de quien dice la Sagrada Escritura que *abomina el Señor los labios mentirosos* (1). Dios es la verdad viviente; toda mentira es, pues, su negación y afea el parecido divino de nuestra alma.

Cuéntase de la zorra que si se ve presa en la trampa, roe y corta su propia pierna o cola con tal de librarse. La que quiere salvarse por medio de mentiras del mal en que se ve presa no se corta la pierna, sino —lo que vale mucho más— su prestigio, su carácter.

Mentir es cobardía; perseverar firmes en la verdad es heroísmo.

¿Has conseguido algo por medio de la mentira? Lo has pagado demasiado caro.

¿Has escapado de un mal gracias a una mentira? Has caído en un mal peor.

¿Has conseguido, mediante una mentira,

---

(1) *Proverbios*, XII, 22.

el respeto que te tributan los demás? Has perdido el honor ante el tribunal de tu propia conciencia.

XVIII.—La palabra, atributo humano

Pero, seguramente, ¿habrá casos en que es permitido mentir? Hay jovencitas que se excusan con facilidad. «He mentido sólo por broma. Eso no es pecado —dicen—. No he hecho daño a nadie.»

No es pecado grave, pero es falta. No habrás causado daño a nadie; pero sí a ti misma. El mal peor está en que estas mentirillas leves inducen a decir mentiras serias. Los grandes caracteres se guardan con temor de los deslices más insignificantes.

Hallamos ejemplos admirables hasta entre los paganos. Habrás oído que ARÍSTIDES no mentía ni por broma: *Arístides adeo fuit veritatis diligens, ut ne ioco quidem mentiretur.*

Naturalmente, debemos tener un concepto cabal de lo que significa y es la mentira. Hay mentira cuando alguna dice una falsedad para engañar a otra. Por lo tanto, cuando es claro que una persona habla de broma, que está jugando y divirtiéndose, no hay mentira. Pero mentir, esto es, engañar a otra, nunca está permitido.

Reconozco que no es fácil la lealtad constante a la verdad, y que muchas veces nos encontramos en situaciones que se ha de escoger entre la mentira y un grave contratiempo. Empero, el principio ha de quedar firme: «Nunca mentiré.» Por otra parte, me amenaza ahora un grave contratiempo, precisamente por haber manifestado la verdad. ¿Qué he de hacer en estos casos?

La solución más sencilla es no contestar. Nuestro silencio advertirá a quien nos dirige la palabra que su pregunta nos es desagradable y quizá no insista más.

Si se tiene bastante habilidad, se podrá dar una contestación que esquive la dificultad, que permita «escaparse por la tangente», «salir airosa»; naturalmente, sin mentir, «desviar la pregunta».

Muchas veces, empero, no es posible proceder de semejante manera, y entonces no hay más remedio que aceptar con heroísmo todas las contingencias desagradables que se hubieren de sufrir por una de las virtudes femeninas más hermosas. Si puede ser, evita el contratiempo; pero si no puede ser, entonces *fiat iustitia et pereat mundus.* «Hágase la justicia y perezca el mundo», persevera firme en la verdad, aunque tengas que pagar sus consecuencias. No es cosa fácil decir siempre y en todas las circunstancias la verdad; es virtud de heroínas.

A los niños pequeños se les perdona con facilidad la mentira, que dicen por miedo al palo que tieso y ceñudo los mira desde el rincón. Pero los niños tampoco afirmamos que tengan carácter perfecto y acabado.

Pero, ¿qué decir de las muchachas mayores, que justamente cifran su mayor orgullo en su inteligencia, en su belleza (¡y con derecho!)? ¡Cuánto pierden si en semejantes casos también ellas se muestran cobardes, faltas de carácter, y se excusan con una mentira para librarse del castigo merecido o para salir de algún aprieto!

¡Cuánto más noble es el carácter de aquella joven que nunca dice —cueste lo que cueste— ni una sola palabra falsa, y

no la pronuncia, por la sencilla razón de que *no sabe mentir*! No sabe hacer violencia en situación alguna a su honrada sinceridad hasta el punto de pronunciar una mentira. ¡Qué placer y alegría encontrar una joven con cuya palabra podemos contar, de quien podemos fiarnos, porque todas sus palabras encierran verdad, como las de la Sagrada Escritura! La palabra es el hombre.

Dios quiso que la mentira fuese difícil al hombre; por eso lo creó de tal manera que se ruborice al mentir. Se puede aprender, sin embargo, a mentir de continuo sin rubor y con soltura, «como si leyera las mentiras en un libro»; pero siempre es una ciencia difícil.

Hija mía, pon tu orgullo en la verdad. Y toda joven que presume de rango, de carácter, ha de decir la verdad sin cambiar un ápice. La joven mentirosa asesta sus tiros contra las bases más fuertes de su carácter y emprende inevitablemente el camino de la degradación moral. Quien lastima la verdad, no sabrá respetar sus deberes. Quien emprendió su camino mediante aserciones inexactas, querrá también abrirse paso en la vida de un modo muy poco honrado: si es funcionaria pública se dejará sobornar; si trabaja en oficios apelará al fraude; cualquiera que sea su trabajo, siempre estará falta de carácter. Aunque no en la letra, pero sí en su espíritu, tiene razón el dicho húngaro: «Quien empezó en la mentira acabará en el patíbulo.»

La primera divisa de la joven de carácter es: *La verdad a cualquier precio. Si alguno no tropieza en palabras, éste es el varón perfecto* —dice la Sagrada Escritu-

ra (1)—. Negar la verdad es abdicar de la dignidad humana y hacer traición al santo deber del cristiano.

No conozco caso alguno en que sea permitido mentir, jugar con nuestra palabra. Nunca. Ni por necesidad. Sé muy bien que hay jóvenes que van argumentando de esta manera: «Ahora era necesario mentir.» Esto no es sino excusa. Nunca «es necesario». Porque si en un solo caso nos permitimos la mentira, ya hemos derribado toda la ley; entonces cualquiera podrá excusarse en la primera ocasión, alegando que le parecía que esta vez no había manera de evitar la mentira.

Y ¿qué sería de la sociedad si la mentira fuese tomando incremento? Nadie podría creer al otro. La hija no podría creer a sus padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento se habría de sospechar: éste quiere engañarme ahora. No me atrevería a tomar la sopa, por miedo de que me envenenase la cocinera. No me atrevería a llamar al médico, temiendo que me matase a propósito, etc. No se puede vivir de esa manera. Ved ahí, pues, cómo la mentira es contraria a la sociedad humana.

XIX.—«¡Júralo!»

La que cumple siempre su palabra nunca tendrá que acogerse al salvavidas de muchas colegialas de carácter débil, al juramento hecho con ligereza. «¿Vendrás esta tarde conmigo?» —«Sí» —«¡Júralo!» —«¿Me prestarás el diccionario?» —«Sí.» —«Júralo.» Y así, sucesivamente, las jóve-

(1) SANTIAGO, III, 2.

nes de espíritu frívolo están dispuestas a jurar mil y mil futilidades.

Pero tú no te dejes arrastrar. Es mucho más serio y digno contestar en estas ocasiones: «Compañeras, os aseguro que así es. No suelo mentir.»

No puedo remediarlo; si oigo jurar a una muchacha pienso en seguida: Esta joven, indudablemente, miente mucho y ahora por milagro dice la verdad; pero como sabe que no suelen creerla, por eso la corrobora con juramento. La que no suele mentir no tiene por qué jurar.

Cumple siempre la promesa y la palabra dada. Antes piensa bien lo que vas a prometer. Pero si llegas a prometer algo, entonces, cueste lo que costare, has de cumplirlo. No es joven de carácter aquélla de cuyas palabras no podemos fiarnos en todos los casos. *Falsus ore caret honore.* La mentirosa no tiene honor. En cambio, quien cumple siempre fielmente su promesa da prueba de una disciplina no común. ¿Cómo podría subsistir la sociedad si contara únicamente con personas tan ligeras e incostantes en su palabra? *Ein Mann, ein Wort* —dice con orgullo el antiguo lema alemán—: «El hombre no ha de tener sino una sola palabra.» Tiene razón. La que juega con la palabra dada no es mujer digna. Sucédate lo que te sucediere en la vida, piensa en el consuelo que encierran las palabras de FRANCISCO I, rey de Francia: *Tout est perdu hormis l'honneur:* «Todo está perdido menos el honor.» *Omnia si perdes, famam servare memento.* «Guarda tu fama, aunque pierdas lo demás.»

Quiero llamarte la atención sobre una cosa interesante: sé sincera, no sólo con los demás, sino aun contigo misma.

Pero y esto, ¿a qué viene?

En cuanto hicieres, pregunta a tu conciencia si lo aprueba. Pero no te engañes a ti misma. Si te atreves a ser sincera contigo misma, ¡cuántas veces habrás de reconocer que no es verdad que «no he tenido tiempo para preparar la lección», y que lo que has querido hacer pasar con una acción magnánima, en realidad no era más que un egoísmo, y que cuando mirabas aquella película no es verdad que «has querido ver sólo el aspecto hermoso de lo artístico», y que cuando has mantenido una conversación nada limpia, estando con aquellas compañeras, no es verdad «que al fin y al cabo ya no eres niña», sino que eres una mujer cobarde, que reniega de sus principios. ¡Ah, si fueses sincera siempre contigo misma! Habla reiteradamente contigo misma en la intimidad, para que de esta suerte llegues a conocerte cada vez mejor.

Después has de reconocer en tu fuero interior que todavía eres joven; por lo tanto, has de portarte como corresponde.

No quieras remedar a las mujeres maduras, ni en su conducta, ni en sus diversiones.

Guárdate de criticarlo todo; no emitas juicio con voz altisonante sobre cosas que, naturalmente, aún no comprendes, porque te faltan todavía la preparación y la experiencia adecuadas.

No creas comprenderlo todo bien, y que puedes ya leerlo todo y remedarlo todo. Eres joven; por lo mismo, acepta el principio de que «tu verdadera grandeza estriba en la obediencia».

Eres joven; por lo tanto, no puedes aún exigir muchas cosas que las mujeres ya he-

chas merecieron, acaso a costa de duros trabajos. Tú aún no sabes trabajar para tu sostenimiento; no derroches por ende el dinero ganado por los tuyos, en bagatelas. ¡Ya ves en cuántas cosas has de ser sincera!

Y, además, ¡sed sinceras con Dios! A cada latido de nuestro corazón, a cada respiración, al pestañear del ojo. De El dependemos. ¡Qué mentira, pues; cómo se engañan a sí mismas las jóvenes cuando piensan, por verse jóvenes y en plena vida, que no necesitan de Dios y que les bastan las propias energías y viven por eso en consonancia con tan falsos principios! Y ¿cómo vamos a llamar mujer noble a la que tiene fe, religión, pero se comporta con los demás como frívola, hipócrita?

La joven cuyo carácter está falto de sinceridad, fácilmente descuidará en las vacaciones sus deberes religiosos; mientras que la joven reposada hará con más fervor sus rezos diarios, oirá con más devoción la santa misa y recibirá los sacramentos espontáneamente; porque tiene más tiempo que durante el año y porque ella no se postra ante Dios como una esclava por el temor del «castigo», sino que es el amor sincero de su alma pura lo que la lleva ante el altar del Señor.

Dios es la verdad eterna; por lo tanto, servir a la verdad, decir la verdad, es culto divino. Contesta sinceramente las preguntas que te hagan, y la gloria de Dios vivirá en tus palabras; fíjate un objetivo elevado y sírvelo sin hipocresías ni doblez, como hace toda persona de carácter noble, y vivirá Dios en tu obra; procura que tus palabras y obras sean un libro abierto, lim-

pias como el riachuelo de los montes, y en tu vida se afianzará el reino de Dios.

Querida hija: ¡qué deber excelso nos espera: ser sinceros y ensanchar el dominio de la verdad, es decir, preparar una morada para el Dios de la verdad en medio de los hombres! Mira a tu alrededor: ¡cuántas mentiras oscurecen el mundo! ¡Cuántas prestidigitaciones, cuánto polvo, cuánta cáscara, cuánta superficialidad, cuánto engaño, cuánta astucia, cuánta doblez! Todo eso son tinieblas, nada de eso es reino de Dios.

¿Qué podrías hacer contra estas cosas y en bien del reino divino? ¿Quizá predicar contra la mentira? No lograrás mucho. Pero sí *sé paladín esforzado de la verdad, quiere la verdad en tus palabras, en tus obras, en tu vida,* y así todas tus acciones serán otros tantos pasos firmes y sin retroceso que consoliden más cada día el reino de la verdad.

*XX.—Aggredere!

Para la formación de carácter no basta la abnegación, el *abstine;* ni la perseverancia, el *sustine;* junto a ellas es menester un vigor valiente, una voluntad decidida: *Aggredere!* ¡Obra!: A las mujeres animosas la suerte les ayuda.

Hay jovencitas a quienes no les es difícil ni la abnegación ni la perseverancia, pero rehuyen el trabajo en que se necesita energía. No hacen bien. No damos el calificativo de «joven de carácter» a la muchacha que se sienta cabizbaja en un rincón, y no hemos de entender por abnegación la comodidad, ni por vida cristiana el descanso, la tranquilidad inactiva, sino el movimien-

to, la acción, ya que la misma felicidad de los cielos la llamamos «vida eterna». Nuestra religión, además de tener preceptos que dicen «lo que no has de hacer, tiene en abundancia otros que te prescriben «lo que has de hacer». Por lo tanto, *aggredere!* «¡Obra, acomete!»

Dicen que la fatalidad tiene puños de hierro que pueden caer sobre cualquiera. ¡Qué más da! Tú, en cambio, tienes alma y por eso puedes disponer de más perseverancia, resistencia y adaptación que todo el mundo material. «Pon mano a la obra si deseas alcanzar algo», dice el refrán.

La hoja de acero tiene elasticidad, pero también dureza. Y ¿cómo se templa? En el fuego, en medio de vivas llamas.

La vida humana se forma con eslabones de pequeños acontecimientos. Uno a uno parecen de poca monta, y, no obstante, son ellos los que integran la vida. Los ingentes rascacielos se edificaron con piedras pequeñas; la vida excelsa se compone de cosas insignificantes, pero también todas las grandes caídas morales tuvieron por principio un leve tropiezo. No hay que temer por la que sabe guardarse de las faltas pequeñas; ésta no tendrá grandes caídas.

Observa en qué tropieza la mayoría de las gentes por la calle. ¿En grandes piedras que encuentran por su camino? No. Estas las notan ya de lejos. Pero resbalan al pisar por casualidad un hueso de cereza y caen. «¡Cuánto me fastidian esas bobadas!», dirán algunas aludiendo con sus palabras a los pequeños conceptos que tildan de futilidades. Pero ¿es realmente futileza el que en un par de zapatos las suelas no encajen bien, aunque la diferencia no pase de medio centímetro? ¿Es una pequeñez

que en el piano toques una tecla cualquiera, aunque nada más se diferencia en media nota de lo necesario? ¿Es futilidad que en alemán conjugues un verbo de la conjugación fuerte, según las reglas de la conjugación débil? Pregunta a los peritos en la materia y te dirán qué diferencia enorme puede haber entre dos caballos magníficos, ambos fogosos, de pelo negro y brillante los dos, con que uno de ellos tenga sólo una «pequeñez» en la cabeza, una mancha blanca del tamaño de la palma de la mano.

Las pequeñeces tienen un poder enorme en la vida moral: Ya ves qué detalle tan pequeño es la nariz en el rostro humano, y, sin embargo, PASCAL, el gran sabio, dice que «Si Cleopatra, reina de Egipto, hubiera tenido la nariz un poquito más larga, hubiera cambiado la faz del mundo.»

Aquella «reina de los reyes», como la llamó Marco Antonio, era tan portentosamente bella, que rindió a sus plantas a los hombres más poderosos de su tiempo. Y, no obstante, con sólo una pulgada más de nariz en aquel rostro, los destinos del mundo hubieran cambiado y con ellos la vida moral de los pueblos.

La perdición de muchas jóvenes empieza por pequeñeces inocentes al parecer. Con no cumplir alguna que otra regla de la disciplina escolar, excusar con pequeñas mentiras la pereza, pasar algún rato con malas amigas o leyendo libros inconvenientes y sin hacer nada, todas esas cosas no son, en fin de cuentas, tan importantes. Pero de las acciones repetidas con frecuencia se forma el hábito: de acciones malas nace la mala costumbre; de las buenas, la buena. Al principio cuesta un poco renegar de

los sanos principios delante de las chismosas y murmuradoras; pero «¡se está tan bien en medio de ellas!» Después, en la tercera o cuarta ocasión, se hace ya más fácil y hasta resulta más cómodo ceder algo de los fueros de la conciencia.

*XXI.—El poder de las pequeñeces

¿Por qué tienen tanto poder las nimiedades? Nada se pierde en el mundo sin dejar huella. Las cosas más grandes, aunque parezcan números quebrados junto a la gran unidad de la vida, entran como componentes, en pequeñas dosis, en la formación de las costumbres. Es tan fácil acostumbrarse a una manera de obrar moral como a la vida pecaminosa. Después de un sinnúmero de pequeñas acciones buenas tendrá para nosotros tanta facilidad la vida honrada cuanta es la fuerza con que la ignominia atrae a quien ya se acostumbró a la vida pecaminosa.

Cuanto más perfecta sea una cosa, tanta más exactitud tendrá hasta en los pequeños pormenores. Los hombres de la antigüedad no conocían el mundo sino en sus grandes líneas, y, sin embargo, las proporciones del mundo creado, aun con este conocimiento imperfecto, los movieron a hincarse de rodillas ante el Hacedor supremo. ¡Cuánto más fervoroso es el homenaje que nosotros rendimos a Dios desde que, merced a los telescopios y microscopios, nos es dado penetrar en los secretos del universo, y nuestro entendimiento queda extasiado ante la pasmosa exactitud del orden, de la finalidad, del encadenamiento que en él maravilla! La minuciosa precisión de la

obra de Dios ha de servirnos de ejemplo para nuestro carácter.

Si todo lo miras de esta manera nada te parecerá una pequeñez. Así verás qué fuerza educativa tiene el cumplimiento de las prescripciones, si al parecer insignificantes, por ejemplo, el ayuno, prescrito por nuestra religión. Pero también puedes aprender lo mismo en muchas otras ocasiones. Si en una excursión te esperas un cuarto de hora junto a la fresca fuente antes de beber, a pesar de la sed que tienes; si sabes dominar tu lengua para que no cuente en seguida una cosa interesante que despierta la curiosidad de tus compañeras y, sobre todo, para que no hiera la reputación del prójimo; si ocurre algo en la calle y no vas a mirar lo que pasa aunque te mueras de ganas de saberlo: con todas estas pequeñeces haces labor seria en orden a librar tu voluntad del yugo de las acciones instintivas. Y con eso ya verás que cuándo la religión católica habla tantas veces de abnegación, de dominio de sí mismo, no intenta con ello menguar la libertad humana; todo lo contrario: quiere prestarnos ayuda para lograr la única manera de vida digna del hombre y de la libertad de su alma. La que no se ejercita en la abnegación no puede ser verdaderamente religiosa; la mujer verdaderamente religiosa es aquélla cuya alma triunfa cada día de la materia, del cuerpo. Piensa que has desperdiciado el día cuando no te has vencido en algo.

«Son los efectos y consecuencias los que ponen el sello de grandeza o de pequeñez en todo, dice el BARÓN NICOLÁS DE WESSELÉNYI; y lo que tiene consecuencias importantes y graves no puede ser una peque-

ñez, por muy insignificante que parezca.»
Así, ya comprenderás cómo pudo perderse toda una vida por sólo unos minutos de más ante el tocador. ¡Hacía falta una mano de mujer junto al herido, junto al enfermo, junto a la cuna..., y esa mano no llegó a tiempo. ¡Sólo por unos minutos más!

*XXII.—Gulliver, atado

El camino del alma humana es como en los países fríos la calle llena de charcos helados en que juegan los niños. Al principio no son lisos, no es posible patinar sobre ellos; pero se meten los jóvenes, y a medida que van pasando sobre el hielo lo igualan y alisan; al fin lo han convertido en una especie de pista por la que se deslizan maquinalmente. Algo semejante nos sucede con las acciones: cuantas más veces hacemos algo, bueno o malo, tanto más nos acostumbramos y nos deslizamos ya sin poder pararnos en la dirección tomada.

¿Conoces el cuento de Gulliver? Cuando llegó al país de los enanos parecía un gigante entre ellos. Y, sin embargo, le jugaron una mala pasada los liliputienses. No tenían, es verdad, cuerda bastante resistente para retener a Gulliver; pero aquella «futilidad», «aquella pequeñez» —los miles y miles de hilos delgados con que lo ataron al suelo— no pudo romperla Gulliver.

Así comprenderás, amada hija, por qué las mujeres serias procuran librarse hasta de los defectos pequeños. Quien concede libertad a sus inclinaciones en las cosas pequeñas no consultará en las grandes con su conciencia.

Es cosa que espanta el ver cómo muchas

jóvenes, que en sus tiernos años inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas y tomarse demasiadas libertades. También estas muchachas alcanzan su completo desarrollo; también se hacen mujeres, pero no son sino caricaturas de la mujer verdadera; se parecen a aquellas grotescas figuras que los niños hacen con la nieve, las cuales, mirándolas con un poco de benevolencia, guardan cierta semejanza con las personas; tienen ojos, boca, un gorro de papel en la cabeza; sólo les falta carácter y voluntad.

Al ver la mesa de trabajo o el cuarto de algunas muchachas, exclamo espantada: ¡Dios mío, si habrá el *mismo* desorden en el alma de esta joven!... El cepillo de los zapatos y el diccionario latino, la raqueta de tenis y el cuaderno de matemáticas están en amigable compañía; los guantes rotos y una regla, una cáscara de nuez y un dentífrico, todo en «poético» desorden, esparcido por doquiera...

Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. En primer lugar el orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía íntima, sino también eficaz instrumento para llegar a ella; la que tiene siempre orden en sus cosas ordenará con más facilidad sus pensamientos.

Además has de tener un orden, porque sólo la mujer ordenada sabe ser puntual, mientras que la desordenada pierde mucho tiempo en buscar sus cosas, y más tarde en la vida llegará también siempre tarde a todas partes. ¿No conoces muchachas —espero que no te cuentes entre ellas— que diez minutos antes de las clases bus-

can afanosas su cuaderno de clase? Revuelven todo el cuarto; en vano. No está. Ha desaparecido. Por fin, lo descubre debajo de la mesa, junto a la caja de betún. Pero sólo faltan cinco minutos para empezar la clase. Corren... Llegan tarde... Se les pone falta... por desorden.

Y aquí, sin embargo, no se trata más que de llegar tarde a la escuela. Pero cuando lleguen tarde a sus quehaceres y se olviden de encargos importantes... si tienen enfermos a su cargo los matarán, porque descuidarán «una pequeñez» en lo ordenado por el médico; si están en un laboratorio, prepararán mal algunos de los específicos por haber leído superficialmente la fórmula.

Y ¡aquellos cuadernos desordenados, llenos de garabatos descorazonadores! ¡Aquellas líneas revueltas, salpicadas con manchas de tinta! ¡Aquellos libros de texto cubiertos de toda clase de mamarrachos! Cuando se revisan los libros de los comerciantes declarados en quiebra se halla, en la mayoría de los casos, que no llevaban en orden y sistemáticamente su contabilidad. Sería interesante revisar también los libros de las estudiantes «suspensas».

Cuidado, hija mía, que los hilitos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias y superficialidades, no lleguen a maniatar tu carácter. Quiero, con esto, habituarte a tener todas las cosas ordenadas. Del orden que adquieras en tu juventud dependerán tu casa, tu hogar, tu persona. ¡Ser desordenada es lo más vergonzoso para una mujer!... Las mejores fortunas se deshacen cuando en las casas no hay orden. ¡La felicidad de los que te rodean dependerá del orden que tú mantengas!

Atención, pues; ordena todas tus cosas, aun las más insignificantes. Que tu lápiz tenga punta; que tu regla no esté manchada de tinta; que en la mesa no haya otra cosa que lo necesario para el estudio o lo que le sirve de adorno; que cada libro, cada cuaderno, cada palillero, cada goma tenga su puesto acostumbrado, de suerte que puedas hallar cualquiera de estos objetos aun a oscuras.

Cada mañana, da cuerda a tu reloj con puntualidad; revisa tus ropas, procurando mantenerlas en buen estado. Cuídate especialmente de los objetos prestados: libro, diccionario, compás; no prestes a otra lo que te prestaron a ti y no esperes que la dueña venga a pedirte que le devuelvas lo suyo.

XXIII.—El cerrojo malo

Say, célebre economista francés, nos cuenta de un modo sugestivo cuánto daño puede provenir de pequeñas negligencias. «En una finca —escribe— se deterioró el cerrojo de la puerta del corral. Habría podido arreglarse en varios minutos, pero «es cosa baladí», dijo el dueño. Naturalmente, día tras día, iban escapándose, ora un pollo, ora un pato. Un día llegó a huir un lechón. ¡Ah! Esto ya no se puede aguantar! Toda la familia: jardinero, lavandera, pastor, adelante, a coger el lechón. El jardinero fue el primero que lo descubrió. Va a tomarle la delantera, no le falta más que saltar por encima de una zanja. Pero tropezó al saltar y se descoyuntó el pie; tuvo que guardar cama mucho tiempo. La lavandera, al volver de la caza del lechón, vio con espanto que la ropa que había colgado cer-

ca del horno para que se secara se había quemado. El pastor, con la mucha prisa, se olvidó de atar una vaca al establo, y el animal tropezó con el pesebre y se rompió una pata.» Ved ahí cuánto daño causó el cerrojo descuidado que se habría podido arreglar con algunos céntimos.

Algunas veces la cosa más baladí adquiere importancia decisiva en la vida humana. ¡Qué cosa tan insignificante es el alga marina que se pega al costado de los buques en el océano! Y, sin embargo, CRISTÓBAL COLÓN, cuando la tripulación empezó a rebelarse después de largo viaje sin resultado, para apaciguarlos, les dijo: «Mirad, ya están aquí las algas; debe de estar cerca la tierra.»

Observa los grandes compositores. ¡Cuánto han de estudiar, día tras día, para dominar técnicamente las dificultades más pequeñas! FRANCISCO LISTZ dijo: «Si no hago ejercicio un día, lo noto yo; si lo omito durante tres días, entonces lo nota el público.»

¿Sabes de qué se forman las enormes rocas de yeso de Inglaterra? De conchas tan diminutas que sólo son visibles con microscopio.

¿Qué es lo que pone en marcha las gigantescas máquinas de vapor, esos monstruos espantosos? Gotitas de agua, al parecer insignificantes, que se truecan en vapor.

Más todavía: el profesor SCHLEIDEN, de Jena, observó, ¡cosa extraña!, que no eran las masas colosales de las ballenas y de los elefantes ni los troncos corpulentos de las encinas, los que ejercieron una *acción poderosa* en la *estructura* de la *tierra,* sino los *pólipos* y las *pequeñas plantas microscópicas* ocultas en los pantanos.

¿Hay cosa más admirable que un microbio? ¿Sabes que de su bondad o maldad depende la salud del individuo? ¿Sabes quién dio el primer paso para este magnífico invento? Pues, Pasteur, observando, al parecer, una cosa «insignificante», el fermento de los líquidos.

Acostúmbrate a no considerar nada insignificante respecto a tus deberes: todo es necesario para nuestra formación, para ser una joven de carácter.

XXIV.—El cabello de Absalón

El título de una novela de Björnson es *El cabello de Absalón*. Sus protagonistas son hombres que se pierden, no por grandes faltas de carácter, sino solamente porque no saben dominar las cositas de cada día de la vida. Y, sin embargo, quien domina las cosas pequeñas es señor también de las grandes; y quien sabe aprovechar los minutos que corren tiene en su mano la llave del tiempo. ¿Cómo podría lanzarse a una empresa grande quien no se preocupa de las pequeñas?

Procura ser, pues, puntual y fiel en el cumplimiento de los deberes que a primera vista parecen insignificantes. Supongamos, por ejemplo, que estás interna en un colegio y que a las seis de la mañana toca la campana para que te levantes. Podrías aún estar cinco minutos descansando sobre las blandas almohadas, pero no hagas tal. Salta en seguida de la cama..., y adelante, a lavarse. ¿Es cosa baladí? Lo parece tan sólo. En realidad, es vigoroso ejercicio de voluntad, porque es triunfo sobre la pereza.

Otro ejemplo. Llega el tiempo de estudio. No bosteces, no empieces con ojos adormilados a escoger los libros, no te desperezes, sino que después de una breve y fervorosa oración..., ¡adelante!, ¡a estudiar! ¿Es cosa baladí? No. Sino triunfo sobre ti misma, ejercicio y robustecimiento de la voluntad.

De la joven a quien los tribunales condenan no podía su madre imaginarse cuando la amamantaba y cuidaba de niña que su vida iba a ser tan desgarrada que terminaría en una cárcel, en una casa de corrección. Pero el mal camino empieza por una pequeña cosa: la coquetería, el amor al lujo, el afán de lucir y desbancar a las demás. ¡Triunfar por la belleza, por el dinero, por el lujo! También las lecturas nada buenas, los bailes..., todo, en pequeñas dosis, ha preparado la perdición de esa joven.

Sólo la que sabe ahogar en sí el más leve desorden podrá prevenir los grandes tropiezos de su carácter.

Sólo la que huye de la mentira más leve perseverará fiel a la verdad hasta en las situaciones más difíciles.

Sólo la que es honrada en las cosas más pequeñas podrá conservar la misma honradez en las grandes. Lo dice el mismo JESUCRISTO: *«Quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho»* (1).

Así comprenderás la frase del gran obispo de Hipona, SAN AGUSTÍN: *Quod minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, maximum est;* «lo pequeño es pequeño; pero ser fiel en lo pequeño es cosa grande».

---

(1) SAN LUCAS, XVI, 10.

Cuando empiezas a jugar al tenis tu mano es lenta; antes has de aprender las posturas, la manera de empuñar la raqueta, los diferentes golpes, es decir, los pequeños elementos de juego de pelota.

En cuanto al piano, tampoco podrás tocar sonatas de Beethoven sin haber ejercitado antes durante años en las escalas.

Si has observado los movimientos que se hacen para aprender a bailar, habrás podido notar que parecen hasta ridículos. Sin embargo, sólo son ridículos y superfluos al parecer, porque en realidad no se puede prescindir de ellos y son necesarios para dar al bailarín la consiguiente soltura y elegancia.

«Vamos gastando nuestra fortuna florín a florín, nuestra vida por horas; cediendo en cosas pequeñas llega a entorpecerse nuestra conciencia; y así como, según los últimos descubrimientos de la ciencia, cordilleras enteras se componen de los restos de diminutos animales que no podemos siquiera distinguir a simple vista, de la misma manera las mayores dificultades de nuestra vida van formándose de la acumulación de cosas tan pequeñas que ni siquiera las notamos separadamente» (BARÓN EÖTVÖS).

***XXV.—La observación y el cuidado**

Entre las cosas insignificantes cuentan algunos el fino espíritu observador, y, sin embargo, es un medio muy importante para aumentar el caudal de nuestros conocimientos y hasta para abrirnos camino en la vida y ejercitar nuestra voluntad.

Procura aprender cómo has de usar con

rectitud de tus sentidos y camina por el mundo con ojo abierto y avizor; es decir, desarrolla en ti sistemáticamente el espíritu observador. No eres capaz de imaginar lo que puede una mujer observadora; es la dote más preciada para la vida social y familiar. Nada escapa a su mirada; por eso, si ha de mandar, sabe en qué términos debe hacerlo; si ha de obedecer, no se extraña de ciertos mandatos y nunca censura las órdenes que recibe...

El ojo tan sólo ve; el espíritu, además, observa. Los indios llegan a rastrear muchas cosas por una hierba que pisaron, por huellas casi imperceptibles; los antiguos astrólogos árabes sin telescopios descubrieron el curso de los astros; los pintores chinos supieron dar vida con admirable fidelidad en sus cuadros a todos los movimientos del ala del pájaro que vuela. Tenían un finísimo espíritu de observación.

Presencia de ánimo, espíritu de observación y capacidad de decisión, no son solamente cualidades necesarias a los pilotos y a la tripulación de los submarinos, sino aun a todos cuantos van navegando por los mares de la vida.

Un juego muy propio para el desarrollo del espíritu observador consiste en colocar un gran montón de objetos, unos treinta o cuarenta, previamente, en desorden, sobre la mesa; las muchachas no pueden mirar más que un momento la mesa, y después, vueltas de espaldas, han de decir todo lo que hay en ella. Probad también vosotras a hacerlo. Habrá muchas que al principio no sabrán nombrar ni siquiera quince o veinte de los objetos.

Otro ejercicio muy bueno del espíritu observador es: después de haber presenciado

varias un mismo acontecimiento, contarlo una tras otra, inmediatamente después o un día más tarde. Todas las testigos oculares lo contarán de distinta manera.

Otro ejercicio: póngase en fila varias jóvenes, y la última diga una frase en voz baja al oído de su vecina, con la consigna «Dilo a la otra». Al llegar la frase al final de la fila, ¡qué cambio habrá sufrido! Así descubrirás cuán débil es la capacidad de observación del hombre. Es tan débil, que se engaña hasta en cosas pequeñas que ve diariamente.

Pregunta a una amiga:

—¿Has visto un reloj de pulsera?

—Claro está. Todos los días.

—Dibuja, pues, la esfera. ¿A que no sabes?

—¿Que no sé? ¡Hela aquí! —y empieza a dibujarla y comete dos faltas en este pequeño dibujo. Porque pondrá las cuatro de esta manera: IV, y, sin embargo, suele hacerse de esta otra: IIII, y marcará también las VI cuando su espacio suele estar ocupado en los relojes de bolsillo por la aguja de los segundos. Ya lo veis, pues. ¡Cuán poco podemos fiarnos de nuestro espíritu observador!

Ejercítate, por consiguiente, en la observación profunda. ¡Qué magníficos e interesantes descubrimientos pueden hacer las jóvenes, por ejemplo al observar la vida de los animales! Cómo la ardilla rompe la nuez, de qué modo comen el perro y el gato, el ganso, los polluelos; cómo destroza a su víctima el ave de rapiña; cómo se arrastran el caracol, la serpiente, el gusano, etc. ¡Cuántas veces habrás visto un caballo al paso, al trote, al galope, y apuesto que no sabrías explicar los diferentes mo-

vimientos de patas que hacen en las distintas marchas!

La que se queda boquiabierta al mirar algo, inútil es que vaya por el mundo entero: en vano tendrá dinero para hacer grandes viajes; de nada le servirán porque no sabe observar. Mira, pero no ve. En cambio, la que sabe observar con vista aguda, ésa requiere penetrar en el fondo de los acontecimientos, imaginar el reverso de la medalla.

¿Qué diremos del cuidado? ¿Puede concebirse una joven en cuyas manos se mueran los pajaritos de hambre y las flores de sed? Sin embargo, actualmente hay mujeres que no son capaces de cuidar ni una flor. Todo lo que exija constancia, desvelos, se descarta de su vida. ¡Es tan aburrido!

¿Cómo cuidarán esas manos, el día de mañana, un cuerpecito infantil, un enfermo, un hogar, si no son capaces de alimentar un canario, de cultivar una flor? Al momento se cansarán de todo y amargarán la vida a los demás.

La observación constante y el cuidado continuo son base de un porvenir feliz, no lo olvides, joven mía.

*XXVI.—El trabajo entusiasta

Medio de primer orden en la escuela de voluntad y del desarrollo del carácter es el trabajo, el deber diario cumplido con alegría, con celo.

El trabajo, en sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue tan sólo el cristianismo quien le tributó el honor debido, al enseñar que lo

que ennoblece al hombre es justamente el trabajo.

El cristianismo mostró a la Humanidad la gran fuerza que se esconde en el trabajo para desarrollar el carácter. El trabajo fortalece en gran manera la voluntad, porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. La que posee una voluntad bastante fuerte para trabajar con perseverancia, con concienzuda puntualidad, no encontrará gran dificultad en mostrarse fuerte al tener que refrenar las pasiones, cosa bastante difícil para una mujer holgazana que realiza su trabajo con negligencia y descuido.

El trabajo conserva la frescura y la salud del cuerpo; la inactividad, en cambio, consume y corroe sus fuerzas. El trabajo perseverante origina constancia, seriedad, paciencia. ¡Y cuidado que es difícil a una joven adquirir este triple adorno femenino!

¿La constancia? ¡Uf!..., ¡qué cosa más aburrida; siempre lo mismo, siempre igual! Te equivocas; no se trata de ver siempre el mismo panorama, el mismo mundo. No; lo que yo quiero indicarte es la perseverancia en todo lo bueno que te propones hacer; ésta, naturalmente, que no se consigue si no es trabajando siempre en algo.

¿La seriedad? «¡Por Dios, estar con cara de juez!» Tampoco es eso lo que yo quiero recomendarte. Se trata de que sepas sopesar el valor de tus decisiones, dándoles en tu vida el realce y el valor que merecen.

¿La paciencia? «Eso —dirás tú— queda para la gente vieja, cuya sangre corre con más lentitud...» Y para ti también, hija mía, si quieres ser dueña de ti misma y formar tu carácter. La paciencia ayuda a meditar y a tomar decisiones.

Acaso no comprendes, hija mía, cómo se vigoriza tu voluntad si cumples con puntualidad, con celo y en el tiempo debido la labor diaria que te impone el colegio. Trázate un plan minucioso para la tarde: si al llegar el tiempo de estudio se presentare cualquier otra ocupación para distraerte, por mucho que te seduzca el sofá para echarte, por muy interesante que sea el libro que has cogido, aunque te inviten tus amigas, no vaciles. Lo primero es el deber. Coge con alegría el libro. Aprende con alma y vida. El deber cumplido con entusiasmo tiene una gran fuerza educadora de la voluntad.

Pero tan sólo es el trabajo verdadero, serio, el que educa al alma y no el hábito de matar el tiempo. Tan sólo el trabajo, que es verdadero triunfo sobre nuestros caprichos, sobre nuestra inconstancia y comodidad. Sea, pues, principio tuyo el cumplir lo mejor posible todos tus deberes.

No sé si has visitado y admirado algunos templos y otros edificios medievales de una hermosura sin igual. ¿Sabéis qué es lo que más me impresiona al detenerme bajo las esbeltas bóvedas de la catedral de Colonia o ante las blancas estatuas marmóreas de los santos en la catedral de Milán? Me asalta este pensamiento: los antiguos pintores, arquitectos, escultores dieron lo mejor de su trabajo, reconcentraron todas sus fuerzas y las invirtieron en sus obras; ése es verdadero trabajo de formación de carácter. Y ¿hoy día? El trabajo de los hombres es ¡tan rápido, precipitado, superficial! Es un trabajo mercenario.

Sentirás profunda satisfacción si aprendes a trabajar con alma y vida; es decir, si haces con verdadero entusiasmo, con

todo el corazón, el trabajo más insignificante. Lo principal no es la importancia del trabajo que haces, sino la disposición con que lo realizas.

De seguro has oído hablar de Carlyle, historiador y filósofo inglés. Su esposa perdió en una ocasión la paciencia porque tuvo que estar toda la noche junto al horno y, a pesar de todo, el pan que preparaba para su marido no se tostaba bien. «¡Qué tenga yo que ocuparme en trabajo tan insignificante!» Mas en seguida tomó mejor consejo: «Pero Benvenuto Cellini, ¿no tuvo que velar toda la noche cuando estaba en el horno su famosa estatua de Perseo? Y ¿qué diferencia hay entre Cellini, que vigila su estatua en el horno, y la mujer, que tuesta pan para su marido?» Sí; hasta el tostar pan podemos hacerlo con toda el alma, y el hombre que más respeto se merece es el que cumple las cosas más pequeñas con la mayor conciencia. Lo que vale la pena hacer merece que se haga bien, y lo que no estás dispuesta a hacer a conciencia es preferible que ni siquiera lo empieces.

Un amigo fué a visitar a MIGUEL ANGEL y se quedó maravillado que todavía estuviese haciendo la misma obra.

—Su trabajo no adelanta nada —le dijo.

—¿Cómo que no? He corregido ya mucho: aquí he quitado algo, allí he perfeccionado una arruga; he dado más suavidad a esta línea, he procurado dar más expresión a aquella boca.

—Pero todas estas cosas son pequeñeces —proseguía maravillado el visitante.

—Sí, lo son —le contestó el maestro—. Pero las pequeñeces hacen lo perfecto, y la perfección no es pequeñez.

Cuando pasé por Milán subí al techo de la catedral, ese templo soberanamente hermoso. Toda la iglesia está construida de mármol blanco deslumbrante; hasta en el techo levántanse innumerables torrecitas de mármol y los nichos de las torres también están llenos de estatuas marmóreas de santos, a cual más hermosas. Mientras duraba la construcción dijo alguien al escultor, que estaba trabajando con gran celo: «Pero ¡tanto trabajo! ¡Desde abajo nadie verá las estatuas! ¿Para qué, entonces, tanta fatiga?»

—Desde abajo, nadie —contestó el artista—; pero lo ve Dios.

Dios ve mi trabajo y esto me basta. ¿Ves ya cuánta alma y vida puede haber en el trabajo que se hace de esta manera?

El deber cumplido con todas las veras del alma educa tu carácter; en cambio, el trabajo hecho de mala gana y superficialmente, lo deteriora.

El trabajo hecho sin entusiasmo, sin alma, refunfuñando, es peor que la completa inactividad, pues te engaña haciéndote creer que trabajas mucho.

De la misma materia en que el buen artista esculpe una estatua maravillosa, el chapucero no sabe sino moldear una caricatura. De la misma manera podemos ser heroínas del trabajo y, mediante él, pulir nuestro carácter, mientras que otras son sus esclavas y gimen con cara entristecida bajo su yugo.

Hemos nacido para el trabajo, y, ya que no hay más remedio que trabajar, por lo menos hemos de trabajar de buena gana. Echaremos de ver en seguida que así resulta fácil el trabajo.

«Bueno —dirás tú—; todo esto está muy

bien dicho, pero creo que no va conmigo. ¡Los hombres son los que han de trabajar!» ¡Te equivocas!, ¿de modo que, por ser mujer, mano sobre mano?...

¿Qué no estás obligada? ¿Dónde se ha escrito semejante afirmación? La joven ha de trabajar, ha de ocuparse en algo provechoso con vistas a su porvenir y al de los suyos y no desperdiciar su tiempo.

No ha de ser como aquellas mujeres que sólo saben *murmurar, andar, correr* de acá para allá y, cual objeto en venta, estar siempre en *exposición*... Así jamás llegarás a ser *joven de carácter.*

Quiero decirte, hija mía, que, seas rica o pobre, fea o guapa, has de trabajar, has de ocuparte en algo provechoso para ti y para la sociedad en que vives, que sólo así educarás tu voluntad y tu inteligencia. Si te esfuerzas en cualquiera que sea el trabajo emprendido, puedes coronarte con la gloria y la celebridad, como se cuenta de la joven Sabina, hija del arquitecto de la catedral de Estrasburgo.

Su padre había comenzado a esculpir la famosa columna de los ángeles, cuando le sorprendió la muerte. La joven, aunque había heredado el genio del gran arquitecto, no heredó sus fuerzas; mas propúsose concluir la columna, ayudada de diseños ya trazados. Frecuentemente la fatiga rendía sus manos débiles, que no estaban acostumbradas al martillo y al cincel. Entonces, para animarse, colgaba del andamio el retrato de su padre y lo miraba cariñosamente. De este modo logró concluir la columna. Las generaciones de artistas la dedicaron un recuerdo de gratitud.

Guardo para otra ocasión el hablarte de cuál ha de ser tu trabajo; ahora sólo quie-

ro grabar en tu alma luminosa esta idea: Tú, joven querida, también *has de trabajar*, porque el trabajo no es sólo patrimonio de los hombres.

XXVII.—El deber

¡Deber!

Palabra que tiene una fuerza mágica. El cumplimiento del deber exalta a individuos y pueblos, mientras que la negligencia en el trabajo los conduce a la bancarrota. Los pueblos que cumplen con su deber a conciencia resisten triunfantes el asalto a la Historia, mientras que los holgazanes corren a su propia perdición.

En una antigua iglesia hay una pintura interesante que representa diferentes estados de la vida. Allí está el Papa revestido con los ornamentos de gran solemnidad, y debajo se leen estas palabras: «Yo os enseño a todos.»

Allí está el Emperador, con corona en las sienes, con cetro en la mano, y debajo se lee la inscripción: «Yo os gobierno a todos.»

Allí está el general con la espada en la mano, y dice: «Yo os defiendo a todos.»

El labrador abre largo surco con el arado, y dice: «Yo os alimento a todos.»

En la parte inferior del cuadro se ve pintado el diablo, haciendo muecas de carcajada, y exclama: «Y yo os llevaré a todos si no cumplís vuestro deber.»

¡Qué profundo significado encierra este cuadro! Que en esta tierra seas reina o labriega, es indiferente; pero has de cumplir tu deber. La vida terrena es un gran drama, en que Dios distribuye a todos el papel

que han de desempeñar. No depende de ti el papel que has de recibir; pero sí está completamente en tu mano el modo como lo representes.

En el drama lo importante no es el papel que has de hacer, sino el cómo. La que tiene el papel de reina quizá sea acogida con silbas por no hacerlo bien; en cambio, se aplaudirá a una aprendiza de costura porque hizo con maestría lo que le tocaba hacer.

A cada paso tropiezo con jóvenes que preguntan: «¿Cuál será mi porvenir? ¡Es tan difícil la vida! ¿Casarme?...» ¡Quién sabe! Con todo, ello no supone la resolución de las dificultades de la vida, sino quizá aumentarlas con los hijos, el marido, la casa. Sin embargo, no te asustes ni preocupes, hija mía; lo principal es que seas una mujer hábil, dispuesta, preparada para las contingencias difíciles, diligente en aprender y, sobre todo, cumplidora concienzuda de tu deber: esta clase de mujeres es la que falta siempre en todos los sectores de la vida.

En el cumplimiento indefectible del deber se esconde una ingente fuerza educadora. Hacer todo cuanto nos exige nuestra posición, y hacer, sobre todo, lo que nos sea ingrato.

La vida sin trabajo es un cuadro sin marco. La mujer sin ocupación es como los trastos inútiles, que siempre estorban.

Durante la guerra de Marruecos el fuego de los moros alcanzó uno de los hospitales de sangre. Hubo que evacuar a los heridos; pero algunos estaban tan graves que no era posible meterlos en las ambulancias. Entonces se pensó en cambiarlos solamente a otros lugares de la casa de menos peligro.

Al saberlo la superiora del hospital, se presenta al director y reclama su puesto junto a los heridos: «Una Hija de la Caridad no puede dejar de cumplir con su deber, por grande que sea el peligro.»

Suenan las balas, tiemblan los tabiques; pero ella continúa sus menesteres. ¡Primero ellos...! Pasa por el patio y a sus pies cae una granada. No importa, ¡adelante!

¡Ahí tienes una heroína admirable en el cumplimiento del deber!

XXVIII.—«Hoy no estoy de buen humor»

El estudio y el éxito dependen, en primer lugar, de la voluntad y no del humor. Sin embargo, cuántas jóvenes se disculpan con que: «Hoy no puedo estudiar; no tengo humor adecuado; más vale no esforzarse si falta el humor...; mañana trabajaré el doble...»

No lo olvides: el trabajo diferido al día siguiente siempre resulta más difícil de lo que hubiese sido el día anterior.

El cumplimiento del deber no ha de depender nunca del humor. El deber diferido de hora en hora va adquiriendo cada vez más el aspecto de un fantasma, y su figura amenazante llega a envenenar todas tus alegrías. Quien tiene deudas, que pague cuanto antes.

Nunca olvides esta sencilla regla: *Antes el deber; después, las diversiones.* Muchas jóvenes se quejan de que «no tienen suerte»; que el profesor o la profesora «les tiene inquina»; que «nada les va bien», y, sin embargo, en la mayoría de los casos no se trata más que de un sólo defecto: en estas muchachas lo primero son las diversiones;

sigue después un gran paréntesis y allá muy atrás viene a trote cansado el deber.

Habrás oído hablar mil veces del centinela de Pompeya. Cuando en el año 79 sobrevino la erupción del Vesubio, y la lluvia de ceniza y lava hirviente inundó toda la región, y los hombres, enloquecidos, corrían, atropellándose sin piedad, para salvar la vida, hubo un soldado romano que, firme, quedó en su puesto, sin titubear. En medio de la terrible confusión del momento nadie se acordó de relevarlo. Su deber lo clavaba en aquel sitio; no se movía. Y la lava se iba aproximando. Y su fuego silbaba. Y su gas sulfuroso hacía imposible la respiración. Y todo aquel infierno encendido bramaba. Y el soldado quieto, sin moverse una línea..., y llegó a cubrirlo la lava. Las excavaciones modernas hallaron en esta postura al centinela. Y forman uno de los más valiosos tesoros del Museo Borbónico de Nápoles, el yelmo, la lanza y la coraza de este soldado, que, firme en su deber, se dejó sepultar por la lava ardiente para no manchar el honor del soldado romano.

Hija mía, a ti ciertamente no te aguardarán deberes militares; pero te espera el gran deber de la vida. Tienes deberes con Dios, con tus prójimos, con la Iglesia, con tu patria. Sí, aunque te parezca mentira. ¡Una mujer tiene deberes con la patria, porque no puede vivir al margen de la vida! ¡Sus manos, su inteligencia, su fortuna, su belleza, han de ser motivos de honra para su patria! ¡Cuántas, sin embargo, las utilizan para degradarla! Quizá te parezca algo dura la frase que voy a escribir; no obstante, es el único principio decoroso para una mujer de temple: *No*

estamos en esta tierra para ser felices, sino para cumplir nuestros deberes y todo cuanto Dios espera de nosotros. «Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre», hemos de repetir todos, porque es lo que dijo de sí mismo el Redentor del mundo (1).

Hay jóvenes que para estudiar esperan siempre que llegue «el buen humor». Y, sin embargo —como escribe HORACIO—, quien ha emprendido el trabajo, tiene ya hecha la mitad; mientras que quien siempre da largas al momento de comenzar un género de vida más justo hace como el labrador que, cruzadas las manos, espera que haya pasado la inundación; pero ésta no pasa, más bien una ola empuja la otra:

Dimidium facti, qui coepit, habet; sapere [aude,
incipe! Qui recte vivendi prorrogat horam,
rusticus expectat, dum defluat amnis; at [ille
labitur et labetur in omne volubilis ae- [vum (2).

Todo cuanto existe bajo la bóveda del cielo está sujeto a la voluntad divina. Las leyes de la Naturaleza obedecen sin excepción y con puntualidad a esta voluntad eterna: el astro recorre su camino; las lunas van rodando con precisión en torno de sus soles, no por propia decisión, sino por fuerza superior.

Tan sólo el hombre se mueve «de su propia voluntad» a seguir los preceptos de Dios. El Señor le dio libre albedrío y el hombre puede oponer esta libertad a la

(1) SAN JUAN, IV, 34.
(2) *Ep. ad Pis.*

voluntad de Dios: he aquí el pecado. Pero si no quiere vivir en las tinieblas, si no quiere perecer, ha de seguir las leyes de Dios, lo mismo que la hierba más diminuta o el gusano imperceptible.

En fin, hija mía, ten presente que «para las almas de buena voluntad no hay en la vida un minuto que no tenga su deber» (LEMAÎTRE).

Cumple tus deberes, aun los más insignificantes, con la mayor puntualidad, y así merecerás la alabanza más hermosa que nadie tributó a una humilde costurera: «En todas las puntadas que dio se hace patente su conciencia.»

NELSON, famoso almirante inglés, murió con estas palabras en la boca: «Gracias a Dios, he cumplido mi deber.» Magnífico consuelo que levanta el ánimo cuando toca a su término una vida pasada en continuo trabajo. Ojalá puedas decirlo un día de ti misma.

XXIX.—La que nació tarde

Por muy raro que parezca —quizá no llegues a creer lo que escribo—, la que no trabaja no puede ser feliz.

El trabajo es garantía de salud corporal. Si el cuchillo yace abandonado en un rincón, se enmohece; en cambio, si se usa, recobra el brillo. También la mujer holgazana llega a cubrirse de moho, mientras que los ojos de la mujer trabajadora brillan de alegría.

No sirve darle vueltas; es inmutable el destino del hombre; *ha de ganar su pan con el sudor de su frente* (1). Esto pregona

(1) *Génesis*, III, 19.

la voz de la Naturaleza con el hecho elocuente de que la vida de las gentes inactivas no suele ser larga; mientras que llegan a edades más avanzadas precisamente aquellas que trabajaron durante toda su vida.

El horror al trabajo es una enfermedad moderna: la ausencia de una voluntad fuerte también se muestra en este terreno. Porque para el trabajo se necesita abnegación, dominio propio; en una palabra: *fuerza de voluntad*. Nadie es trabajador por naturaleza. Como la ley de la gravedad atrae la materia hacia abajo, de la misma manera nos lleva a la pereza la naturaleza humana, dada al regalo. Pero la que sabe vencerla con noble empuje, llegará a disfrutar más tarde de las benditas alegrías del trabajo.

El secreto del éxito es: *trabajar siempre con entusiasmo*. Hay muchachas que se preparan durante algunas horas para estudiar, para la costura; después media hora sólo estudian o cosen.

«Pero... ¡Si no sale de dentro el trabajar! ¡Si es tan antipática la lección! ¡Tan aburrida la costura!» Lo mismo da. Una fuerza de voluntad enérgica y varonil te ayudará a vencer también este obstáculo. Y la cuestión es lanzarse de una vez al trabajo. Verás que, a pesar de los desalientos anteriores, tendrás éxito. Naturalmente, la que empieza bostezando media hora: la que antes de comenzar se despereza y va perdiendo el tiempo, ya se dispone de antemano al mal humor.

Has de tener orden en el trabajo. *Serva ordinem et ordo te servabit* —decían los antiguos—. «Guarda el orden y el orden te guardará.» El deber cumplido con orden

tiene doble valor; en cambio, el trabajo capricho, desordenado, mal encaminado, es sencillamente perder el tiempo. El desmenuzar los quehaceres equivale, en resumidas cuentas, a la inactividad.

Cuando una mujer vale algo espiritualmente, su primera ocupación es trazarse un plan de vida y de trabajo. De esta manera consigue que el tiempo cunda y nada quede sin hacer.

Las grandes figuras femeninas no vivieron a la ventura, sin un plan de vida; al contrario, ordenaron sus actividades inteligentemente.

Santa Teresa de Jesús tiene una anécdota graciosa sobre este ordenar la vida. Se cuenta que cierto día la Santa había preparado todo un arsenal de cilicios y penitencias; mas ocurrió que tuvo fiebre y no pudo hacer nada.

Teresa se queja amorosamente al Maestro, diciéndole que debiera haberla puesto enferma después de haber cumplido su plan de penitencias. Jesús le responde: «Serás santa a mi manera, no a la tuya.»

Trázate tú también, por lo menos a grandes rasgos, un plan para el día siguiente.

Y síguelo con firmeza. Por ejemplo, a la una salgo de clase y vuelvo a casa; comida, descanso hasta las dos y media; lecciones hasta las cinco; juego, diversiones hasta las seis; música hasta las siete; estudio de idiomas, cena, lectura, a las nueve de la noche; rezos, acostarse.

Y cuando toca estudiar, entonces a ello. Pero de veras. Sin remisión. Firmemente..., por más que oigas una voz que te susurre al oído: tendrás bastante tiempo hasta la mañana siguiente, y por mucho que el sol te invite con su espléndida luz a salir. No

te dejes ablandar. Ahora lo principal es el deber. Verás cuánto más te cunde el tiempo distribuyéndolo bien que si procedes sin orden en el trabajo. Y ¡cuán corta es la vida y cuántas cosas se pueden aprender!: Por tanto, distribuye con cuidado este tiempo, harto breve. Tiene razón el dicho inglés: «Quien se acuesta temprano y madruga, será sano, rico y sabio.»

Early to bed and early arise,
makes the man healthy, wealthy, and wise.

Hay quienes sistemáticamente llegan tarde a todas partes. Ni por casualidad pueden ser puntuales. Esto es hoy moneda corriente entre las muchachas. ¡Llegar puntualmente al lugar donde se las espera o donde estudian es punto menos que imposible! Cuando se protesta por su tardanza, contestan con un mohín coquetón: «¡Es que no sé cómo se me va el tiempo! ¡No creí que era tan tarde! ¡Total, me retrasé treinta minutos; eso no tiene importancia!»

¡Ya lo creo que la tiene! Todos sus quehaceres le saldrán mal y le faltará siempre tiempo para todo.

Cuando lleguen a mujeres no servirán para nada, teniendo una infinidad de disgustos por sus continuos retrasos. ¿Y qué será de ella si llega tarde al cielo? ¡Sólo por cinco minutos!

*XXX.—«El reloj iba atrasado»

—¡Por Dios, mujer, date prisa, que vamos a llegar tarde!

—¡No te apures, si todavía hay tiempo!

Marisa, al fin, se levanta de la cama, y

en una hora intenta asearse, hacer la maleta y llegar a la estación. En efecto, mete a toda prisa y de cualquier manera las prendas de vestir en el saco de viaje; ingiere, sin gustarlo, el desayuno, y, finalmente, llevando a todo el mundo de cabeza, llega a la estación e intenta tomar el tren, que en aquellos momentos arranca.

—¡Qué rabia! ¡He llegado tarde! Tú tienes la culpa por no haberme llamado a tiempo —dice a la sirvienta.

—¡Pero, señorita, si la llamé! ¡Es que usted no me hizo caso...!

Tras una reprimenda desatinada a la sirvienta, llega la joven a su casa fuera de quicio, malhumorada: «¡Yo que pensaba llegar mañana!»

Pero, en verdad, no tiene derecho a reñir a nadie; ella sola es la culpable, por falta de puntualidad.

¡Cuántos disgustos te evitarás si adquieres la costumbre de dar a cada cosa el tiempo necesario!

Sospecho que esta viajera atrasada solía levantarse en sus años colegiales cinco minutos antes de las ocho, y nunca llegó con puntualidad al colegio. Y esta primera falta de puntualidad fue la semilla de que brotó después su despreocupación y superficialidad.

Y propiamente, ¿qué es la puntualidad? Una cosa muy sencilla. «Suspender un trabajo cuando se acaba su tiempo y emprender otro cuando llega su turno.» Quien cumple esta regla sencilla desempeñará bien cualquier cometido y lo hará todo a tiempo.

La puntualidad empieza muy de mañana. Suena la hora de levantarse; por ejemplo, a las seis de la mañana. Hacerse cargo

en el mismo instante de que «pasó ya el tiempo de descanso» y saltar heroicamente de la cama. Si lo haces, nunca tendrás que lamentarte; no tuve tiempo para los rezos de la mañana. Le falta tiempo sólo a aquella que, aun después de despertarse, está dando vueltas en la cama durante un cuarto de hora, como la puerta en su quicio.

Llega el tiempo de estudio. ¡Qué tesoro representa el ser puntual también ahora y poner manos a la obra en seguida; no después de una preparación de media hora; no después de pensarlo precisamente y repasar los rizos del peinado; lo empiezo, no lo empiezo; estudio, no estudio...!

Toda estudiante puntual no olvidará el cuaderno y los libros al salir para la clase; al volver a casa no los dejará por los rincones del cuarto, y así no tendrá que recurrir a la excusa: «No sé dónde los he metido.» La muchacha puntual y ordenada merece confianza, porque dio pruebas de tener un carácter firme.

Ser puntual. ¿Ves qué palabras más sencillas?, y, sin embargo, significan un medio importantísimo para la educación del carácter. Cumplir el deber cada día, si es preciso cien y cien veces al día, todas las veces que así lo exijan nuestras obligaciones; ser concienzuda hasta en las cosas pequeñas, trabajar con ahínco aun cuando nadie lo ve... Decidme si conocéis un medio más eficaz para lograr la grandeza moral y la madurez de una mujer completa.

No en vano dice el refrán: «La puntualidad es la cortesía de los reyes»; se necesita de veras gesto de rey, grandeza, valentía, constancia heroica para dominar los obstáculos y no excusarse ni esquivar jamás la voz sagrada del deber. Los grandes

deberes de la vida sólo podemos confiarlos a quien sabe ser puntual, siempre, en todo.

La joven puntual sabrá aumentar el dinero de tal manera que tendrá más, aunque reciba menos. ¿Y cuál es la explicación de este secreto? La mujer puntual sólo gastará el dinero en cosas absolutamente necesarias; mientras que las demás compran cuanto les llama la atención en el primer escaparate que encuentran.

Será siempre puntual la que sabe apreciar el tiempo. La que no se hace esperar da pruebas de tener en su justa estima el tiempo propio como el de los demás. En cambio, la que sólo es desordenada al principio y no sabe ser puntual, poco a poco llega a perder la confianza de los demás, porque no cumple su palabra; la que no emplea con escrupulosidad su tiempo nos hace sospechar que tampoco debe ser muy escrupulosa en sus quehaceres.

La que no sabe ser puntual no merece gran crédito cuando promete algo, y os advierto que la joven que no es puntual y no guarda su palabra hace tanto daño a la sociedad como el anarquista y el revolucionario. En cambio, la joven puntual da pruebas de fuerza de voluntad, de carácter; y por esto es acreedora a la confianza. ¿Sabes cuál es uno de los elementos esenciales del carácter? Cumplir firmemente todo aquello a que has dicho sí. Si te parece contestar *no*, entonces sé valiente para decirlo con sinceridad y abiertamente.

«Señor profesor o señora profesora, el reloj iba atrasado», suelen decir para excusarse las estudiantes, las colegialas que llegan tarde. Sin embargo, si supiesen hablar con sinceridad, dirían: «Señor profe-

sor, llego tarde porque he sido desordenada y negligente.»

«¿El reloj iba atrasado?» ¿Sabes qué contestó WASHINGTON a un empleado que alegó la misma excusa al llegar tarde? «Entonces no hay remedio; o usted ha de comprarse otro reloj o yo he de buscar otro empleado.»

Mucha verdad encierran las palabras de NELSON, el célebre almirante: «Debo todos mis éxitos a haber acabado todo un cuarto de hora antes del tiempo fijado.»

Acostúmbrate a pensar que no porque hayas nacido mujer estás exenta del orden y de la puntualidad. El día de mañana habrás de ordenar un hogar, criar unos hijos o quizá trabajar en el seno de alguna Congregación religiosa. ¡Harás desgraciados a todos con tu falta de puntualidad!

Todo irá manga por hombro, porque para ti no tiene importancia el retraso. Y no digamos la serie de disgustos domésticos originados, las riñas, los entuertos e incomodidades y hasta los fracasos sociales...

*XXXI.—La estudiante pobre

Conmovido contemplo muchas veces aquella lucha titánica que han de sostener algunas jóvenes para poder seguir sus estudios. Sus pobres padres viven en un pueblo y apenas pueden ayudar a la hija, que vive en estrechez y penuria. La muchacha estudia con ejemplar diligencia; se levanta temprano para hacer sus temas, da lecciones de repaso, ni siquiera se desayuna, come todos los días invitada por una familia caritativa, lleva un traje remendadito, tiene un cuarto frío en el invierno. A su

lado está en la clase la estudiante elegante, perfumada; tiene un abrigo de pieles, y cuando saca con importancia su desayuno —un panecillo con jamón—, los ojos de mi pobre estudiante se enturbian muchas veces de lágrimas: «¡Dios mío!» ¡Si yo no tuviera que luchar tanto!...

Si tú, amada hija, fueras acaso una de estas estudiantes pobres, quisiera consolarte y decirte que no te dé rubor la pobreza; quisiera hacerte comprender *que los años de juventud pasados en medio de continuas dificultades tienen gran valor educativo.*

Tu compañera rica, que vive en gran opulencia, pierde el tiempo muchas veces en procurarse comodidades, diversiones y distracciones o —en el caso mejor— en deportes exagerados.

Para la joven rica tener que ir a la escuela no es quizá sino un estorbo de sus distracciones; mientras que para la pobre el estudio es refrigerio, gozo, consuelo, esperanza de un porvenir más rosado.

Conozco a muchas jóvenes a quienes les falta el concepto serio de la vida y el adecuado entusiasmo para el trabajo, debido precisamente al exceso de bienestar. Rodeadas de amigas del mismo jaez, gastan el tiempo en continuas diversiones, paseos, bailes, tés..., y flirtean con los muchachos. Concedo que la gran pobreza causa muchas horas amargas y rompe las alas a muchos talentos; pero no es menos cierto que perecieron más talentos y caracteres por causa de un bienestar excesivo.

La joven opulenta casi no puede proponerse un fin para su trabajo, mientras que para la pobre el mundo es como una gran tienda, en que podemos comprar cuanto queramos mientras paguemos con trabajo

los objetos apetecidos. Si después, merced a sus esfuerzos, llega a crearse, cuando sea ya mujer, una posición desahogada, verá entonces cuánto debe a las privaciones de su juventud.

La joven acomodada, aunque tenga un alma magnánima, lo que alcanza con sus estudios es tan sólo un título; pero la estudiante pobre, gracias a los años difíciles de la juventud, que pasó tiritando de frío y padeciendo hambre, llega a adquirir, precisamente por estos sufrimientos, confianza en su propio valer, presencia de espíritu, decisión de carácter. ¿Quién lo duda? Muchos talentos perecen en la miseria; pero aún es mayor el número de aquellos que se pierden en la blanda comodidad de las riquezas.

«Por el dinero del trabajo los dioses lo venden todo», dice un antiguo proverbio griego.

Sofía Germain sólo contaba catorce años de edad cuando decidió estudiar matemáticas.

Su familia no veía con gusto tal vocación. Para que Sofía no estudiase en la noche quitábanle la luz y los vestidos.

Mas, a pesar de tan violenta oposición, la joven se levantaba, envolvíase en las mantas de la cama y, alumbrada por una lamparilla, proseguía con ardor su trabajo.

Al fin, la familia la deja en libertad para sus estudios matemáticos. Y fueron éstos tan notables, que merecieron varios premios de la Academia de Ciencias. Hoy se la menciona entre los primeros matemáticos del siglo XIX.

Teresa Mariani, hija de modestos cómicos, debutó muy jovencita en el teatro, interpretando admirablemente su papel; pe-

ro era tal la necesidad en que se hallaba su familia, que hubo de trabajar de modista para allegar recursos, dedicándose tan sólo los domingos al arte dramático en teatros de escasa importancia.

Su constancia y trabajo lograron éxito, y a los dieciséis años triunfó como actriz dramática, llegando la fama de su arte a Europa y América.

Berta Marx Goldschmidt, la gran pianista, a los cinco años había tomado parte en funciones musicales. Tras fatigosos trabajos y penurias logró hacerse conocer en Europa y América, conquistando los laureles del triunfo junto al gran violinista español Sarasate, a quien acompañó en sus conciertos.

Y aún podría seguir citando ejemplos semejantes que alientan o infunden confianza.

**XXXII.—Muchachas humildes. Mujeres ilustres

El gran poeta Juan de Mena, en una de sus famosas octavas, menciona la figura de María Coronel, mujer valerosa que por no sufrir la ausencia de su marido quiso más bien perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos.

El Padre Mariana dice de ella que «era digna de mejor siglo y digna de loa por el deseo invencible de castidad».

Agustina de Zaragoza, nacida a fines del siglo xviii, no lejos de su marido, en el Portillo de San Agustín, suple al único artillero que, destrozado por una bala enemiga, ha caído con la mecha en la mano. Agustina la coge, prende fuego al cañón y siembra la muerte en las huestes francesas. La

batería continúa vomitando metralla hasta que son vencidos los enemigos.

El glorioso esfuerzo de esta española lo premia la Patria con la concesión del grado de oficial del Ejército y el escudo de defensora de la Patria.

La noble ciudad de La Coruña se salva del poder inglés por la intervención de una mujer, MARÍA PITA, que, despreciando la muerte, se arrojó sobre el soldado que llevaba la enseña inglesa y lo derribó de un golpe. Esta hazaña decidió el combate en favor de los españoles.

Felipe II le concedió el grado y sueldo de alférez durante su vida.

MARÍA DE ESTRADA, esposa del soldado Pedro Farfán, al mando de Hernán Cortés, en la conquista de la Nueva España, pelea al lado de su marido como el soldado más valeroso y diestro en el arte militar.

También Portugal cuenta entre sus mujeres célebres a MARÍA, la heroína que en la India portuguesa fuerza los reductos enemigos y siembra en ellos el terror y la muerte, logrando que los indios de Beljapur, reino oriental, abandonen la isla de Goa. Esta mujer fue premiada con la paga y el grado de capitán.

Mas no sólo mujeres sin fortuna se hicieron célebres en el campo de la lucha, sino también en el de las letras y las artes.

En el siglo XVI brilla OLIVA SABUCO DE NANTES, a la que tributa el Padre Feijoo un justo elogio, pues llegó a poseer extensos conocimientos de física, medicina, moral y política.

Doña BEATRIZ DE GALINDO, «la Latina», cuya cuna dispútanse Madrid y Salamanca, a los ocho o diez años era tan aficionada a las letras, que gustaba más de leer libros

que de jugar. A los dieciséis años eran notables sus conocimientos de latín. Verdadero prodigio de instrucción y talento, mereció que la reina Católica la nombrase su maestra de lengua y literatura latinas.

CECILIA MONILLAS, docta en lengua latina, griega, italiana y francesa, en filosofía y teología escolásticas, para defenderse económicamente abrió cátedra pública, y fue tal la fama de sus discípulos, que Felipe II quiso confiarle la educación de sus hijas, cargo que renunció por dedicarse a sus hijos y al estudio.

JUANA MORELLA, hija de Barcelona, por acusaciones infundadas contra su padre, tuvo que salir de su Patria, refugiándose en Lyon, donde comenzó sus estudios de filosofía y lingüística. Poseía catorce idiomas y también vastos conocimientos de teología, jurisprudencia y música. Cansada de la gloria del mundo, se hizo dominica en Santa Práxedes de Aviñon, donde murió.

¡Ya ves qué ejemplos más alentadores y notables te demuestran que el verdadero talento, el valor y la diligencia se levantan por encima, no sólo de la fortuna, sino de la belleza, y «se abren camino y tocan el cielo»!

ISABEL SÁNCHEZ COELLO, hija del pintor de este nombre, es uno de los mejores ornatos de la corte de Felipe III por el mérito en los retratos, con los cuales se proporcionaba medios de vida.

ISABEL DE CÓRDOBA sobresale en el conocimiento de los idiomas latino, griego y hebreo. Sus estudios le alcanzaron el título de doctor en Filosofía, del que hace uso para su vida económica.

A Toledo le cabe la honra de haber visto nacer, de una familia estudiosa, pero no

rica, a LUISA SIGEA, cuyos adelantos lingüísticos fueron tan maravillosos, que merecieron elogios de la corte de Roma. Escribió al Pontífice Paulo III en latín, griego, hebreo, árabe y siriaco, y fue tal su talento, que la infanta María de Portugal la eligió para amiga suya. Su mérito le alcanzó el renombre de «Minerva española».

No menos notable fue su hermana ANGELA, que sobresalió en el divino arte de la música.

Sor JUANA DE LA CRUZ, hija de Méjico, y llamada la «Décima Musa», era de familia decente, pero sin grandes recursos. Estudió lenguas clásicas y filosofía, siéndole familiares los mejores poetas de la antigüedad y de su época, sobresaliendo particularmente en la composición de *sonetos y sextillas.*

¿Deseas más ejemplos aún?

LUISA ROLDÁN, sevillana, ayudaba a su padre, escultor de mérito, en las obras de mayor importancia. viviendo ambos, padre e hija, del producto de ellas.

MARÍA ZAYAS, celebrada por Lope de Vega, es una de las damas más eruditas del siglo XVII.

MARÍA PRIETO fue notable grabadora madrileña, adquiriendo sus obras tanto mérito como las de su padre, Tomás Francisco. Su arte le proporcionó un poderoso medio de vida.

RITA PRIETO, hija de artistas de teatro, debutó a los diez años en un teatro provisional, y más tarde llegó, con su estudio y tesón, al puesto de primera dama en las principales compañías de su tiempo.

Era tan distinguida y fina, que un escritor la llamó «princesa rodeada de comediantes».

A los treinta y seis años se retiró, para entregarse a la vida piadosa, renunciando a su gloriosa carrera.

¿Cuál era el secreto de estas mujeres grandes? ¿Su talento? Acaso. Pero antes que todo su voluntad férrea, su perseverancia, su diligencia, y, además..., sabían aprovechar bien el tiempo.

XXXIII.—¿Cuánto vale el tiempo?

Los ingleses tienen un refrán cortito, que ya se difundió por todo el mundo: *times is money,* «el tiempo es oro». Pero así sólo no es perfecta la frase. El tiempo es más que el dinero; el tiempo es el paño del que nos hacemos el traje para la vida. Por lo tanto, quien desea lograr algo en la vida, por muy poco que sea, ha de saber dar justo valor al tiempo.

El tiempo, en el curso febril de nuestros días, adquiere cada vez más importancia, y sólo en los pueblos pequeños es posible que comprador y comerciante, cliente y empleado, antes de arreglar sus asuntos, se den el lujo de hablar de tiempo, de las cosechas, de la lluvia y de preguntas recíprocamente por la salud «de su estimada familia».

En los bazares de países orientales es costumbre todavía que el tendero, sólo para engañar al comprador, hable tanto, ofrezca machaconamente sus mercancías, haga inclinaciones de cabeza y juramentos: «me cuesta más a mí», «no puedo darlo más barato», y así, sucesivamente, tanto, que durante el mismo tiempo se podrían concretar diez contratos comerciales en forma legal.

Pero en los pueblos de gran adelanto económico no hablan mucho ni el comerciante, ni el comprador, ni el cliente, ni el empleado; aún más, con frecuencia se pueden ver colgados de las paredes de las oficinas de Inglaterra y de América carteles así redactados para indicar a los que vienen con ganas de charlar que acaben más pronto: *When you habe done your business, please trot;* «se suplica que una vez terminado el negocio, sigan su camino».

O también: *We know all about the weather;* «respecto al tiempo, tenemos todas las informaciones necesarias».

Y: *We have read all papers;* «sabemos de memoria todas las noticias de los periódicos».

Cuando me detengo en las grandes bibliotecas ante las largas hileras formadas por las obras de un San Agustín, de un San Buenaventura, de un Santo Tomás de Aquino..., me pongo a pensar: ¿Cómo les bastaba el tiempo para escribir tantos libros, cuando algunos de ellos murieron relativamente jóvenes y tuvieron múltiples quehaceres a más de escribir?

Me detengo, por ejemplo, ante los libros de Santo Tomás de Aquino; treinta y cuatro grandes volúmenes en folio. ¿Cómo pudo escribir tanto un hombre que en total vivió cincuenta y dos años y, además, enseñó y predicó mucho? Y hay que tener en cuenta que su producción literaria no consta de novelas, sino que trató de las cuestiones más difíciles de Filosofía y Teología?

¿Cómo tuvieron tanto tiempo? Sencillamente, no perdían ni un momento de su vida. El que quiera crear algo grande ha de reconcentrar sus fuerzas hasta en las cosas pequeñas.

Un secreto tenían estas personas: sabían aprovechar bien el tiempo. La hora se compone de minutos y quien salva minutos, salva horas y días enteros. *Tempus omnia fert, sed et aufert omnia tempus;* «el tiempo todo lo trae, pero también todo se lo lleva».

Aprovechar bien todos los minutos, ¡qué ciencia! Tenía razón aquel monje antiguo que puso esta amonestadora inscripción sobre el reloj de arena del claustro de Hamersleben:

Praeteritum effluxit, nondum venere fu-
[tura;
praesens in puncto vertitur, illud habe;
punctum illud praesentis habes, recte ute-
[re; merces
virtuti, vitio poena superstes erit.

«Desapareció el pasado, no llegó aún el
[futuro;
ahora cae el presente, tenlo;
tienes a la mano el presente, úsalo bien;
quedará para la virtud, premio; castigo
[para el vicio.»

Y puedes observar lo contrario: justamente las que nada tienen que hacer suelen ser las que «no tienen tiempo» para el trabajo. La estudiante perezosa difiere sus deberes para el último día, y aún más, para el último minuto de este día, y escribe por la noche el tema que ha de presentar al día siguiente.

Fíjate: ¿quiénes son las que más trabajan por el bien común, por la humanidad; quiénes las que realizan las mejores obras de caridad? ¿Quizá aquellas que gozan de situación desahogada? Regularmente, no;

sino precisamente aquellas que saben lo que es trabajar desde la mañana hasta la noche. Realmente, el tiempo tiene un valor inmenso.

*XXXIV.—Veinte minutos = 12 millones de dólares

¿Quieres saber cuánto vale efectivamente el tiempo? Pues bien: veinte minutos valen 12.000.000 de dólares. Pero ¿cómo es esto? Entre Nueva York y Búffalo el tren, al principio, daba la vuelta a un valle profundo, el valle Tuckannock. Más tarde los americanos construyeron sobre el precipicio un viaducto que les costó 12.000.000 de dólares, pero así el recorrido del tren dura veinte minutos menos. Por veinte minutos dieron, pues, 12.000.000 de dólares.

Encierra gran verdad la frase, aunque lo diga Mefistófeles en el *Fausto*: «Aprovechar el tiempo, que vuela tan aprisa; el orden os enseña a ganar tiempo.»

Tiene especial importancia aprovechar bien el tiempo de la juventud para trabajar, para estudiar, para prepararnos a la lucha económica: esta edad es la época en que se acumulan el capital espiritual y la ciencia; es la preparación de la vida. Más tarde habrás de vivir del tesoro espiritual que hayas formado en tus mocedades.

Las sociedades de seguros de vida, mediante una pequeña cantidad que se paga anualmente, se comprometen a hacer un seguro para la vejez de los jóvenes que aún no han cumplido veinte años; es que saben muy bien que el capital, aun modesto, formado en la juventud, llega a dar grandes intereses durante el curso de la vida.

La misma regla rige para el capital espiritual que formamos en la juventud. La que aprende, por ejemplo, a los cuarenta años de edad el alemán o el inglés, lo aprovechará, según los cálculos humanos, unos veinte años; en cambio, la que lo aprendió a los veinte años disfrutará de su saber durante cuarenta años; por lo tanto, no sólo lo aprovechará durante el doble de tiempo, sino precisamente, cuando se trate de su porvenir, tendrá abiertas muchas más posibilidades para crearse una posición en la vida. Hija mía, depende de ti el capital que formes para ti misma. Todo saber, adquirido en la juventud, es un capital excelente que dará abundantes intereses en el curso de la vida.

Quizá en tu extremada juventud no te des cuenta de lo que vale el tiempo; sin embargo, más tarde, cuando las circunstancias de la vida se compliquen y hayas de asumir una responsabilidad social y familiar, sólo el tiempo que hayas aprovechado en adquirir conocimientos será el que te suministre elementos para la lucha. ¡Qué hermoso modelo de mujer es aquella que contra las dificultades económicas de su hogar o del hogar de sus padres puede aportar su trabajo! Sí, un trabajo adecuado a su sexo y condición social y fruto de años juveniles gastados en prepararse bien para el futuro...

La economía del mismo organismo humano lo exige también. Más tarde, en edad más avanzada, no hacemos gimnasia como en nuestra juventud; el organismo desarrollado no la necesita ya.

Tampoco podemos aprender ya más tarde, como en la juventud, en la edad del vigor espiritual. La que no ha podido termi-

nar sus estudios a los veinticuatro o veinticinco años de edad, es muy probable que ya no los termine nunca; la capacidad de aprender baja sensiblemente alrededor de los veinticinco años, después la mente quiere producir más bien que recibir. Por lo tanto, lo que no hayamos aprendido antes de los veinticinco años con conciencia y perfección, más tarde costará mucho aprenderlo bien.

No es necesario subrayar que no intento que nadie se ponga enfermo de tanto trabajar. Sí; necesitamos también el descanso, el reposo; pero hagamos también esto a su debido tiempo.

No quieras mezclar trabajo y diversiones, porque sería en detrimento de ambos. Sea tu consigna: al trabajar, trabaja con todas las veras de tu alma; al descansar, ríete con toda el alma y disfruta de las alegrías puras de la vida; no has de pensar siquiera en el trabajo. Pero nunca has de pasar el tiempo, tan valioso, con sueños vanos, sin hacer nada. Y no creas tú que eres la única mujer que trabaja y que te denigras; voy a citarte a ciertas mujeres a quienes el trabajo hizo célebres.

¿Conoces el caso de Carolina Herschel? Fue el auxiliar más fiel e inteligente que tuvo el gran astrónomo de este nombre. Ella pulía las lentes, anotaba las observaciones hechas con el telescopio y llegó a descubrir, por sí sola, hasta ocho planetas.

Mistress Somerville mereció que Laplace dijese de ella que era una de las cinco personas de Europa que podía comprender a fondo su *Mecánica celeste*. ¡Cuán culta e impuesta estaría en problemas astronómicos!

Francisca Nebrija sustituía con éxito a su padre en las clases.

Y así podría llenar páginas enteras con nombres de mujeres que abrillantaron su apellido con el trabajo.

Hija mía, te repito, que no pueda decirse de ti, con sorna, lo que se dice de muchas mujeres: «¡Cuán necia y vanamente pierde el tiempo!»

Cuenta la leyenda que con el tiempo que se pierde hace el diablo un ovillo y luego te ata con él pies y manos para llevarte al infierno...

XXXV.—«Transeunt et imputantur»

Gustaban los antiguos de escribir sabias sentencias en los grandes relojes para recordar cómo vuela el tiempo. En una leemos esta inscripción: *Transeunt et imputantur;* su significado viene a ser algo así: vuela un minuto detrás de otro, pero has de rendir cuenta de cada uno de ellos. ¿No ves que las horas fugitivas, los minutos que corren con pie veloz, van huyendo sin contarlos? ¿No sientes su soplo en el rostro?

Transeunt et imputantur. No estaría por demás que tomasen nota de esta sentencia muchas jóvenes. Porque las hay que llegan a hacer un verdadero arte de la inactividad y no saben que, precisamente, en la juventud apremia más el trabajo, porque en esta edad se ha de hacer la siega para toda la vida.

Hay una época en la vida de la joven en que fácilmente se torna soñadora. Recita poesías a la luna, teje de continuo la novela de su porvenir, su fantasía le pinta escenas llenas de color, y, con todo, abandona

el trabajo. Claro está que para el trabajo se necesitaría más fuerza de voluntad que para las novelas esbozadas por la fantasía. Estas jóvenes van pensando semanas y semanas en el tema de alguna de sus novelas, la manera cómo ellas la acabarían; en voz baja dirigen palabras de ternura a sus héroes, y mientras tanto vuela el tiempo. «El soñar es la ruina de la vida» (VÖRÖSMARTY).

No nos sorprende que cueste a estas muchachas bajar del mundo sentimental al círculo prosaico y serio del trabajo y del cumplimiento del deber. Y si se ven obligadas a trabajar, o hacen de mala gana y sin entusiasmo. El aviso se dirige, pues, de una manera especial a éstas: *Transeunt et imputantur.*

XXXVI.—Cuando el pasado se trueca en presente

¿Por qué no has de derrochar el tiempo en inactividad o diversiones infructuosas? Porque el tiempo y tu vida terrena no son tuyos. Sólo los has recibido prestados y un día habrás de rendir cuenta de ellos.

¿Cuándo? No lo sabes. Lo que sabes es que la muerte puede llegar en cualquier momento; entonces Dios sacará tu gran libro de cuentas y el breve minuto que ha sido tu paso por la vida se trocará de nuevo en presente; por lo tanto, prepárate a rendir cuentas en cualquier instante. De cuando en cuando debes pensar en este gran día de la cuenta. «¡Aún está tan lejos!», dices. Y ¿está aún lejos? ¿Quién lo sabe? La anciana tiene que morir, pero la joven *puede* morir. He visto morir mucha-

chas de doce, quince, dieciocho, veinte años.

Se me ocurre un pensamiento interesante. Si un médico sabio te auscultara, te examinase parte por parte y después pronunciara la sentencia de que sólo te quedaban ocho días de vida, dime, ¿qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar aún muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos? ¿Quitar muchos defectos de tu alma? ¿Lavar muchos pecados?

Creo que no encontraríamos a nadie, quien quiera que fuera, que no aprovechara mejor estos ocho días que cualquiera otra semana de toda su vida anterior. Y, sin embargo, la experiencia da demasiada razón al proverbio alemán: *Heute rot, morgen tot;* «hoy todavía las rosas de la vida; mañana, la muerte».

Lee cómo MIGUEL ANGEL, artista célebre del siglo XVI —que creó obras maestras de una belleza insuperable—, se quejaba, en su edad ya avanzada, del tiempo que había perdido:

«¡*Ay, ay de mí!* ¡*Cómo me engañaron*
los días fugaces! *Y el espejo*
dice la verdad, sin ambages,
a quien le mira en la cara.

A quien siempre titubea y queda indeciso
le sucederá lo que a mí;
me pasó el tiempo sin notarlo
y en breve me veré lleno de canas.

El pesar ya es infructuoso; fracasa
la buena intención y el consejo: pisando
[*mis talones viene la muerte.*
En vano me torturo como si fuese mi propio
y vierto lágrimas; [*enemigo*
no hay mal peor que el tiempo perdido.»

Vulnerant omnes, ultima necat, «todas las horas te hieren, la última te mata», leemos en un reloj antiguo. Medita cuán breve es en realidad la vida humana. Generalmente suelen contarse treinta años para una generación. Una gotita en el gran océano del tiempo. Una cuarta parte de los niños mueren antes de los siete años; la mitad no alcanza los diecisiete; entre 10 hombres uno cumple los setenta y de cada 500 uno los ochenta. Diariamente mueren en el mundo, prescindiendo de la guerra, unos 150.000, poco más o menos; lo que significa una mortalidad media de 6.250 hombres por hora y de unos 100 por minuto. Medita con seriedad: a cada momento, de día y de noche, mueren 100 hombres. Así verás cuán corta es la vida. ¿Te es lícito, pues, pasarla en un *dolce far niente*?

Aprovecha el tiempo cuanto puedas. ¡Con qué triste acento vibran las palabras del sabio SÉNECA!: «Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal, una gran parte no haciendo nada y toda la vida en no hacer lo que deberían.» Vivirá sabiamente quien medita que la vida es una continua agonía. ¡Qué serio pensamiento! En vano harías retroceder la manecilla que señala el tiempo; también le da cuerda al reloj la muerte, pero con más fuerza..., y vuela..., vuela sin cesar el tiempo de veloces alas. Lo que hemos vivido hasta el momento presente de nuestra vida ya pertenece a la muerte. ¿Cuántos años tienes, hija mía? ¿Dieciséis? ¿Ves? Ya has dado dieciséis años a la muerte. Y ¿cuántos te quedan todavía? ¿Quién podrá decirlo sino el Omnipotente? Por lo tanto, agarra firmemente cada hora. El pasado *ya* se te escapó, el futuro *aún* no es tuyo; no

tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues. Aún depende de ti que en tu vejez puedas recordar con alegría los años de la juventud, pasados en una labor seria.

Las jóvenes malgastan muchas veces el tiempo. «Tenemos bastante», dicen. Cuando piensan en las grandes posibilidades de la vida que las espera, se embriagan, se vuelven despreocupadas, mariposeadoras, ligeras, como quien ve por primera vez el mar inmenso. Pero, ¡ay!, todos los océanos tienen orillas, y, por muy joven que seas, tampoco es inagotable el mar de tu existencia.

El hombre sabe medir en la actualidad la velocidad de los átomos en los colores, es decir, cien y cien billones de vibraciones por momento, pero no sabe medir el *mismo tiempo*, porque éste tiene aún movimiento más rápido. «¡Pero hay ya relojes tan perfectos!», dirá alguien. No; el tiempo no se puede medir ni con el reloj más perfecto; lo que éste hará ver es la fugacidad del tiempo.

XXXVII.—«Non numerantur...»

En rigor de verdad, lo único en el tiempo que podemos llamar nuestro es el instante presente; aprovechémosle, pues, cuanto mejor podamos.

Los relojes nos engañan; cuentan el tiempo siempre desde un principio muy cercano a nosotros y nos hacen olvidar que el tiempo pasado nunca vuelve. Podría suceder que un solo segundo, que no has aprovechado bien, tenga influencia decisiva para toda tu vida. El tren local lleva un mo-

mento de retraso, y este momento puede ser causa de que tú pierdas el enlace y no llegues a coger el expreso.

«La señorita pierde cada mañana dos o tres horas y después ya no las encuentra en todo el día.» Tal es la frase que podría decirse de muchas jóvenes que están, o desperezándose largo rato en la cama o acicalándose ante el espejo la mayor parte del tiempo...

¡Cuida no ser tú de esas que no encuentran las horas perdidas en todo el día!

«Vivió veinte años», leí en la tumba de un joven. «¡Qué poco tiempo vivió!», dice alguien a mi lado. ¿Poco tiempo? ¡Oh, no! Si es que de veras «vivió veinte años», es decir, si encaminó su vida según la voluntad divina y aprovechó bien todos los momentos, así ha podido vivir mucho en pocos años. *Non numerantur, sed ponderantur;* Dios no cuenta los años, sino que los pone en la balanza.

«¿Cuál es el secreto de la vida larga?» «¿Cómo se puede vivir largos años?» Libros que llevan éstos o semejantes títulos suelen ser leídos con afán por las gentes. Sí; es un empeño muy respetable querer alargar nuestra vida terrena. Tú también has de hacer lo posible por tu salud. Pero nunca has de olvidar una cosa: la vida terrena más larga muy pronto toca su fin; por tanto, obra más sabiamente quien mediante una vida honrada va adquiriendo derechos para la vida eterna, para la eterna felicidad.

Quien no pierde de vista que todo perece acá abajo no será insensato, no malgastará su vida.

Quien piensa en la muerte, logrará cada día mayor madurez.

Ante la descarnada mueca de la muerte se desvanece toda fatuidad, toda concupiscencia y las preocupaciones pusilánimes, efímeras, la vanidad...

El pensamiento de la muerte ¡enfría tan aprisa el ardor de nuestra sangre! Soltamos de la mano la pluma enjugando nuestra frente, donde corre el sudor, y nos preguntamos: ¡Dios mío!, en fin de cuentas, ¿para qué sirve todo este vaivén, las penas, las fatigas, cuando nos espera la tumba? Resumen entonces, llena de consuelos, la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, que nos muestra la vida eterna más allá de la tumba. *«Yo soy la resurrección y la vida...»*

Pero el pensamiento de la muerte no paraliza el recto trabajo de la vida. *Vivit christianus ut aliquando moriturus, moritur ut semper victurus.* «Vive el cristiano como quien un día morirá; muere, como quien vencerá siempre». «Quien busca vida más allá de la tumba, mirará sin pavor la cara de la muerte, porque sabe que «aunque todo perezca, el valor de la vida virtuosa permanece siempre», *omnia cum pereunt, est virtus sola perennis.*

Apenas empieza la vida eterna a despedir sus rayos, y ¡en qué nueva luz ve el agonizante toda la vida terrena! ¡Ah! Ojalá nadie tuviese que pronunciar con labios moribundos aquella terrible frase: «¡He vivido en vano! ¡En vano!, no he hecho sino perseguir continuamente vanidades efímeras y ahora he de presentarme con las manos vacías ante el Juez justiciero.»

Muchas mujeres tuvieron que llorar así su vida en los últimos momentos y maldijeron las frivolidades de su juventud; pero ni una sola persona he visto que en seme-

jante trance se haya arrepentido de haber sido hija obediente, fervorosa del Dios Creador, nuestro Padre.

XXXVIII.—Ars longa, vita brevis

No todos los proverbios suelen ser gráficos; pero esta sentencia de los antiguos: *ars longa, vita brevis:* «es largo el arte, hay mucho que aprender y la vida es corta», encierra, sin duda, una gran verdad. Aún más: cada día parece más exacta; porque, aunque la duración de la vida humana en general no se acorta visiblemente, sin embargo, el dominio del entendimiento ensancha sus proporciones gigantescas de día en día. Cada vez hay más conocimientos, para cuya conquista no basta el corto tiempo de la vida terrena.

«Pero ya que son tantas las cosas que no podemos aprender, lo más discreto será no aprender nada», dirá con alegría alguna damisela perezosa.

Poco a poco. Todo lo contrario. Justamente, porque hay un tesoro inconmensurable esperando que lo saques de la mina, es necesario que manejes con habilidad y prudencia el tiempo y aproveches todos los minutos. Puede todavía hacer mucho durante los años, al parecer cortos, de la vida terrena, quien sabe administrar bien el tiempo.

Piensa cuántos cuartos de hora, cuántos «diez minutos» se desperdician porque las gentes exclaman: «¡Ah! No vale la pena empezar algo para unos minutos.» Sin embargo, si empezaran algo, cuántas horas, cuántos días y hasta cuántas semanas preciosas adquirirían en el curso de un solo

año. Y ¿qué decir entonces de una vida entera? En cambio, así conscientes que se sumerjan estos cuartos de hora en el piélago sin orillas de la eternidad. Nadie sabe de cuánto tiempo dispone aquí abajo; este pensamiento ha de espolearnos para aprovechar bien el tiempo. La que aprovecha bien su tiempo, nunca dirá que ya no vale la pena empezar nada para el cuarto de hora que le queda. Tiene razón GOETHE: «Mejor es hacer la cosa más insignificante del mundo que despreciar las migajas del tiempo.»

He leído de un escritor, a quien su esposa servía el desayuno siempre con un cuarto de hora de retraso, y él escribió durante estos cuartos de hora uno de los libros.

«El tiempo es dinero.» Con poco dinero realmente nada podemos empezar; mas no por esto vamos a tirarlo; podemos ponerlo en un Banco. Las fracciones de tiempo que nos quedan, lejos de malgastarlas, las hemos de aprovechar. Naturalmente, para aprovechar los trocitos más diminutos, las migajas del tiempo, se necesita una voluntad fuerte. Y claro está que tampoco se necesita una voluntad fuerte para que una estudiante se decida en el mes de septiembre «a ser, por fin, una muchacha de veras diligente...» desde el próximo mayo.

Aprovecha, pues, todos los ratitos. Inviértelos, por ejemplo, en el estudio de idiomas, en el cultivo de la poesía y del arte, aprende a paladear la belleza a través de las letras, del pentágrama, de la piedra, del cincel..., y verás como estudiando sólo un cuarto de hora diariamente, al cabo de pocos meses ya habrás adelantado bastante.

Fácilmente puedes hacer durante estos breves intervalos de tiempo un trabajo que

no requiere una atención muy intensa, y para el cual no necesitas preparar tu mente con un ejercicio previo; por ejemplo, puedes escribir cartas, puedes poner en limpio el borrador, arreglar las notas, repasarte unas medias, plancharte un vestido, echar una mano a la cocinera.

Las estudiantes y colegialas de las capitales, que han de viajar mucho en tranvía, ganarían mucho tiempo leyendo en el coche alguna obra fácil. Aún más: a quien no le estorba la calle puede aprovechar su tiempo con ocupación aún más seria. Veo muchas veces a jóvenes, estudiantes de Universidad, que en el tranvía estudian anatomía, el vocabulario inglés o matemáticas. ¡Muy bien! De esta suerte podemos salvar muchos cuartos de hora que de otra manera se perderían.

*XXXIX.—«Quieti, non otio»

Naturalmente, también es necesario que descanses, que rehagas tus fuerzas y que suspendas un poco el trabajo. El arco siempre tendido pierde su elasticidad, su fuerza de tensión. Pero el descanso ha de ser acumulación de fuerza y no tiempo perdido por pereza. *Sólo descansa quien antes trabajó. Quien «descansa» sin trabajo previo pierde el día.*

Los romanos solían poner esta inscripción a la entrada de su finca veraniega: *Quieti, non otio.* «Para el descanso, no para el ocio.» Era un lema sabio. El descanso y la pereza son conceptos que se excluyen. Por tanto, el descanso nunca ha de ser para ti una inactividad completa. Siempre tienes que buscar algún quehacer, sea cual

fuere. No quiero decirte con esto que no interrumpas el estudio; pero busca otra cosa en qué ocuparte.

No te censuro si durante las vacaciones de verano dejas en paz la estereometría y la trigonometría y concedes un rato de sueño al buen viejo de Tucídides, a Eurípides, a Tácito y a Salustio o a los escritores modernos de buen estilo. Pero..., como dice un poeta alemán: «Se puede hacer algo en el descanso, y se puede descansar algo en el trabajo (LONGAU).

Aunque no vivas en una hermosa región montañosa, esto no obsta a que hagas excursiones agradables, que no sólo equilibran tu salud corporal, sino que brindarán refrigerio a tu alma. Si estás en una compañía de buenas amigas —acentúo *buenas amigas*—, entonces las excursiones de vacaciones te ayudarán a pasar de una manera incomparablemente valiosa una parte de tu tiempo. Dedícate a algún trabajo manual, que da habilidad. Por lo mismo, paseos, excursiones, trabajos manuales, lectura: todo esto es excelente descanso para las vacaciones, y, sobre todo, procura entonces ayudar a tu madre en las faenas domésticas, ora guisar, ora planchar, arreglar las habitaciones; en suma: trabajar en aquello que hace a la mujer ama de casa. No lo olvides, que seas estudiante no significa que dejes de ser mujer y futura fundadora de un hogar en el que tú has de desplegar numerosas actividades, de las cuales no puede excusarse ninguna mujer que quiere hacer felices a los suyos.

Madame Roland, mujer renombrada por su salón girondino, en París, durante la Revolución, decía: «El ideal de la francesa

es ser una mujer tan superior y tan señora en la cocina como en el salón.»

Haz cualquier cosa con tal que *no te aburras*.

Ahora quiero hacerte ver una verdad interesante: el tedio no es tan sólo un peligro para el alma, sino también para el cuerpo; la inactividad socava la salud más que el trabajo; por tanto, la que se aburre acorta su vida. Nunca lo habrías pensado, ¿verdad?

«Pero con la inactividad vamos ahorrando fuerzas» —dices—. Pues escucha con atención. La que se aburre, empieza a bostezar. ¿Cuándo bosteza el hombre? Cuando la sangre no encuentra camino libre para llegar a los pulmones. Debido al tedio, el corazón y las venas no saben trabajar debidamente. Si la inactividad dura mucho tiempo, sobrevendrán desórdenes en la circulación de la sangre; los órganos de la digestión también perderán el vigor de su actividad; debido a todo esto, notaremos un estado de agotamiento, de anemia; en una palabra: nuestra vida ordinaria se trastorna. Y lo peor es que la fisonomía pierde belleza... ¿Que no? ¡Ya lo creo! La muchacha inactiva carece de agilidad, no sabe dar gracia a sus movimientos, tiene una conversación insulsa. ¡Es horrorosa la cara de una mujer aburrida!

Observa también: ¿Cuándo se cometen más maldades, crímenes, asesinatos, riñas? En la ociosidad, y no durante el trabajo.

Tú también has podido experimentar en ti misma que durante el curso, cuando estás abrumada de trabajo, te resulta mucho más fácil guardar tu alma de los malos pensamientos y del pecado que durante las vacaciones, en que no tienes urgentes que-

haceres. La lengua alemana tiene la misma palabra para la extensión de «perezoso» y «podrido»; ambos son *faul*. Como si dijera: el alma de quien pasa su tiempo en vagancia no deja de pudrirse sin remedio. *Never to be doing nothing*, fue la magnífica divisa de WALTER SCOTT, «no estar jamás ocioso».

Todos los estudiantes esperan rebosando de alegría las vacaciones largas de verano, y bien las merecen si han trabajado seriamente todo el curso. Después de tanto estudiar, bien está soltar los libros, dormir algo más; pero nunca está bien pasar en la cama el tiempo despierta, entregada a la pereza. Porque sólo el cuerpo puede abandonarse a la pereza: el espíritu trabaja continuamente, concibe nuevas ideas; y si no da buen grano, dará espinas, malas hierbas y maleza de todo género.

El espíritu humano trabaja continuamente, como el molino: si hechas en él buen grano, le trueca en blanca harina; si no le das alimento, si está ocioso, ha de molerse a sí mismo.

No olvides nunca el excelente consejo que SAN JERÓNIMO dio al joven Nepociano: *Semper te diabolus occupatum inveniat*, «el espíritu del mal ha de encontrarte siempre trabajando», y entonces no tienes de qué temer.

Aunque no crezca en el jardín más que un ligero césped, ya es más difícil que cardos y malas hierbas echen allí raigambres; pero lo harían fácilmente en un terreno abandonado, el barbecho. Por tanto, si no haces absolutamente nada en las vacaciones, las malas hierbas y la perdición se adueñarán de tu alma.

Las vacaciones ofrecen ocasión excelente para la lectura. Lo que tengo aconsejado respecto a la lectura en mi libro *La joven de porvenir* nunca podrás cumplirlo con más facilidad que en los días de vacaciones.

Son, además, las vacaciones una gran prueba por que atraviesa tu religiosidad. Entonces es cuando se hace patente hasta qué punto es sólida la religiosidad de tu alma. Durante el curso, de buen grado o mal que te pese, has de asistir a la misa con las estudiantes o colegialas, has de confesarte en los días señalados, etc. En cambio, ahora nadie te acucia, nadie te vigila. Mas si descuidas estas obligaciones, ¡no eres joven de carácter!

Ve ahí, pues, qué tiempo más útil el de las vacaciones, aunque al parecer no estudies nada. Sólo en apariencia. En otoño parece que los árboles no trabajan, y es que reúnen fuerzas para sacar las hojas en la primavera. Las vacaciones son también una especie de acumulación de fuerzas para los brotes tiernos del trabajo en el próximo curso.

XL.—¿Qué es lo más difícil en el mundo?

Sonreímos cuando viene a caer en nuestras manos un mapa de los antiguos. Entonces había, naturalmente, grandes continentes desconocidos sin explorar. En estas grandes zonas los dibujantes de mapas, con una tranquilidad fantástica, escribían tan sólo lo siguiente: *Hic sunt leones*. «Aquí viven los leones.»

Sí, sí; hay muchas estudiantes y colegiales que saben enumerar muy bien los

metales nobles que se encuentran en las minas de las montañas rocosas, las fieras que viven en las selvas del Congo; pero apenas conocen el valor escondido en su alma ni tienen idea de las pasiones que se desencadenan en su interior.

El pagano PITÁGORAS encargó con solicitud a sus discípulos que dos veces al día, a la mañana y a la tarde, se dirigieran estas tres preguntas: «¿Qué he comido? ¿Cómo he comido? ¿He cumplido todo lo que había de hacer?

SESTIO se hacía las siguientes preguntas cada noche: «¿Qué debilidad has curado en ti mismo? ¿Qué defectos has vencido? ¿En qué te has enmendado hoy?»

El pagano SÉNECA escribe: «Tengo el hábito de examinarme cada día. Por la noche, al apagar las luces, repaso el día, y pongo en la balanza todas mis palabras y todas mis obras.»

Sólo la que se conoce puede mandarse a sí misma y ser dueña de sí. El conductor sólo domina la locomotora si la conoce hasta el último tornillo y si sabe qué presión resiste la caldera, cómo han de manejarse las válvulas, etc.

Pero ¿sabes por qué no les gusta a las personas hacer una inspección de su propia alma? Temen el espectáculo de la muchedumbre, de sus defectos, debilidades, egoísmos y desamores. Quizá tú también te hayas encontrado ya en caso semejante. Hiciste, hablaste cosas por las cuales las gentes te alabaron; sin embargo, si hubieras pensado sinceramente, habrías visto que esto lo dijiste por vanidad, aquello lo hiciste por egoísmo u obstinación.

Quien no conoce su propia alma, culpa

con facilidad a los demás. «¡En vano; no tengo suerte!» —dice una joven después del «suspenso»—; sin embargo, si hablara con sinceridad, diría: «No tengo diligencia.» «En casa siempre me hacen rabiar» —dice otra—; tendría que decir: «Otra vez no seré tan insoportable y caprichosa.» No en vano estaba escrito sobre el templo de Delfos: «Conócete a ti mismo.»

Preguntaron a un sabio griego, TALES, cuál era la cosa más difícil en el mundo. El sabio contestó: «La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos; la más fácil es hablar mal de los demás.»

Conocerte a ti mismo es deber difícil, pero inevitable. Pregúntate a menudo: ¿Cómo es en realidad mi temperamento?

¿Qué deseos, qué fuerzas, qué anhelos hay en mí?

A las otras les gusta tal libro, tal canto, tal música, ¿y a mí? ¿Lo suave o lo enérgico? ¿Lo serio o lo alegre?

Las otras son así en sociedad; yo, ¿cómo soy? ¿Tímida? ¿Sosa?

¿Cuáles son mis ocupaciones favoritas? ¿Merece la pena gastar en ellas tanto tiempo, y quizá dinero?

¿Para qué me creó Dios? El a cada uno le señala un fin; ¿qué fin me señaló a mí?

¿Qué fuerza especial, qué inclinaciones puso en mí?

¿Qué es lo que más me gusta?

¿Qué es lo que siempre me sale mejor?

¿Qué virtudes, qué cualidades buenas tengo? ¿Son tan pocas? Y ¿no depende de mí que se acrecienten?

¿Cuántos defectos tengo? ¿Tantos? Y de mí depende que disminuyan, etc.

Dime a quién admiras, qué tipo moral es el que más te agrada, y yo te diré quién eres.

Si admiras a la gente rica eres una mujer de pensar materialista.

Si quieres codearte continuamente con personas poderosas y ellas te entusiasman, eres ambiciosa.

Si tu ideal es la mujer rica, la mujer de carácter, tú también lo eres.

Así verás que la joven que con frecuencia se hace semejantes preguntas en sus adentros, poco a poco, por un lento trabajo de años, llegará a conocerse, y después de sus estudios no le costará mucho escoger con acierto su porvenir.

XLI.—All right?

En los grandes trasatlánticos, hacia el atardecer, cuando los viajeros se retiran a descansar, un marinero de vista aguda sube a la cofe del mástil, y después de recorrer con mirada escrutadora la vasta llanura de las aguas, con voz lenta, prolongada, grita: *All right!* «Todo está en orden», podéis ir a descansar tranquilamente. Tú también, hija mía, dedica unos momentos cada noche a echar una mirada escudriñadora en tu conciencia.

Todos los instrumentos en que queremos acumular electricidad antes hemos de aislarlos; de otra manera se escapa la corriente. Aísla también el alma de las olas tumultuosas que se agitan por doquiera en el mundo, y cada noche dedica un rato a la meditación; ilumina tu alma. Donde no penetran los rayos del sol, allí se crían hongos venenosos y sabandijas de toda clase.

Antes de acostarte haz una pausa en el rezo de la noche, recorre con el pensamiento el día y pregúntate: *All rigth?* ¿Está todo en orden?

¿Qué he hecho hoy?

¿Qué he omitido de lo que debía de hacer?

¿Lo he hecho todo bien?

Y si hallas que has faltado en esto o en aquello, has sido negligente, has pecado, levanta tus ojos a Jesús crucificado. Señor, he pecado. Perdóname. Mañana será otro día.

BENJAMÍN FRANKLIN, el hijo ilustre de Norteamérica, el inventor del pararrayos, procuraba con seriedad extirpar el más leve defecto de su alma. Bien sabía qué poderío tienen aún las cosas menudas sobre nosotros, y por esto hizo un tablero especial en que llevar cuenta cada noche de las obras que había hecho durante el día; se alegraba de sus victorias y deploraba sus defectos. Resumió en trece puntos las virtudes, de que se examinaba cada noche. Eran: moderación, silencio (evitar las palabras ociosas), orden, decisión, economía, diligencia, sinceridad, justicia, sobriedad, pureza, tranquilidad de espíritu, pundonor, humildad.

«He anhelado vivir —escribe de sí mismo— de manera que no cometa pecado alguno; me he propuesto luchar contra toda mezquindad... Porque sabía, o por lo menos creía saber lo que es bueno y lo que es malo, no era capaz de comprender por qué no podría obrar bien y evitar el mal.»

Era muy severo para consigo mismo; anotaba cada día en su tablero con unas crucecitas si pecó contra alguna de las vir-

tudes. El balance de una semana, por ejemplo, era como sigue:

	Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
Moderación							
Silencio . . .	+	+			+		
Orden	++	+	+		+	+	+
Decisión. . .					+	+	
Economía . .	+						
Diligencia .			+				
Etcétera . . .							

¿No podrías tú también durante algunos años poner en práctica este modo excelente de propia formación reflexiva? Si acaso encontrases difícil esta vigilancia mediante el tablero, por lo menos nunca omitas el *examen de conciencia unido a la oración de la noche.*

En el entierro de los presidentes de los Estados Unidos de América todo se suspende durante cinco minutos. Cierran las tiendas llenas de movimiento, los trenes rápidos se paran en plena vía, los hombres en la calle se detienen... Todo queda envuelto en silencio durante cinco minutos para recordar el gran acontecimiento.

Y la educación de tu propia alma, ¿no es deber bastante para imponer algunos minutos de silencio cada noche? Apártate del mundo exterior y haz serio examen de conciencia.

Ni que decir tiene que has de ser inexorablemente sincera contigo misma; a na-

die podemos engañar tan fácilmente como a nosotros. ¿Qué es lo que verán en el fondo de tu alma?

Muchas veces cosas extrañas. Si te atreves a ser sincera contigo misma, en más de una ocasión deberás hablar como habló FRANKLIN después de un serio examen de conciencia: «Vi espantado que tengo muchos más defectos de lo que me creía; pero, por lo menos, tuve la satisfacción de ver que van disminuyendo. Muchas veces me sentí tentado de dejar la cosa (el examen de conciencia); me hacía el efecto como si esta puntualidad concienzuda que exigía de mí mismo fuese meticulosidad excesiva en cosas morales. No obstante, proseguí el ejercicio. Y aunque nunca haya llegado a la perfección completa que con ardor anhelaba, y de que tan lejos me quedaba, no obstante me sirvió este empeño para ser hombre mejor y más feliz de lo que hubiera sido sin él.»

Tú también notarás en ti misma, por ejemplo, que, debido a tu temperamento, te enfadas demasiado aprisa, o que te inclinas a la pereza, a reírte de todo el mundo, etc. Pues, no te tranquilices como tantas otras, diciendo: «Es por demás. Soy así; es mi temperamento. No hay manera de cambiarlo.»

¡Poco a poco! Precisamente aquí empieza el trabajo de la educación. Concedemos que no se puede suprimir la naturaleza, mutilarla con violencia; pero sí se la puede ennoblecer, levantar; es decir, se la puede educar. Podemos ejercitarnos en virtudes que se oponen a nuestros defectos y de esta suerte poner orden en nuestras inclinaciones instintivas y desordenadas.

Sigue cierto orden en la educación de tu

alma: en primer lugar, lucha contra las faltas que con libre albedrío y con la mente clara, contra la fuerte protesta de tu conciencia, sueles cometer. Si has puesto orden en ellas, lucha contra las precipitaciones y los descuidos más pequeños; y si has alcanzado victoria aun en este terreno, entonces aplícate a vencer las debilidades más insignificantes.

Si no sabes dominarte, no eres aún carácter acabado. Es superfluo hacer constar que el primer requisito del dominio de sí mismo es el conocimiento propio. ¿Qué tensión soporta la caldera? ¿Cuánto combustible necesita? ¿Qué válvula ha de usarse con más frecuencia? ¿Hasta qué grado está deteriorada la máquina? ¿Dónde hay que ponerle más aceite? ¿Verdad que a estas preguntas sólo sabrá contestar el maquinista que conoce a fondo su máquina?

Te aconsejo, pues, encarecidamente que no busques contestación tan sólo a esta pregunta: «¿Qué pecados he cometido hoy?» Gracias a Dios, muchas jóvenes viven meses y meses sin ningún pecado grave. Hazte también preguntas de este género:

¿Cómo he podido ser tan débil que por respeto humano haya hablado de una manera ofensiva de mi amiga?

¿Qué obras buenas que he dejado de practicar hubiera podido hacer hoy?

¿En qué hubiera podido ser más noble, más cortés, más puntual, más abnegada, más comprensiva?

¿He hecho algo para ensanchar el reino de Dios, sea en mi propia alma, sea en la de los demás?

Y así sucesivamente. En muchas de estas cosas ni siquiera suele haber pecado; pero

cabe muy bien la imperfección que puede destruir la armonía de tu alma.

No temas bajar al fondo de tu espíritu, aunque tuvieras que descubrir en sus profundidades un montón pululante de gusanos asquerosos. Cuantas más veces les dirijas el reflector del examen de conciencia, tanto más aprisa perecerán.

El buen examen de conciencia diario no consiste, pues, tan sólo en echar cuentas sobre las obras del día, sino en procurar descubrir *la raíz* de cada falta. No sólo determino el mal, sino procuro dar también contestación a esta pregunta: ¿Cuál ha podido ser la causa de que en este caso me haya portado así? Hay que encontrar las raíces y destruirlas.

Y en estas ocasiones descubrirás cosas interesantes.

«Hoy me he enfadado tantas veces.» ¿Por qué? Una vez porque no me gusta algo de la comida y tuve que comerlo a pesar de todo; después me estorbaron el juego de la tarde, obligándome a estudiar; tampoco he hallado el diccionario y en vano he revuelto todos mis libros buscándolo.

¿De qué te arrepentirás en esta ocasión?

Y ¿qué es lo que te propones? Ir con cuidado, pero ¿en qué cosas? ¿En el enfado? No. Sino en no ser demasiado *comodona y dada al regalo*. Esta es la raíz del defecto, la que se ha de extirpar.

«Hoy me he enfadado muchas veces.» ¿Por qué? Una compañera reveló en casa que he dicho muy mal la lección de álgebra, y me han hecho una pequeña broma y no he sabido llevarla. ¿De qué has de arrepentirte? ¿Del enfado? No. Sino de ser demasiado *perezosa y egoísta*.

Y así sucesivamente con todos tus defec-

tos. Trata siempre de descubrir la causa, la raíz del mal.

Para algunas jóvenes la dificultad consiste en que el desarrollo del carácter no se hace en un día. Estarían dispuestas a resolver en un arranque generoso. «¡De hoy en adelante quiero ser joven de carácter!» Pero no quieren comprometerse al trabajo minucioso, pequeño, continuo, que se necesita para formar el carácter.

Sin embargo, en esto de nada sirve la decisión amplia: aquí sólo cuentan las pequeñas victorias de cada día.

Aún será más provechoso tu examen de conciencia si después de descubrir la raíz de tus faltas escoges tu defecto dominante y luchas principalmente contra él durante algunos meses.

Importa saber: ¿Cuál es tu defecto dominante?

¿Recuerdas qué gritó GOLIAT al campamento hebreo? *Escoged entre vosotros alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo. Si tuviese valor para pelear conmigo y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si prevaleciere y lo matare a él, vosotros seréis los esclavos y nos serviréis* (1). Pues bien; tu defecto dominante viene a ser una especie de Goliat. Si lo vences, ya dominas los demás.

Cada joven tiene un defecto capital, de que provienen después todas sus debilidades: Una tiene un temperamento colérico; otra miente con facilidad, o por lo menos «exagera», «recarga las tintas»; una tercera es terriblemente comodona, perezosa; la cuarta se inclina demasiado al sensualismo, etc.

---

(1) I *Reyes*, XVII, 8, 9.

Pues aprovecha la ocasión de la enmienda. Declaración de guerra a tu defecto capital! ¡Pero una declaración categórica! ¡Inexorable! Párate cada mañana en tu rezo, y si, por ejemplo, has de luchar contra una ira precipitada, piensa de un modo concreto (naturalmente para ello bastan algunos minutos) las ocasiones que pueden presentarse durante el día en que te dejes llevar de la ira: en el colegio, en los descansos, durante el juego, en casa con tus hermanos. Después haz el firme propósito: «Venga lo que viniere, hoy quiero pasar el día sin cólera, sin precipitaciones. Dios mío, ayúdame en ello.»

Durante el día procura repetir la noble decisión que tomaste por la mañana.

Por la noche, durante el rezo, examínate: ¿Has cumplido tu propósito?

¿No lo has logrado? Pues mañana has de ser más fuerte.

¿Lo has logrado? Con alegría da gracias a Nuestro Señor Jesucristo.

En algunos claustros está vigente aún la costumbre de examinarse la conciencia mutuamente. Las religiosas se reúnen ciertos días y cada una de ellas va enumerando los defectos que ha notado en las demás.

Si tienes una amiga de confianza, tú también puedes aprovechar este medio, indudablemente muy eficaz, de propia educación. El ojo avizor de otra descubrirá tal vez mancha donde nuestro amor propio todo lo ve cubierto de nívea blancura. Alégrate si tienes una amiga que con amor sincero te avisa de tus defectos.

XLII.—A los pies del Señor

Mi libro va acercándose a su término y te sorprenderá acaso que, después de exponer todos mis pensamientos respecto a la formación del carácter, haya dejado para el fin el medio más importante: la imitación de Nuestro Señor Jesucristo, modelo sublime de todo carácter humano.

Si crees que lo he dejado al final de todo, te engañas. La necesidad del amor a Dios, el consejo de una vida profundamente religiosa, brilla en cada línea del libro. Pero no he escrito más detenidamente de ello porque después de *La joven de carácter* seguirán otros dos libros, dedicados exclusivamente a meditar las relaciones que existen entre Dios y el alma de la joven.

Por otra parte, sentirás sin dificultad en cada línea de este libro que, apoyándose en una base religiosa, resulta más fácil formarnos rectas normas de vida y permanecer fieles a ellas, es decir: «tener carácter».

Has leído a cada paso en este libro el encargo de escoger una dirección determinada, principios de vida, un fin, rectos conceptos, y el consejo insiste de que a ellos ajustes tu conducta. Esta es, debes decir, la dirección de mi vida y no me desviarán de ella ni lecturas, ni pruebas, ni amigas. Sé que sólo tendré una vida bella, feliz, si me hago, según las palabras de SAN PABLO, *vinctus Christi* (1), es decir, si ato mi voluntad a Cristo.

Sólo la que tiene la raigambre de su alma en Dios, y sobre El edifica toda su vida, puede tener un carácter realmente fuerte.

---

(1) *A Filemón*, 9.

El ala más vigorosa de la voluntad es la oración, y el medio que da más eficaz auxilio para toda formación de carácter es la vida realmente religiosa; en ninguna parte encontramos un blanco tan seguro y elevado y acicates tan poderosos para la autoeducación, como en las primeras palabras del catecismo: «Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarlo en la otra.»

Tanto adelantarás en el camino del carácter cuanto más te acerques día tras día a la semejanza del ideal sublime de todo carácter... a Nuestro Señor Jesucristo.

*XLIII.—«Gaudeamus igitur»

Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus, «alegrémonos mientras somos jóvenes», dice la antigua canción estudiantil. Y tiene razón. La alegría pura es un medio para fortalecer la voluntad. Es fuente de vigor, es eficaz preservativo del pecado. Lo que haces con alegría te resultará fácil.

La alegría es rayo de sol, y de él brota la vida. Pero el rayo de sol destruye también el moho, la podredumbre, renueva el aire corrompido; la alegría noble tampoco deja lugar a que hablen las bajas inclinaciones que nos inducen al pecado.

Pero cuidado con una cosa, hija mía; mira qué entiendes por alegría. Es interesante ver cuán diverso es el sentir de los hombres respecto a este punto. Para algunas personas es alegría sentir en la cabeza el vaho del vino; es alegría la mesa de un salón de té, donde el humo del tabaco no deja respirar, el baile continuo, la inactivi-

dad, los paseos, las voces descompasadas; en una palabra: «el jolgorio».

Pero te creo con otras aficiones. Para ti será alegría el bosque en que se oyen los trinos de los pájaros, el campo que exhala los perfumes de millares de florecillas, el deber cumplido con exactitud y después el juego con regocijo, y el sinnúmero de ratos agradables en que abunda la vida de la joven, como campo vestido de flores vistosas; sacar de ellos la miel de las pequeñas alegrías es precisamente uno de los deberes más hermosos del arte de vivir.

La alegría verdadera brota sólo de una conciencia limpia y tranquila. Si la conciencia nos acucia y nos remuerde, será vano nuestro esfuerzo por estar alegres. La que buscare en el pecado su alegría, lea la inscripción que hay sobre la tumba de un estudiante en el cementerio de Bolonia: *O quam fragilis, nosce, ruit voluttas;* «aprende cuán frágil es la voluptuosidad, el placer».

Con una juventud cuyo ideal es la holganza, la *juerga* prolongada hasta la mañana, y el sueño hasta la noche, el derroche del dinero y la frivolidad, no podemos esperar un risueño porvenir para el hogar. El pagano SÉNECA hace constar con aire de reproche que había en su época «gentes que invertían los papeles de la noche y el día, y después de la embriaguez del día anterior sólo abrían sus ojos a la vida normal en la noche siguiente». *Sunt qui officia lucis noctisque perverterint, nec ante diducant oculos hesterna graves crapula, quam adpetere nox coepit* (1). ¡Quién sabe si no

(1) *Epíst.* mor., 205.

podría dirigirse el mismo reproche a muchas jóvenes de nuestros días!

Malgastan un inmenso caudal de puras y verdaderas alegrías, de nobles entusiasmos, de tiempo precioso, de dinero ganado por otros entre sudores, aquellas jóvenes dignas de compasión que pasan sus años de estudio en diversiones y flirteos. ¡Quién podría decir cuántas jóvenes de halagüeñas esperanzas han destruido su talento y su prestigio en bailes y fiestas durante los años estudiantiles! La joven que se entrega a la diversión caerá forzosamente, porque es imposible permanecer firme en el bien.

«No es en los bailes —dice una escritora española—, en los espectáculos, en el bullicio del mundo, donde la mujer puede hallar la satisfacción de su corazón, la paz de su alma. En esos fútiles devaneos se embotará su inteligencia y el *aburrimiento* reemplazará muy pronto al *placer*» (2).

Y SALVIANO escribió en la losa sepulcral del Imperio romano, tan poderoso un día: *Sola nos morum nostrorum vitia vicerunt* (3), «la única causa de nuestra caída fue la inmoralidad».

Entiéndeme bien. No quiero verte ceñuda y entristecida, que pierdas toda alegría. ¡De ninguna manera! Sé una joven alegre, dichosa, jovial; pero no seas una damisela ligera, vacia, loca, sin constancia para nada.

No te encargo que siempre te las des de mujer animosa y vayas buscando el peligro, pero tampoco quisiera que empezases a gritar de puro miedo al quedarte sola en un cuarto oscuro.

---

(2) «El ángel del hogar», por Pilar Sinués.
(3) *De gubernatione mundi,* 1, 7, c. 23.

No quiero que seas sólo una deportista; pero me alegra verte cuando te deslizas por la nieve con la velocidad de un meteoro, y cuando haces con tal gracia las flexiones en la clase de gimnasia, que pareces tan dúctil como las palmas.

No te digo que vayas con la cara sombría; pero me gustaría que al reírte pudieras hacerlo siempre con un corazón *puro.*

Me encantan las jóvenes alegres, vivarachas, sanas: siempre me dan que pensar las jóvenes tristes, inactivas, envejecidas antes de tiempo. Las muchachas que tristes se acurrucan en un rincón están enfermas o de cuerpo o de alma.

Sé, pues, siempre una joven alegre, sonriente, de cuyos labios brota el canto. Y gracias a un gran esfuerzo, por atención a los demás, cabe en lo posible mostrarte exteriormente alegre, cuando el corazón sangra en tu pecho; para esto necesitas una fuerza de voluntad que sobrepasa la ordinaria.

Demuestras aún más energías si sabes conservar la tranquilidad y alegría interior cuando te cerca la tristeza. ¿Estar triste? No. No lo permito. La tristeza no es mi elemento de vida. ¡Al fin y al cabo he de tener tanta fuerza de voluntad que pueda dirigir yo misma el barómetro del día de hoy y prescribir el tiempo que ha de hacer en mi alma! Ya sé que muchas veces te acometerán deseos de llorar, sin saber por qué: en esos momentos domínate, véncete, no derrames lágrimas por el gusto de derramarlas; con ellas tu rostro se desfigura... y tu espíritu se anula... ¡Animo y a distraerte! Nunca has de abandonarte a la tristeza.

¿Nunca? ¿Y si he cometido alguna falta?

¿Si he caído en pecado? ¿Si no me arrepiento antes de la confesión? Ni siquiera entonces debes caer en la tristeza, porque de esa tierra no brotaría vida; no debes lamentarte estérilmente, sino que hasta las mismas lágrimas de arrepentimiento se deben iluminar con el arco iris de la alegría de una vida nueva, más noble, más pura, que te espera después del arrepentimiento.

XLIV.—Juventud mía, vuelve y escucha

Es interesante que las personas nada recuerden con más gusto que su juventud. Mujeres avanzadas de edad, mujeres serias, se conmueven en cuanto hablan de sus años de colegialas.

¿A qué obedece esto? A que los años de la juventud forman la época más hermosa de la vida. De todas las estaciones la más sugestiva es la primavera, la época del desarrollo, de la floración, y la juventud es la primavera de la vida.

Mira el rosal en su desarrollo. ¡Cómo se despliegan sus vigorosas energías en crecimiento y salud juvenil! Ante el alma de la joven se abren día tras día nuevos y nuevos territorios del gran mundo; su fantasía es fresca; su memoria, viva; se alegra del presente y va tejiendo continuamente el cuadro de la esperanza del porvenir que brilla en irisaciones de mil colores. Nos parece verdaderamente un rosal rebosante de lozanía que se abre en flor en el mes de mayo.

Es también hermosa la juventud, porque aún no han tocado su alma virginal las mil y mil preocupaciones de la vida.

«¡Vaya si tengo preocupaciones!», objeta alguna de vosotras.

«¡Y las lecciones de matemáticas, de literatura!»

¡Ah, hija mía, si nunca tuvieras mayores preocupaciones en la vida! Pero está bien como está. Tienes derecho a que los años de tu juventud no se amarguen con otros desvelos.

Mas la juventud sin inquietudes no quiere decir una juventud despreocupada. Por desgracia, hay quienes se creen que el no tener preocupaciones es lo mismo que ser despreocupada. Son las que no aprovechan bien su juventud y malgastan ligeramente los años, que ya nunca vuelven. Y, sin embargo, la que no aprovecha su juventud según los planes de Dios, es decir, para que sirva de preparación a la edad madura, tendrá una juventud que llegará a ser un sueño descabellado en la aurora de la vida, y a la que seguirá en la edad madura un amargo despertar.

Acuérdate de que *ut flos ventus, sic transit nostra inventus,* «nuestra juventud pasa como la flor o el viento».

Lo sé muy bien: «Hasta el justo cae siete veces al día», y las jóvenes también caen muchas veces, resbalan y tropiezan en la vida moral. Es triste, pero es muy humano, y esto no quiere decir todavía una juventud mala.

Tan sólo me da espanto el porvenir de aquellas que retroceden de una manera cobarde, sin resistencia, ante las malas inclinaciones que bullen en todos nosotros: que saben cuán imperfecta es su alma, pero no les importa; que no toman en serio la propia formación.

Mi ideal es la *joven de carácter.*

La joven que sabe reconcentrar su fuerza de voluntad, que sabe mandar a sus sentidos, que sabe vencer la cobardía y la molicie.

La joven que sabe tener en justa estima su alma inmortal y sabe luchar por conservarla pura.

La joven que educa su sentimiento, educa su alma y aun después de largos estudios sabe sonreír con el espíritu inundado por el sol.

Mi ideal es la joven que en el estudio es la más diligente; en la oración, la más fervorosa; en el juego, la más alegre.

Y ¿cómo deseas ser tú?

XLV.—¿Qué quieres ser?

¿Qué quieres ser? Así, de momento, tal vez parezca que me interesa saber cómo orientas tu vida. No. No pregunto si eres casada, soltera, monja, maestra, farmacéutica, comerciante o labradora. Adonde quiera que vayas, en cualquier dirección que te empujen tus inclinaciones, tu vocación, las circunstancias, para la sociedad casi viene a ser igual. Pero lo que no es igual es que adonde quiera que vayas, allí seas mujer completa y cumplas con tu deber.

Por lo tanto, al preguntar ahora, antes de despedirme, *¿qué quieres ser?*, te pregunto propiamente si has meditado ya cuál sea el fin, el deber de la mujer en este mundo. Porque hasta los animales más pequeños, aun el último granito de arena, tiene un fin, un significado y una relación estrecha con el gran universo. Es difícil descubrir a veces este fin, esta relación íntí-

ma; pero ello no obsta para que exista en verdad.

Pues bien, ¿sólo la mujer no tendrá un fin determinado? No; de ninguna manera; tiene uno muy elevado.

Y ¿cuál es éste? ¿Cuál es tu meta? La gloria de Dios y tu propia felicidad.

¿Qué significa esto? Significa que has de poner en juego todas tus fuerzas para realizar por completo su esencia, el contenido de tu vida.

En otras palabras: has de ser *mujer de carácter.*

¿Quién es la *mujer de carácter*? La que sabe luchar firmemente contra todos los males morales.

«*Mujer de carácter*», católica.

«*Mujer de carácter*», católica y patriota.

¿Quién es la «*mujer de carácter*», católica? La que en este mundo falaz y engañador, en que nadie muestra su verdadera cara y todos quieren parecer distintos de lo que son, procura formar un valor real, un carácter incontrastable.

¿Quién es la «*joven de carácter*», católica y patriota? La que demuestra su amor a la patria, no con palabras, golpeándose el pecho, sino que la sirve con su propia vida honrada y cumpliendo escrupulosamente su deber.

El patriotismo para la mujer no siempre consiste en coger un arma, sino en prepararse para servir, cuando sea menester, en un hospital, en un orfanato, en talleres o en escuelas, y en toda índole de servicios que redundan en beneficio de la patria sin menoscabar lo propiamente femenino.

¡Hijas mías! ¡Estudiantes! ¡Colegialas! Trabajad todas para llegar a ser verdade-

ras *«mujeres de carácter»*, que amáis vuestra religión y vuestra patria.

Marco Agripa, en la antigüedad, levantó un templo espléndido en Roma bajo el nombre de *Panteón* y amontonó en él todos los dioses de los países conquistados. Idolos a cual más extraños reuníanse en el templo levantado en honor de «todos los dioses», edificado con arte incomparable; y en medio de la pompa de las magníficas columnas corintias y de los tesoros acumulados del culto de entonces, resaltaba como deplorable contraste la aglomeración de los ídolos: señal de los tanteos inciertos del alma humana.

Un día, a principios del siglo IV después de Cristo, llegaron viajeros extranjeros a Roma: cristianos venidos de lejanas tierras. El pequeño grupo entró también en el *Panteón*, y al echar una mirada a los rostros exóticos de los innumerables dioses paganos, su alma sintió el hálito de la tristeza sin nombre: uno de ellos sacó del pecho un pequeño crucifijo y lo depositó entre las estatuas de los ídolos gigantescos. La pequeña comitiva salió del templo en silencio...

Pues mira, hija mía, ahí tienes el símbolo de la lucha de la joven cristiana de nuestros días en el *Panteón* de los ídolos modernos.

Al salir del colegio, del Instituto, y comenzar tu vida seria, tu alma noble también sentirá el hálito frío de la moderna gentilidad y notarás que en este mundo, donde no hay sino competencias, afán de lucro o de brillo, en que los unos pisotean a los otros, has llegado a un *Panteón* pagano, y en él, ante todos los ídolos de muecas atroces, de la boca mentirosa, de pul-

mones insaciables, se inclinan las gentes hasta el suelo; sólo para el culto del Dios verdadero hay cada vez menos lugar.

Y, quieras o no quieras, has de encontrarte tú también entre esta gentilidad moderna. Has de entrar en el *Panteón; pero no has de hacerte pagana.* Si tú, hija amada, llevas sobre tu pecho y en tu alma la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y vives según su espíritu hasta en el mundo actual, entonces también tú depositarás tu diminuto crucifijo en medio de tu pequeña comitiva —tus parientes cercanos y conocidos—, y más tarde en tu hogar y en tus quehaceres. Así despedirás luz, alegría, darás ejemplo: así de «*joven de carácter*» te harás «*mujer de carácter*».

XLVI.—Triste noche de Año Nuevo

No olvides, hija mía, el único pensamiento que vibra en cada frase de este libro: en ti está latente un tesoro inmenso; y es tu alma inmortal.

Obligación tuya es adornar tu alma para que sea lo más ideal posible, lo más hermosa, lo más rica en nobles virtudes.

La vida eterna de todos estará en consonancia con la seriedad y esmero que hayan puesto en el perfeccionamiento de su alma en la vida terrena.

Hay una planta interesante, el ágave. Se cuenta que sólo florece cada cien años; pero su flor tiene una belleza incomparable. Se prepara durante cien años para aquel día de esplendor; reúne fuerzas, va vistiéndose con un trabajo silencioso que nadie nota durante la centuria. Cuando llega la hora despliega los pétalos frescos

de su flor y embelesa con su hechizo a los hombres que van a mirarla.

Amada hija: Tú también has de ser un ágave en flor. Has de aplicar todas tus fuerzas a alcanzar este único propósito: he de hacer brotar en mí la excelsa flor que se llama *carácter*.

Soy un árbol que crece.

Soy un capullo que se abre.

Soy un sembrado que promete.

Trabajaré sin cesar durante mi juventud; en mi alma podaré los retoños silvestres; reuniré fuerzas para llegar a ser *una mujer de carácter* en quien encuentren complacencia los mismos ángeles del cielo.

Hay que redimir al alma, y el precio de este rescate es el combate. Los deseos del cuerpo no se compaginan con los anhelos elevados del alma, y entonces estalla la lucha, la gran lucha por la libertad del alma.

La cuestión es saber quién en la casa ha de ser la dueña: ¿la señora o la criada?; quién ha de tener en sus manos el timón de un buque: ¿el capitán o el fogonero?; qué ruta ha de emprender el barco de mi vida: ¿ha de errar entre rocas y escollos, abriéndose una brecha en el costado, padeciendo de continuo, o ha de ir como la flecha despedida del arco, hacia el puerto de la patria?! al final de todo, ¿dónde ha de atracar el buque?; ¿en las playas de la felicidad perdurable o en la desesperación de la ruina sempiterna?

Pues bien: ¿no vale la pena luchar por un buen fin?

Un escritor célebre, JEAN PAUL, describe de manera conmovedora la desesperación íntima de un hombre que naufragó en su fe.

En la noche de Año Nuevo un anciano medita solitariamente junto a la ventana

de su cuarto; con angustiosa mirada mira al cielo impasible, brillante, lleno de estrellas; la tierra silenciosa, envuelta en un manto de nieve. No hay en este mundo un corazón tan árido como el suyo ni alma tan atribulada. El sepulcro se abre ya ante sus pasos; él se encamina a la sima y, espantado, nota que por bagaje de su vida no trae más que un enjambre de errores y de pecados; un cuerpo quebrantado por los placeres y un alma envenenada. Como espectros aterradores se arremolinan en su memoria los días hermosos de la juventud; aquella espléndida mañana de mayo en que su padre le puso por vez primera en el sendero de la vida, para él desconocida; aquel momento fatal, en que él, un joven de sonrientes esperanzas, pisó, en vez del camino pedregoso, pero apacible, de la virtud; en vez del cumplimiento del deber y del trabajo, aquel otro de la voluptuosidad y del pecado; camino que le prometía el gozo, pero arteramente lo precipitó en el abismo. Una pena indecible tortura el corazón del anciano, cuando sollozando grita en el silencio de la noche: ¡Oh! ¡Si pudieran volver otra vez los años de mi juventud! ¡Oh Padre mío, colócame otra vez en el cruce de los caminos de la vida para que pueda escoger de otra manera!

La queja sollozante del anciano se pierde sin respuesta en el silencio de la fría noche invernal. No tendrá ocasión de escoger...

Pero tú, hija mía, estás aún ante el cruce de los caminos. Tú puedes escoger aún el camino recto.

No seas primavera sin flores.
No seas cielo sin estrellas.
No seas joven sin ideales nobles.

XLVII.—Escojo

¿Puedo escoger?

Pues bien: escojo.

Quiero ser *«joven de carácter»*.

Quiero vivir de suerte que mis nobles acciones, mis palabras y mis pensamientos puedan revolotear en torno mío con alegría encendida, cual aves canoras. Y después de mis acciones y pensamientos quiero sentir cómo en un abrazo suave atrae mi frente limpia mi mejor Amigo, mi Dueño, mi Padre, nuestro Señor Jesucristo, y en ella deposita un beso de recompensa.

¡Sí! ¡Yo me pongo al lado de Jesucristo y nunca le seré infiel!

¡NUNCA! ¡NUNCA!

DESPEDIDA (1)

Joven lectora:

Terminas la lectura de este libro. Sus páginas te han sugerido seguramente sanos propósitos, que desde hoy mismo vas a poner en práctica.

Ahora, antes de cerrarlo, respóndete sinceramente:

¿Soy joven de carácter?

... ...

¿Me mantengo firme en mis decisiones?

... ...

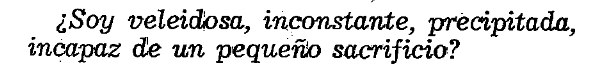
¿Sé decir que no cuando mi conciencia me lo exige?

... ...

¿Qué obstáculos se atraviesan al cumplimiento de mis propósitos?

... ...

(1) De la edición española.



¿Soy veleidosa, inconstante, precipitada, incapaz de un pequeño sacrificio?

... ...

¿Me privo de aquellos placeres y distracciones que están reñidos con el deber cristiano?

... ...

¿Quiero de veras ser joven activa, discreta, leal, amante de mi Dios y de mi patria?

... ...

Adelante, joven; marcha alegre a la conquista del porvenir. Es tuyo si fielmente sigues los consejos que aquí has leído.

«Nada te turbe; nada te espante. Quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta.»

Las grandes jóvenes de nuestra raza lo fueron por su pureza de espíritu, su independencia de carácter y su pasión por el ideal. Estas tres notas fueron las que llevaron a la cima de la gloria a María de Molina, a Blanca de Castilla, a Berenguela, Beatriz Galindo... y, sobre todo, a Teresa de Jesús, «la España hecha santa», en frase de un escritor contemporáneo, y a Isabel de Castilla, «la España hecha reina».

Adelante, pues: sigue sus huellas; no pierdas el tiempo; trabaja confiada en tus fuerzas y en Dios. Sé desde ahora mismo JOVEN DE CARÁCTER.

INDICE

Págs.

CAPÍTULO III

MEDIOS DE FORMAR CARACTER

Págs.





EXCLUSIVA DE VENTA:
DISTRIBUCIONES O. D. E. R.
MAYOR, 81 • TEL. 248 01 27
MADRID-13

MONS. T. TÓTH

VEN DE CARÁCTER

S. E. "ATENAS" S. A.